

DAD  
CIÓN

PQ6605

.05

A5

e.1

863. B

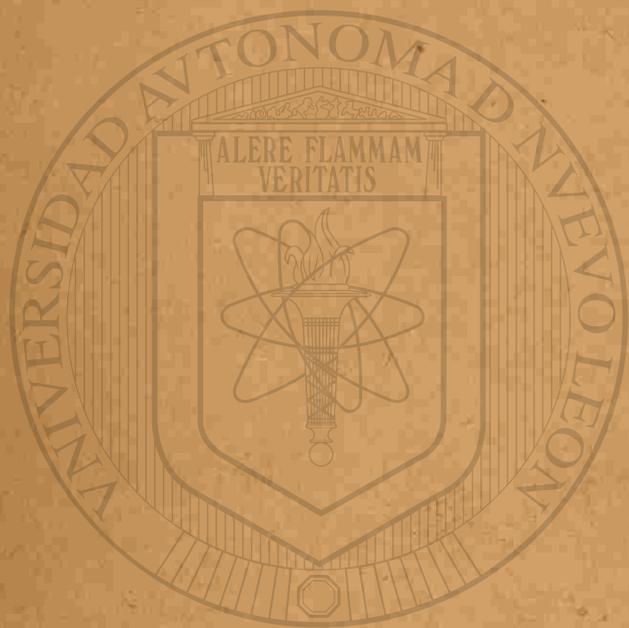


E # 6 8 # 136

Mrs. Milagro  
La almohadita del niño Jesús  
La Pasena florida  
¡Crist!  
Pilatillo.  
Polvos y lodos  
Ramque  
Per un piojo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



**La Almohadita**

—DEL—

**NIÑO JESUS.**

NOVELA ESCRITA.

—POR EL—

**P. LUIS COLOMA.**

—DE LA—

**COMPañIA DE JESUS.**

—EDICIÓN DE "LA DEFENSA."—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MONTERREY, MÉX.

Imprenta Católica, calle de Dr. Mier, número 70.

1893.

14328



1080044668

FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

133616

LA ALMOHADITA DEL NIÑO JESUS.

ERA la víspera de Navidad, y en una lujosa estancia de cierto palacio de Madrid preparaban, un caballero y una señora, un *Nacimiento*. Era aquel un *Nacimiento* á la española y á la antigua, con todos sus intrincados laberintos y todas sus graciosas impropiedades. Rocas de corcho y papel encolado, que sostenían una Belén de cartón: bosques de lentisco, ríos de cristal, chozas de paja, pastores y zagalas de barro, que bajaban por todas las veredas de la montaña, cargados de tortas, pavos y gallinas que ofrecer al Niño: rebaños de vacas y ovejitas que pacían mansamente en prados de serrín verde: bandadas de pájaros no clasificados en ninguna fauna conocida, perseguidos por cazadores que les disparaban sus escopetas, sin esperar á que Schwartz inventa



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra la pólvora. Un devoto ermitaño hacía resonar la campana de su ermita tocando á Misa, á media legua escasa del rey Herodes, que aparecía en la ventana de su palacio para contemplar la degollación de los inocentes: más lejos asomaba por la boca de un tunel un ferrocarril cargado de pavos, panderetas y zambombas; y allá, en el último término, se divisaba la brillante comitiva de los Reyes Magos, atravesando un puente más atrevido que aquel famoso del Diablo, cuyos cimientos es fama que los echó este ilustre arquitecto, quedando hecho desde entonces jefe supremo de la francmasonería. Al pié de la montaña se hallaba la gruta, y en ella dormía el Niño Divino en su camita de pajas: á su derecha le contemplaba la Virgen arrobada, y á su izquierda, le contemplaba también San José, apoyado en su florida vara. La mula y el buey se mantenían en el fondo á respetuosa distancia, y á la entrada de la gruta dos Guardias civiles, de gran gala, ordenaban á la multitud de pastores que habían llegado ya, deseosos de adorar al Niño. En los aires, suspendidos de invisibles hilos elásticos que les imprimían un suave movimiento, veíanse gran número de Angeles sosteniendo banderolas con letras de oro, que decían: *¡Gloria in excelsis!*

Conociáse, sin embargo, que una mano inteligente había dirigido aquella perspectiva verdaderamente admirable, conservando de intento esas graciosas impropiedades que despiertan en el corazón los dulces recuerdos de

la infancia. Todo era, por otra parte, rico y suntuoso: las figuras eran todas finas, y algunas de verdadero mérito: un rico tapiz flamenco cubría el fondo: arañas antiguas de cristal de Venecia cargadas de bujías, y macizos candelabros de plata, colocados acá y allá por la montaña, prometían á los pastores que no echarían de ménos en el camino ni el alumbrado de gas, ni las luces eléctricas. La estrella que guiaba á los Reyes Magos era una verdadera estrella de riquísimos brillantes, y otra en todo igual, colocada en el fondo de la gruta, esparcía sus magníficos reflejos sobre el celestial semblante del Niño. Plantas raras, y vistosas enredaderas criadas en invernaderos, festoneaban la montaña, y se entretejaban en el fondo con grandes espejos que, colocados frente á frente, aumentaban la perspectiva, y habían de causar, reflejando centenares de luces, un mágico efecto.

Hallábase el caballero, de que hicimos mención, subido en lo alto de una escalera de manos, poniendo en orden la turba de palafreneros, pajes, soldados, caballos y dromedarios, que formaban la comitiva de los Reyes Magos. Era un jóven de unos treinta años, cuya arrogante figura respiraba dignidad y gracia; vestía un elegante traje de casa, de color gris con vivos rojos, y un criado le iba alargando desde el suelo los personajes del séquito régio: llamábale señor Marqués, y le daba siempre el tratamiento de excelencia. La señora parecía más jóven, y con ser muy bella,

era más simpática: tenía puesto un gran delantal blanco sobre su traje también de casa, y ayudada por una doncella, colocaba una piara de patitos entre las ramitas de pino, que remedaban juncos en ambas orillas del río. El caballero la llamaba Elvira, y los dos criados le decían también señora Marquesa.

De repente sonó una estrepitosa carcajada detras de la cortina que cubría la puerta del fondo. Sorprendido el Marqués, se volvió en lo alto de la escalera con el rey Melchor en la mano, y estupefacta la Marquesa dejó escapar media docena de aquellos diminutos palmípedos, que comenzaron á patinar, más bien que á nadar, en aquel río verdaderamente cristalino: al mismo tiempo se precipitó en la estancia una señora joven envuelta en un abrigo de terciopelo azul guarnecido de martas, y se dejó caer riendo en un sofá, sin sacar las manos de su manguito de pieles.

—¡Magnífico! ¡portentoso! ¡admirable!—exclamaba sin cesar de reír. ¡Qué grabado tan bonito para la *Ilustración Española!*.... Cuadro de costumbres patriarcales.—¡Baucis y Filemon en su juventud lozana! .....

—¿Pero, por dónde has entrado?—dijo al fin la Marquesa.

—Pues hija, por la puerta, y sosteniendo una batalla campal con ese Bruin (oso), de librea que tienes en la antecámara.—¡Que los señores no reciben! decía; y yo haciéndome la sorda, me entré de rondon, y he llegado á tiempo de contemplar á esos papás de tiempos

bucólicos, preparando el Nacimiento para su niño.... ¿Y dónde anda Alvarito, que no lo veo cosido á tus enaguas?

—Lo he mandado al Retiro con Miss Folck, porque quiero que todo esto le coja de sorpresa.

—Y por cierto,—dijo el Marqués desde lo alto de la escalera, que á lo mejor se entra por las puertas, y no seremos nosotros los sorprendidos.

—¿Quiere decir eso que estorbo?...—Pues paciencia, primo mio; que para estos casos se inventó aquello de sufrir con ella las flaquezas de nuestros prójimos; y no he salido yo de mi casa con un frío de seis grados bajo cero, para irme sin ver este portento de tus manos.

Y acercándose la señora al Nacimiento, comenzó á recorrerlo todo con la vista, diciendo en tono burlesco:

—¡Ay qué bonito! .. ¡Los pastorcitos y las vaquitas!.... ¿Cómo hacen Elvira?... ¡múl! ¡múl! y las ovejitas, ¡bé! ¡bé! y los pajaritos, ¡pi! ¡pi!.... Mira, Alvaro, ó mejor dicho, Melibeo, ó Tirsis, ó Clorinto, baja de esa escalera con un sombrero de paja con lazos de rosa, y un cayadito en la mano, y ven con tu Alvarito á ofrecer al Niño-Dios un platito de requesones.... ¡Calla! ¿y andan tus brillantes alumbrando á los Reyes Magos?... ¡Vamos! ¿también á ti la felicidad doméstica te ha reblanqueado el seso?... No te los has puesto más que una vez, cuando fuiste á Palacio á tomar

el almohadon; y ya se los cuelgas á la mula y al buey....

—No, hija, no; le interrumpió la Condesa: se los pongo al Niño Jesús, que está en la cuna... ¿Acaso puedo emplearlos mejor que en honrar á Dios y entretener á mi hijo? ...

—Vamos, vamos. *Dorila* mía: ponte también un zagalejo colorado, y una guirnalda de frescas rosas, y vente con tu *Malibeo* á ofrecer al Niño un panal de rica miel y una oreita de manteca!....

—Si quieres venir por acá esta noche,—dijo el Marqués, tocarás la zambomba mientras uosotros hacemos la ofrenda.

—Me parece que la harás tú solo, *Melibeo*... Incivil é inculto *Melibeo*, que ni siquiera por respeto á una dama has bajado de esa escalera... Lo que es esta noche, tú *Dorila* no cenará contigo requesones; que me la llevo yo á que cene en mi casa *foie gras* y *pavo truffé*.... Sólo para convidarla he venido.

—¿Das algun baile?

—No: doy una Misa del Gallo.

Fué tal el flujo de risa que estas palabras seriamente pronunciadas causaron á los dos esposos, que la misma dama acabó también por reirse.

—¿Una Misa del Gallo?—exclamó el Marqués.—¿Y quién la dice? ... ¿Tú ó tu marido?

—Mi señor marido,—respondió la dama con cierta amargura, sa divierte en el Senado haciendo leyes....

—Y su señora mujer, se divierte en casa diciendo Misa;—le interrumpió el Marqués.

—¿Pues claro está!... Ayer se me ocurrió la idea, que por lo nuevo ha de causar efecto... Y eso que estaba de un humor de perros... Figúrate que me habían mandado de París un sombrero de invierno, con un gran pájaro lindísimo, como no he visto en Madrid otro. Apenas lo había sacado de la caja, se me entran en el tocador los seis niños con una dichosa perra perdiguera que les ha regalado su padre... Ver la perra el sombrero, creer que el pájaro era una perdiz, y lanzarse á él y llevárselo, entre los dientes, todo fué uno!... Yo chillaba, los chiquillos reían, la perra ladraba, los criados corrian azorados... En fin, hija; allá en las caballerizas pudieron arrancar á la perra el sombrero, que estaba ya como puedes figurarte.

Los dos esposos reían á carcajadas: la dama decía muy seria:

—Sí; reios, reios, que el caso es de risa... Te aseguro que si hicieran á Herodes ministro de Fomento me hacia ministerial hasta los huesos.

—¿Y no podria la modista arreglarte un bonete con los restos del sombrero?—preguntó el Marqués riendo. Te serviria esta noche para decir la Misa del Gallo...<sup>®</sup>

—Calla, *Melibeo*, y entretente con tus Reyes Magos; que nada quiero contigo,—respondió la dama; y dirigiéndose á la Marquesa, añadió: ¿Con que te espero á las diez?... Bai-

laremos hasta las doce: á esta hora nos dirá el Capellan la Misa en el oratorio: pero la Misa será cortita... Luégo cenaremos alegremente, y volveremos á bailar otro par de horas. Tendremos allí á todo Madrid, porque, apesar de la premura del tiempo á todo Madrid he convidado.

—¿Pero hablas formalmente?—preguntó la Marquesa.

—¿Pues digo acaso algun disparate?

—Un disparate, no;—replicó el Marqués con vehemencia. ¡Una herejía sí!

—¿Y en qué he faltado á la fe, señor teólogo?

—¿A la fe?... y á la esperanza, y á la caridad, y á la prudencia, justicia, fortaleza y templanza; que son tres virtudes teologales y cuatro cardinales.

—¡Oiga!... y qué presente tiene Melibeo el catecismo de Ripalda.

—Como que sobre no haberlo olvidado yo, se lo enseño todos los días á mi hijo.

—¡Oh, papá modelo!... Lástima que no se lo enseñara también á los míos el Licurgo de su padre, en vez de regalarles perras perdigueras.

—Y si fueras tú á la clase con ellos, aprenderías á no dar en tu casa Misa del Gallo.

—Pero me querrás decir lo que en esto te escandaliza?

—¿Pues te parece poco escándalo, el de convidar para una Misa, lo mismo que convidarias para un *thé dansant*?

—Mucho has variado, primo: porque cuando estábamos en Irlanda, y por Navidad nos llevaba el abuelo al castillo de Lord Gray, bien te entusiasmaba la Misa solemne que allí decían.

—¿Y quieres comparar una fiesta de familia, y de familia modelo, en que se dice una Misa con toda devoción y solemnidad que el caso requiere, con una Misa que se dice y que se oye para descansar de bailar y hacer ganas de cenar?.....

—¡Vaya!—dijo picada la dama. Era lo que me quedaba que ver: un capitán de artillería con escrúpulos de monja.

—Pues más he visto yo,—replicó el Marqués también picado: una señora Baronesa con conciencia de gastador.

Y al decir esto dió distraído tan fuerte golpe en la escalera con el rey Melchor, que le rompió la cabeza. Fué tanta y tan cómica la cólera del Marqués, al ver decapitado al inocente rey, que las dos señoras soltaron la risa.

—¡Anda!... ¡Me alegro!—dijo la Baronesa, dando con el pie á la cabeza del monarca que rodaba sobre la alfombra. Esa inocente víctima aplaca mi ira.

—¡A mí me importa poco tu ira!—gritó el Marqués, á quien acabó de exasperar la risa de la dama. Pero sábete que ni mi mujer, ni yo, ni mi hijo, ni nadie de mi casa, pondrán los pies en tu Misa del Gallo!..... Eso es una irreverencia, una profanación, casi un sacrilegio; y si el Vicario de Madrid se entera, por lo

ménos te excomulga... Lástima que no hubiera Inquisición, y saldrías por las calles de Madrid emplumada con todos tus tertulianos... ¡Bonitos pavos de pascua para tiempo de Navidades!

— ¡Pero Alvaro! — exclamaba apurada la Marquesa, viendo que la cosa iba de veras. ¡Calla por Dios!

— ¡Pues no callo: que son las mujeres el diablo!

— ¡Te equivocas! — gritó la Baronesa pàlida de ira. ¡Jamás he visto pintar diablos! ¡Diablos son siempre los que pintan!

— No le hagas caso, Inés.

— ¡Mucho le haré yo à tu marido! — decía la Baronesa, dirigiéndose furiosa à la puerta, seguida de su prima que en vano procuraba calmarla. Mejor le sienta la zamarra de Melibeo, que las ínfulas de Santo Padre!

— ¡Y à ti los cascabeles de la locura, que el bonete de doctora mística! — replicó el Marqués bajando de la escalera para buscar por el suelo la cabeza del rey Melchor.

— ¡Al diablo no se le ocurre otra cosa! — decía, procurando unirla al tronco, para ver si era posible la cura. ¡Digo! y del puntapié que le dió le ha desconchado las narices... ¡Cuando digo que la tal prima Inés tiene ménos seso que el rey Melchor!... Entretenerse con una Misa como quin se entretiene con una comedia!... y lo peor es que pondrá la ocurrencia de moda, y tendremos en Madrid Misas con coñillon y cenas con intróito...

A poco volvió la Marquesa entre risueña y apurada.

— La pobre Inés se ha ido furiosa, dijo.

— Pues que vaya al Senado à pegarla con su marido.

— Si, hombre: pero has estado duro con ella.

— Verdad que estuve durillo; pero el rey Melchor tuvo la culpa. Me dió tal coraje al verlo roto, siendo el que había de gustar más al niño, que se me fué la lengua y se me escapó la verdad.

— Y justamente la verdad es la que más punza.

— Locas como Inés, bien necesitan oirla.

— Verdad que es ligera; pero tiene el corazón más hermoso que he visto.

— Y la cabeza más destornillada que he conocido.

— Y nos quiere como à hermanos, y à nadie tiene en el mundo que la aparte de sus locuras.

— Es verdad... ¿Pero qué hemos de hacerle?

— Si tú quisieras.....

— ¿Qué?

— Podría convidar à sus niños para que viesesen à pasar la noche con Alvarito... Esto la aplacarìa.

— Pues convidalos y que vengan.... Con eso aprenderán los pobres chicos en casa ajena, lo que no aprenden en la propia.

Alborozada la Marquesa, se dirigió á la puerta para mandar poner el coche: el Marqués la siguió con una mirada que rebosaba amor y dicha.

—¡Mira!—le gritó al verla desaparecer. Díle también que envíe á la perra perdiguera con su sombrero de invierno... Así la satisfacción será completa.

La Marquesa se echó á reír, y el Marqués se quedó diciendo.

—¡El diablo son las mujeres... cuando no son ángeles como Elvira!

Púsose al fin el día, y llegó la Noche-Buena, con ese perfume de romero y tomillo que no han logrado desvanecer diez y nueve siglos; con esa alegría que baja del cielo, que se respira en la atmósfera y hace latir el corazón con cierto latido propio... ¡Noche Santa, Noche-Buena, de pura alegría en el hogar, de sublime solemnidad en el templo: noche en que todo parece que vive y siente y goza al recuerdo de los primeros vagidos de un Niño;

en que el alegre ruido de las panderetas y zambombas ahuyenta todas las penas y todos los cuidados, y despierta, hasta en el corazón más empedernido, esos santos ecos de la infancia, que hacen levantar la vista al cielo, buscando allí la inocencia perdida, y encontrando quizá el perdón y el arrepentimiento!... ¡Ah! grabad bien en la infancia, al son de zambombas y panderetas, el rostro de ese Dios Niño que duerme entre pajas: porque de los niños salen los hombres, por más que el pensarlo contriste el alma; y esa impresión dulcísima les hará reconocer más tarde, cuando la inocencia huye y la malicia llega, al Dios Niño que sonreía en Belén, en el Dios Hombre que perdona en el Calvario. Cante el Niño hoy ante el pesebre con alegres risas:

Ha nacido en un portal  
Llenito de telarañas,  
Entre la mula y el buey,  
El Redentor de las almas.

y este recuerdo hará mañana al hombre decir ante la Cruz, con lágrimas de arrepentimiento:

Cuando niño os contemplaba,  
Niño en brazos de María,  
Y en su divina alegría  
Tiernamente me gozaba.

Mas hombre, y hombre tan malo,  
Que no haceis ley que no quiebre,

Ya no os busco en el pesebre,  
Sino clavado en un palo... (1)

Esta era la gran obra, que sin comprender toda su trascendencia, adivinaba con su instinto de madre aquella buena Marquesa Elvira, y procuraba practicar en su hijo Alvarito. El niño se hallaba en su alcoba, y ayudábale á acostar su madre: sentado en las rodillas de ésta, con toda la gravedad de sus seis años, repetía el *Bendito*, y la oración del Santo Angel, y aquella otra oración *Bendita sea tu pureza*, fijando al mismo tiempo en aquel hermoso rostro que tan dulcemente le sonreía, esa mirada profunda, dilatada, propia del niño cuando reflexiona ó siente, que refleja su alma entera sin doblez ni culpa, con la misma pereza con que reflejan las tranquilas aguas de un lago, el terso azul del firmamento.

Habiale reprendido su madre, porque cuando su aya Miss Folck le hablaba en alemán para acostumbrarle á este idioma, ó bien callaba como un muerto, ó echaba á correr sacándole la lengua. El niño hizo dos ó tres pucheritos, que enternecieron á la madre: entonces le dijo, para consolarle, que era ya la Noche buena, y que á las doce vendría á despertarle el Niño-Jesus, que bajaba del cielo para salvar á los hombres, y repartir entre los niños más de mil cucuruchos de dulces, y lo ménos cuatro carros de aquellos juguetes que

[1] Lope de Vega: *soliloquios*.

guardan los ángeles entre las nubes de oro de que está tapizada la Gloria. Y al oír esto el niño, una alegría inmensa nacía suave en su corazón, y brotaba ruidosa por sus labios y dando gritos de júbilo saltaba en camisa sobre la alfombra, obligando á su aya la grave y tiesa Miss Folck, á correr en su persecución para traerle de nuevo á las rodillas de su madre. Añádiale entonces ésta, que también á las doce había de venir otro niño pobre, que era hermano del Niño del portal, y hermano de todos los niños buenos, y por eso era también hermano de Alvarito: pero aquel niño desdichado no tenía dulces, ni juguetes, ni ropa, ni abrigo, ni maná que le quisiera, ni papá que le diese aguinaldos, ni Miss Folck que le llevara al Retiro! . . . Y por eso aquel pobre niño lloraba mucho, mucho: tanto, que no había cesado de llorar, en tres meses que llevaba de nacido. . . . Y la carita del niño retrataba entonces una expresión de inmenso asombro, y después otra de intensa pena, y dos anchos lagrimones acudían á sus ojos, mientras prometía regalar á aquel niño desgraciado, tres tortas y dos polvorones, y un caballo de carton, y un sombrero con plumas, y un coche grande, grande; tan grande, como el que tenía su papá para ir á hacer al Rey las visitas . . . .

Poco á poco fuese apagando la locacidad del niño, y quedó al fin su alegría amortiguada bajo el sueño, como quedan ocultas, bajo suaves cenizas, las brasas encendidas. Sus ojitos se cerraron, sus bracitos cayeron á lo

largo del cuerpo, y su rubia cabeza fué á descansar sobre el seno de su madre. Entonces le colocó ésta en su camita blanda, cual un nido de pájaros, y haciendo sobre su frente la señal de la cruz, le dejó soñar esos misteriosos sueños de la infancia, en que vienen los ángeles de la Guarda á contar al oído de los niños hermosos cuentos del cielo. Opinión propia nuestra, cuya candidez hará reír á más de un teólogo, que no sabrá, sin embargo, explicarnos el origen de esa celestial sonrisa, que aparece de cuando en cuando en los labios del niño que duerme tranquilo.

Mientras tanto habian llegado los hijos de la Baronesa, y algunas otras personas de la familia, y reinaba en todo el palacio esa alegre animación, propia de esta santa noche, que trasciende y se esparce por todas partes, desde el salon á la cocina. Faltaba, sin embargo, un personaje, que era siempre en aquella casa el principal, en la fiesta de Noche-Buena. No se hizo esperar mucho: á las once y media se detuvo un coche á la puerta: bajó de él la buena Miss Folck, y ayudó luego á apearse á una anciana miserablemente vestida, que ocultaba, bajo el manton andrajoso que la cubria, una especie de envoltorio. El Marqués y la Marquesa, y cuantos en la casa habia, salieron á la escalera á recibir á aquella extraña visita: abrió entonces la anciana sus andrajos, y puso en brazos de la Marquesa, en medio del mayor silencio, un niño recién nacido, envuelto en viejos pañales de bayeta amarilla... Aquel

era el niño desdichado de que habia hablado la Marquesa á su hijo; aquel era el niño pobre que entraba en aquella ilustre casa como hermano del Niño de Belen, para conservar en ella la santa costumbre que desde tres siglos ántes atraía sobre sus moradores las bendiciones del cielo.

Una pobre dama de aquella familia habia introducido en ella, á fines del siglo XV, esta costumbre, que sus descendientes conservaban intacta. Preparaban las señoras al acercarse el tiempo de Navidad, una canastilla completa para un recién nacido: buscábase luego entre los pobres de las cercanías un niño de padres honrados, y era conducido la Noche-Buena en compañía de aquellos al palacio de los Marqueses. Colocábasele en una camita ante el Nacimiento, preparado al efecto; y allí, la ilustre Marquesa, rodeada de toda su familia, lavaba en memoria del Niño Jesús á aquel otro niño, pobre como él y desvalido, y le vestia ella misma las ropitas que sus propias hijas habian preparado y cocido. Ofrecíasele después al Niño-Jesús aquella imagen viviente suya, y se entregaba á los padres del niño una gruesa limosna: esta limosna era, en los tiempos del Marqués á que aludimos, una suma suficiente para que, impuesta en la Caja de Ahorros, hubiese podido producir á la mayor edad del niño, la cantidad necesaria para remitirle de quintas. Hábiale tocado aquel año á un pobre ángel de tres meses, huérfano de padre y madre, y este era el que

su decrepita abuela, único sosten con que contaba en la tierra, había puesto en brazos de la Marquesa.

Esta abrió las pobres mantillas del huérfano para besarle cariñosamente en la frente, y fué luego, seguida de todos, á depositarlo en la cunita preparada de antemano para el inocente huésped.

Pensóse entonces en dar principio á la fiesta, que había de tener lugar en la misma alcoba de Alvarito: comunicaba esta por un lado con la de sus padres, y hallábase separada por el otro con un tabique corredizo del aposento de Miss Folck. Allí era donde, sin que el niño sospechase su existencia, se había levantado el maravilloso nacimiento, de tal modo, que corriendo de repente el tabique divisorio, apareciese en todo su esplendor á la vista del niño. Encendiéronse los centenares de luces, y parientes, niños y criados, provisto cada cual de panderetas, zambombas, pitos y sonajas, fueron á colocarse detras del Nacimiento. La Marquesa cogió una bandera, y atravesando de puntillas la alcoba de su hijo, fué á ocultarse en ella detras de una cortina: el Marqués... ¡ah! Marqueses y no Marqueses de retorcidos bigotes y peinadas perillas, que andais por ahí buscando, sin encontrarlos, nuevos placeres; oidlo bien, y reid si os place de aquel compañero vuestro, que tan á mano los hallaba!... El Marqués, aquel ilustre Marqués, que el 22 de junio se batió solo contra siete, agarrado á una cureña, y el 18

de Septiembre tiró, á la cara de un general traidor, la escarapela revolucionaria que éste le ofrecia; aquel Marqués, decíamos, corria también de puntillas con una enorme zambomba cargada de cascabeles, á ocultarse junto á su esposa detras de la cortina, para esperar impaciente la campanada de las doce, y despertar á su hijo, cantando, ébrio de dicha, humildes coplas de Noche-Buena!...

Sonó por fin aquella hora, llena de alegrías y de misterios, y el tabique se descorrió de un golpe, dejando aparecer aquel foco de luz inmenso, al mismo tiempo que las panderetas y zambombas sonaron alegremente, acompañando á las voces que cantaban unidas.

¡Alegría, alegría, alegría!  
Que ha parido la Virgen María,  
Sin dolor ni pena,  
A las doce de la Noche-Buena....

• Alvarito se incorporó de un salto, abriendo los ojos asombrado.

—¡Noche-buena!... ¡Noche buena!—exclamó, fuera de sí cruzando las manitas; y ligero como un pájaro saltó de la cama, atravesó corriendo la alcoba, y fué á caer de rodillas ante el Nacimiento, con las manitas cruzadas sobre el pecho é inclinada la cabecita... ¿Qué pasaría entonces por el alma de aquel niño afortunado? ¿Creería que se hallaba realmente en los cielos, oyendo cantar el *Gloria in excelsis*? ¿Vería quizá, en efecto, al Niño-Jesús,

que sonriendo le tendía la mano<sup>o</sup>. . . . Es lo cierto, que cuando su madre acudió à envolverle en una gran capa de pieles, el niño se resistía à abandonar su actitud estática; y cuando su padre le levantó en brazos, besándole con delirio, gruesas lágrimas se desprendían de sus puros ojos azules, y llevándose una manita al corazón, que le latía apresurado, exclamaba fuera de sí:

—¡Ay! ¡ay! . . . ¡déjame! ¡déjame! . . . que yo seré siembre bueno . . . y no le sacaré à Miss Folck la lengua! . . . .

Pasados aquellos primeros transportes de sorpresa y santo júbilo, la Marquesa se sentó al pié del Nacimiento, para vestir al huérfano en memoria del Niño Divino: uno le traía el agua tibia y perfumada; otro le presentaba los pañales zahumados con romero y alhucema; aquél quería colgarle él mismo en las fagitas el *brevetin* bordado de lentejuelas que encerraba los Evange ios, y cuando ya vestido el pobre huérfano, fué Miss Folck à mullirle la almohadita de la cuna de caoba que también le regalaba la Marquesa. Alvarito se la arrancó violentamente de las manos, gritando:

—¡No! . . . ¡esa no! . . . ¡La mia! ¡la mia! . . .

Y corriendo hácia su cama trajo su almohadita de tafeten rosa, con funda de finísima Holanda, y la colocó él mismo bajo la cabeza del huérfano.

A la mañana siguiente recogió la Marquesa aquella almohada, como quien recoge una reliquia, y adornándola con encajes de grandísi-

mo valor, fué à colocarla bajo la cabeza de un hermoso Niño-Jesús, digno de Montañes, ó la Roldana, que, acostado en un pesebre de plata, ocupaba el centro del altar de su magnífico oratorio.



III.

Habia pasado un año, y vuelto à llegar la Noche-Buena, con esa inalterable regularidad del tiempo, cuyo impasible paso deshoja hoy las alegrías de ayer, y seca mañana las lágrimas de hoy . . . Muchas se derramaban aquella noche en el palacio de los Marqueses: los criados andaban de un lado à otro tristes é inquietos; numerosas visitas entraban y volvían à salir, por no encontrar en aquellos salones desiertos quien las recibiera, ni atreverse tampoco à penetrar en aquella risueña alco-

ba de Alvarito, en que se habian entronizado entónces el dolor y la muerte. El niño se hallaba agonizando: su padre, aquel hombre robusto y valiente, de corazón de acero y miembros de hierro, á quien jamas doblegó temor alguno, yacia anonadado, sin movimiento, tendido en un sofá, sin dar otra señal de vida, que estremecimientos nerviosos y sollozos convulsivos. La Marquesa, por el contrario, parecia encontrar fuerzas, en la misma inmensidad de su dolor: serena al parecer, enérgica, sin haberse movido en tres dias consecutivos del lado de su hijo, ni aun para tomar alimento, le oprimia entónces entre sus brazos, envuelto en una manta de borra de seda, y expiaba sin cesar el rostro cadavérico del niño, que parecia sumido en un letargo, precursor sin duda de la muerte. A su lado estaba la Baronesa Inés, sentada junto á la camita vacia, sobre la cual se hallaban esparcidos multitud de juguetes, con que en vano habian intentado distraer al inocente enfermo. De cuarto en cuarto de hora entraban dos médicos en la estancia, y después de reconocer al niño, se alejaban haciendo tristes augurios.

A las once y media tomó la Baronesa un vaso que contenia una medicina, y se puso de rodillas junto al niño, para hacerle tomar una cucharada que habia recetado el médico. Su madre le movió dulcemente.

—¡Alvar!... ¡Alvarito!—le dijo, con suave voz, que parecia una caricia.

Mas el niño no contestaba ni se movia, y su fatigosa respiración se asemejaba siempre á un quejido continuo. Angustiada la Marquesa acercó sus labios al oído del niño, y repitió en voz más alta y más temblorosa.

—¡Alvaro!... ¡hijo mio!... ¿No me oyes?... ¿Quieres á tu madre?... ¿Me quieres? ...

El niño abrió los ojitos, y lo miró fijamente sin contestar: alzó luego su manita enflaquecida, y acarició con ella aquellas mejillas pálidas por el insomnio, que se inclinaban sobre su rostro: después la dejó caer extenuado, y volvió á cerrar los ojos.

La Baronesa intentó entónces introducir en su boca la cuchara mas, de tal manera se habian encajado los dienteitos del niño, que fué imposible hacerle tragar aquella medicina, que era ya la última esperanza. La Baronesa se echó á llorar, y llamó entónces á los médicos; el más anciano habia salido, y el otro le dijo en voz baja:

—Es inútil: no tardará una hora en llegar la agonía.

De allí á poco sonó una campanada, y luego otra y después otra, hasta sonar doce, anunciando que el Niño-Dios bajaba del cielo, á traer paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. Un extraño fenómeno se operó entónces en aquella estancia: el Marqués se incorporó pálido como la muerte: su mujer apartó del niño sus ojos extraviados, para tender en torno suyo una mirada medrosa: la Baronesa dió dos ó tres pasos sin dirección fija,

mirando á todas partes aterrada... Hubiérase dicho que ALGO que no era de este mundo habia cruzado en aquel momento la alcoba, infundiendo en los presentes ese misterioso terror que pega la lengua al paladar y eriza los cabellos; ese pavor divino, que despierta siempre en el alma, todo lo que es sobrenatural y milagroso. Una convulsión terrible agitó al mismo tiempo el cuerpecito del niño, y oyósele gritar distintamente:

—¡Me muero!... ¡Mamá, me muero!.....¡El Niño me trae la almohadita!.....

La Marquesa se levantó, como movida por un resorte, pálida, rígida como un muerto, y exclamó tendiendo el niño á su prima.

—¡Tenlo!

—¿Pero qué haces?—exclamaba aquella espantada.

—¡Tenlo, te digo!—repitió la madre con un acento, que no parecía humano; y dejando al niño en brazos de la Baronesa, salió rápidamente del cuarto, entró en el oratorio, cogió aquella almohadita de Alvarito, que un año ántes habia colocado ella misma bajo la cabeza del Niño-Divino, y volviendo apresuradamente á la alcoba, reclinó en ella á su hijo moribundo.

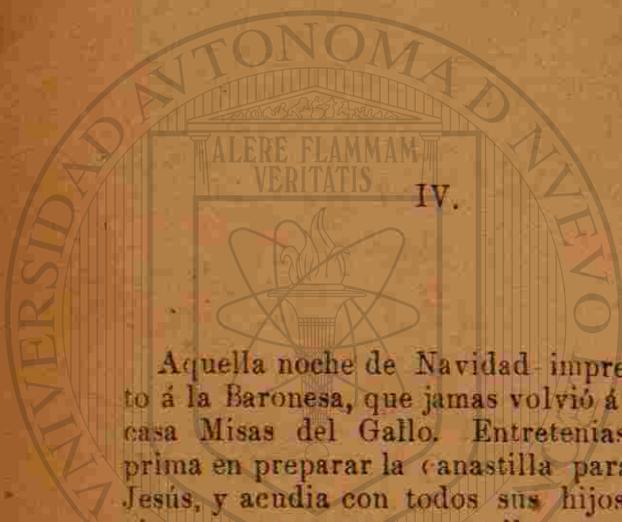
—¡Alvaro! ¡Alvaro!—decía, rodeando un brazo al cuello de su marido, y arrodillándose, abrazada á él, junto á la camita del niño... ¡Si Jesús no lo salva, nos quedaremos sin hijo!....

Reinó entónces un silencio, que á veces interrumpia un sollozo, y dejaba oír siempre la angustiada respiración del niño: poco á poco aquel estertor fuése haciendo ménos fatigoso: una hora después era sólo agitado, y al amanecer, cuando los primeros reflejos del alba iluminaron el rostro del niño, blanco cual un jazmin cortado á la mañana, era su respiración la de un sueño tranquilo.

Entónces entró el más anciano de los médicos, y preguntó, después de examinar al niño, si habia tomado la medicina. La Baronesa se la mostró con el dedo, intacta en el vaso.

—Pues entónces,—dijo el anciano, moviendo la cabeza,—el Niño-Jesús es quien le devuelve á V. su hijo.

La Marquesa extendió los brazos, y lo que no habia logrado el dolor, lo pudo la alegría: lanzó una especie de gemido, y cayó sin conocimiento al pié de la cama de su hijo.



Aquella noche de Navidad impresionó tanto á la Baronesa, que jamas volvió á dar en su casa Misas del Gallo. Entreteniase con su prima en preparar la canastilla para el Niño-Jesús, y acudía con todos sus hijos á presenciar y tomar parte en aquella santa costumbre, tan antigua en su familia.

Las revistas de salones lamentaban el eclipse de aquella brillante estrella, y el hogar de sus hijos recobraba el santo calor de su corazón de madre. Mas no por ser madre excelente dejó de ser gran señora, ni necesitó tampoco para convertirse en perfecta cristiana, pasar todo el día rezando en la Iglesia, *envuelta, como cierta ilustre dama teme, en manto largo, largo, largo, . . .*

FIN

# La Pascua Florida

—Y—

EL CUARTO AYUNAR.

NOVELA ESCRITA.

—POR EL—

P. LUIS COLOMA.

—DE LA—

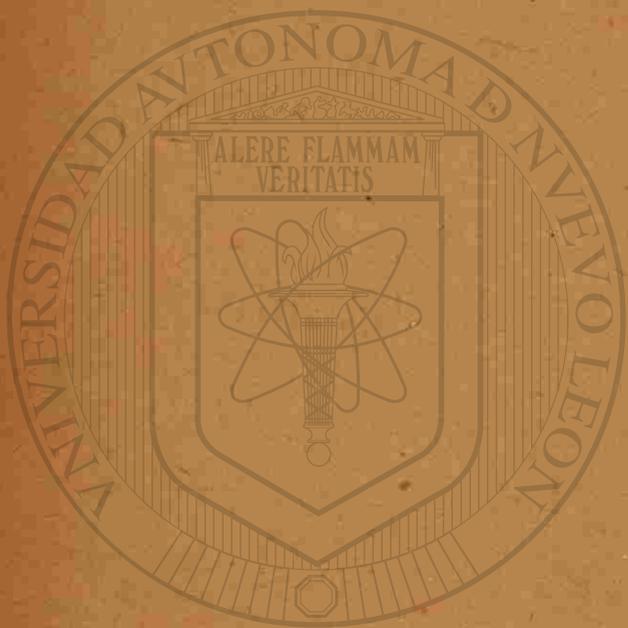
COMPañIA DE JESUS.

—EDICIÓN DE "LA DEFENSA."—

MONTERREY, MÉX.

Imprenta Católica, calle de Dr. Mier, número 70.

1893.



## LA PASCUA FLORIDA

—v—

EL CUARTO AYUNAR

Oh la belle statue! Oh le beau piédestal!  
Les vertus sont à piéd: le vice est à cheval.  
¡Oh qué bella estatua! ¡Oh qué hermoso pedestal!  
Las virtudes están á pié: el vicio está á caballo [1].

En una de las calles más solitarias de Z<sup>ra</sup> hermosa y rica ciudad de Andalucía, hallábase situada una casita, cuyo humilde portal coronaba un escudo guarnecido de castillos y leones, rematado por una corona real; debajo de esta noble enseña, que imponía respeto, leíase este caritativo letrero, que conmovía el corazón:

[1] Epigrama á la estatua aneestre de Luis XV. cuyo pedestal está formado por un grupo que representa á las virtudes.

## ESCUELA GRATUITA DE MARÍA INMACULADA.

Porque si el que practica la grande obra de misericordia de enseñar al que no sabe, recoge en el cielo copiosos frutos, no los proporciona escasos al pobre à quien da una educación, que es en el manantial y raiz de la vida laboriosa y honrada.

Después de atravesar un pequeño patio y subir una no muy ancha escalera, llegábase à una puerta coronada à su vez por un cuadro con marco de caoba, en que se leían estos versos, escritos con unos floreos que colocaban à su autor en parangon con Iturzaeta:

¡Oh qué malo que sería,  
Si el que en esta clase entrare,  
Por desdicha se olvidare  
De decir: *Ave María*.  
Como si, después de oída  
Palabra tan celestial,  
No se responde puntual:  
¡Sin pecado concebida!

Aquella puerta daba entrada à la clase, solon largo y proporcionadamente ancho; à la izquierda, à la derecha y à los piés, velanse bancos con sus carpetas para escribir; en el testero, una tarima; y colgado de la pared un cuadro de la Purísima Virgen, bajo un dosel de percalina celeste. Sobre los bancos de la izquierda habia un cartelon en que se hallaba escrito con colosales letras, *Roma*; sobre los

de la derecha se leía *Cartago*, y sobre los del fondo veíase otro tercer cartel con este letrero: *Insula Asnaria*. Colgaba de un clavo sobre el bando romano, una corona de laurel, digna de ceñir las sienes del mismo Augusto; y frente por frente de ella, una cabeza de asno, hecha de carton, extendía sus descomunales orejas, como si cobijase al bando cartagines, sobre que se hallaba.

Los alumnos que tenían su asiento en el lado Roma, luchaban de continuo con los del pabellon cartaginés, y al fin de la semana el bando vencedor conquistaba la corona de laurel y los elogios del maestro, quedando para el vencido las censuras de aquel y la cabeza de asno. Los desaplicados, tanto del uno como del otro bando, eran desterrados à la *Insula Asnaria*, especie de lazareto donde guardaban cuarentena aquellos apestados intelectuales.

Este sencillo y curioso método de enseñanza, que despertaba de una manera pasmosa la emulación de los muchachos, era el que empleaba en su humilde templo de Minerva, D. Justo Cucaña, maestro, hacia treinta y cinco años, de la escuela gratuita de María Inmaculada.

Veíanse representados en aquel modesto recinto los dos crepúsculos de la vida: por un lado el de la niñez, crepúsculo de la mañana, ligera como los pájaros, bulliciosa como una fuente, alegre y risueña como todo lo que empieza; por otro el de la tarde, D. Justo, pesa-

ba como el que lleva sobre sí la carga de la experiencia, silencioso como e que conoce el valor de las palabras, serio y triste como todo lo que se acerca á su fin. Pero dentro de aquellas humildes paredes formaban un sólo cuerpo el viejo y los niños, la alegría y la tristeza, el silencio y el bullicio, el eco de la cuna y el prelude de la tumba: así era que al rezar la Salve á la Virgen, que como prólogo de las explicaciones abría diariamente la clase, mezclábase la cascada voz de D. Justo con las argentinas de sus discípulos, y ambas oraciones subían al cielo apoyándose la una en la otra, como si la inocencia sostuviese á la virtud cansada, y ésta guiase á aquella, que es ciega y nada ve.

Así pasaban los días de D. Justo, uniformes y tranquilos como un estanque de aguas claras; pero al estallar la revolución de septiembre de 1868, el inofensivo maestro de escuela fué señalado como un peligroso reaccionario, por no haber colgado su balcon en señal de regocijo con la colcha colorada que solía poner en las fiestas de Corpus y de la Purísima, titular de la escuela, y por fomentar en sus discípulos las rancias ideas tradicionalistas, narrándoles de continuo el diálogo que había sostenido el año veinte con S. M. el rey D. Fernando VII.

Hallábase D. Justo en Madrid, y deseoso de conocer al monarca, fué un sábado á la Salve de Atocha, adonde, según la tradicional costumbre, asistía la Corte. Colocado D. Justo

junto al mismo coche regio, hacíase todo ojos para contemplar á la salida al Rey de las Españas. Al poner Fernando VII el pié en el estribo, miró al cielo encapotado, y dijo á un gentil hombre:

—Me parece que nos va á llover....

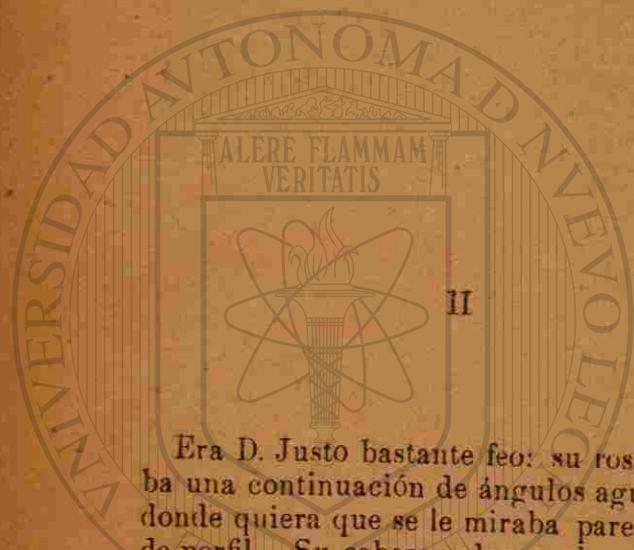
Don Justo alargó entónces al monarca su colosal paraguas de algodón encarnado, y dijo respetuosamente:

—Si su Real Majestad quiere aceptar el paraguas del más fiel de sus súbditos .....

El Rey se echó á reír, y le contestó entrándose en el coche:

—Gracias, amigo; sentiría que V. se mojase.

—Ved aquí, hijos míos, añadía D. Justo enternecido, cada vez que por amanecer nublado encontraba ocasión de referir esta historia á sus discípulos: ved aquí el amor que nos tienen nuestros monarcas.... El Rey de España y de sus Indias me llamó su amigo, y no permitió que yo me mojasel....



Era D. Justo bastante feo: su rostro formaba una continuación de ángulos agudos, y por donde quiera que se le miraba parecía vérselo de perfil. Su cabeza calva en la parte superior, había pedido auxilio á los pelos de la cuna, qua encaramados sobre la frente y las sienas, formaban tres vistosos pompones, semejantes á las potencias de un Niño-Dios.

Su traje diario nada notable ofrecía; pero en las grandes solemnidades sacaba D. Justo un frac híbrido, que mostraba las calvas debidas á los niños y al cepillo, con el mismo noble orgullo con que muestra un hidalgo sus amarillentos pergaminos; venerable antigüedad que había sufrido, al filo de tijeras y al hervor del palo de campeche, todas las metamorfosis de Ovidio, y acerca de la cual co-

rran en el barrio tradiciones de cuya autenticidad no respondemos, por ser tan difícil poner en claro la verdad de estos hechos en la hiperbólica tierra de Andalucía. Decíase que un inglés excéntrico había ofrecido por aquel frac fósil más de quinientas libras esterlinas; pero D. Justo, que consideraba la ingratitude, como hija del interés y de la vanidad, propia sólo de almas bajas y ruines, rechazó indignado las proposiciones del hijo de Albion, y bautizó á su querida prenda, teniendo en cuenta todos los oficios que había desempeñado, con el honorífico nombre de *capi-levi-frac*.

Un gran triunfo estaba reservado para D. Justo: al dar su mano de esposo á doña Tomasa Cordero, poco después de su amistoso diálogo con el señor rey D. Fernando VII, el Himeneo y el Amor cerraron el templo de Jano, y en unión de la Concordia fueron á reinar pacíficamente bajo el humilde techo de la escuela gratuita de María Inmaculada. Después de treinta y cinco años de matrimonio, habíanse identificado ambos esposos en ideas, en sentimientos; y hasta en instintos; pero á medida que sus almas se fundían en una sola, sus cuerpos alejábanse progresivamente, hasta ofrecer un notable ejemplo de la poderosa ley de los contrastes.

Don Justo, alto, seco, delgado, era llamado en el barrio, *El Cuarto Ayunar*. Doña Tomasa, pequeña, encarnada, rolliza, tan sólo era designada con el nombre de *La Pascua Florida*.

Pero tanto bajo el sumido pecho de D. Justo, como alto el abultado de doña Tomasa, la tía uno de esos corazones á que la humanidad oculta su propio mérito; que son buenos por instinto, porque la bondad es su atmósfera; que son heroicos sin esfuerzo, sin violencia, sin darse cuenta de ello, sin pasiones que vencer, porque allí no corren vendavales, sino la brisa que en la primavera hace nacer las flores, y en ellos produce los sentimientos de piedad más dulces, las obras de caridad más grandes, los sacrificios en pro de otros, que entre los hombres no tienen premio ni recompensa, porque los sublima el silencio, pero que de Dios merecen, no coronas de soberbios laureles que se secan, sino de suaves siemprevivas que no se marchitan nunca! . . .

Y aquella pobre mujer, cuyo corazón hubiera latido á sus anchas en el pecho de una Teresa, era reputada, hasta por las comadres del barrio, tan sólo por una  *bendita* ! Y aquel pobre viejo, cuyos sentimientos de honor é hidalguía hubieran realzado al más leal tipo de caballeros de la Edad Media, era á los ojos de todos un ridículo  *Quijote* ! . . . .

¡Triste mundo, que pasa distraído junto á lo que  *vale* , y se queda deslumbrado ante lo que  *reluce* ! ¡Triste egoismo de nuestra época, que por llevar el corazón en la cabeza, se ríe de los que dejan latir dentro del pecho! ¡Triste positivismo de este siglo, que sólo tiene para D. Quijote la risa de la burla, porque no acaba de comprender que ni lo grande, ni lo

heroico, ni lo santo, están en el  *resultado*  obtenido, sino en la  *idea*  sustentada! . . .

¡Bendito D. Quijote! Para nosotros, que sabemos prescindir de tus risibles hechos, para admirar tus buenos propósitos, cada porrazo que llevaste es una hoja de laurel de tu corona; cada palo que te dieron, una página sublime de tu historia; y más queremos ennoblecer lo pequeño, haciendo como tú de una vacía de afeitar un yelmo de Mambrino, que rebajar lo grande haciendo una bandera, como los hombres de nuestro siglo, de una vara de medir y un lienzo de cañamazo! . . .



### III.

En cierta ocasión, el Gobierno, cosa en él muy frecuente, no tenía dinero, y cosa más frecuente todavía, á nadie pagaba. La Pascua Florida iba perdiendo sus carnes, y El Cuarto Ayunar se vió precisado á observar como regla ordinaria, el precepto que le daban por apodo. Un día volvió D. Justo de la calle pálido y desencajado, y se dejó caer en

una silla con muestras del más profundo abatimiento.

—¿Qué hay?— exclamó asustada doña Tomasa.

—Que el Gobierno no paga á los hospitales, ni á la Casa-cuna... ¡y van á cerrarse!— contestó D. Justo con voz cavernosa.

—¡Ay Jesús, qué herejía!— exclamó doña Tomasa, entre compadecida é indignada; y fijándose su tierno corazón en los más desamparados, los niños expósitos, que ni aún quejarse podían, añadió:

—¿Y qué les espera entonces á esos angelitos de Dios, que no tienen amparo en la tierra?....

—¡Morir de hambre!

Doña Tomasa rompió á llorar á trapo tendido, y de los ribeteados ojitos de D. Justo brotó una lágrima, que entrando y saliendo en las cavernas que su anguloso rostro formaba, vino á confiar á su venerable corbatin de seda negra no sé qué cosa de esa sublime caridad importante, que guarda el pobre hácia el pobre, á quien sólo puede dar sus lágrimas de compasión; lágrimas que Dios recoge y bendice, y que en su infinita justicia ha puesto en los ojos del indigente, como compensación á la limosna santa que en manos del rico pone, para que con ella abra las puertas del cielo.

—¿Y no hay remedio?— preguntó doña Tomasa.

—¡Ninguno!— contestó D. Justo limpiando-

se los ojos con un pañuelo colorado, de los llamados de fraile.

La Pascua Florida y El Cuarto Ayunar, sentados frente á frente, silenciosos, anonadados, sintiendo arder en sus corazones la llama de la caridad, que estérilmente los consumía, ofrecían, no ya el espectáculo tierno y conmovedor de la bondad que sufre, sino el admirable y heroico de la bondad que olvida sus sufrimientos para compadecer los ajenos. De repente rompió el silencio, interrumpido sólo por los ruidosos sollozos de doña Tomasa, la voz de un ciego, que pregonaba billetes de la lotería. Doña Romasa se levantó como impulsada por una idea repentina; saca de su profunda faldriquera dos pesetas—¡las únicas que tenía! ¡con las que contaba para comer hasta que la Providencia le deparase otras!—y compra un décimo de billete, que fué á sujetar en un cuadrito de la Virgen del Carmen, mientras murmuraba con e acento de la fe más sincera, del dolor más amargo, de la esperanza más caritativa:

—¡Prémialo, Madre mía, prémialo, que esos inocentitos no tienen qué comer!....

A los dos días vendían los ciegos *La Correspondencia de España*, con la lista de la lotería: doña Tomasa compró un número, y sin la menor sorpresa, porque su acrisolá fé así lo esperaba, encontró premiado con veinte mil reales el billete que la Virgen del Carmen custodiaba. D. Justo cobró aquella suma en hermosas y sonoras monedas de cinco duros, y

con su capi-levi-frac majestuosamente abrochado, sus potencias atusadas como nunca, y cubiertas por un sombrero de copa alta, de colosal altura y forma cilíndrica, fué á poner los mil duros en manos de la Superiora de la Casa de expósitos, sin que le ocurriese siquiera la idea de aliviar sus apuros pecuniarios con una sola de aquellas monedas que, en la rectitud de su alma, consideraba sagradas como un depósito. El billete había sido comprado para los niños de la Cuna, y suyo era el premio.

Agradecida la Superiora, le preguntó, sin poder disimular la sorpresa que aquella cuantiosa limosna le causaba en una persona al parecer tan pobre:

—¿Y quiere V. decirme á quién hemos de agradecer esta caridad tan grande y tan oportuna?

Don Justo no había contado con esto: enrojeció hasta el blanco de los ojos, sus potencias cayeron lácias sobre el cráneo, y luchando entre su modestia, que le mandaba callar, y su horror á la mentira, que jamas manchó sus labios, guardó silencio, anonadado como el reo que ve descubierto su crimen. Mas derrepente vino á la memoria el cuadrado de la Virgen del Cármen, guardiana del billete, y con aquel aire de satisfacción y desembarazo del que sale triunfante de un grande apuro, contestó á la atónita Superiora:

—¡A la Virgen del Cármen, señora, á la Virgen del Cármen! . . . .

Y aquella noche dormían la bendita doña Tomasa y el Quijote D. Justo, con la sonrisa en los labios y la paz en el alma, después de haber tomado por alimento, en todo el día, un plato de pimientos asados!



## IV.

El día 22 de septiembre de 1868, notábase una extraña animación en la escuela gratuita de María Inmaculada. Los romanos zumbaban como abejas, como abejarrones los cartagineses, y los de la Insula Asnaria parecían imitar á sus titulares. D. Justo había bajado de su empinado solio, y paseábase con la palmeta en la mano, dirigiendo amenazadoras miradas de Roma á Cartago, y de Cartago á la Insula Asnaria.

La revolución de septiembre había estallado: cerrados toda clase de establecimientos, las músicas transitaban por las calles tocando el himno de Riego y la Marsellesa, y un entusiasmo oficial reinaba por todas partes. Algunos, que claramente habían manifestado su desagrado, se llenaron de una espontánea, vo-

luntaria y sincera alegría, ante los persuasivos argumentos con que amenazaban algunos oradores liberales que, colocados por las esquinas, abrían sus negras bocas sobre cureñas férreamente claveteadas.

Sólo la escuela gratuita de María Inmaculada conservaba abiertas sus puertas; y allí, firme como una roca don Justo, ayudado de su elocuente palmeta, esforzabase por mantener el orden entre sus subordinados, que, poseídos de un patriótico entusiasmo, parecían dispuestos á tomarse por fuerza las vacaciones, que de grado no se les daban. Pero ¿cómo había él de tomar parte en el regocijo público?... ¡Él, que había oído gritar aquellas turbas; ¡Muera Pio IX!... ¡El que había visto arrastrada por el suelo la corona de Fernando VII, el monarca de España y de sus Indias que le llamó un día su amigo, y no quiso permitir que el más fiel de sus súbditos se mojase por su culpa!...

Romanos, cartagineses y asnarios habíanse aliado para llevar á cabo una conspiración en contra del anti-revolucionario D. Justo. El plan era bien sencillo: un nudo de la madera desprendido de la mesa del maestro, formaba un hoyito en que éste, sumamente apegado á sus hábitos, solía introducir el dedo índice de la mano con que accionaba; clavaron en él los conspiradores una aguja con la punta para arriba, y relleno el hueco de acibar, esperaron á que el inocente D. Justo encontrase allí el castigo de su tiranía. Distruido éste,

hacia leer á uno de los cartagineses las máximas de Martínez de la Rosa.

—Lea V. con sentido, que eso no es un romance de ciego, decía; ha de leer así!...

Quien maltrata á un animal,  
No muestra buen natu...

—¡Canastos!—se interrumpió el buen maestro, al sentir un terrible pinchazo en la punta de su dedo, que impulsado por la costumbre había ido á introducirse en el hoyito conspirador; y llevando naturalmente á los labios la parte lastimada, murmuró atónito al sentir en la boca el amargor del acibar:

—¿Qué es esto, Dios mío?

Una explosión general de malignas risas acogió la sorpresa de D. Justo, que en vano preguntó, indagó y quiso averiguar. Viendo la inutilidad de sus pesquisas, el ofendido maestro, haciendo hasta la magnanimidad honor á su nombre, perdonó antes que exponerse á castigar á un inocente. No obstante este noble comportamiento, aquellas hordas liliputienses siguieron agitadas, como si presagiasen alguna nueva borrasca.

—Vea V. se decía D. Justo, paseando de arriba abajo lo que puede el mal ejemplo. Hasta en estas criaturas se refleja el espíritu revolucionario de esta pícara época.

De repente interrumpió sus reflexiones una atiplada vocecita, que, saliendo del bando cartagines, gritaba:

—¡Viva la libertad!

Don Justo se volvió, ligero como una veleta, dirigiéndose con la palmeta levantada al punto de donde había salido aquel grito subversivo; pero solo encontró ojitos bajos, caritas contritas, que con una man-edumbre evangélica no osaban levantar la vista del suelo. En aquel momento, otro grito salió de las huestes romanas; y D. Justo obligado por las circunstancias á adoptar la política de concesión y represión, resolvió levantar la clase media hora antes de la de costumbre: cantóse la Salve á la Virgen algo más desentonada que de ordinario, y desfiló la amotida plebe.

El día siguiente, D. Justo, revestido de toda su gravedad, y envuelto en su capi levi-frac como en las grandes solemnidades, se presentó en la clase armado con su palmeta acostumbrada, y unas atroces disciplinas de extraordinario. Roma, Cartago y la Ínsula Asnaria temblaron ante aquel aparato de fuerza; se cantó la Salve con el mayor recogimiento, y concluida ésta, subió D. Justo á la tribuna, desde donde, con levantado acento y severo continente, dijo así:

—He llegado á sospechar, señores, que algunos de los individuos que concurren á este digno establecimiento tratan de introducir entre los demás el desorden que reina en el resto de la Península. . . . Mas yo tengo medios, añadió mostrando al horripilado auditorio la palmeta y las disciplinas, para mantener el orden! . . . y si hay entre vosotros alguna len-

gua que se atreva á proferir un solo grito subversivo. . . . ¡capaz soy . . . .

Y D. Justo alzó el cerrado puño, miró á Roma, luego á cartago, á la ínsula Asnaria después, y dejando caer la mano sobre la mesa con la misma fuerza con que Juno debió golpear la tierra al nacer la serpiente Pyton, concluyó con el acento de Neptuno al pronunciar el famoso *!Quos ego!* . . . .

—¡De echársela á mi gato! . . . .

El más hondo silencio se apoderó de los revolucionarios. D. Justo disertó entonces sobre el amor al altar y la fidelidad al trono; y encontrando ocasión oportuna como nunca, refirió una vez más su familiar diálogo con el señor rey D. Fernando VII, cuando en el día 16 de abril de 1820, al salir S. M. de la Salve de Atocha y estando el cielo encapotado, dijo que iba á llover, y llamó amigo al fiel súbdito que le ofrecía su paraguas de algodón encarnado.

—Y en aquellas palabras,— prosiguió D. Justo, *Gracias, amigo; sentiría que V se mojase*, que me dirigió el monarca de España y de las Indias, en cuyos dominios jamás se pone el sol. . .

El sol se puso en aquel momento en el rostro del maestro, al ver que la puerta se abría con estrépito, y un hombre entraba en la clase: de su cintura pendía un largo y corvo sable, que arrastraba por el suelo; en la manga de su levita, cuyo color indefinible recordaba el de ciertos hombres políticos, brillaban dos galones de oro problemático; colorada era su

corbata, colorada era la pluma que tremolaba en el alto de su grasiendo sombrero, y colorada era también la punta de su nariz, que no era indudablemente el pudor quien la había enrojecido.

Aquel hombre era delegado de una de las muchas *Juntas Gubernativas*, que, constituidas en aquel entonces por su propia virtud, ejercían sobre los pueblos, á quienes la sorpresa de tanta osadía no dejaba sacudir su yugo, una tiranía semejante á la del lacayo que por un momento se viera señor de su dueño.

Sin contestar al cortes saludo, que, no obstante su estupor, le hizo D. Justo, puso aquel hombre en manos del atónito maestro de escuela un cartapacio, en que éste leyó en voz alta:

“De orden del señor Presidente de la Junta Gubernativa de Z\*\*, se advierte á todos los directores y maestros de escuelas gratuitas, que para solemnizar y conmemorar el glorioso alzamiento de septiembre de 1868, sustituyan la Salve, que á la apertura de las clases acostumbraba antes cantarse, con el popular himno de Riego. Lo que cumpliendo la orden del señor Presidente, se le notifica á V. para su gobierno.

Salud y fraternidad.—Z\*\*, 22 de septiembre de 1868” (1).

Don Justo dejó escapar el papel, y cayó en su sillón, elevando las manos al cielo.

[1] Histórico.

Roma, Cartago y la Ínsula Asnaria pronunciaron en un grito unánime de entusiasmo, y dando estrepitosos y atiplados vivas á la libertad, y mueras á D. Justo, precipitáronse por la escalera, cual ruidosa avalancha. Una vez en la calle, formáronse de cuatro en cuatro con su capitán al frente, sus tenientes á los lados, y sus cabos á la cola, y en esta forma recorrieron las calles de la población, cantando el himno de Riego.

Mientras tanto D. Justo, vuelto en sí de su sorpresa, coge el primer papel que á mano encuentra, y empuñando la pluma, escribe, cual aquel moro Tarfe.

Con tanta cólera y rabia,  
Que donde pone la pluma  
El delgado papel rasga.

“Señor Presidente de la Junta Gubernativa de Z\*\*. He recibido el oficio que me dirige, y no permitiéndome mis sentimientos de *católico apostólico romano*—y D. Justo puso estas palabras en letra bastardilla y muy gorda—ni mi honor de caballero, ni siquiera de hombre honrado, cumplir su anticristiana orden, le suplico acepte la dimisión que hago del cargo directivo de esta escuela gratuita de María Inmaculada, que durante treinta y cinco años he venido desempeñando.

Dios guarde á V. muchos años.—Z\*\*, 22 de septiembre de 1868.”

—Pero hombre,—decía apurada la Pascua Florida, transige un poco, y que canten la Salve con la tonada del himno de Riego.

—¡Transigir!... No transige la conciencia.

—Dios quiera que no nos cueste la torta un pan, Justo: ni siquiera le das *usía* á ese señor *arcarde*.....

Don Justo miró, por primera vez en su vida, á su mujer indignado.

—¡Yo!—exclamó. ¡Yo dar tratamiento á un poder revolucionario!... ¡Yo, á quien S. M. el Rey D. Fernando VII llamó su amigo, y le dijo familiarmente que iba á llover aquel día!... es decir, se lo dijo al gentil hombre, y entonces fué cuando yo....

—¡Ay Justo!—le interrumpió doña Tomasa, que no estaba en aquel momento para recordar las relaciones amistosas de su marido con el monarca de España y de sus Indias; con ese papel te llevas la llave de la despensa!

—¡Tomasa!—replicó severamente D. Justo, poniendo la mano sobre su corazón: de éste, es el hombre responsable.... Y de éste, añadió bajándola á su estómago, Dios cuida!....

Algunos días después, publicaba un periódico de la corte el siguiente suelto:

“Nos escriben de Z\*\* que ha sido inmenso el entusiasmo que allí ha producido el glorioso alzamiento del 18 de este mes. El jueves de la semana pasada recorrieron las calles de

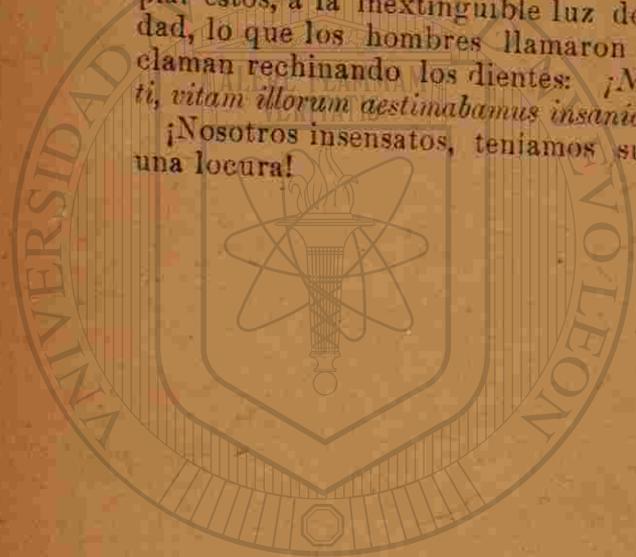
la población un grupo de jóvenes de lo más ilustrado y principal, entonando el patriótico himno de Riego. Celebramos infinito este entusiasmo de la juventud, que es hoy la esperanza de la regeneradora patria.”



La dimisión de D. Justo fué aceptada, y sobre los hombros de ambos ancianos se unió entonces, al peso de los años, el peso de la miseria. Doña Tomasa perdió la vista, y D. Justo murió á poco en el hospital. Al despedirse de su esposa, después de recibir con fervor extraordinario los santos sacramentos, le repitió varias veces aquella máxima de *El libro de los niños*, en que enseñaba á leer á sus discípulos:

¿Veis la virtud abatida?  
¡Mas también hay otra vida!

¡Es cierto!... En ella es donde los héroes según Dios obtienen su apoteosis; en ella es donde las virtudes humilladas se elevan sobre el pedestal que les usurparon en el mundo los héroes del vicio; en ella es donde, al contemplar éstos, á la inextinguible luz de la eternidad, lo que los hombres llamaron su gloria, claman rechinando los dientes: *¡Nos insensati, vitam illorum aestimabamus insaniam!*  
 ¡Nosotros insensatos, teníamos su vida por una locura!



FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MONTERREY, MÉX.

Imprenta Católica, calle de Dr. Mier, número 70.

1893.

**¡¡CHIST!!..**

NOVELA ESCRITA.

—POR EL—

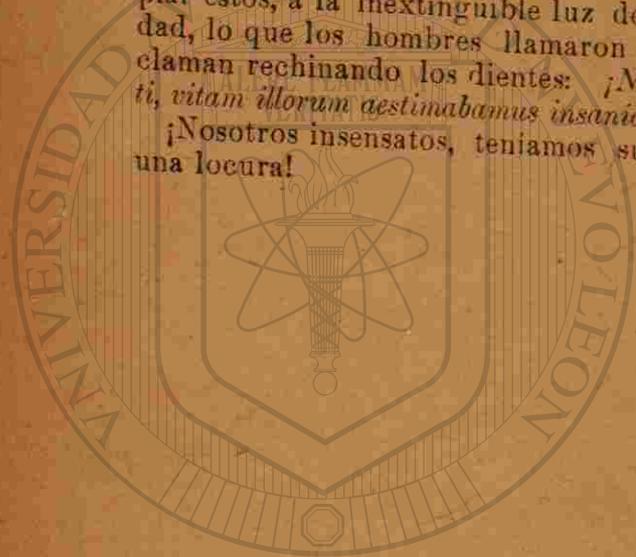
P. LUIS COLOMA.

—DE LA—

**COMPañIA DE JESUS.**

—EDICIÓN DE "LA DEFENSA."—

¡Es cierto!... En ella es donde los héroes según Dios obtienen su apoteosis; en ella es donde las virtudes humilladas se elevan sobre el pedestal que les usurparon en el mundo los héroes del vicio; en ella es donde, al contemplar éstos, á la inextinguible luz de la eternidad, lo que los hombres llamaron su gloria, claman rechinando los dientes: *¡Nos insensati, vitam illorum aestimabamus insaniam!*  
 ¡Nosotros insensatos, teníamos su vida por una locura!



## ¡¡CHIST!!..

NOVELA ESCRITA.

—POR EL—

P. LUIS COLOMA.

—DE LA—

COMPañIA DE JESUS.

—EDICIÓN DE "LA DEFENSA."—

FIN

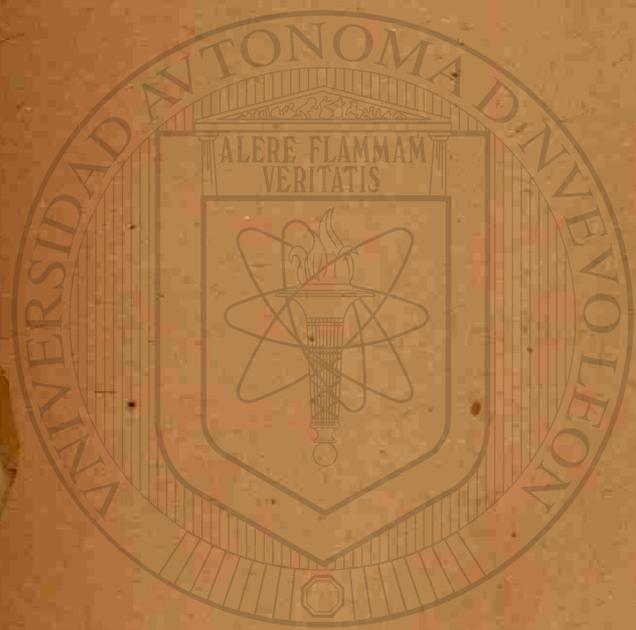
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MONTERREY, MÉX.

Imprenta Católica, calle de Dr. Mier, número 70.

1893.



¡¡CHIST!!.....

Malum Eva, jesuitis credula, porrexit  
Adea, jesuitis credulo.

Fratrem Cainus, jesuitis credulus, oc-  
cidit Abel, jesuitis credulum.

—Eva, engañada por los Jesuitas, alar-  
gó la manzana á Adam, que confiaba en  
los Jesuitas.—Cain, seducido por los Je-  
suitas, mató á su hermano Abel, que se  
había fiado de los Jesuitas.

Veis esa modesta casa, silenciosa, ca-  
del bullicio de la populosa, cuando la sangre,  
nas jamas se abren, cuando de la vida, como los  
vela cierta apariencia!.....  
ros cuarteados y el Jesuita se santigua devo  
que en los edis, deja cerrada la puerta, y co-  
en los hombrinar con los ojos bajos á el mis

Pues esto cuidadosamente encubierto bajo  
una casa. Es un moceton de seis pies de al-

Aquí una cara de, viva la Virgen, y un bo-  
salto, risa, que inspiran al lector amable los  
de el  
casa

al P. D' Aigrigny, en la ventana á Mademoiselle de Cardoville, en el balcon al indio Dejhar, en el tejado á la Princesa de Saint-Dizier, y asomando la cabeza por la chimenea á Rodin, al pérfido Rodin, que se cala los anteojos para ver lo único que el lector amable no divisa: los cien billetes de mil francos que el Sr. Eugenio Sué se embolsa, por la exhibición de estos calumniosos personajes en el folletín de *El Constitucional*; tinglado en que la propaganda revolucionaria armó su máquina de segar Jesuitas, allá por los años de 1848.

Son las siete de la mañana: llovizna, y hace frío; pero el lector amable espera coger el hilo de algun tenebroso enredo, que ha de asomar por la ventana ó saltar por el tejado, y sigue firme en su observatorio, sin más resguardo contra la intemperie que su curiosidad, fijos siempre los ojos en la puerta de la misteriosa casa, á la sazón cerrada.

Suena el ruido de un cerrojo que se descansa. El lector amable le da un vuelco en el corazón que ha oído también en las páginas de las novelas, semejante á los encantamientos de las brujas para dar paso á lo misterioso. Ante, que con frecuencia se oye antes de que se abre por el tejado... dice á veces, sin

El sombrero de teja comienza á salir por los bordes en bastante tiempo, porque es muy largo, y á medida que el sombrero avanza, avanza también el pescuezo del lector amable, y se abren más sus ojos: aparece por fin todo el sombrero, y debajo de él una cabeza, y más abajo unos hombros, y luego una sombra negra, y por último, un Jesuita de cuerpo entero, que lleva—¡Virgen Santísima!—debajo del manto, un bulto de medio metro de largor!!!

Un vapor de la Compañía trasatlántica no puede ser, porque abultaría más; una máquina de coser de Singer, tampoco, porque abultaría ménos. El lector amable queda convencido de que aquel bulto misterioso no pertenece á las industrias explotadas por los Jesuitas para aumentar sus ya fabulosos caudales, y sigue discuriendo por el terreno de las hipótesis. Dase al fin una palmada en la frente, capaz de hacerle saltar los sesos, en el caso de que los tenga, y se fija en una de estas dos opiniones, igualmente probables:

—¡O es un secreto de confesion... ó es el cadáver de un niño á que han extraído la sangre, para fabricar el elixir de la vida, como los vampiros de Alemania!...

Mientras tanto, el Jesuita se santigua devotamente; al salir, deja cerrada la puerta, y comienza á caminar con los ojos bajos á el misterioso bulto cuidadosamente encubierto bajo el manto. Es un mocetón de seis pies de alto, con una cara de, viva la Virgen, y un boca de risa, que inspiran al lector amable los

más serios cuidados, por aquello del peligro que suelen ofrecer las aguas mansas. Lleva la sotana muy corta, y el manteo aún más corto que la sotana; cosas ambas que preocupan al lector amable, incapaz de suponer temerariamente, que el difunto era más corto: preciso es que aquello signifique algo, como en efecto algo significa, que no acierta á comprender el lector amable (1).

Bien quisiera éste seguir los pasos al Jesuita; pero en aquel momento cree distinguir en la primera de las ventanas una luz, que corre cual una exhalación, de la primera á la segunda, y de ésta á la tercera, y de la tercera á la cuarta; y como carece de aquel ojo giratorio que, según opinión de algunos, tienen los habitantes de la luna en la punta del rabo, y no es por otra parte bizco, para mirar con un ojo á la luz que desaparece, y con otro al Jesuita que dobla ya la esquina, se queda clavado en su sitio, sin saber qué partido tomar, como el cazador que, queriendo tirar á dos liebres al mismo tiempo, pierda la pista de ambas.

La calle sigue desierta y la casa silenciosa; poco á poco comienzan á oírse esos mil ruidos de la mañana, que anuncian el despertar de las grandes poblaciones, como los prolongados bostezos del perezoso, que no acierta á arrancarse del lecho. Gritos lejanos de vendedores ambulantes; sonoras campanillas que

(1) Los Hermeros de la Compañía usan la sotana y el manteo más cortos — que suelen usarlos los Estudiantes y Sacerdotes de misma.

anuncian á las burras de la leche; ruidos de carros que llevan provisiones á domicilio; graves campanadas que llaman al cristiano á Misa

Obreros que van al trabajo, mujeres que se dirigen al mercado, devotos que acuden al templo, comienzan á transitar, sin que el lector amable abandone su puesto, ni se desanime tampoco al oír sonar las ocho en un reloj vecino, sin que el Jesuita misterioso haya vuelto á su nido, ni la puerta y ventanas de éste hayan dejado asomar otro dato, que concuerde con aquella sotana corta y aquel bulto encubierto, que han exacerbado, más bien que despertado, la curiosidad del lector amable. Este dato aparece al fin por el extremo de la calle, en figura de una vieja, cuyas trazas de Celestina la hacen digna de ocupar la presidencia de cualquier aquelarre: camina á pié, y no montada en una escoba como el lector amable se figuró al principio, y viene examinando detenidamente las fachadas de todas las casas. El lector amable frunce el ceño y clava en ella su mirada de águila, y al ver que la vieja se detiene ante la puerta de los Jesuitas dispuesta á llamar, deja escapar un significado— ¡Ta, ta, ta!—que revela claramente su vehemētísima sospecha de que aquella vieja no es vieja, sino viejo, y este viejo no puede ser sino algún emisario del General de los Jesuitas, que viene disfrazado. Porque justamente á aquella hora llega el tren directo de Francia, y puesto que por todas partes se va á Roma, na-

tural y verosímil es que de Roma se venga por todas partes.

La vieja, sin embargo, parece mudar de opinion repentinamente, y en vez de llamar á la puerta se sienta en el umbral, se acurruca contra el quicio, y deja tiempo al lector amable para hacer sobre su ruin persona todas las suposiciones que su perspicacia le sugiera.

Este alarga el cuello cuanto puede, y sienta no tener á mano el antejo de Parsontown, para averiguar si la misteriosa vieja tiene bigotes; porque no es probable que el tal emisario, haya tenido tiempo de afeitarse viniendo de camino, y si en el rostro de la vieja se descubren barbas nacientes, señal cierta y evidente es, de que bajo aquellos mugrientos harapos, se oculta un espía del terrible personaje que designan los francmasones con el nombre de *el Papa negro*.

De repente se pone la vieja de pié, derecha como un huso: asustado el lector amable retrocede un paso, porque realmente tiene la vieja bigotes y aún barba á lo Coradino, y vé entónces que aparece el Jesuita á lo largo de la calle, y se adelanta hácia la vieja, siempre con los ojos bajos, caminando pausadamente, y con el misterioso bulto escondido debajo del manteo. El Jesuita y la vieja entablan á la puerta de la casa un breve diálogo, que termina sacando aquella del seno una carta bien arrugada, que pone en manos de éste. Ábresele al Jesuita el manteo al extender el brazo para tomarla, y queda descubierto á los ojos

del lector amable el misterioso bulto: es un canasto de regular tamaño, en todo semejante á los que usan para hacer la compra en el mercado. Un ligero movimiento en el presunto vampiro inclina el cesto por una punta, y escurriéndose por debajo del manteo, cae al suelo una cosa!... una cosa que eriza los pelos del lector amable, y trae á sus labios una exclamación de horror; una cosa roja que ha salido del canasto, y que cualquiera tomaría por un colosal pimiento, que si no es riojano merece serlo... —¡Una gota de sangre!!!—exclama el lector amable, sintiendo que toda la suya resfluye al corazón; y porque el terror clava sus pies en tierra y paraliza su garganta, no comienza á gritar:

—¡Auxilio!... ¡favor!... ¡socorro!... ¡al asesino!... en el canasto lleva un cadáver!....

Sus ojos extraviados buscan en vano un polizonte, y mientras gira sobre un pié con la velocidad de un anemómetro en día de huracan, el Jesuita se disuelve y la vieja se evapora, quedando tan sólo ante su vista la casa misteriosa, con sus ventanas cerradas como un secreto sin descubrir, y su puerta entornada como una duda sin resolver.

Las horas pasan y ningun polizonte llega; el lector amable vela sin embargo por la seguridad pública, anotando en su cartera los datos que ha recogido, y los que piensa recoger, acerca de aquellos criminales enredos que va desembarañando su perspicacia. A las once

y media, otro dato capaz de resolver la cuadratura del círculo, y dar con las fuentes del Nilo, asoma esta vez por la ventana. Abrese una de ellas cautelosamente, y asoma la punta de un bonete; una fisonomía torva, cejijunta y de diabólico aspecto aparece debajo, y se retira con rapidez al notar que algunos transeuntes cruzan la calle: vuélvese á asomar pasados algunos momentos, y al ver que la calle aparece entonces solitaria, ata rápidamente un pañuelo blanco á la reja de la ventana, y se retira con presteza cerrando las vidrieras.

—¡Un sudario!...! El sudario en que iba envuelto el cadáver!—exclama el lector amable, anotando en caracteres que el temblor hace arábigos, este nuevo descubrimiento.

La noche llega, la lluvia arrecia, y el lector amable sufre impávido el frío y el aguacero, con el lápiz en una mano, la cartera en la otra, y fijos los ojos en aquel paño blanco que pende lacio de la ventana, presentando á su imaginación las huellas todavía impresas de aquel cadáver de que vió él chorrear tan enormes gotas de sangre. Comienzan al fin los vecinos á cerrar sus puertas, y los Jesuitas, marchando siempre en dirección opuesta á la de toda la humanidad, que abre de día y cierra de noche, franquean entonces de par en par su misteriosa puerta: el vampiro de sotana corta aparece en el zaguán, y apaga el moribundo farol, que esparcía en el interior del portal sus lívidos reflejos.

—¡Tinieblas!—apunta el lector amable, tirando de miedo y no de frío. Región de los murciélagos, hienas, ratas, lechuzas y demas aves nocturnas! El crimen odia la luz y apaga los faroles

Una racha de viento colado corta su inspiración, provocándole un estornudo capaz de desnucár á un toro, si un toro estornudase, y una punzada reumática le avisa caritativamente desde la pierna derecha, que sin botines de *mackintosh* no se puede desafiar á la humedad, pérfida aliada de los Jesuitas, que les ha servido más de una vez de agua tofana. Mas aquella puerta cerrada cuando todas se abren, y abierta cuando todas se cierran, promete vomitar paquetes de misterios y manojos de intrigas, que bien valen unas friegas de *opodelloch*: y por que la curiosidad del lector amable se ve atraída hácia aquel boqueron negro, con la misma violencia conque el pobre pajarillo i la venenosa boca de la serpiente, queda encadenado á la esquina, por ese irresistible deseo de averiguar lo desconocido, común al filósofo, al polizonte y al impertinente.

Al sonar las once, un coche que parece de alquiler se detiene á la entrada de la calle: un hombre alto, derecho, envuelto en un carrik que le tapa las orejas y le llega á los tobillos, se apea, y atravesando rápidamente la calle, entra sin detenerse ni titubear en la casa de los Jesuitas.

Pasan tres horas, tres horas mortales, en

que el lector amable se devana los sesos por concordar aquel paso rápido, aquel aspecto erguido, aquella cierta fosforescencia y olorillo del otro mundo que cree notar en el nocturno visitante, con lo que ha visto en retratos y leído en biografías de Bismark, Torquemada, Maquiavelo, el gran Copto y la sombra de Niño; y cuando queda ya convencido de que el hombre en cuestión no puede ser otro sino lord Ruthwen, el vampiro de Byron, sale éste con la misma rapidez con que ha entrado, sube al coche precipitadamente, y arranca el vehículo con un galope que recuerda al espantado lector amable, aquella balada popular alemana:—¡Hop, hop! ¡caballo mio!... ¡Tus alas son el crimen; tus herraduras las uñas de Luzbel!...

La puerta de los Jesuitas se cierra, el ruido del coche se pierde á lo léjos, el sereno canta las dos, y las sombras de la noche se van tornando de negras en pardas, de pardas en blanquecinas, sin que el lector amable recoja otro dato. Lo único que coge es un catarro crónico, que le obliga á tomar pastillas del Doctor Andreu, y á ir todos los años á Panticosa, donde en confianza cuenta al doctor, y repite á todos sus comensales, que las criminales intrigas y enredos misteriosos de los Jesuitas, son la verdadera causa de su estado lamentable.

Y no se tenga eso por exageración de parte agraviada; que más de una calumnia levanta-

da á los Jesuitas reconoce ménos fundamento que el catarro crónico del lector amable.

Completemos ahora los apuntes recogidos por éste, con algunos datos de nuestra propiedad exclusiva (1).



## II

El H. Domingo había hecho una hora de meditación ante el Santísimo Sacramento, siguiendo su distribución ordinaria, y ayudado luego la Misa al R. P. Superior. Después de terminados sus deberes de Marta, comenzó á desempeñar sus funciones de María: puso á hervir un puchero de agua, para preparar las tres jicaras de chocolate, que servían de

(1) El hecho que vamos á narrar es rigurosamente histórico. Callamos por prudencia nombres y fechas, y advertimos al lector que el suceso no tuvo lugar en España.

desayuno á los tres únicos Padres que á la sazón se hallaban en casa; tomó él por su parte, de pié, en la cocina, una taza de café, bebido, con un pedazo de pan seco, y encubriendo despues un canasto debajo del manteo, se fué como todos los días á hacer la compra en el mercado, acariciando una idea que de mucho tiempo antes proyectaba.

Era el 3 de diciembre, fiesta de San Francisco Javier, Apóstol de las Indias, y Patron de los misioneros de la Compañía, y el H. Domingo había decidido contribuir á la fiesta, presentando en la humilde mesa de la Comunidad un plato de su inventiva. Porque era el H. Domingo una especialidad en su género: genio atrevido y algun tanto nebuloso; verdadero *Goethe* de los cocineros, despreciaba los clásicos preceptos de Apicio en su libro *de re culinaria*, para despeñarse en un océano de salsas románticas, con que pretendía hacer pasar las patatas por faisanes, y las judías por pechugas de pollo; salsas capaces de resistir á todo análisis químico, que debieron de inspirar á Veuillot, huésped por tres días en una casa de Jesuitas, aquella dolorida frase:—*O Jesuites! étant ce que vous êtes, que n'avez vous de meilleurs cuisiniers?...(1)*.

La pobreza cortaba las alas al genio culinario del Hermano Domingo, y por eso se había fijado tan sólo en unos modestos pimientos rellenos: compró, pues, en el mercado como extraordinario cuatro de éstos, dignos por su tamaño, color y figura de servir de gorro fri-

gio al mismo Washington en persona, y tomó de nuevo el camino de su casa, absorto en combinar los ingredientes del relleno, con esa pureza de intención, con esa santa sencillez propia del alma justa y verdaderamente espiritual, que gana tanto cielo al pié de una hornilla como en lo alto de un púlpito. Encontróse en la puerta con una vieja de malísima catadura, que le preguntó si podría hablar dos palabras con el P. Antonio.

—Su Reverencia estará en el confesonario.  
—contestó el H. Domingo.

La vieja pareció quedar contrariada é irresoluta, y sacando al fin una carta del pecho, la dió al Hermano, suplicándole la entregase al P. Antonio con la mayor urgencia. Domingo le prometió que así lo haría, y entrándose en la casa, dejó la puerta, como tenía de costumbre, un poco entornada.

Mientras tanto, el P. Superior había entrado en su cuarto, con aquel aire entre apresurado y satisfecho, propio del que libre ya de otras ocupaciones, espera entregarse descansadamente á una que le es favorita. Era un hombre de gran viveza, ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni jóven ni viejo. Sólo una cosa había notable en su fisonomía: la mirada. Una mirada que despedía á veces esos relampagos de inteligencia que revelan al genio, á veces esos destellos de piedad que denuncian al santo. Porque era aquel Padre cierto famoso

[2] ¡Oh Jesuitas! que siendo lo que sois, no tengais mejores cocineros!.....

publicista cuyas obras corren traducidas en todos los idiomas, guiando à todas las inteligencias; cierto baron ejemplar, que supo resistir à la educación y despreciar la calumnia, parapetado tras una sola máxima de un libro precioso. — *No porque te alaben eres mejor, ni tampoco más vil porque te vituperen.* Santa verdad de Pero Grullo, tan difícil de comprender à quien no tiene en el corazón el espíritu entero de ese libro admirable, que lleva por título *Contemptus mundi. Desprecio del mundo.*

Habia en uno de los extremos del aposento, cerca de la ventana, una mesa de verdadero sabio: papeles, folletos, manuscritos, libros antiguos y modernos, abiertos y cerrados, en lenguas vivas y muertas, la cubrían por todas partes, y descollando entre todos aquellos monumentos del saber humano, elevábase en medio ese otro monumento del saber y del amor divino, libro de par en par abierto à todo el que quiera buscar en sus cinco páginas, caminos seguros, dudas resueltas, esperanzas fundadas. — ¡Un crucifijo!

El P. Superior se detuvo junto à la mesa el tiempo necesario para sacar su tabaquera y tomar un polvo de rapé: hojeó mientras tanto varias revistas y periódicos llegados el día antes; leyó tres líneas de un artículo alemán que encomiaba su última obra, y murmurando entre dientes: — Antes que me lo dijeras tú, me lo había ya dicho el diablo, — los arrojó sobre la mesa, y se puso à hacer su cama, oculta en un rincón, detras de una cortina blanca. Su

Reverencia, à fuer de grande hombre, iba siempre à lo sustancial, y por eso la cama quedó bien pronto arreglada sustancialmente, con los piés más altos que la cabecera, las almohadas torcidas, y la colcha arrastrando por un lado y en alto por el otro, con una notable falta de simetría y de gracia.

Arrodillóse después en un reclinatorio de pino sin pintar, sobre el cual se hallaba colgada una estampa del Sagrado Corazón y otra de San Ignacio, y rezó devotamente el *Actiones nostras, etc.* Entónces dejó escapar un suspiro de bienestar, como quien dice: — ¡Ya estamos listos! — y sentándose en un sillón, comenzó à revolver libros y papeles. Poco à poco fué animando su fisonomía, coloreáronse sus mejillas, y centelleáronle los ojos: entónces cogió la pluma y se dispuso à escribir. Mas ántes, tomando una fotografía de la Virgen que se hallaba al pié del crucifijo, le estampó un beso, con la sencillez y gozo infantil con que un niño besaría à su madre, y exclamó en voz alta y vibrante: — *Quot grammata scribam, tot laudes tibi persolvo. . . .* (1).

En el mismo momento sonaron dos golpes en la puerta. El pobre P. Superior volvió angustiado hácia ella los ojos, miró luégo la blanca cuartilla que le convidaba à escribir sus conceptos, y sin soltar la pluma, dijo al fin pacientemente:

— ¡Entre! . . . .

(1) Quisiera darte tantas alabanzas cuantas letras escribiere.

Entró entónces otro Jesuita, jóven, pausado en sus movimientos, cuyo rostro reflejaba una extraña mezcla habitual de serenidad y cansancio moral, parecida á la que retrataría el semblante de un ángel desterrado en la tierra. Adelantóse pausadamente, con el bonete en una mano, y la carta entregada por la vieja al H. Domingo en la otra. Era el P. Antonio.

—¡Cúbrase, Padre mio, cúbrase por Dios!— exclamó el P. Superior al verle; y con un tonillo apresurado, que revelaba, sin quererlo, él, su deseo de terminar pronto, añadió: ¿Qué hay, Padre mio, qué hay? . . . .

El P. Antonio comprendió que llegaba á mala hora, y replicó volviéndose hácia la puerta:

—Si está ocupado V. R. . . .

—¡Oh, no! . . . ¡digo, sí! . . . pero no importa . . . Ese Damiron las cuaja en el aire, y en este momento iba cogiendo el hilo de su ovillo . . . Se empeña en que la libertad del hombre cesa donde comienza la prescencia divina, y . . . pero diga, Padre mio, diga . . .

Y el buen P. Superior miraba desconsolado la cuartilla de papel en blanco, conociendo al mismo tiempo que el ovillo de Damiron se le enredaba de nuevo.

—Hágame V. R. el favor de leer esta carta, —dijo el P. Antonio, tendiendo al Superior la que tenía en la mano.

—Léala, Padre mio, léala V. mismo, y me ahorra trabajo, —replicó éste, que luchaba á

brazo partido por retener en la memoria todo lo que ántes le ofrecía el entendimiento.

—Es de una pobre alma extraviada, que quiere volver al redil, —dijo el P. Antonio, comenzando á desplegar la carta.

—¡Pues ábrirle de par en par el aprisco! — exclamó el P. Superior con vehemencia. Y como si ya no tuviese otra cosa que hacer, soltó la pluma, se quitó las gafas, y echándose atrás en el sillón, cruzó las manos y comenzó á dar vueltas á los pulgares.

El P. Antonio leyó pausadamente:

“La gracia del Espíritu Santo sea con V. R.”

—¿Eh?—le interrumpió el Superior, haciendo un mohín de extrañeza.

—Que la gracia del Espíritu Santo sea con V. R., —repitió el P. Antonio.

—¡Amen!—dijo el Superior, meneando la cabeza; y tomando un polvo de su tabaquera, añadió: Adelante, Padre mio, adelante.

“Una alma desválida, prosiguió el P. Antonio, acude á su caridad, suplicándole por los méritos de nuestro adorable Redentor, y de su Santísima Madre, concebida sin pecado, que no desoiga sus ruegos. La gracia de nuestro Señor Jesucristo ha movido mi corazón, y deseo confesar mis culpas, para lavar mi alma en las saludables aguas del sacramento, de la penitencia. Esto me expone, sin embargo, á grandes peligros, porque hace treinta años que el enemigo comun del linaje humano me precipitó en las sociedades francmasónicas;

y si los sectarios sospechan que he ido a confesarme, comprometiéndome sus secretos, me asesinarían sin piedad en la primera ocasión. Por eso, después de pedir auxilio al Padre de las luces, he imaginado un plan salvador, que sujeto á la aprobación de V. R., y que sin duda me ha inspirado el Espíritu Santo, deseoso de salvar mi alma. Mande V. R. que esta noche á las once esté abierta la puerta de su casa, y apagando las luces del zaguán y la escalera; abra V. R. la puerta de su aposento, que cae frente á frente de esta última, y espérame allí, también á oscuras; porque así podré llegar á sus pies y confesarme, sin riesgo de que nadie reconozca la persona de este ruin pecador, que se ve acechado por todas partes.

—Le pido, Padre, por las entrañas de Jesucristo nuestro Señor y Dios, que guarde acerca de esto el mayor secreto, y no desprecie estas súplicas de que depende la salvación de mi alma; y si consiente al fin en lo que le propongo, ate un pañuelo blanco en la reja de la segunda ventana de su casa, antes de las doce del día de hoy, 3 de diciembre de 18\*\*.

—Y por toda firma,—concluyó el P. Antonio, con la misma calma con que había leído. Hay al pié de la carta una cruz.

—Detras de la cual asoma los cuernos el diablo,—replicó el P. Superior con viveza.—¡Sí, Padre mio, sí!—prosiguió con su vehemencia natural, viendo que el P. Antonio le miraba extrañado; el diablo, que por esta vez quiso hacerlo tan calvo, que se le saltaron los se-

sos.....Porque, mire, Padre mio: un pez de ese calibre, que se arrepiente, da gritos y sollozos, y hasta rugidos.....pero no se expresa en esos devotísimos términos, que parecen dictados por una monja escrupulosa, que va á confesarse de que dijo el gato—¡zape!—con alguna impaciencia... En una palabra, Padre mio: esa carta amanerada no está *sentida*; luego es falsa....

—¿Pues de quién puede ser entónces?....

—De cualquier bribon que quiere cobrar al Padre Antonio alguna que éste le ha hecho.

El P. Antonio abrió de par en par sus ojos, cándidos y puros como los de un niño, y preguntó afligido:

—¿Pero sabe V. R. de alguien á quien haya podido yo hacer daño?.....

—Sí que lo sé, Padre mio, sí que lo sé..... Todos los días le está dando malos ratos al diablo.....Cada alma que le arrianca es una muela que le saca.....Figúrese si es verosímil que le haya dirigido una cartita tan devota, por mano de cualquiera de sus secretarios.

—Pero dice tan explícitamente que quiere confesarse.....

—Pues claro está, que no ha de decir que le quiere sacar los ojos!.. Y si no, vaya atando cabos, Padre mio: usted trae revuelto á todo X\*\* con sus Círculos de obreros, sus misiones, sus trabajos continuos en las cárceles, en los hospitales, y donde quiera que puede cazar para Cristo una alma, por ruin que sea... Todos los días caen en su confesonario peces

del mayor calibre, que iban ya en posta camino del infierno, y ya los periódicos de la secta comienzan á ocuparse del Padre Antonio..... Hace dos días, nada más que dos días, —fijese en esto, y no me diga una palabra de ello,— ha confesado V. á un francmason moribundo, gran personaje en la secta, á quien Dios nuestro Señor, en sus altos juicios, ha mirado con misericordia en su última hora... Y he aquí que á los dos días, justamente á los dos días, otro mason devotísimo, que conoce palmo á palmo nuestra casa, pues hasta sabe que su aposento de V. cae frente á la escalera, se siente movido por la gracia del cielo á confesar sus culpas con el P. Antonio, á media noche, á oscuras y con las puertas abiertas para poder entrar, y claro está que también salir, sin menor riesgo... Y todo esto inspirado por el Espíritu Santo..... ¡hum!..... Mucho tiene que soplar sobre mí el Espíritu Santo, si quiere inspirarme que me trague este anzuelo.

El P. Antonio escuchaba al Superior con los ojos bajos, arrollando la carta entre sus dedos, que temblaban.

—Pero ¿y si es verdad, Padre?— dijo al fin... ¡Lo pide en nombre de Jesucristo!...

Había tal humildad, tal unción, y al mismo tiempo tanta ternura en estas últimas palabras del P. Antonio, que el buen Superior se sintió conmovido.

—Pero, hijo de mi alma,—exclamó saltando del sillón, y acercándose á él con los brazos

abiertos como si fuese á abrazarle. Y ¿si es mentira, como presumo?... Y ¿si no es más que un enredo, que acaso hasta ponga en peligro su vida?.....

—Y ¿qué importa?—replicó el P. Antonio, encogiéndose de hombros

—¡A V., nada!... Pero á mí, y á la compañía, y á la gloria de Dios, mucho... ¡Claro está! eso de morir con los zapatos puestos, y entrar en el cielo pronto y de un saltó, es muy cómodo y muy del gusto del Padre Antonio; pero falta saber si lo será también del de nuestro Señor Jesucristo... Muy santo es morir pronto en la brecha, Padre mio; pero más santo es vivir mucho en la brecha, y morir tarde en la brecha... Acuérdesse, Padre mio, acuérdesse que la mies es mucha y los operarios escasos, y no se olvide tampoco de que, unida á la prudencia de la serpiente, es como recomienda el Señor la sencillez de la palama.

—Es cierto, Padre... Pero cuando se trata de la salvación de un alma, preferiría engañarme pensando bien, á acertar pensando mal.

—Distingo, Padre mio, distingo... Engañarse sacando..... quizá un hueso roto, *nejo* Padre mio, *nejo*.

—Entonces juzga V. R....

—Que no debe pensar más en eso, y esperar las once de la noche durmiendo tranquilamente, que harta falta le hace.

—Está bien, Padre,—dijo humildemente el P. Antonio, dirigiéndose á la puerta. Lo dejaremos todo en manos del Señor.

—En buenas manos lo deja, Padre mio, en buenas manos lo deja.—contestó el Superior, acompañándole. Con que no piense más en eso, y cuidese mucho, Padre mio, que está muy desmejorado, y tanto trabajo le agobia... El trabajo ha de tomarse segun la medida de la santa discreción, y no se acuerda mi carísimo Padre de que por tres veces ha arrojado ya sangre por la boca.....¿A que no sigue tomando la leche por las mañanas?

—¡Sí, Padre, sí!.....! Si me lo mandó V. R.!

—Pues leche, Padre mio, leche hasta que yo diga basta; que tomada por obediencia, le creará fuerzas y gracia de Dios.

El P. Antonio salió de la estancia, y el Superior permaneció un momento junto á la puerta, con la mano en el picaporte.

—¡Es un santo!—decía entre dientes, volviendo á su asiento; pero le chorrea todavía el agua del bautismo, y ni aun en esa carta encuentra malicia.

Mientras tanto, el P. Antonio había entrado en la capilla: era ésta una pequeña pieza cuadrada, tapizada de damasco carmesí. En el altar, sobre un pedestal de mármol, y debajo de un elegante doselete, había una imágen de talla del Sagrado Corazón de Jesús: á sus pies estaba el tabernáculo de plata, y una lámpara, también de plata, ardiendo ante él pendiente del techo. El P. Antonio se arrodilló en un reclinatorio que había al pié del mismo altar,

y apoyando la frente en ambas manos, se quedó inmóvil.

Era el P. Antonio, una de esas almas que para honra de la humanidad cria Dios, y conserva con harta frecuencia en el huerto cercado de las órdenes religiosas: modelos admirables de obediencia, castidad y desprendimiento, que sirven de para-rayos á la cólera divina, en medio de esos tres grandes viejos del mundo, soberbia, lujuria y avaricia, que sin cesar la provocan; almas privilegiadas, cuyo candor celestial no deslustra nunca la perspicacia de su entendimiento; que sin salir jamas de los santos limbos de la infancia, llegan á la ancianidad cargadas de saber y de experiencia, y se presentan al fin ante el tribunal divino cubiertas con el sayal de la penitencia, y llevando en las manos el lirio de la inocencia! .....

Pareciale entónces al humilde religioso, que había insistido demaciado al mostrar su deseo de hacer bien al autor de la carta anónima; creía haber tardado en rendir su juicio propio al de un Superior que representaba en el órden sobrenatural la persona de Cristo, y era en el natural un varon de consumada santidad y prudencia. Impediale, por otra parte, su modestia encontrar en la inspiración divina la causa de aquel movimiento de celo, y atribuyéndolo á su orgullo mal donado, humillábase ante Jesucristo pidiéndole con lágrimas en los ojos que no impidiese su soberbia el

bien de aquella alma en realidad arrepentida, ó verdaderamente malvada y astuta.

Mientras tanto, El P. Superior se agitaba en su asiento, afanándose en vano por hilvanar de nuevo sus argumentos contra Damiron y su sistema: faltábale siempre el término medio, y en la cuartilla todavía en blanco, que tenía delante, parecía ver en su lugar aquella carta anónima que acababa de oír, y aquella insistencia del P. Antonio, que, por modesta y respetuosa que fuese, era siempre extraña en aquel religioso, cuya humildad encontraba toda opinión más autorizada que la suya; cuya obediencia le hacía adivinar y seguir á ciegas el mero deseo de los Superiores; cuya pureza le impulsaba siempre, aun en los eventos más sencillos de su vida religiosa, por razones puramente sobrenaturales.

—¡Preciso es que el Señor le inspirase su insistencia!—exclamó al fin soltando la pluma por cuarta vez. La carta es inverosímil, pero puede ser verdadera; y ¿quién sabe si querrá el Señor sacar de aquí algo!... ¡Jesús! ¡si fuera inspiración de Dios su insistencia!... ¡Si con mi prudencia de tejas abajo la hubiera yo impedido!... ¿Quién sabe si habré estorbado la salvación de un alma?... ¡Jesús! ¡Jesús! ¡no lo permita Dios!... ¡Qué ligereza la mía, qué soberbia!... ¡Impedir lo que puede ser inspiración divina, sin consultarlo con Dios; sin guiarme más que por esa prudencia cobarde del tibia, que encuentra siempre exagerado el celo del fervoroso!... ¡Ay, Dios mío! ¡qué

bien merezco que me llamen sabio los hombres!..... ¡los hombres, que á vos os llamaron loco!....

Y mientras esto pensaba el buen P. Superior, habiase levantado y paseaba inquieto por el cuarto, acabando al fin por dirigirse á la capilla: allí vió al P. Antonio tan absorto en sus pensamientos, que no notó su llegada. El Superior se arrodilló calladamente en un rincón, y comenzó á golpear el pecho.

—¡Señor!—decía; por los méritos de aquel, perdona á éste, y no le niegues tus luces.

Media hora permanecieron ambos religiosos ante Jesús Sacramentado, achacándose cada cual á sí mismo una culpa que en ninguno de ellos existía, mirándose en ese espejo divino de la oración, que ahuyenta los temores, aleja los intereses, desvanece las preocupaciones, enfrena la pasión, desenmascara el sofisma, y pone ante los ojos clara y brillante la base en que se ha de fundar todo juicio recto, el principio que ha de regular toda obra santa: la voluntad de Dios y su mayor gloria.

Clara debieron de conocerla ambos religiosos, cuando al levantarse el P. Antonio, se dirigió también el Superior á la puerta, y ofreciéndole agua bendita en la punta de los dedos, le dijo:

—Ponga el pañuelo, Padre mío,—ponga el pañuelo.

El P. Antonio le miró con una expresión indecible de sorpresa y de alegría.

—Sí Padre mío,—pongalo..... Por su pues-

to, que no se lo mando.....se lo permito, si quiere.....si no teme.....

—¿Temer?—exclamó enérgicamente el P. Antonio.—*Dominus, protector vitæ meæ, a quo trepidabo?.....*(1).

—¡Es cierto!—replicó el Superior bajando humildemente la cabeza; *quem timebo?....*(2).

A las diez tocó el Hermano Domingo, como todas las noches, la campana que anunciaba á los religiosos la hora del descanso. El Superior había mandado al tercero de los Padres que en la casa residían, que no se acostase, y permaneciese en su aposento pronto á acudir á cualquiera voz ó ruido extraordinario. Llamó luego al Hermano Domingo, y ordenóle abrir de par en par la puerta de la calle, y bajar las luces del zaguan y la escalera, sin apagarlas del todo: el Hermano obedeció sin manifestar la menor extrañeza, y fué luego á arrodillarse á la capilla, segun la orden que del Superior había recibido. Entónces vió á éste sentado en un rincón cerca de la puerta, con las manos metidas en las mangas é inclinada la cabeza.

Hallábase la capilla formando un ángulo recto con la habitación del P. Antonio, y daban ambas piezas á una estrecha antesala en que desembocaba la escalera. Podía, por lo tanto, percibirse desde cualquiera de ellas todo ruido extraordinario que en la otra resonase, sin que fuese posible oír de modo algu-

(1) El Señor es el protector de mi vida: ¿de quién he de temblar?  
(2) ¿A quién he de temer?

no lo que dentro se hablaba. El P. Antonio había colocado una estampa de papel del Sagrado Corazón al pié del crucifijo que pendía sobre su reclinitorio; la puerta del aposento estaba abierta de par en par; ardía sobre la mesa un quinqué de petróleo, y el religioso, pausado y sereno como siempre, paseaba de arriba abajo rezando el rosario.

Al sonar las once, se oyeron en la escalera pasos rápidos y firmes: el P. Superior se arrodilló entónces, y mandó al Hermano entreabrir un poco la puerta de la capilla. El P. Antonio bajó rápidamente la luz del quinqué, y fué á sentarse en un sillón, al lado del reclinitorio. Resonaron al fin aquellos pasos en la estrecha antecámara, y á los débiles reflejos de la luz medio apagada, pudo el P. Antonio distinguir la sombra de un hombre de elevada estatura, que penetraba en el aposento cerrando detras de sí la puerta.

Diez minutos después, de repente, y sin que le precediese rumor alguno, sonó un tiro dentro del aposento. El Padre Superior se lanzó de un salto á la puerta, y sacudiéndola violentamente, gritaba:

— ¡Padre Antonio!.....Padre Antonio!

Acudió á estos gritos desolado el otro Padre; y el Hermano Domingo, sin inmutarse ni decir palabra, dió luz á la lámpara de la antesala, y echó la llave á la puerta de la escalera. Entreabrióse entónces la del cuarto del P. Antonio, y asomó el rostro de éste, pálido, pero sereno como siempre.

—¡No es nada, Padre!—dijo en voz baja.  
¡Retírese por María Santísima! . . . . .

—¡De ningún modo!—exclamó el Superior empujando la puerta; más el P. Antonio le cogió fuertemente por un brazo, y le dijo con tal acento, que el Superior no se atrevió á insistir.

—¡Por las llagas de Cristo! . . . —Retírese, Padre. . . ¡no estorbe un prodigio de Dios!

Los tres religiosos volvieron de nuevo á la capilla y se arrodillaron á la puerta, con el oído atento y llenos de sobresalto. Pasó entonces más de una hora sin que se oyese rumor alguno. Inquieto siempre el Superior, levantóse de nuevo y se acercó calladamente á la puerta; más retiróse en seguida. Había oído el rumor de sollozos entrecortados, y el suave cuchicheo de dos personas que hablaban en voz baja.



## III

Al entrar el hombre en la estancia, vió el P. Antonio con algun recelo cerrar la puerta tras sí, echando el cerrojo por dentro. Arrodillóse después en el reclinatorio, y en voz baja, pero inteligible, comenzó á rezar el *Confiteor*. Entonces extendió el Padre la mano pa-

ra bendecirle, y dijo aquellas palabras: *Dominus sit in corde tuo, et in labiis tuis, ut rite confitearis omnia peccata tua* (1).

Más en el mismo instante alargó aquel hombre una mano sin variar de postura, y agarró al Jesuita por el cuello: al mismo tiempo sacó, de debajo del carrik que le cubría, un puñal y una pistola, y apuntándole esta última al rostro, dijo en voz baja:

—¡Si te mueves, te pego nn tiro!

El P. Antonio se quedó aturdido: aquella mano que le apretaba la garganta como una tenaza, le impedía pronunciar palabra, y extendió maquinalmente las suyas para apartarla.

—¡Quieto!—dijo el hombre, dándole tan brutal tirón, que le arrancó tres botones de la sotana; y acercando su rostro al del Jesuita, sin cesar de apuntarle, preguntó:

—¿Dónde están los papeles que te dió H\*\* hace dos días?

El P. Antonio hizo un esfuerzo para contestar, y el hombre aflojó un poco la mano.

—Nadie me ha dado papeles,—dijo entonces con voz sofocada.

—¡Embustero!—exclamó el hombre, golpeándole la cabeza contra la pared. Antes de morir te entregó un paquete de cartas!

—Eso no es cierto,—replicó el Jesuita, que iba ya recobrando su calma.

—¡Ladron, hipócrita!—rugió el hombre, po-

(1) Esté el Señor en sus labios y en tu corazón, para que confeses debidamente todos tus pecados

niéndole en las sienes el cañon de la pistola; ¡si no me las das mueres!

—¡Ni las tengo, ni aunque los tuviere las daría!—replicó el Jesuita con firmeza.

El hombre lanzó una especie de rugido de rabia, y agarrándole por los cabellos, le bajó la cabeza para hundirle el puñal por la cerviz.

—¡Espera!—gimió con angustia el Jesuita.

El hombre creyó que el terror le hacía sin duda ceder, y se levantó, soltándolo del todo. El P. Antonio se puso también de pié, y extendió hácia él sus manos temblorosas.

—¡Diez minutos, por Dios!—le dijo. Cinco minutos para hacer un acto de contrición... para encomendarme á la Virgen Santísima, que es mi madre... ¡y tu madre también, desdichado!...

El hombre retrocedió un paso sorprendido; y cual si aquel bendito nombre hubiera despertado en él la vergüenza, la duda y la amargura, murmuró con un acento en que todo esto se hermanaba:

—¡Mi madre también?...!

—¡Sí!—respondió el Jesuita, que notó la emoción del miserable. ¡Tu madre también!... ¡y la mia, y la de Cristo, que te pedirá cuenta del crimen que vas á cometer!...

El hombre pareció agitarse en la oscuridad como si patease de rabia, y empujó rudamente á su víctima en el reclinatorio, diciendo:

—¡Reza cuanto quieras!... ¡Pero calla!... ¡calla!...

El P. Antonio cayó de rodillas en el reclinatorio, y opretó contra su pecho la imagen del Sagrado Corazón, con la fé, con el amor y la esperanza del justo que se dispone á morir... Tan sólo Dios puede explicar so que sucedió entónces: es lo cierto, que miéntras el Jesuita oprimia contra su corazón el Corazón Sagrado de Cristo, y á dos pasos de la muerte, le ofrecía la vida que iba á perder, por el perdón del asesino que se la arrancaba, el furor de este se apagó cual una tempestad á que faltan de repente los vientos que la desencadenaron; abriéronse sus ojos hasta desencajarse, como si la mansedumbre del religioso le pareciese cosa sobrenatural; y la gracia de Dios, traspasando en aquel momento su corazón de hierro, trajo á sus labios uno de esos sollozos que llenan de júbilo al cielo, porque anuncian que un pecador vuelve á la casa de su padre. Este sollozo llegó á oídos del P. Antonio, y creyendo que ya su verdugo le avisaba para morir, levantóse blanco cual un sudario, pero perfectamente tranquilo. Vió entónces que lejos de herirle el asesino dejaba caer al suelo el puñal y la pistola, y echando atrás la cabeza, y llevándose ambas manos á los ojos, exclamaba con voz sorda:

—¡Padre, perdón!... ¡perdón por María Santísima!...

Un tiro escapado de la pistola al caer, resonó al mismo tiempo, y á poco se oían los gritos del Superior y los golpes que en la puerta daba. El P. Antonio permaneció un

momento inmóvil, sin saber qué partido tomar: el hombre se había abrazado á sus rodillas gimiente angustiado:

—¡Padre,—por María Santísima no me pierda, que tengo diez hijos!...

—¡Hermano de mi corazón!—exclamó el Jesuita, levantándole en sus brazos. ¡No temas!... ¡que yo te pondré en salvo!... ¡te lo juro!

El hombre se dejó caer como una masa inerte en el reclinatorio, y entonces fué cuando el P. Antonio entreabrió la puerta para alejar al Superior. Al verse de nuevo solos, el Jesuita extendió maquinalmente la mano hácia el quinqué para levantar la luz: detúvose, sin embargo, por un movimiento de delicadeza, recordando el secreto que á aquel hombre le convenia guardar con respecto á su persona. Mas adivinando éste el pensamiento del religioso, la levantó el mismo de un golpe, y arrancando la pantalla y tirándola lejos de sí, exclamó con violencia:

—¡Míreme cara á cara, Padre!... ¡asi verá qué rostro tienen los asesinos! Y arrojando al suelo una gorra de pieles que traía, rompió á sollozar.

Era un hombre de alta estatura, seco, de color cetrino, cuyas espezas cejas ocultaban casi por completo sus ojos negros y vivos, que asomaban en el fondo de sus órbitas hundidas como dos víboras á la entrada de sus mandrúgueras: llevaba barba sin bigote, y sus cabellos grises le colgaban en lacios y despeina-

dos mechones. Un carrik gris le cubría por completo, y conociase que iba por debajo de él perfectamente armado. El P. Antonio lo estrechó de nuevo en brazos, y con suaves palabras de perdon y de confianza consiguió al fin tranquilizarlo. Entonces aquel hombre desalmado, que aún en medio de las profundas y santas emociones que le agitaban dejaba escapar soeces interjecciones que revelaban la inveterada costumbre de usarlas en su lenguaje, refirió al Jesuita la historia de la infernal trama que contra él habían urdido las lógicas. La cristiana muerte del jefe de ellas en brazos del P. Antonio las había alarmado: suponían que le habría revelado al morir los criminales manejos en que ántes había tomado parte, y resolvieron asesinarle para asegurar con su muerte el secreto de sus planes. Las cartas que le había reclamado no existían: era un ardid de que se había valido para aterrarlo, y obligarle á confesar por sorpresa si poseía algunos documentos. La pistola era sólo para amenazarlo y defenderse en caso de apuro: la muerte había de dársela en silencio, hundiéndole un puñal de cierto modo particular por la articulación de la cerviz, y huyendo luego en un coche, guiado por otro mason que le esperaba al extremo de la calle. Habíase él mismo ofrecido á llevar á cabo el asesinato, por el rencor que guardaba á los Jesuitas desde que, bajo la dirección de uno de ellos, había profesado en un convento la mayor de sus hijas, sin que pudiesen apartar-

la de su vocación ni ruegos ni amenazas. Los datos acerca de la distribución de la casa, número y costumbres de los Padres que la habitaban, los había proporcionado otro mason, cuyo nombre dijo: era una persona sumamente conocida, que visitaba á los Padres con frecuencia, pertenecía á varias cofradías, y confesaba á veces con el P. Antonio. Esto horrorizó más al Jesuita que el mismo crimen del otro miserable. También se había confiado á aquél la redacción de la carta, encargándole le diese cierto tinte devoto, cuya exageración fué justamente lo que despertó las sospechas del P. Superior. — Como había desistido de su crimen, en vano procuraba explicarlo el desgraciado: decía que, sin saber por qué, sintió el corazón hacérsele pedazos al ver al Jesuita arrodillarse en el reclinatorio sin proferir una queja, y que la imagen de su hija querida se le representaba en aquel momento arrodillada también ante un altar, pidiendo al Señor la salvación de su alma.

— ¡Ella, ella es la que me ha salvado! — decía el infeliz, escondiendo entre sus manos su desencajado rostro, y dando rienda suelta á unas lágrimas que quizá no acudían á sus ojos desde los lejanos días de la infancia.

El P. Antonio aprovechó estas palabras para despertar en aquel hombre la idea que deseaba: díjole que los deseos de su hija no quedarían satisfechos si no lavaba su alma en el tribunal de la Penitencia; y con ese tacto y esa destreza que el Espíritu Santo infunde al

hombre de Dios que se pone en sus manos, fuéle poco á poco elevando de lo humano á lo divino, de lo terreno á lo sobrenatural, del amor de padre al dolor del pecador contrito, consiguiendo al fin que allí mismo, sin dilación de ningún género, confesase á sus pies todas las culpas de su vida entera. Ofrecióse á ayudarle, y le ayudó en efecto, á hacer el exámen de conciencia; y dos horas después el pecador se levantaba limpio, y la víctima veía al verdugo, en nombre de Jesucristo, la blanca estola de la gracia!

Entonces le preguntó el P. Antonio, cómo pensaba escapar de las asechanzas de las lógicas. El hombre no pareció preocuparse mucho.

— Por ahora, dijo, el mismo coche que me espera me pondrá en salvo; después ya buscaré medio de salir para siempre de compromisos... Lo único que le pido es, que procure por dos días no mostrarse para nada en público.

El P. Antonio prometió que así lo haría, y bajó con él la escalera acompañándole hasta la puerta; desde allí escuchó el rumor de sus pasos, que se perdían á lo lejos, y oyó el ruido de un coche que arrancaba á galope.

Jamas supo el P. Antonio quién era aquel hombre, no volvió nunca á tener noticias suyas. Tan solo á los tres meses recibió un paquete que le enviaban de Liverpool: en él venía una especie de gran medalla dorada y un pergamino. Consistía aquélla en una escua-

dra y un compas cruzados en forma de rombo, y pendía de una rica cinta de seda azul, que sirve hoy de lazo á la llave del sagrario en cierta iglesia de la Compañía. El pergamino, con diversos sellos y dos matices de tinta, azul y negro, traía rascados los nombres propios y las fechas (1); se encuentran al presente sobre la mesa de quien escribe estas líneas, y dice de esta manera:

A.:L.:G.:D.:G.:A.:D.:U.:

A todos los masones regulares

*Salud, Fuerza, Unión.*

Nos Vener.: Dign.: y Ofic.: de la R. L.\* n.º constituida bajo los auspicios de la M.: R.: G.: Simb.: de\* para\*

*Certificamos*, por la presente, que nuestro querido y digno H.\* natural de\* de\* años de edad, y de profesión\* es *Maestro Mason* de buena reputación y querido de todos nosotros.

Por lo tanto, lo recomendamos como tal á todos los h.: en todas las partes del mundo, prometiendo la mayor gratitud y reciprocidad por las atenciones que por él hubieren.

Dado y sellado en la Cámara del Medio de esta R.: L.: en el Or.: de\* á los 20 días del mes de\*

(1) En la presente copia hemos suplido los claros del original con este signo\*.

A.: L.: 58\* y del Señor 18\*  
 El Ven.: M.: G. B. Tualler gr.: 14.  
 El 1er. Vig.: F.: O.: M.: Thales gr.: 3º  
 El 2º Vig.: J.: G. A. Balmes gr.: 14.  
 El Tes.: J.: E.: C. Amen m.: m.:  
 El Or.: E.: T.: A.: Roger de Aunlel gr.: 16.  
 El 1er Exp.: J.: M.: C. Espartero gr.: 3.:  
 El Sec.: Guarda Sellos M.: M.: T. Homero gr.: 3.:

(Por el reverso).

*Sit Lux, et Lux Fuit.*

Nos Josué gr.: 33.: Gr.: Maestro de la Muy R.: G.: Logia Simb.: de\* para\*

*Certificamos*: Que el diploma de la vuelta, ha sido legal y legítimamente otorgado á nuestro muy q. h.\* y que las firmas que lo autorizan son las que usan y acostumbran el Ven.: Mtro.: Dign.: y Ofic.: de la R.: Logia\* de nuestra dependencia.

Or.: de\* el día 15 del mes de\* A.: L.: 58\* y del Señor 18\*

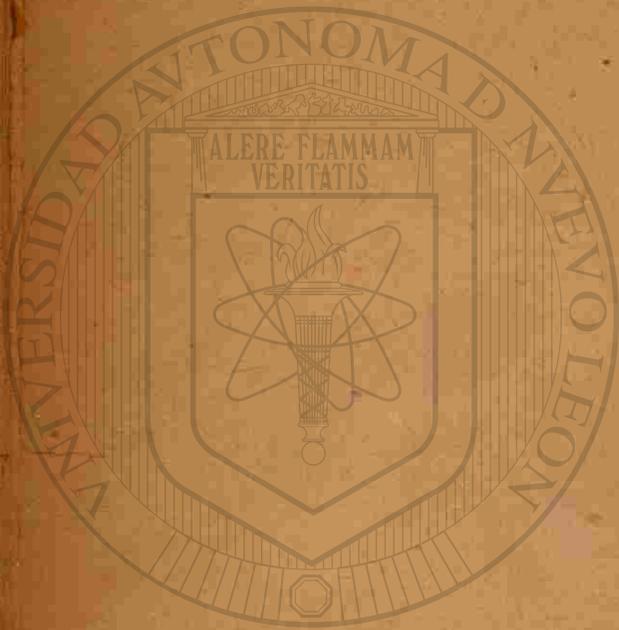
El M.: R.: Gr.: Mtro.:

G.: T.: J.: Josué Gr.: 33.

El Gr.: Secr.: Gda.: Sellos.

Américo 2º Gr.: 14.





**PILATILLO.**

NOVELA ESCRITA.

—POR EL—

P. LUIS COLOMA.

—DE LA—

**COMPañIA DE JESUS.**

—EDICIÓN DE "LA DEFENSA."—

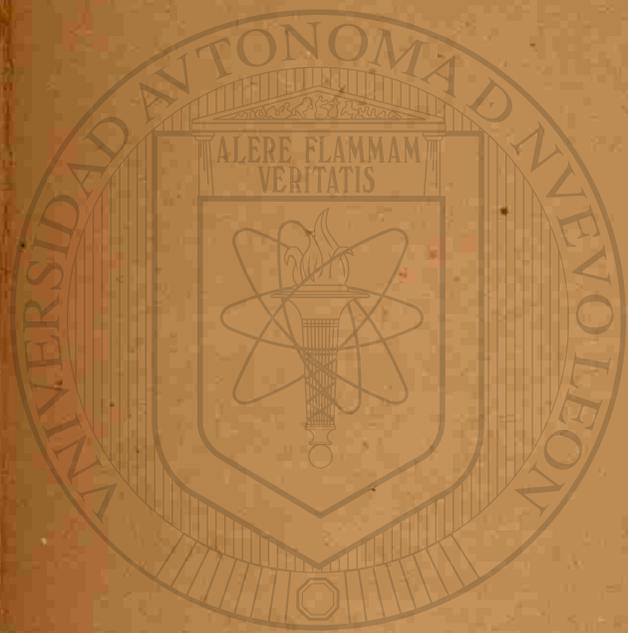
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imprenta Católica, calle de Dr. Mier, número 79.

MONTERREY, MÉX.

1893.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## PILATILLO.

Pilatus autem, volens populo satisfacere...  
...tradidit Jesum...  
Y Pilato, queriendo contentar al pueblo...  
...entregó á Jesús.  
*(San Marcos, cap. xv, 15.)*

I.

¡Qué guapo era Gabriell!.....En pié delante de su espejo, se abría la raya con un peine de concha, afanándose por amoldar aquel bosque de cabellos rubios, algo ásperos, que se levantaban sobre su frente, formando esos artísticos remolinos, con que el gusto pagano de los griegos coronaba las estatuas de sus Adónis y sus Apolos. Vano era su intento: la naturaleza vencía siempre al arte, y aquellos rizos rebeldes se levantaban y se volvían á encrespar, como empeñados en formar un cojín al invisible *cántaro de la lechera*, que se posaba sobre aquella frente de diez y seis años, tan tersa como si jamás la hubiera cruzado un recuerdo triste; tan pura como si nunca la hu-

biese turbado la sombra de un remordimiento.....¡Pobre Gabriell.....¡qué guapo era!.....

¡Qué alegre la expresión de sus rojos labios, que se abrían para sonreír á todo el mundo, como si no supiesen pronunciar otra palabra que la de hermano, ni otro nombre que el de Madre! ¡Qué pura la mirada de sus grandes ojos pardos, que se abrían de par en par, como las puertas de un templo, dejando ver, como aquél su santuario, su alma inocente, cándida, que aun no descubría las espinas en las flores, ni en el disco del sol las manchas!.....¡Pobre Gabriell.....¡qué guapo era!.....

Triunfó al fin la naturaleza sobre el arte, y con un gesto de impaciencia arrojó Gabriel, sobre el mármol de su lavabo, el peine de concha: atusóse con ambas manos los conatos de bigote que ya comenzaban á brotarle;...echóse á reír, dió un salto, y pasó á otro asunto serio, importante, trascendental: iba á ponerse la corbata....¡Y qué corbata! De manifiesto se veía sobre la cama aquella prenda aun sin estrenar, de finísimo raso azul celeste, con pequeños lunares blancos. Gabriel la tomó con cariño, con respeto, con veneración casi, y pasándola en torno de su cuello, se dispuso á formar el lazo.....¡Le gustaba tanto aquella corbata, que tenía los colores de la Inmaculada, y era regalo de su madre!.....

Pronto quedó hecho el lazo, con esa soltura, ese *chic* inimitable, propio de la elegancia natural, de la elegancia genuina, que llama un autor, la nobleza de la gracia. Gabriel se

contempló en el espejo, y quedó satisfecho: los picos algo doblados del cuello dejaban ver la morbidez viril de su garganta, y hacía resaltar su blancura el raso azul de la corbata.

¡Si me viera mi madre!—pensó, ruborizándose sin saber por qué se ruborizaba, diría ¡qué guapo!...Y si me vieran los chicos del Colegio, dirían también ¡qué elegante!....

Y sin que su amor propio le sugiriese por entónces otras ideas, ni le despertase tampoco otras aspiraciones, Gabriel giró sobre un pié, y se puso el chaleco cantando:

¡Oh María, Madre mia!  
¡Oh consuelo del mortal! etc., etc.,

¡Era tan feliz!... Graduado ya de bachiller, se veía al fin estudiante en la Universidad, libre en la populosa Sevilla, dueño absoluto de un aposento en una casa de huéspedes, propietario exclusivo de un capital de veinte y cinco duros, señor de todos los fantásticos limbos de la adolescencia, rey de todas las ilusiones de color de rosa, conquistador de todos los horizontes dorados, y libre... libre sobre todo, para salir cuando quisiera y entrar cuando fuere su gusto; para detenerse en todos los escaparates de la calle de las Serpes, para tomar sorbetes en el Suizo todas las noches, para caracolear en un caballo alquilado camino de *las Delicias*, para pasear en barca de Triana á San Juan de Aznalfarache, para

asistir á las funciones de la Catedral, á las paradas de la Guarnición, y—¡oh dicha incomparable!—á las corridas de toros. . . . Y los deseos de Gabriel se elevaban, como el águila libre ya de sus cadenas, describiendo círculos inmensos en aquellas azuladas llanuras de su imaginación, sin sospechar ningún *más allá* oculto, que pudiera echar por tierra el lema de su independencia.—*¡Libertad sin temor: goces sin remordimiento!*—Porque todo aquel inmenso cúmulo de placeres, todo aquel mar sin límites de goces, había Gabriel de disfrutarlos sin la menor ofensa de Dios, cuyo santo temor creía sentir más vivo que nunca dentro del pecho; sin el más mínimo disgusto de su madre, cuya dicha era por repercusión su propia dicha; sin desdecir en nada el decoro de su nombre, tan honrado por él mismo con notas de sobresaliente, con premios de buena conducta, con la misma corona imperial, que por elección unánime había adornado sus sienes, durante los seis años de su permanencia en el Colegio de los Jesuitas. . . . ¡Imposible era que la Universidad trocase en *Augustulo*, al Gabriel que tantas veces habían proclamado los Padres del Colegio, con el glorioso nombre de *Augusto!*

¡Con qué gratitud tan profunda recordaba Gabriel á aquellos buenos Padres, que tanto le habían amado y tanto bien habían hecho a su alma! ¡Con qué buena voluntad había compartido su tiempo, según las instrucciones de ellos recibidas, entre sus estudios, sus ejerci-

cios de piedad y sus horas de recreo y esparcimiento! ¡Con qué candorosa sencillez decía todas las noches, al arrodillarse ante la imagen de la Inmaculada, cuyo congregante había sido, y era y esperaba ser hasta la muerte!

—¿Lo ves, Madre mia, como soy bueno, . . . y el P. Velasco se equivoca? . . . .

Porque había en el Colegio un P. Velasco, un picaro padre Velasco, que era para las ilusiones de Gabriel la sombra que marca los negros contornos del desengaño; la voz del esclavo, que repetía sin cesar al triunfador romano, en medio de su triunfo: ¡Acuérdate de que eres mortal. . . . Llamóle un día á su cuarto, como Padre Espiritual que era del Colegio, y poniéndole una mano en el hombro, le dijo con cariñosa tristeza:

—¡Gabriel! . . . . eres bueno y dócil. . . .

Y la hermosa frente de Gabriel se levantó erguida, cubierta con aquella púrpura que debió de enrojecer la de Luzbel, la primera vez que se complació en sí mismo. Más el P. Velasco no había concluido.

—Pero tu bondad,—prosiguió, es soberbia, y tu docilidad, débil. . . . Tu soberbia te pondrá en el peligro, y tu flaqueza te hará caer en él. . . . Huye de los malos amigos, hijo mio; porque el *respeto humano*, será tu ruina. . . ¡Gabriel, acuérdate de Poncio Pilato! . . . .

Y Gabriel bajó la frente enrojecida esta vez, con aquella otra púrpura que debió de agol-

parse al rostro del Angel soberbio, al ver adivinados sus pensamientos. Mordióse los labios hasta hacerse sangre, y salió del cuarto del P. Velasco, con el firme propósito de no volver nunca. Más el Padre le perseguía por donde quiera, y jamas pasaba à su lado sin decirle al oído:

—¡Pilatillo!.....¡Acuérdate de Pilato!.....

Irritado un día Gabriel le respondió bruscamente, faltándole al respeto. El P. Velasco se metió las manos en las mangas, lo miró de hito en hito, y siguió su camino sin decir palabra. Parecióle à Gabriel que llevaba los ojos llenos de lágrimas, y dió dos pasos para detenerle y pedirle perdón: contúvole, sin embargo, el amor propio herido, que cual un ácido sutil penetraba en su corazón, ahogando sus buenos impulsos.

—¡No..... caramba!—murmuró, dando una patada en el suelo. ¡Así vera que Pilatillo sabe ser firme!

Aquella noche no podía Gabriel conciliar el sueño. Poco á poco fueron apagando las luces del dormitorio, quedando al fin alumbrado solamente por algunas lámparas medio apagadas, à cuya vaga luz le parecía distinguir, cobijando aquel extenso recinto, las blancas alas del Angel del pudor, que con un dedo sobre los labios, imponía à la maldad silencio... De repente oyó abrir con precaución la puerta de su camarilla, y entornó los ojos para fingir que dormía: vió entonces una sombra que se inclinaba sobre él; sintió primero que le

arropaban cuidadosamente en el lecho; sintió después que una mano hacia sobre su frente la señal de la cruz.... Gabriel entreabrió entonces los ojos, y vió al P. Velasco à su cabecera .....

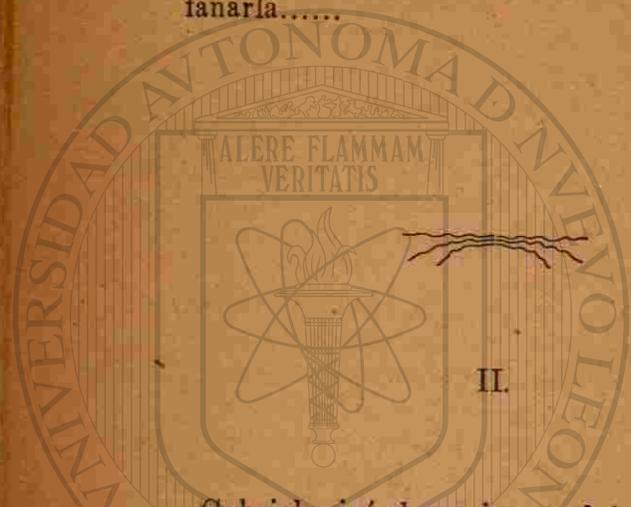
Un sollozo inmenso le subió del corazón à la garganta, y quiso arrojarse à sus pies y pedirle perdón. Mas la soberbia le encadenó de nuevo, cual un grill de hierro, y volviendo à cerrar los ojos, fingió que dormía. El P. Velasco se alejó suspirando.

Desde entonces jamàs volvió el prudente religioso à llamar à Gabriel Pilatillo. Avergonzado éste por su parte, evitaba su presencia, y sólo el día en que iba à dejar el colegio para siempre; se atrevió à presentarse en su aposento. El P. Velasco le recibió con aquella afabilidad à la vez grave y dulce que le caracterizaba: dióle cariñosamente el abrazo de despedida, y le entregó, como recuerdo suyo, una gran fotografía envuelta en un sobre, y sin duda preparada de antemano.

Gabriel rompió el sobre no bien salió del aposento, y vió entonces una magnífica reproducción del gran cuadro del Ticiano, que representa à Pilato entregando à Jesucristo al pueblo deicida. Por debajo del procónsul romano, había escrito el P. Velasco: ¡*Ecce Homo!*...

Gabriel sintió un movimiento de ira que le turbaba la vista: rasgó en dos pedazos la fotografía, y fué à tirarla por un balcon abierto...

Mas se detuvō en el acto: iba en ella la imágen de Nuestro Señor, y hubiera creído profanarla.....



Gabriel miró el precioso reloj de oro que le había regalado su abuela el día en que fué á mostrarle su diploma de bachiller, y vió que marcaba las cinco y media.

—¡Caramba!—exclamó, haciendo una pirueta.

Y tomando el sombrero y el lindo *vóten*, con puño de hierro, trabajo de Elgoibar, que había comprado la víspera, se lanzó á la puerta, tirando estocadas al aire, para probar la flexibilidad de la caña.

Detúvose en la mitad de la escalera, dióse una palmada en la frente, y volvió á subir de dos en dos y de tres en tres los escalones.....

Habíansele olvidado dos cosas: la peseta en cuartos que para socorrer á los pobres lleva-

ba siempre, y tomar agua bendita en la concha de nacar que pendía á la cabecera de su cama.

Era el 27 de mayo, víspera de la Ascensión, y Gabriel iba, como todas las tardes, al Sagrario de la Catedral, donde celebraban las *Flores de Mayo*; poético nombre que en algunas partes suelen darse á los solemnes cultos tributados á la Virgen sin mancilla, durante esos meses que llaman por excelencia el *Mes de María*.

Pero ántes de dirigirse á la Catedral, quiso Gabriel dar un par de vueltas por la calle de las Sierpes, jardín de sus delicias, más agradable á sus ojos que los laberintos de Hyde-Park, el bosque de Boulogne, ó los jardines colgantes de Babilonia. Y no era lo que atraía á Gabriel hácia aquel gran centro del movimiento y del comercio sevillano, la continua muchedumbre de gente que día y noche afluye á la famosa calle por todas sus transversales, como por todas las venas refluye al corazón la sangre; ni el fresco y perfumado ambiente que mantienen allí en el verano los toldos que dan sombra al transeunte, y los puestos de flores y macetas que por todos los rincones se encuentran, embalsamando la atmósfera. Lo que atraía la atención de Gabriel, lo que formaba el mayor de sus entretenimientos, y le hacía cruzar las calles de arriba abajo, eran.....los escaparales de las tiendas. Aquellos inmensos mostruarios de todo lo superfluo, porque lo necesario no necesita exhibirse;

aquellos brillantes reclamos dirigidos al bolsillo, por el lujo, la vanidad, el vicio mismo, absorbían la atención de Gabriel horas y horas, y no faltaba día sin que inspeccionase todos aquellos tesoros de la industria y del arte, que se figuraba de su propiedad exclusiva, y puesto allí únicamente para sencilla diversión y honesto entretenimiento.

Mil veces había ya escogido, desechado y vuelto á elegir los regalos que por vacaciones pensaba llevar á su madre, á sus hermanos, á su abuela, á los criados mismos, y aquella tarde, en la tienda esquina á la calle de Gallegos, donde es fama que tuvo la suya de velones, el famoso sevillano D. Manolito Gazquez, honra y prez de los embusteros andaluces, acababa de encontrar un objeto que le había hecho prorrumpir en exclamaciones de admiración y gestos de entusiasmo. Era un muñeco de movimiento, en que el artista había querido personificar las vaporosas creaciones del *Bú*, *el Cancan*, *el Coco*, *el Carlenco*, y demás auxiliares de madres y nodrizas, que llenan las imaginaciones de los niños. Representaba á un viejo de fisonomía espantosa, enormes espejuelos y capacidad torácica incómensurable, sentado en una butaca: entre sus piernas abiertas sostenía un saco lleno de niños blancos y rubios, que por un oculto mecanismo iba pinchando con un tenedor enorme que en su diestra tenía, y abriendo horriblemente la boca, se los tragaba uno á uno, para arrojarlos después por debajo de la butaca. Gabriel

se desternillaba de risa, cada vez que algún mosfetudo *bebe*, desaparecía por la boca del muñeco, y pensando en el gozo inmenso que podría proporcionar á Luis, el más pequeño de sus hermanitos, si le regalaba aquella maravilla, se dispuso á entrar en la tienda, para adquirir el juguete á cualquier precio, por exorbitante que fuera. Pero en el mismo momento, una mano apoyó en su hombro, y una voz alegre, á la vez que bronca, exclamó entre dos ternos mondos y lirondos como los chinarrros de un arroyo.

—¡Jinojo, Gabriel!... ¿Tu en Sevilla, canastós? ...

Gabriel se volvió rojo como una amapola, con las cejas encarnadas y la boca abierta, y vió junto al suyo el rostro de un mozalbete que le abrazaba, moreno, con patillas de *boca de hacha*, peinado el pelo en forma de *chuletas*, atrás el sombrero, y un chicote apagado en los labios. Por el rostro parecía un gitano, por el traje un señorito cursi, y por todo su continente uno de esos estudiantes, que se matriculan en la Universidad, y siguen el curso con un pié en el café y otro en la taberna.

—¡Ola García!—dijo al fin Gabriel con su cándida sonrisa, procurando zafarse de aquellos brazos que le estrechaban con riesgo de hundirle una costilla. Pero García tenía en cuenta aquello de, tanto te quiero como te aprieto, y siguió zamarreando á Gabriel con grande alborozo, dándole puñadas en la espal-

da, y gritando en estilo algo más enérgico del que en sus labios ponemos.

—¡Qué sorpresa, jinojo!... —¿Pero cuándo has venido, tunante?...

—Desde primeros de mes estoy en Sevilla, —contestó Gabriel, poniendo ambas manos en los hombros de García, por ver si lograba despegárselo en parte

—¿Y qué, canastos, vienes á hacer en Sevilla, jinojo?...

—Pues á examinarme, —contestó Gabriel. He estudiado privadamente en casa, y vine á cursar en la Universidad el mes de mayo, hasta que llegue el exámen.

—¡Bien, jinojo!... ¡Caramba, Gabrielillo, cuánto me alegro de verte!... ¿Pero dónde, demonios te metes, que hasta ahora no te he visto el pelo, canastos?...

—¡Pues en la Universidad, y en paseo, y en la casa, y en la calle, y...

Gabriel iba á decir inocentemente que en la Iglesia, pero una tocesilla inesperada le cortó la palabra, y poniéndose un poco colorado, preguntó:

—¿Tú no vas a la Universidad?... Nunca te he visto...

—Por el motin de enero estuve dos dias, por ver si le rompía el hocico al cara de mona del catedrático que me colgó dos veces.

Gabriel abrió espantado los ojos, y no ocurriéndosele otra cosa que decir, dijo:

—¡Qué cosa tienes!...

—¡Pues así soy yo, jinojo!... A dinero me ga-

nará cualquiera, pero á bruto no me gana nadie, y el que me la hace, me la paga... — ¡Qué canastos! — hay que saber vivir, y aquí se pasa bien si uno lo entiende. Ya verás, charrán (añadió volviendo á darle puñadas); ya verás cómo yo te adiestro, y te diviertes en cuanto tomes terreno con tres ó cuatro *barbianes*..... ¿Dónde ibas ahora, tunante?...

Gabriel se puso de nuevo colorado como un tomate, y mirando á todas partes, como quien busca la huida, dijo:

—¡Pschel!... á ninguna parte... Hacia hora, para irme á estudiar...

—¡Deja que los libros se vayan al cuerno, canastos! — contestó García rodeándole el brazo al cuello... Anda, vente conmigo á Tabladás, á ver el ganado de mañana.

—¿Pero hay mañana toros? — preguntó Gabriel.

—¿Pues dónde vives tú, jinojo?... Lagartijo y Frascuelo matan, y los toros son de Saltillo... Anda, vámonos á Tabladás...

Y al decir esto, arrastraba á Gabriel, medio sofocado por su brazo, hácia la plaza de San Francisco.

—¡No puedo, hombre... no puedo!... — decia Gabriel procurando zafarse, tengo que estudiar!...

—¡Déjate de libros, canastos!... — que ya estudiaron bastante Justiniano y Triboniano para jorobar al prójimo... ¡Que no los mataran las viruelas cuando chiquitos!... Anda, jinojo, vamos; que á las ocho estaremos de vuelta.

Gabriel habia logrado por fin desasirse de su amigo, y en ademan de marcharse, decia brotándole fuego la cara, y casi lágrimas los ojos:

—No puedo, hombre, no puedo... Te digo no puedo.

—Pero, jinojo,—exclamó García deteniéndole por los faldones de la levita. ¿Tienes miedo de que te enganche un bicho por el *fu-traque*... ó es que tienes á ménos vivir conmigo?...

—¡No, hombre, no!—exclamó Gabriel cada vez más apurado. Si lo tomas por ahí, me obligarás á que vaya.

—¡Pues claro está que por ahí lo tomo, canastos!... Cuando así desaira á un amigo, jinojo! por algo se hace ¡canastos!...

—¡Pues si has de tomarlo á desaire, vamos allá!—Dijo Gabriel bajando la cabeza.

Y mohino, contrariado, furioso consigo mismo y tambien con García, siguió á éste, sosteniendo en su interior uno de esos diálogos que tan á menudo entabla la pasion, con esa otra voz misteriosa, que suena dentro del hombre, tan clara, tan inflexible, tan burlona, tan cruel á veces y siempre tan justa!...

—Preciso será que vaya,—decia Gabriel. ¿Qué dirá este animal si no voy?... ¿Que soy un gallina ó que soy un orgulloso...

Y la voz misteriosa le respondia con cierto tonillo irónico.

—En cambio de lo que ese animal diga, tu

buena, tu santa madre, dirá que eres un valiente, que eres un buen estudiante.

—Y después de todo,—proseguía Gabriel, haciéndose el sordo, nada malo hay en ir á Tabladas.

—Nada,—replicaba la voz: absolutamente nada..... Pero no irás en mes de María.

—¡Ah! es que el mes de María no es obligatorio, ni mucho ménos.... Y por una tarde que falte, ya podré hacerlo luégo en casa, y no pierdo la indulgencia.....

Gabriel tenía razon en estricta justicia, y la voz calló: pero calló suspirando.

Dirigiéronse, pues, los dos amigos á la plaza de San Francisco, para tomar un coche de punto que los llevase á Tabladas, la famosa pradera donde se ponen de manifiesto los toros que han de lidiarse, para que desde el día antes puedan los aficionados examinarlos agusto. Gabriel quiso tomar un coche cerrado; pero García prefirió uno abierto, de esos que llaman *victorias*, y el vehiculo comenzó á rodar, sonando á hierro viejo, camino del campo de Tabladas, y pasando ántes por la Catedral. Hallábase abierta la gran puerta árabe del patio de los naranjos, y en el fondo se distinguía á la izquierda, en su retablo, el Ecce-Homo que llaman del Perdon, con su manto de púrpura, su corona de espinas, su caña en la mano, su cabeza baja, humilde, paciente....

Gabriel se llevó la mano al sombrero para descubrirse; pero en el mismo momento soltó García una risotada, y señalándole la colosal

estatua de San Pedro que adorna uno de los ángulos de la puerta, comenzó á contarle la conocida patraña de que aquel San Pedro mató á una vieja, dejándole caer las llaves de bronce que tiene en la mano. Gabriel se quedó con la suya en el aire, sin llegar á descubrirse, y sus ojos se cruzaron con los de la imagen, pareciéndole al mismo tiempo que aquellos cárdenos labios le decían como en el Colegio el P. Velasco.

—¡Pilatillo.....! Acuérdate de Pilato! .....



Desde que el manto nivelador y el tricordio más ó menos mugriento desaparecieron de las Universidades, rompióse también el lazo que unía á la grey estudiantil, formando de ella un sólo cuerpo y un sólo tipo. Los estudiantes de hoy no tienen otro rasgo común, que los que pueden infundirles la igualdad de procedencia, de educación ó de clase: ogaño como antaño formando también pandillas; pero pandillas aisladas, independientes entre sí, que reciben su unión en alguna de aquellas

tres cualidades, y no del tradicional espíritu de compañerismo. A veces el virus revolucionario de la época une á estos elementos heterogeneos entre las turbas de un motin, ó las firmas de una protesta; pero aún entónces aparecen divididos y aun más alejados que nunca por las opiniones políticas, gérmen el más fecundo en aferradas antipatias y odios encarnizados. Hay, pues, estudiantes aristócratas, estudiantes modernos y estudiantes perdidos. El estudiante vago, es planta que nace, crece y fructifica sus calabacines, lo mismo en el aristocrático casino, que en el modesto café, que en la innoble taberna.

En el número de los estudiantes perdidos contábase Blas García: era de aquellos discípulos de Temis, que no pagan á la patrona, que comienzan vendiendo los libros y acaban empeñando la capa: truenos de callejuela, rayos de garito, tempestades de timba, que se creen hombres corridos, y sólo son niños infames. Era paisano de Gabriel, y había cursado cuatro años en Sevilla sin aprobar más que uno, por *prescripción*, como afirmaba él mismo. Su padre, modesto mercader en paños, tenía la tienda en el piso bajo de la gran casa solariega de los padres de Gabriel, y de ahí venía el conocimiento de ambos. Acostumbrado sin embargo Blas á mirar á su vecino de abajo arriba, jamás había tenido con él trato íntimo: más la ausencia de la patria acorta las distancias y ablanda los corazones, y al encontrarse con su paisano en la calle de

las Sierpes, le abrazó con su fingido afecto, dispuesto á constituirse en Mentor de aquel inexperto Telémaco, á tantear el bolsillo de aquel incauto Creso, y á darse tono con aquel amigo ilustre. Porque el estudiante de este jaez, que es siempre demócrata, jamás desperdicia la ocasión de hacer alarde de los empalmes ó amistades que puedan prestarle humos aristocráticos.

Esta era la razón por qué había escogido Blas un coche abierto; y repantigado en sus raidos almohadones, con ese aire pretencioso, y por ende ridículo, del que hallándose fuera de su lugar quiere aparentar lo contrario, miraba á todas partes, como diciendo á los transeuntes:

—¿Pero no me ven ustedes con Gabrielito Fonseca, el hijo del mayorazgo, sobrino de tres condes, primo de dos duques y ahijado de un Obispo?....

Por su parte Gabriel, que no obstante su inocencia tenía esos puntos de vanidoso tan comunes en los jóvenes que comienzan á hombrear, hacía un ovilla en el otro extremo del coche, y volvía el rostro hácia el interior, imaginándose que nadie le miraba porque él no miraba á nadie, á la manera que el avestruz perseguido oculta la cabeza bajo el ala, creyendo que el cazador no le ve porque él no ve al cazador: extraño punto de contacto, que no es el solo que suele encontrarse entre la dialéctica de los hombres y la de los avestruces.—Avergonzabase, pues, Gabriel de su

compañero, no tanto por lo que era como por lo que parecía, y comenzaba á encontrarse entre esos dos angustiosos *¿que dirán?* que turban y avasallan al infeliz esclavo del respeto humano. ¿Qué diría Blas si se hubiese negado á acompañarle?.....¿Qué diría la gente al ver que le acompañaba?.....

Mas por desgracia para el uno, y por fortuna para el otro, la turba elegante no paseaba todavía sus coches por *La Orilla del Rio*, las Delicias estaban aun desiertas, y los dos amigos atravesaron aquellos sitios en que el uno quería exhibirse y ocultarse el otro, sin encontrar más que majos á caballo y coches de alquiler atestados de gente de rompe y rasga, que se dirigían al campo de Tabladas, para tomar la corrida del día siguiente, allá como quien dice, desde el huevo de Leda.

En la curva que forma el Guadalquivir, algo más allá de las Delicias de Arjona, es donde comienzan los campos de Tabladas, verde llanura que fertilizan las aguas del río, perfuman los naranjos de las no lejanas huertas, y hace célebre la costumbre que arriba mencionamos. Expónense allí desde la vispera los toros que han de lidiarse, hasta que al amanecer, ó por la madrugada, son conducidos á la plaza para *enchiquerarlos*, esto es, encerrarlos en los toriles.

Acuden allí á examinar á los *bichos*, discutir sus cualidades, y pronosticar sus hazañas, los diestros que han de lidiarlos, con su séqui-

to, en que alterna el título de Castilla con el pelon del matadero; los chulos de segundo orden, planetas menores que tampoco carecen de satélites; los triperos, pillos y charranes que forman el estado lleno de la *afición*; los personajes *laicos*, de la misma, los ganaderos, los elegantes *cruos*, los pinchitos de la Macarena, los galanes de Triana, y todo el tropel de la gente del bronce, amiga de jaleos y de animales de cuatro orejas.

Cuando Gabriel y García llegaron á Tabladas, una muralla de coches, ginetes y peones se extendía formando un gran semicírculo, cuyo diámetro era el río. En medio, y á respetuosa distancia, se veían rodeados de cabestros y vaqueros de á pié y de acaballo, siete magníficos toros, seis para la corrida, y uno de reserva. Pacian tranquilamente los feroces animales, sin sospechar siquiera que fuese aquella su hora de Capitolio, ni presumir tampoco que tuviesen tan cerca su roca Tarpeya. A veces engallaba alguno la formidable cabeza erizada de crines, fijaba los feroces ojos en la turba de curiosos, y se azotaba los hijares con la cola... Entonces el círculo se agrandaba como por encanto, volvíase los ojos hacia el camino, y no faltaba pinchito de Triana ó héroe de la Macarena que volviese también los piés, emprendiéndolo de vuelta, por *prudencia* sin duda. Los vaqueros se echaban á reír, y el toro volvía la espalda sin reírse, con la salvaje majestad de un rey Atila, enviando un mugido de desterrado á sus dehesas lejanas

y á sus vacas ausentes, que recordaba *vasto cum gemitu*, como dice Virgilio.

Aquel pintoresco espectáculo encantaba á Gabriel, y de pié en el coche, apoyadas ambas manos en su elegante *róten*, y éste en el asiento, paseaba sus ojos dilatados, de las reses á los vaqueros, y de éstos á los curiosos, haciendo sin cesar preguntas á su amigo, que éste se apresuraba á satisfacer con la suficiencia de un maestro, usando un tecnicismo que seguramente no poseía en la noble ciencia del Derecho. Explicábale cuál toro era *berrendo en tinto* y cuál en *colorao*; indicábale sin vacilar el que ofrecía por su *trapío* mejores esperanzas para la lidia, y profetizaba cuál había de resultar en la plaza *brabucon*, *abanto* ó de *sentío*. Mostróle luégo algunas notabilidades del toreo que por allí se hallaban presentes, con las cuales, según él decía, tenía amistades íntimas y trataba con gran *satisfación*, en el café de Emperadores, en casa de Silverio, y en la tienda de los Andaluces. De repente lanzó García una de sus interjecciones favoritas, y se tiró del coche exclamando:

—¡Jinojo! ¡allí está Desperdicios!... Me lo voy á traer y nos lo llevaremos á Sevilla...

Gabriel hizo un gesto de repugnancia, y quiso detener á García: pero éste le contestó, volviendo el rostro á medida que se alejaba corriendo:

—¡Jinojo, hombre, canastos!... Si es Frasquito Muñoz, banderillero del Gordito... Ya

verás que *barbian*.....No tengas cuidado, hombre, ¡caramba! que es muy llano.....

La repugnancia instintiva que el nombre de Desperdicios causó en Gabriel, aminoróse en parte con la noticia de que era el así llamado, uno de aquellos héroes que veía él desde el tendido, atravesar la plaza airosos hasta lo sumo, ligeros como pájaros, cubiertos de oro y seda, entre los aplausos y los gritos de la muchedumbre. Pensó que iba á ver de cerca al héroe, que iba á estrechar su mano, á cruzar con él sus palabras, y—¡Oh poder de la cachucha y la coleta!—su corazón palpité con violencia, y llegaron casi á exitarse sus nervios.

Algo que recordaba la noble altivez del caballero, algo que se unía al recuerdo de su madre, y despertaba en su alma los ecos del órgano y el perfume del incienso, se sublevó sin embargo tan fuertemente en el pecho de Gabriel, que subyugado por un momento, pensó en marcharse.....¿Pero cómo iba á volver á Sevilla si dejaba el coche, y qué diría Blas si de aquella manera le abandonaba?.....

Gabriel se indignó contra lo que él llamaba su timidez y sus escrúpulos, y rechazó la tentación diciendo:

—¿Pero acaso es pecado grave ni leve, hablar con un torero.....ó estrechar una mano porque pone banderillas?.....

Volvía en esto García con un hombrecillo de unos treinta años, preso en unos calzones negros, tan ajustados que parecían de punto, con faja de lana encarnada, chaquetita corta

gris con trencillas negras, sombrero hongo de alas anchas y tendidas con un palito de dientes sujeto en la cinta: traía la cara afeitada, enormes *chuletas* en ambas sienes, y coleta hecha trenza que ocultaba bajo el sombrero. En el ángulo izquierdo de la boca sostenía siempre una colilla, y escupía sin cesar por el derecho, con cierto chasquido propio que producía la saliva al pasar por entre sus dientes ralos y sucios. Aquel personaje era Frasquito Muñoz, alias Desperdicios, parte infinitesimal de un Paquiro ó de un Redondo, que muy bien podía ser un pillo de playa, un pelon del matadero, ó un recluta de presidio. Porque léjos de ser, como García había dicho, uno de esos toreros de rumbo, que van por todas partes derramando garbo y lujo, era uno de esos chulos de tercero ó cuarto orden, caricaturas grotescas de los primeros, que forman en el gremio lo que pudiera llamarse, el género cursi. En el café y en el círculo de admiradores del jaez de García, ponderaba sus hazañas con estupendas mentiras: pero nunca habían pasado sus proezas de presentar las banderillas á los que habían de ponerlas en las corridas formales, sin pisar jamás los medios de la plaza, mientras el toro no estuviese enganchado: alguna que otra vez ponía en las novilladas un par de rehiletos, clavando uno en el morro y otro en el rabo; y en los pueblecillos, transformado en sobresaliente, cogía el trapo, empuñaba el estoque y embestia á la fiera, hasta que hartó el animalito de pincha-

zos y cansado de vivir, se metía él mismo hierro arriba, resultando suicidio lo que se tenía por asesinato.

García presentó ceremoniosamente el héroe á Gabriel, y éste, colorado como un tomate, se quitó el sombrero, le tendió la mano, y se quedó con la boca abierta, por no saber si llamarle Frascuito ó Muñoz, Desperdicios á secas, ó señor de Desperdicios. Este por su parte, se tocó el sombrero, escupió dos veces, y con el señorío de su Paquiro, se subió al coche y se sentó á la derecha, limitándose á decir:

—Para servir á V., amigo.....

Gabriel se sentó á su lado, y García se acomodó como pudo en el asientillo de en frente. El cochero dió la vuelta para regresar á Sevilla, y Desperdicios tomó la palabra para hacer el juicio crítico de los toros, y de las cuadrillas que habían de lidiarlos, hato de vagos, según él, *toreros bonitos*, que no sabían sino pintar la sigüeña en el café, y tomarle en la plaza asco á las reses.

—Desde que murió Cúchares, decía, la afición se cortó la coleta..... ¡Aquel sí era torero, caramba!.....y eso que facurtades no tuvo nunca. (Desperdicios quería decir piernas). Cuando murió en la Habana, la Purga lo vió encuerecito y ni un puntazo tenía.... ¡Si á aquel hombre no lo parió mujé, que lo parió una vaca!.....

García le escuchaba como á un oráculo, y

hacía coro á sus lamentaciones, y Gabriel oía y callaba, porque, ¿qué iba á decir Gabriel?

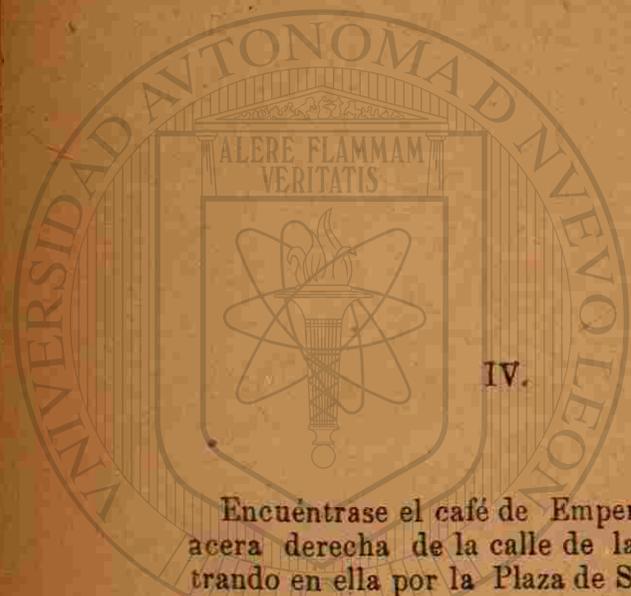
El coche se detuvo, y cerraba la noche, á la entrada de la calle de las Sierpes, y los tres echaron mano al bolsillo para pagar al cochero; pero García por más que ahondaba la mano, nada sacaba, y Desperdicios, después de buscar arriba y abajo, vió—¡misté que demonchel—que no llevaba *prata suerta*.....

Pagó Gabriel, por lo tanto, al cochero, y quiso entónces retirarse: pero Desperdicios, que no se dejaba vencer en rumbo, le dió una palmada en el hombro, diciendo:

—¡Camará! ya que ha pagao V. el coche, véngase á tomá café en Emperaores.....que acá no vivimos de gorra.....

Gabriel rechazó tan delicada oferta, poniéndose colorado; pero Desperdicios volvió á insistir, y García comenzó á instarle; y contra su voluntad y contra su gusto, bajó Gabriel la cabeza aturdido, siguiendo á los dos amigos al café de Emperadores.

Porque, ¿qué hubiera dicho, si no, el señor de Desperdicios?



Encuétrase el café de Emperadores en la acera derecha de la calle de las Sierpes, entrando en ella por la Plaza de San Francisco. Era, en la época á que nos referimos, un local espacioso, bajo de techo, [adornado con un lujo churrigueresco, muy en consonancia con sus habituales parroquianos, gentes todas de medio pelo.

La animación de los días de toros comienza en Sevilla desde la víspera, y puede leerse el anuncio de la corrida en todas las fisonomías, sin necesidad de ir á buscarlo en los carteles de las esquinas. Hallábase, por lo tanto, el café de bote en bote, y notábase en la concurrencia esa animación loca, esa alegría bulluciosa propia de los goces sensuales, tan distin-

ta de la plácida tranquilidad, de la sonrisa, por decirlo así, séria, que acompaña á los profundos goces del alma.

Gabriel entró en el café renegando de Desperdicios, que con su aire jacarandoso marchaba por entre las mesas, golpeando las blancas baldosas del pavimento con el garrote que llevaba en la mano, y de Blas que se creía en el apogeo de la gloria, al verse entre su ilustre paisano Gabriel, y su célebre amigo Desperdicios. Llamáronlos desde una mesa en que varios estudiantes de la calaña de García se hallaban ya acomodados, y allí tomaron asiento. Presentóles éste á Gabriel como á su amigo íntimo, ponderando por lo bajo sus riquezas, su prosapia y la estrecha amistad que á él le unía con aquella ilustre familia, que le había confiado el cuidado y dirección de su noble vástago. Los estudiantes acogieron á Gabriel con esa grosera cordialidad, que las gentes faltas de delicadeza llaman *trato campesano*, y nuestro héroe, refractario por educación, por carácter y hasta por temperamento á todo lo bajo y grosero, encontróse allí como gallina en corral ajeno, ruborizándose á cada palabra que le dirigían, y no acertando él á pronunciar ninguna. Por dos ó tres veces habíale García tirado de la levita, diciéndole al oído:

—Jinojo, Gabriel!.....—espabilate, ¡canastos! y déjate de finuras, que estás entre hombres!

Estorzábase con esto el pobre Gabriel por

ponerse al nivel de sus compañeros, consiguiendo tan sólo hacer más patente la distancia inmensa que los separaba: porque, para las gentes de la calaña de García, *finura* significa todo lo que no sea desperdizarse, estirar las patas, y echar por la boca en ternos y pes-tes, toda la podredumbre del alma. Un incidente vino á agravar la situación del pobre muchacho: sacó Desperdicios su petaca de cuero llena de tabaco picado, y la hizo correr á la redonda de mano en mano, por el círculo de amigos. Gabriel la pasó á su vecino, diciendo ingenuamente que él no fumaba.

—¿Cómo que no fumas, canastos?—exclamó García echándole una mirada de basilisco.

Y haciéndole él mismo un cigarro gordo como una morcilla, se lo puso en los labios, asentando esta máxima, digna de cualquier La Rochefoucauld de cortijo:

—¡Jinajo!...—¡El hombre ha de oler á tabaco, y ha de tener partidas de mulo!.....

Gabriel se chamuscó las narices al encender, atorósele humo al chupar, y el cigarro se le deshizo por completo al toser violentamente, cayendo la ceniza encendida en la mano de Desperdicios. Este soltó un taco y dió un respingo, las risas de todos estallaron, y el torero, mirando á Gabriel con enojo, se guardó la petaca en el bolsillo diciendo en voz alta:

—¡Valiente ave-fria!.....

Otro apuro más serio esperaba aun á Gabriel: uno de los estudiantes sacó dos fotografías inmundas, que acababa de comprar allí

mismo á un vendedor de fósforos y periódicos, que con todo descaro las vendía, y la conversación tomó entónces un giro tan cinico, tan asqueroso, que Gabriel comprendió al fin que era necesario á todo trance imponer silencio á aquella canalla, ó volver la espalda en el acto. Para lo primero no tuvo valor.....y le faltó también para lo segundo!.....

Bajó los ojos, cerró los oídos, elevó en su interior el corazón á Dios.....Pero temió las burlas, temió las risas, quizá las desvergüenzas de aquellos truhanes, y no se movió de su sitio.....La conciencia le gritó enérgica, imponente, amenazadora; y Gabriel quiso capitular con la conciencia, diciendose angustiado:

—¡Luégo, Dios mio!.....ahora no, que van á reírse.....¡Más tardel!.....Cuando no llame la atención mi despedida!.....

Aquella lucha de Gabriel no se pasó por alto a los estudiantes, y uno á otro se miraron sonriendo maliciosamente. García acudió en su auxilio, y se puso á hablar de toros con Desperdicios. La fachenda y los embustes del torero atrajeron entónces la atención general, y Gabriel respiró libremente. Poco á poco fuese animando la conversación, dividiéndose los interlocutores en dos bandos: uno partidario de Lagartijo, otro de Currito Cúchares, con Desperdicios, su discípulo, al frente.

—¡Rafaé no es más que un torero bonito!—gritaba Desperdicios.

—¡Rafaé es un torero bragao!—gritaba más

alto su contrincante. ¿Cuándo le has visto tú á Currito un coleo de diez minutos, como el que hizo Rafaé en Córdoba cuando la cogida de Triguito?.....

—¡Esas son pinturas!—replicaba Desperdicios. Como hay que vé al mataó no es guindando del rabo del toro, canastos!.....sino con el estoque en la mano, delante de un bicho picardeao, como me vi yo en Argeciras por San Roque con un toro de Veraguas.....Eso es ser bragao ¡jinojol!.....¡Tres pases le di y un mete y saca, y er dicho se vino abajo, y la plaza tamé parmoteandol!.....¡Aquello fué la mar!.....Me tiraron sombreros y puros, y pichones, y durces, y levilas, y sillas, y tablonés, y.....

—¡Y.....como ya no había más que tirar... salió un civi y le tiró un tiro!—le interrumpió socarronamente el partidario de Lagartijo.

Aquella salida cayó como un jario de agua sobre el vanidoso entusiasmo del torero, provocando risas generales. Irritado Desperdicios volvió á todas partes sus ojillos saltones, y encarándose con el más débil, con Gabriel, que por hacer algó le miraba también fingiendo reír á carcajadas, le dijo con un gesto de —*¡Ya pué V. encendé la vela de la agonía!*

—Diga V. mocito.....¡tengo alguna corria de manos en la cara.....ó es que le hago á V. gracia?.....

Helóse la risa en los labios de Gabriel, la sangre se le agolpó al rostro, y maquinalmente volvió los ojos en busca de García: pero

por desgracia hablaba éste á dos pasos de allí con un mozo del café, y el pobre muchacho contestó balbuceando.

—¡Hombre...yo!...—como todos se reían...

Desperdicios se tiró el sombrero al cogote, puso un dedo en la mesa, y la otra mano en la cadera, y mirando á Gabriel de hito en hito, le dijo, escupiendo á derecha é izquierda:

—Pues si toos se ríen, á mí me da la real gana de que usted se ponga serio...¿Estamos, don Guindo?.....

La turbación de Gabriel llegó á su colmo, y sin saber qué contestar ni qué hacerse tampoco, volvió los ojos suplicantes á su amigo, llamándole angustiado:

—¡García!...¡García!....

Mas ántes de que éste pudiera venir en su auxilio, Desperdicios, cambiando repentinamente de tono y de modales, pasó á Gabriel una mano por la cara, diciendo con voz afeminada y contorsiones grotescas:

—¡Ay Jesús, Maamal!...no se asuste V., que se le va á escomponé er miriñaquel!....

Gabriel retrocedió bruscamente en la silla en que se hallaba sentado...Púsose pálido como la cera...rojo despues como la grana, y una luz vivísima, luz sin duda del infierno, iluminó de repente su entendimiento...Levantóse de un salto, erguido como una fiera, y arrojó á la cara del torero la taza que tenía delante.

—¡Canalla!—gritó...¿Qué te has pensado?...

¡Y sus labios...aquellos puros labios que habían llamado tantas veces *Madre* á María

Inmaculada, se mancharon por primera vez con una palabra impura! . . .

Siguiose entonces un momento de confusión. García acudió en el acto; algunos estudiantes contuvieron á Gabriel, que volvió á caer en su silla echando espumarajos de rabia, y haciendo trizas las copas y las tazas contra el mármol de la mesa... Desperdicios se quedó clavado en el asiento, pálido como un difunto. El cordero se le había transformado en león, y el ave-fria le enseñaba garras y pico de águila.

—¡Vamos señó, que too ha sio guasa!—dijo, amainando velas, y tendiendo á Gabriel su mano. Pero éste la rechazó de un puñetazo, y siguió lanzando bramidos de furor y enérgicas interjecciones.

—¡Gabriel!...¡jinojo! ¡eso no es nadal! ¡canastos!—gritaba García. ¡Aquí todos somos amigos!...¡Eh!...¡mozol!...trae copas, y manzanilla y pasteles...¡Esto es un disgustillo que se ahoga con vino!...¡Ea, jinojo! ¡juega!...¡juerga y alegría, canastos!...

Poco á poco fuese calmando Gabriel: el mozo trajo una bandeja de pasteles, copas y dos botellas de manzanilla, y todos se esforzaron por desagraviar al ofendido, que se bebió sin pestañar cuantas copas le ofrecieron. Al calor del vino restablecióse la paz: Gabriel sirvió una copa á Desperdicios, y éste otra á Gabriel, y todos aplaudieron y todos gritaron estrechándose las manos:

--¡Juerga, jinojo, juega!—gritó García en

el colmo de la dicha...Caballeros, ¿dónde se arma la timba?..

Pusiéronse todos á deliberar, y la petaca de Desperdicios, dió mientras tanto la vuelta, como entre los Pielas-rojas, el *calumet* del consejo.

—¡En casa de doña Joaquina!—gritó una voz decisiva.

Gabriel preguntó por lo bajo á García, quién era aquella señora. Este, titubeó un momento al contestar, y dijo al fin sencillamente:

—Es una viuda que tiene tertulia...Ya verás qué campechana....

—¡Vamos!—gritó Gabriel levantándose el primero, bajo la influencia del vino y de la ira; y arrojando sobre la mesa una moneda de cinco duros, para pagar el gasto, se dirigió hácia la puerta murmurando:

—¡Iré!...¡iré!...aunque sea una tertulia curiosa, aunque tenga que aburrirme todo la noche!...¡Oh! no volverán á tomarme por un mandria, por un.....

Y el furor ahogaba las palabras en la garganta de Gabriel, que para acallar sin duda alguna voz importuna, se decía á sí mismo, apretando los puños:

—¿Acaso no se puede sin ofender á Dios, tratar con gente de medio pelo?....

La pandilla se puso en marcha, dando empujones á las transeuntes, entrando y saliendo en las tiendas, alborotando las calles con sus gritos, y llamando á los aldabones de las puertas ya cerradas. Llegaron por fin á un calle-

jon sin salida, y detuviéronse ante una casucha de ruín aspecto, cuya tradicional cancela sevillana aparecía cubierta por una cortina sucia, à rayas encarnadas y blancas. La puerta se abrió sin que llamasen: una vieja levantó la cortina, y Gabriel pudo ver detras de ella, varias mujercillas abigarradamente vestidas, que fumaban sentadas en el patio. La vieja tiró de la cancela hacia dentro, y dijo en voz baja:

—¡Adelante, niños!....

Y todos entraron: ¡todos!... Todos menos el Angel de la guarda de Gabriel, que se quedó à la puerta, cubriéndose el rostro con las alas!.....

## V.

Sevilla, la graciosa andaluza que se lava en el Guadalquivir y se perfuma con azahares, es una pobre muchacha alegre, quizá loca, que no ha podido olvidar todavía que sus padres la criaron piadosa. Aun en los días en que se marcha à los toros con la saya de medio paso, y el zapatito picado, la mantilla de blon-

das y la teja de carey, centenares de campanas la despiertan para convidarla à misa àntes de rayar el alba.

¡Qué alegre, qué sonoro resuena el eco de aquel bronce, para quien deja el descanso con la conciencia tranquila, y al escuchar aquel cariñoso *¡ven! ¡ven!*—contesta sonriendo —*¡Voy! Voy!.....* ¡Qué solemne, qué augusto, qué lleno de promesas llega à oídos del que se arranca al insomnio del pesar, enjugándose las lágrimas, para acudir à aquella voz que le dice: *¡Espera! ¡Espera!.....* ¡Qué lúgubre, qué terrible, qué llena de amenazas, resuena en la conciencia manchada del que se tapa los oídos para no oír, y oye, sin embargo, de aquella lengua de bronce.—*¡Teme! ¡Teme!....*

Así debían de resonar aquellos solemnes acentos en los oídos de tres hombres, que, à la lívida luz del crepúsculo, doblaban la esquina de un callejon sin salida, para tomar en silencio el camino de la plaza de toros. Era uno Desperdicios, el segundo era García, el otro era Gabriel..... Pero no Gabriel alegre, risueño, con la corbata azul y blanca, colores de la Inmaculada y regalo de su madre; sino Gabriel, pálido, ojeroso, cabizbajo con las manos en los bolsillos del pantalon, y en alto el cuello de la levita, porque tenía frio en todo su cuerpo; con los ojos apagados, tristes como las aguas de un lago en que el sol no penetra, porque tenía también frio en toda su alma.

La pálida luz del crepúsculo comenzaba ya à esparcir sus cadavéricas tintas, sorprendien-

do en las desiertas calles á los perros que buscan en los montones de basura su sustento, y á esos seres extraños, de todas edades y sexos, tipos jamas vistos de día, que en las grandes poblaciones salen por la noche de sus madrigueras, y vuelven á retirarse, como las alimañas del campo, cuando el primer rayo del sol apunta.

No obstante lo temprano de la hora, las buñoleras de la puerta de Triana habían instalado ya sus puestecillos en las avenidas de la plaza de toros, y á la luz de un candil de hierro despachaban los clásicos buñuelos y la copa de anisete, á los numerosos grupos de gente de los arrabales, que acudían á la plaza, para presenciar el encierro y lidiar el *toro del aguardiente*. Esta costumbre ordinaria en otras grandes poblaciones de Andalucía no siempre tiene lugar en Sevilla: acostúmbrase allí por lo comun á efectuar el encierro de los toros á media noche y á puerta cerrada, y suprímese el tradicional toro que llaman del *aguardiente*, por el mucho que se expende y que se bebe durante su lidia, en que puede tomar parte todo el que haya pagado los cuatro cuartos de entrada.

La plaza no presentaba en su interior ese aspecto pintoresco que ofrece el público de las corridas de toros, matizado de colores, rebosando animación, lujo, gracia, vida y movimiento. Veíase, por el contrario, una muchedumbre de hombres y mujeres de la más abyecta plebe, ocupando todas las localidades,

desde la grada hasta el palco, con esa espantosa gritería que resuena también por la tarde, pero que era á sazón una más soez y más discordante. Centenares de vendedores circulaban por todos lados, con un pequeño vaso sucio grasiento, y una botija verde de *aguardiente*, que pregonaban con estas palabras:—*¿A quién lo meto á torero?....* Significativa pregunta, á que se encargaba de dar respuesta el líquido de la botija, capaz de infundir los alientos de un Paquiro, á todo el que lo llevase á los labios.

Gabriel y sus dos compañeros habíanse acomodado en un asiento de cajón, delante de la barrera misma. Un vendedor de aguardiente pasó por allí con su botija verde, y Desperdicios lo llamó, diciendo á sus amigos:

—¡Ea, caballeros!.....¡vamo á matá er gusanito!.....

Y como si el *gusanillo* que tuvieran en el estómago fuera una serpiente boa, echóse al colete cada uno tres de aquellos vasitos, Desperdicios sin alentar, García haciendo figuras, y Gabriel de pronto, con los ojos cerrados, sofocando las violentas náuseas que aquel brebaje le provocaba, como si quisiese sofocar también otras violentas ansias que le atormentasen el alma.

En aquel momento los *guindillas* comenzaron á correr de un sitio á otro, al lado de la barrera, haciendo despejar la plaza á toda prisa: abriéronse al mismo tiempo de par en par las dos grandes puertas, que, colocadas frente

a frente, dan entrada al redondel, una baja el palco de la presidencia y otra al lado de los toriles. Un profundo silencio reinó entonces, y todas las miradas se dirigieron á la puerta de entrada, los cabestros que los acompañaban, los vaqueros, picadores y aficionados—caballeros, tipo genuino de Andalucía, que lo mismo se viste un frac que se pone una zamarra y empuña una garrocha. Una algaraza infernal de gritos, silbidos y golpes dados en las tablas estalló entonces, haciendo á los toros retener asustados su veloz carrera, volver á todas partes sus inquietos ojos, arrancar como para desbandarse, ceder al fin á la querenia de los cabestros y á las hondas de los vaqueros, y desaparecer en tropel por la puerta de los toriles, entre los gritos de la muchedumbre y los torbellinos de polvo.

Uno solo, negro como la noche, se desbandó á la entrada misma del corral, y volvió á la plaza, arremetiendo furioso á las chaquetas, trapos y pingajos que con espantosa gritería descolgaba el público desde la barrera: plantóse al fin en medio de la plaza, y revolvió á todas partes sus feroces ojos, con la arrogante cabeza en alto, como pidiendo á la presidencia enemigos dignos de medir con él sus fuerzas. Los vaqueros de á caballo, con sus garrochas en ristre, corrieron entonces á escape, con esa ligereza y gallardía heredera de los árabes, describiendo en torno de la fiera círculos prolongados: llegaron los de á pie, crujendo sus hondas, y acercaron un cabestro

que hacia resonar acompasadamente su bronco cencerio: entonces el toro, más cuerdo que los hombres, rindióse á aquel emisario de paz, bajó la cabeza, acercóse trotando al manso, y entró pegado á él en los toriles, como un niño travieso conducido á casa por su madre.

Cerróse tras ellos la ancha puerta, y una multitud de hombres y de chiquillos comenzaron entonces á descolgarse por todos los lados de la barrera al redondel de la plaza, armados de capotes viejos de toreo, trapos, prendas de vestir, garrotes y palos usados de banderillas. Sonó un clarín: abrióse la puerta del *chiquero*, y el toro del aguardiente se precipitó en la plaza, arremetiendo á aquella muralla humana, que se desbandó por todas partes, cayendo unos aquí, levantándose otros allá, y huyendo la mayor parte sin detenerse un punto, hasta lograr de un solo salto el abrigo salvador de la barrera. Una hora larga duró aquella *orgia tauromáquica*, en que los revolcones alternaban con los cachetes, las obscenidades con las blasfemias, las carreras con los sustos, la barbarie del hombre con la brutalidad de la fiera; hasta que exhausto el pobre animal, viejo ya y no criado para la lidia, replegóse contra la barrera para hacer frente á sus enemigos, que lo acosaban á trancazos, y le pinchaban banderillas hasta en el hocico, por el solo placer de hacerle daño... ¡Ah! ¡qué cruel es el hombre, no rey, sino tirano de todos los animales, que se queja si un tigre lo devora, y sería capaz de devorar á to-

dos los tigres, si los cocineros hiciesen chuletas de ellos, ó los empresarios de toros los arrojasen á la plaza con las garras cortadas, ofreciéndole en vez de toros, *tigres del aguardeniente!*...

Mientras tanto las copas que para *mutar el gusanillo* habían tomado nuestros amigos, produjeron en ellos efectos distintos. Desperdicios charlaba hasta por los codos, rebosándole, sobre su fachenda natural, la que el alcohol le inspiraba: García, tumbado en un banco, experimentaba todas las bascas y congojas de uva borrachera en regla; y Gabriel, el inocente Gabriel, desencajado, fuera de sí, desabrochada la camisa, que dejaba asomar un escapulario azul y una medalla de oro pendiente de una cadena del mismo metal, gritaba y manoteaba con una especie de vértigo, semejante al espantoso *delirium tremens*, que ataca á los encenegados en el vicio de las bebidas alcohólicas.

De repente, hostigado el toro por una banderilla que un pinchito de Triana le había clavado en las ancas, atravesó la plaza, veloz como una flecha, y fué á guarecerse de nuevo en el lienzo de barrera que al asiento de Gabriel correspondía. El presidente hizo una seña, y otro clarín sonó entónces, llamando á los cabestros que habían de llevarse al infeliz animal, librándole al cabo de sus verdugos. Un incidente sobrevino en aquel momento, de esos que con tanta frecuencia acontecen en las plazas de toros, donde toda libertad es

permitida, y toda insolencia y desvergüenza encuentra salvo conducto. Tres estudiantes de los que en la noche pasada habían acompañado á nuestros héroes, atisbaron á Desperdicios desde el tendido en que se hallaban, y deseosos de dar un mal rato al enemigo de Lagartijo, comenzaron á gritar, golpeando la barandilla con los bastones, no bien aparecieron en la plaza los vaqueros y el cabestro que habían de llevarse al toro.

—¡Que lo mate Desperdicios!...¡Que lo mate Desperdicios!...

El grito corrió con la rapidez de una chispa eléctrica, y un momento después toda la plaza gritaba al mismo tiempo, y al son de golpes acompasados.

—¡Que lo mate Desperdicios!...¡Que lo mate Desperdicios!...

Esta grotesca ovación exasperó de tal modo al torero, que, echando venablos por la boca, quiso huir de la plaza, exclamando lleno de rabia:

—¡Que lo maten unas tercianas, jinojo!—Que caiga un rayo y lo parta, canastos!...¡Pues no fartaba más, sino que Frasquito Muñoz le limpiara er moco á un huey paletol!...

Gabriel gritaba también agitando el sombrero, y detuvo á Desperdicios por la chupa: pero éste lo rechazó de un empujon, y extendiendo hácia el toro su brazo, que temblaba de ira, gritó:

—¡Allí lo tienes entablerao, gallina!...¡Descabéllalo tú, si es que te atreves!...

—¿Gallina yo?—exclamó Gabriel fuera de sí.

Y con la rapidez de un rayo quitóse la levita y se lanzó de un salto á la arena. García quiso detenerlo; pero logró tan sólo cogerle por el sombrero, y éste se le quedó en la mano.

Arrojóse entónces tras él haciendo eses: pero ya era tarde. Gabriel estaba delante del toro, y con la levita en alto, dió una patada en la arena citándolo.....El animal bajó la cabeza, dejando ver su lengua ensangrantada: reculó contra la barrera escarbando con la pezuña, movió las orejas, y arrancó de un golpe.....

Un grito terrible, uno de esos gritos que parecen salir de millares de pechos por una sola boca, resonó entónces en la plaza.

Vióse á Gabriel voltear por el aire, y caer luego en tierra boca abajo, con los brazos abiertos, pesado, inerte como un saco de arena.....

## VI.

Gabriel abrió los ojos y encontróse en una estrecha cama, pobre pero limpia. Una cortina blanca se extendía por la derecha, otro igual por la izquierda, y una tercera cubría la frente, encerrándolo como en un ataúd de lienzo. Gabriel miró hácia detras, y vió sobre la pared desnuda una cruz negra de palo, colgada á la cabecera, y por debajo una tablita en que, con caracteres también negros, se veía escrito el número 33. Parecióle entónces que tras la cortina de la derecha oía una respiración fatigosa; de cuando en cuando, una tos cascarrienta. El movimiento de Gabriel al volver la cabeza hizo crugir la cama: levantóse suavemente á este rumor la cortina del centro, y sus ojos atónitos vieron aparecer á una Hermana de la Caridad. La cabeza de

Gabriel retrocedía en la almohada á medida que adelantaba la Hermana, como si tuviese ante sí una aparición del otro mundo.

—¿Qué tal?—le preguntó la religiosa afectuosamente, inclinándose sobre el lecho.

—¿Pero dónde estoy?—murmuró Gabriel espantado.

La Hermana le miró con una profunda expresión de lástima, y contestó con dulzura:

—En casa de Dios, hermano.

Incorpórose Gabriel bruscamente en el lecho, y cogiendo á la religiosa por una manga, dijo con los ojos desencajados:

—¿En el Hospital?!.....

—Pues no le digo que en la casa de Dios, hermano?—replicó la Hermana, apartándose suavemente.

—¿En el Hospital estoy!.....¿En el Hospital!—exclamó Gabriel aterrado; y la vergüenza y el horror le desvanecieron de nuevo.

Gabriel se hallaba en efecto en el Hospital, donde le habían conducido en una camilla, sin poder identificar su persona: Desperdicios había desaparecido, y García, borracho como una cuba, no se dió cuenta exacta del suceso, y al verse solo en la plaza, acabó por tumbarse en un tendido, donde le encontraron roncando a la hora de los toros. Al llegar al Hospital, Gabriel permanecía aun sin conocimiento: un médico le reconoció cuidadosamente, y volvió al fin la espalda diciendo:

—¡Bah!.....Aguardiente y un porrazo: que

duerma la mona con calma, y quede en observación por si el susto trae cola.

La finura de las ropas de Gabriel, la pulcritud de sus manos, y la distinción que, no obstante su estado lamentable, se observaba en toda su persona, revelaban bien á las claras que no pertenecía á la clase de gentes que pueblan los hospitales. Acostáronle, sin embargo, en una sala comun, y una Hermana, la que hemos visto acudir á su primer movimiento, quedó á su cuidado.

Al desvanecerse de nuevo Gabriel, la Hermana le aplicó á la nariz un tarrito de éter. Entónces abrió los ojos, y tornó á cerrarlos de nuevo, lanzando un profundo suspiro:

—¡Animo!—le dijo la religiosa: eso no es nada.....

Gabriel guardó silencio y permaneció largo rato con los ojos cerrados, inmóvil y pálido como un cadáver. De repente abrió sus hermosos ojos llenos de lágrimas, y dijo con voz temblorosa:

—Hermana.....¿me voy á morir?.....

—¡No, hermano mio!—exclamó la religiosa conmovida. ¡Si no es nada!...Un susto y nada más...El médico ha mandado tan solo un par de días de observación y reposo completo...®

Gabriel volvió á cerrar los ojos, y dos anchos lagrimones se deslizaron por sus mejillas, cayendo lentamente en la almohada: vióle la hermana mover los labios como si orase, y apretar contra su pecho, por debajo de la cubierta de la cama, algo que ella no veía. La

Hermana, creyéndole al fin tranquilo, se alejó de puntillas, dejándolo sólo... ¡Solo en la cama de un hospital!... ¡Solo con su inocencia perdida!.....

Entonces sacó Gabriel de debajo de la cubierta la medalla de oro que llevaba al cuello, y comenzó á besarla sollozando. Era la medalla de su primera comunión, mandada acuñar expresamente por su madre. Por un lado tenía la imagen de la inmaculada: por otro la fecha, 8 de Diciembre, y esta inscripción: *Mons tra te esse matrem* (1).

—*¡Monstra te esse matrem!*—exclamó Gabriel anegándola en lágrimas; y los sollozos, los amargos sollozos del arrepentimiento, á que el perdón concedido presta despues dulzura tan inefable, embargaron su garganta, dejando escapar tan solo, cual saetas de dolor que del corazón le brotasen, agudos y prolongados ¡ay!.....

Dos horas duró aquella congoja, en que mil veces distintas creyó volverse loco..... Dios ofendido..... Su madre desolada..... deshonorado su nombre..... eran las tres ideas que su imaginación confundía y barajaba en torbellino espantoso, uniendo lo verdadero á lo imaginario, lo cierto á lo temido, lo humillante á lo terrible, para aplanar por completo su corazón, como si aquellas tres grandes barreras del alma, Dios, la familia, el honor, se derrumbasen sobre él, sepultando toda idea de con-

(1) Muestra que eres Madre.

suelo, todo asomo de esperanza, entre los escombros del pecado, la ingratitud y la ignominia.... La racha impía de la desesperación soplaba entonces sobre su alma, árida, abrasadora, como si el simoom del desierto, inspirándole diabólicas ideas que el pobre niño rechazaba, oprimiendo aterrado la medalla de la Virgen, con la angustia del que se ve caer, se siente derrumbar, y no quiere despeñarse!...

—*¡Monstra te esse matrem!*—exclamaba: *¡Monstra te esse matrem!*

Sucede á veces, en esas grandes tempestades del corazón, que la imaginación encrespa y acrecienta, cual una maléfica Nereida, que un incidente ordinario, una observación sencilla, quizá una pena distinta, bastan para imprimir otro curso á las ideas y otro rumbo al sentimiento, echando por tierra los sombríos castillos que había levantado aquella loca enemiga de la razón, que tanto atormenta al hombre

Un ruido de pasos y de voces produjo en Gabriel este efecto. Acercábase poco á poco aquel rumor, y deteníase con frecuencia por breves intervalos; oyólo al fin á dos pasos de su cama, detras de la cortina, y un solo sentimiento predominó entonces en Gabriel, ahogando todos los otros que atormentaban su alma. ¡La vergüenza!... Ocultó el rostro en la almohada y cubrióse la cabeza con la sábana, sin osar menearse. La cortina se descorrió al fin, presentándose el médico acom-

pañado de la Hermana y un practicante, para hacer su visita ordinaria.

¡Esta fué la gran expiación de Gabriell... El *qué dirán*, vano fantasma del cobarde respeto humano, que paso á paso le había precipitado en el triste lecho del hospital, se presentó en aquel momento ante sus ojos como un castigo, revistiendo colores tan formidables, matices tan ignominiosos, que el infeliz Gabriel sintió que subían á su rostro los tintes más rojos de la vergüenza, y angustiaban su corazón los desfallecimientos más amargos de la congoja. Quedóse encogido en el lecho, sin osar rebullirse ni aun alentar, esperando que pasarian de largo, creyéndole dormido.

Pero el médico se acercó al lecho, y levantó el embozo, y el rostro de Gabriel apareció entónces amoratado, confundido, bajos los ojos, que dejaban escapar hilos de lágrimas, imagen viva de la confusión que debió de retratar el semblante de nuestros primeros padres al ver sorprendida su culpa. Compadecido el médico le dirigió con bondad algunas preguntas acerca de su estado. Entónces el practicante le preguntó su nombre y su domicilio, para apuntarlo en el registro. Esta pregunta inesperada aterró á Gabriel: cruzó sus manos suplicantes, y con la mayor aflicción pidió llorando desconsolado, que le perdonasen aquella formalidad, que le dejasen morir solo y en un rincón, ántes que deshonorar su nombre, apuntándolo en el registro de un hospital, á

que no le había traído la pobreza, sino su locura y su propia miseria.

Enternecido el médico al oírle, púsole una mano en la frente, y apartando cariñosamente los rubios bucles que la cubrían, le dijo con ternura:

—Bien amiguito: no es necesario... Animo y juicio... que si pasa V. la noche tranquilo, y no siente molestia ninguna interna, mañana podrá dormir en su casa.

Gabriel besó espontáneamente aquella mano que le acariciaba, y conmovidos los tres circunstancias se alejaron al fin, dejando la cortina cuidadosamente corrida.

¡Ah! ¡Cuán claro vió entónces Gabriel, á la viva luz del cielo que la humillación trae consigo, el culpable desprecio de Dios, el insensato temor del mundo, la ciega falta de sentido comun que encierra el respeto humano! ¡Cuán prudentes y paternales le parecieron entónces aquellas amonestaciones del P. Velasco, y cuán previsor aquel dicho que tanto irritaba su soberbia.—¡Pilatillo... acuérdate de Pilato!... Porque, como Pilato y peor que Pilato, había él vendido á Cristo, no por temor á un pueblo irritado ni á las iras de un César, sino por miedo á las burlas,— ¡que vergüenza!—de un mozalbete perdido y de un canalla truhanesco... Y por huir de la chacota grosera de aquellos entes despreciables, habíase expuesto ya al justo desprecio de las almas honradas, que le veían en el abyecto lecho de un hospital, y le esperaban todavía—

¡qué dolor!—las amargas reconvenciones de su madre, y las justas censuras de todos los que tuviesen noticia de aquel episodio, terrible á la vez que ridículo, culpable al mismo tiempo que ignominioso!....

—¡Qué ceguera!—exclamaba Gabriel, llevándose ambas manos á la frente. ¡Qué insensatez la mía!.... Jamás podrán convenir entre sí las opiniones de los hombres, porque la pasión es la regla de los juicios, y las pasiones son distintas en todos ellos.... Y en la imposibilidad de agradar á todos, ¿no es una locura ciega, una estupidez insensata, preferir el aplauso de los malos, á la aprobación de los buenos? ¿Merecer el justo desprecio del mundo sensato, como mi madre, por evitar las burlas injustas del mundo canalla, como García? ¿Qué hubiera dicho aquel perdido?!.... ¿Y qué dirá esa Hermana tan santa, qué dirá ese médico tan bueno, qué dirá mi madre.... ¡mi madre de mi alma, cuando se le rompa el corazón al saber la vergüenza y la ignominia de su pobre hijo?!.....

Y aquí interrumpian de nuevo los sollozos á Gabriel, hasta que con nueva exaltación santa y sensata, proseguía diciendo:

—¡Qué mezquina maldad, qué ridícula infamia, pecar por respeto humano!.... ¡Pecar, no por el placer de un goce prohibido, ni por el logro de un interés vedado, sino por el temor de una risa burlona! ¡Atreverse á desafiar las iras de un Dios por no osar hacer frente á las risas de los hombres!.... ¡Como si las ri-

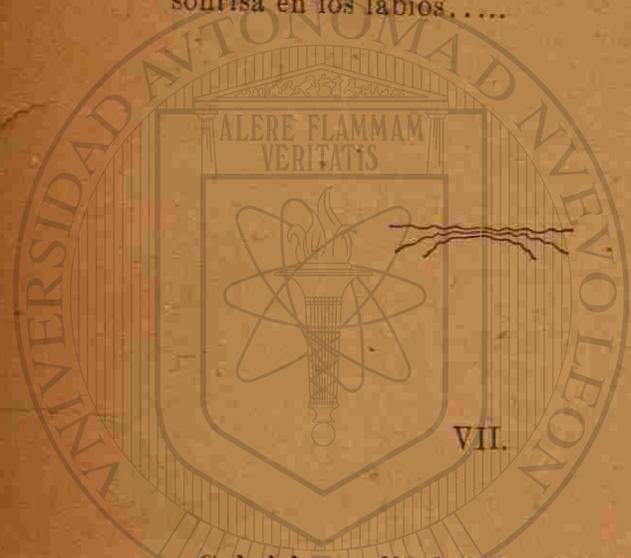
sas de los hombres no fuesen la prenda más segura de la aprobación del cielo! ¡Como si en el momento en que el mundo reprueba al justo, no perteneciese ya por entero á Jesucristo!.....

Estas reflexiones fortalecían el ánimo de Gabriel, haciéndole sacar de la amarga raíz de la culpa el fruto sabroso de la enmienda, y llevándole suavemente á impulsos de la gracia, en busca del remedio de su daño. Entonces se volvieron sus ojos naturalmente á aquellos buenos religiosos que habían custodiado su inocencia, que le habían profetizado su caída, y le habían enseñado con previsión amorosa los medios de levantarse. Los Jesuitas tenían en Sevilla un Colegio: pero Gabriel jamás había estado en él, é ignoraba si residía allí algún Padre conocido.

—¿Y qué importa?—se decía cada vez más animado. ¿Acaso los Jesuitas no tienen á gala poseer todos un mismo corazón y un mismo pensamiento?..... Cualquiera me recibirá en sus brazos con amor, y me guiará con prudencia..... Cualquiera me reconciliará con mi Dios y me ayudará á consolar á mi madre..... ¡Madre, madre!..... ¡pobre madre mía!..... ¡Cuanto va á sufrir!.....

Y el pobre niño seguía llorando: llorando en la soledad; pero á la vista ya del remedio, y con el corazón abierto á la esperanza..... El sueño y el cansancio le rindieron al fin, poco antes de rayar el alba; y cuando la Hermana fué á hacer su primera ronda y en silencio

descorrió la cortina, encontróle dormido aún, con la medalla de la Inmaculada en la mano, dos grandes lágrimas en los ojos y una leve sonrisa en los labios. ....



Gabriel no salió del Hospital hasta después de puesto el sol, porque sentía esa imperiosa necesidad de ocultarse, que obliga al culpable á esconderse en las tinieblas, temeroso de que le adivinen sus remordimientos.

Con rápido paso alejóse del Hospital en que había comenzado á expiar su culpa, para dirigirse al Colegio, donde esperaba borrarla. Mas á medida que adelantaba, hacíanse sus pasos, sin saber por qué, más tardos, defallecían sus alientos, y mil dudas y mil temores invadían su ánimo, produciéndole cierta inquietud, cierta aridez amarga que secaba sus

buenos propósitos, como la arena del desierto la sávia de una planta. .... Qué artero es el espíritu de tinieblas, y con cuánta traidora astucia suele tender á la inconstancia y debilidad humana, la más pérfida de sus redes; la demora de un buen propósito, el *más tarde servá*, el *mañana lo haré*, que va siempre á despeñarse en el abismo sin fondo del *nunca!* ...

Ya no le parecía á Gabriel necesario, ni aun juzgaba siquiera prudente, confiarse sin necesidad á un Padre desconocido: ya creía fácil disculpar en su casa con cualquier pretexto aquella larga ausencia; inquirir si había llegado á oídos de su madre la aventura, y confesarse luégo, más tarde, cuando encontrase á un Sacerdote desconocido, á quien no tuviese que revelar su nombre. ¡Había tantos en Sevilla, y le sería tan fácil encontrarlo!..... Además, pensaba Gabriel, deteniendo cada vez más el paso, es ya tarde..... El Colegio estará cerrado, y sería una imprudencia incomodar á estas horas.

Esta esperanza sedujo á Gabriel por completo, porque veía en ella una manera de conciliar el impulso interior que le arrastraba al Colegio, con la repugnancia á ir allá, que, á medida que se acercaba, sentía con más fuerza. Un carro atravesado en la calle le sirvió de pretexto para tomar por otra que alargaba el camino; dos mujeres que reñían le obligaron á pararse un buen rato hasta ver en lo que paraba la riña; y á pesar de todo, encontróse más pronto de lo que era su pensamiento y

tambien su deseo, á la puerta del Colegio. Hallábase ésta abierta de par en par, y un mozo de cordel, cargado de equipajes, enderezaba contra la esquina su pesada carga. Los piés de Gabriel se torcieron sin saber cómo, y en vez de entrar en el zaguan, pasó de largo: mas en el mismo momento uno de esos episodios tan comunes en las estrechas calles de Sevilla, le obligó á retroceder y á refugiarse en el portal, para no ser atropellado. Un coche desembocaba por el extremo de la calle, el burro de un aguador venia por el otro, y ambos cogieron en medio al mozo de los equipajes, formando con los transeuntes un compacto remolino, de que salian los gritos del cochero, las voces del aguador, y las imprecaciones del mozo. Gabriel acechaba impaciente la ocasión de poner el pié en la calle, cuando un anciano asomó por la puerta del Colegio, atraído por el ruido, y al ver á Gabriel exclamó alborozado:

—¡Gabrielito!.....¡Gracias á Dios que lo vemos por acá!.....Su mamá de V. le habia anunciado al P. Rector su visita, y le estábamos esperando.....Entre, éntre V., que le voy á avisar corriendo.....

—¡No, no, Hermano Bernardo!—exclamó Gabriel, turbado hasta lo sumo. Es ya tarde, y seria incomodarle.....

—¿Qué ha de ser tarde, si áun no han dado las ocho?... Estará en la Capilla con los niños, haciendo el mes de María..... Entre V., D. Gabriel, que voy á llamarlo corriendo.....

Y el buen Hermano Bernardo, que habia conocido á Gabriel en el otro Colegio, y desempeñaba á la sazón en aquél el oficio de portero, le arrastró mal de su grado á la sala de visitas.

Gabriel se sentó confuso, indeciso, sin saber qué partido tomar: latiale violentamente el corazón á cualquier ruido, y aquella aridez, aquella sequedad crecia y subia en su alma, ahogando por completo sus propósitos de antes... Ocurriósele entónces hacer al P. Rector una visita de mero cumplido, y despedirse lo más pronto que le fuera posible.

—Es lo mejor,—se dijo al fin decidido: quizá mi madre no sepa nada, y pueda quedar todo oculto... Y en cuanto á confesarme... ya lo haré más tarde... otro día....

El P. Rector tardaba, y aquella espera se le iba haciendo á Gabriel insoportable. De repente llegaron á sus oídos los ecos de una orquesta lejana, que preludiaba el andante de un cántico á la Virgen... Las fibras todas de Gabriel se estremecieron al oír los primeros acordes, y su alma entera pareció acudir á sus ojos, como atraída por aquellos dulces acentos. La orquesta repitió los primeros compases, y la sequedad, la angustia de Gabriel retrocedió paso á paso en su alma, como se rasgan poco á poco las oscuras tinieblas de la noche, al apuntar la primera luz del alba. Varias voces de niños, puras, argentinas, unidas como diversos rayos de luz en un mismo reflejo, cantaron entónces:

Venid y vamos todos  
 Con flores á porfía;  
 Con flores á María,  
 Que madre nuestra es....

—¡Que madre nuestra es!—repitió Gabriel en voz baja; un sollozo repentino subió á sus labios, mientras sus manos se levantaban hasta el pecho, porque el corazón se le dilataba dentro, como si amenazara romperse. Otra voz sola, más pura y vibrante que las anteriores, cantó entónces, con la dulzura de la piedad modulada por la inocencia:

Tu poderosa mano  
 Defiéndanos, Señora;  
 Y siempre y desde ahora  
 A nuestro lado estés....

Gabriel no pudo resistir más.... Su angustia se deshizo en lágrimas, como de repente las tormentas se deshacen en lluvias, y cubriéndose el rostro con las manos, se dejó caer en la banqueta en que se hallaba sentado. ¡Aquél era el cántico de las *Flores de Mayo*, que tantas veces había repetido él ante la Virgen en sus tiempos de Colegio, en los días de su infancia, en la época de su inocencia!..... Sus labios quisieron repetir entre sollozos aquellas dulces palabras; pero temió su lengua profanarlas, y permaneció muda.... Los niños repetían sin embargo, como si la inocencia invitase al arrepentimiento á unir con ella

sus voces.—¡Venid y vamos todos.... Que Madre nuestra es!.....

—¡Qué Madre nuestra es!—repitió al fin Gabriel, derramando un raudal de lágrimas, y golpeándose el pecho con ambas manos.

—¡Qué madre tuya es!—repitió otra voz á su espalda; y ántes de que Gabriel pudiera incorporarse, el P. Velasco le echaba los brazos al cuello, diciéndole con íntimo afecto:

—¡Hijo!.....¡Hijo mio!.....

—¡Oh!.....¡no me llame V. hijo!—exclamó Gabriel, escondiendo el rostro avergonzado, en aquel pecho que tan paternalmente le oprimía.

—¡Del corazón, hijo mio!.....¡Del corazón de mi corazón, que es Jesucristo!—replicó el P. Velasco, arrastrándole suavemente á un gabinete próximo, y sentándose junto á él sin dejar de abrazarle.

—¡Llora, Gabriel!—le dijo entónces; llora, hijo mio, que aquí estoy yo para enjugar tus lágrimas.....

¡Gabriel lloró!..... lloró sin medida, sin tasa, como llora el arrepentimiento para lavar las culpas; como llora la contrición para purificar las almas.....¡Pero con qué consuelo tan hondo lloró sobre aquel pecho amigo! ¡Con qué dulzura tan santa corrieron junto á él sus lágrimas!.....

—¿Y qué me hago ahora, Padre?—preguntó al fin con voz ahogada, despues que hubo referido al religioso todas sus desdichas, sin

callar ningun accidente, sin omitir la menor circunstancia.

—¿Qué te haces, ahora?—replicó el P. Velasco. Lo que hizo San Pedro..... *Flevit amare*; lloró amargamente..... Tres veces negó él á Cristo por flaqueza, como tú lo has hecho; por respeto humano, como á ti te ha sucedido.....¿Y sabes el castigo que le impuso su divino Maestro?.....Pues no le dió ninguna reprensión; no le hizo ningun reproche. Por toda pena le impuso.....la gloria de confesar su amor otras tres veces.....¡Tambien lo has negado tú pecando, Gabriel!.....Confésalo de nuevo públicamente.....Mañana termina el mes de María, y celebramos en la Capilla la comunión general de los Congregantes.....Tú me ayudarás la Misa, y con el escapulario de la Inmaculada al cuello recibirás la Comunión al frente de todos.....

Gabriel cruzó las manos y bajó la cabeza, como si el peso de tanta bondad le abrumase.

—¿Te parece duro el castigo, hijo mio?

—¡Oh, Padre.....Padre!—exclamó Gabriel sollozando.

—Pues bien, hijo del alma.....Ya no hay que pensar más en lo pasado, sino para sacar experiencia y aprovechar la enseñanza.....Y ahora, añadió levantándose, á descansar y á prepararse para la cena, que ya tienes dispuesta en el cuarto.

—Pero me esperaba V. acaso?—preguntó Gabriel sorprendido.

—Sí,—replicó el P. Velasco. Te esperaba

á ti, y espero tambien á otro.....De estas casas, hijo mio, salen muchos hijos pródigos.... Por eso está siempre abierta la puerta, para que no tengan que aguardar cuando llamen á ella.....Lo triste, Gabriel, lo triste, hijo mio, es.....que muchos no llaman nunca!.....

Entonces se atrevió á decir Gabriel tímidamente.

—¿Y mi madre?.....

—Tu madre,—replicó el P. Velasco, no será más severa que lo ha sido Cristo, y corre de mi cuenta arreglar con ella este negocio... ¿Cuándo le escribiste por última vez?

—El mismo día en que empezaron mis desdichas.

—Es probable que no sepa nada, y ya procuraremos que no lo sepa nunca.....Nadie te conoce: García ignora las señas de tu habitación en Sevilla, y por la cuenta que le tiene sabrá callarse... Con que á cenar, Gabriel; que voy yo á arreglar tus asuntos.

Y llamando á otro Padre para que le acompañase, el P. Velasco se puso el sombrero y el manto, y se encaminó derecho á la casa de huéspedes. Media hora despues estaba de vuelta, y entregaba á Gabriel una carta de su madre, escrita la víspera: la buena señora escribía perfectamente tranquila, y encargaba á su hijo que hiciese una visita al P. Velasco, nombrado en aquellos mismos días Rector del Colegio.

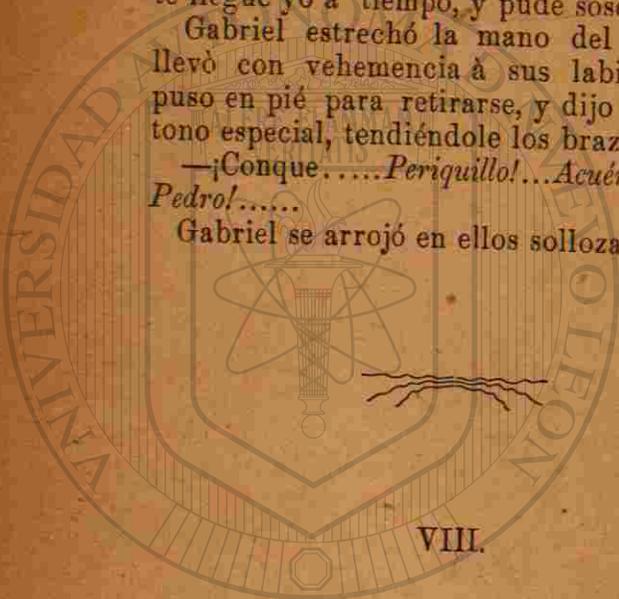
—¡Magnífico!—exclamó éste al terminar Gabriel su lectura. Con esto y una cartita mia,

estamos ya fuera de compromiso.....Y gracias que la buena de tu patrona no ha dado con todo al traste: porque alarmada con tu desaparición, se disponía ya á dar parte á la policía, y á escribir á tu madre.....Felizmente llegué yo á tiempo, y pude sosegarla.

Gabriel estrechó la mano del Padre, y la llevó con vehemencia á sus labios. Este se puso en pié para retirarse, y dijo con cierto tono especial, tendiéndole los brazos:

—¡Conque.....Periquillo!...Acuérdate de San Pedro!.....

Gabriel se arrojó en ellos sollozando.



El día siguiente se celebraba en el Colegio la fiesta del *Amor hermoso*: Gabriel confesó por la mañana con el Padre Velasco, y con el escapulario de la Inmaculada al cuello comulgó ántes que todos en la Misa de los niños. Después de comer se despidió de los Padres para volver á su casa: el P. Velasco le acompañó hasta la puerta, y como la última vez que le

despidió en el Colegio, le entregó una gran fotografía encerrada en un sobre.

Representaba á San Pedro en el átrio de Caifás, y la misma mano que escribió entónces por debajo de Pilato—*Ecc Homo*—había escrito esta vez por debajo de San Pedro.—*Flevit amare*.

Gabriel la conserva en un magnífico marco: piensa legarla á sus hijos, y segun nos ha asegurado él mismo, siempre que la mira, llora... dulcemente:...





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*Pelvos y Lodos*

# Pelvos y Lodos.

POR EL

**F. LUIS COLOMA**

DE LA

COMPañIA DE JESUS.



UANL

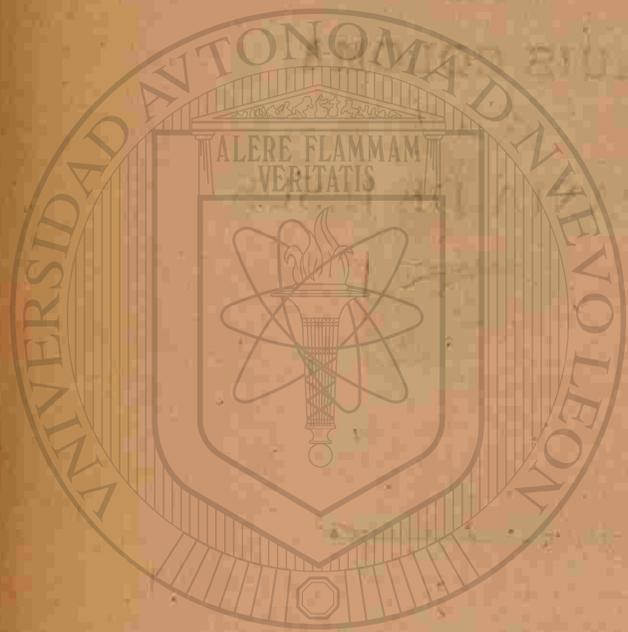
EDICION DE "LA DEFENSA"

MONTERREY

Imprenta Católica, Calle de "Doctor Mier" número 70.

1893.

*Novela*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## POLVOS Y LODOS.

... y si mi hijo se mepeña en no seguir una carrera, le obligaré a aprender un oficio: porque no quiero que la ociosidad corrompa su juventud, y quiero dejarle un medio seguro de ganarse honradamente la vida. Hoy soy rico; pero ¿quién sabe si lo será él mañana?  
(Carta escrita al autor por un padre de familia.)

La primera vez que vi á Manolo H\*\* era yo muy niño: áun no contaba doce años, y me hallaba á la sazón huésped, en casa de mi amigo Fernádo el más querido de mis compañeros de colegio. Tenía Fernádo un hermano mayor, grande amigo de Manolo y quiso un día llevarnos al magnífico *château* en que éste habitaba, para ver un soberbio león del Sahara, que habían encerrado vivo en una gruta natural de su delicioso parque. Cuando llegamos á la lindísima explanada á que el *château* daba frente, vimos detenidos ante la escalinata de mármol que daba entrada al torreón del Norte, varios carruajes, entre los que llamó mi atención una preciosa *cesta*, tirada por

cuatro jaquitas enanas, con arreos á la calese-  
ra, azules y plata.

—¡Ahí está Currito Pencas!—exclamó Fernán-  
do al verla, y batiendo las palmas de ale-  
gría, se tiró del coche de un sólo salto.

Preguntéle entonces quién era Currito Pen-  
cas, y me dijo que, un famoso torero, grande  
amigo de su hermano y de Manolo, que diri-  
gia el Club-tauromáquico de que ambos for-  
maban parte.

Y hoy van al cortijo de la Picota á escoger  
el ganado para la corrida del juéves;—añadió  
sin tomar resuello... Mi hermano mata y Ma-  
nolo pone banderillas... Yo no hago nada por-  
que soy chico, pero cuando sea grande, pon-  
dré también banderillas, y no seré como ese  
tonto de Manolo, que nunca sale del *cuarteo*:  
yo daré también el *quiebro*... Y mira, ya me es-  
toy dejando la coleta.

Y al decir esto me mostraba un rapito de  
pelo, rubio como el oro, que atado con un hi-  
lo asomaba bajo el terciopelo de su gorrita  
escocesa. Yo comencé á reír y le tiré del ra-  
bito.

—¡Estáte quieto!—me dijo: que se va á en-  
terrar mi hermano. Y pasando cariñosamente  
su brazo en torno de mi cuello, me pregunta-  
ba mientras subíamos abrazados la escalinata  
de mármol:

—¿Y tú no quieres ser torero?

—No,—respondí yo gravemente. Quiero  
ser marino.

—¡Tonto!—exclamó Fernán-  
do, rechazán-

me lejos de sí: nunca tendrás entonces un co-  
che y unas jaquitas como las de Currito Pen-  
cas!...

Yo me encogí de hombros y seguí en pos  
del hermano de mi amigo, que atravesando  
varios pasillos y una sala de billar, nos con-  
dujo á la estancia en que se hallaba Manolo.  
Era ésta una gran pieza rectangular, tapizada  
toda de rico cuero de Córdoba, con zócalo y  
artesonado de roble tallado: ocupaban los cua-  
tro ángulos otras tantas armaduras completas,  
árabe la una con capacete ceñido por un tur-  
bante blanco, otra de Milan con adornos rica-  
mente damasquinados y cincelados, y otras  
dos de mallas, del siglo XIII. En las paredes  
laterales había otras cuatro panoplias también  
antiguas, y sobre las dos grandes mamparas  
de cuero que daban entrada á la pieza, se veían  
los retratos de un caballero con tabardo os-  
curo y la insignia de Clavero mayor de Cala-  
trava al cuello, y el de una dama de edad ma-  
dura, con el severo traje blanco y negro de  
las viudas del siglo XVII: tenía ésta á los  
pies una caja de ricas joyas, y constaba en una  
inscripción esculpida en el marco, que las ha-  
bía cedido para fundar un hospital en 1630.

Componían el resto del mueblaje una sille-  
ría de roble tallado, una mesa también de ro-  
ble con pies de tijera, cuya tapa la formaba  
una enorme tabla de una sola pieza, admira-  
ción de cuantos la veían, y dos de esos arma-  
rios del siglo XVI, primorosamente tallados é  
incrustedos, que remataban en el escudo de

armas de la casa de Manolo. Pero sobre aquel fondo de antigua y severa magnificencia, había amontonado Manolo, el elegante de nuestra época, cuantos objetos pueden dar de sí las aficiones inconstantes, los caprichos de la moda, y las extravagancias de gustos pasajeros. Veíanse diseminados por donde quiera, no con ese bello desorden hijo del buen gusto artístico, sino con ese otro desorden hijo del despilfarro y de un carácter caprichoso en que la obra sigue siempre al deseo, sin dar tiempo á la reflexión, bronce, porcelanas, armas y arreos de caza, floretes, pipas de todos géneros, fustas, látigos, instrumentos de música, cromos, acuarelas, fotografías de cantantes famosas y de escandalosas celebridades femeninas, y otros mil objetos artísticos ó extravagantes, esparcidos todos por las paredes, sobre los muebles, en *étagères* colocados sin gusto ni concierto, y hasta arrojados por los rincones. Formaban en uno de ellos un extraño trofeo, varios estoques de matar y algunas lujosas banderillas, con una cabeza de toro en el centro, disecada y con ambos cuernos dorados. La armadura de Milan tenía terciado un capote de toreo de raso encarnado; asomaba un cigarro puro por la visera de la celada, y parecía apoyarse en una garrocha de derribar vacas, que había mandado hacer Manolo con el asta de la lanza de uno de sus abuelos, muerto en Aljubarrota. A los pies de la dama del siglo XVII, estaba el retrato de una bailarina francesa, llamada por sus admiradores, *la hija*

*del aire*; y por debajo de éste, encerrado en un rico marco dorado, y en el centro de una corona de laurel de plata, había un zapato de raso blanco, reliquia de aquella notabilidad pedestre, á quien llamaba Manolo—¡á los veintidos años!—la última ilusión de su vida.

Una cosa llamó también mi atención de niño: sobre el escudo de armas en que remataba uno de los armarios del siglo XVI, y cubriendo aquella gloriosa cimera que adornó la misma Isabel la Católica con una corona condal, había colocado Manolo, el descendiente de aquella raza de héroes, una montera de torero!...

No sé si era esto casualidad ó era alegoría: es lo cierto que aquel pobre Manolo no añadió nunca á los timbres de su casa otra empresa, que la de aquella montera, desconocida hasta entonces en la heráldica.

Cuando nosotros entramos, Currito Pencas, sentado á horcajadas en una lindísima silla de estilo Luis XV, que decían haber pertenecido al tocador de la Dubarry, y había comprado Manolo en Lóndres á precio exorbitante, tenía la palabra, y contaba á su auditorio su viaje á París para dar una corrida de toros, y el *disgustillo* que, según él, había tenido con Napoleón III, que ocupaba la presidencia. Era un hombre de unos cuarenta años, cuyas formas parecían modeladas por el cincel de Fidias: su rostro tenía esa vulgar corrección que se nota en los tipos hermosos de la plebe, no obstante de reflejarse en toda su persona cier-

ta gracia, cierta gallardía no exenta de dignidad, que le hacían simpático à primera vista. Vestía una chupa de terciopelo morado muy oscuro, y un chaleco bajo de lo mismo, que dejaba asomar la camisa ricamente bordada, y cerrada con botonadura de gruesos brillantes: una faja de seda de vivos colores ceñía su cintura, y caía sobre ella una leontina de oro de grosor enorme, que bien hubiera podido costar media talega de duros.

Manolo estaba à su derecha, sentado en la mesa de roble, y rodeábanlos, unos de pié y otros sentados, hasta diez ó doce jóvenes, *crème* de los salones de la corte, al mismo tiempo que *mocitos cruos* del Club-tauromáquico.

—¡Sigue, Currito, sigue!— exclamó Manolo, invitándole à reanudar su narración, interrumpida un momento à nuestra llegada.

—Pues náa,—prosiguió Currito: too fué que ese Napoleón no tiene ni los diez y nueve reales cabales...(1). Ya me tenía hasta la moña con que si la corrida ha de ser hoy, si ha de ser mañana, y yo mientras tanto aburrió en aquel París de Francia, too el día *olivares* (boulevards) arriba, *olivares* abajo, con más frío que un perro chino, porque se levantaba à las noches un fresquete, que le hacía à uno tiritá en francés. Llegó por fin el día de la corrida, y aquello fué pa morir de risa, caballeros!... Parecía la plaza un tarrito de Pomáa, y à po-

(1) Para comodidad del lector, censervamos en lo posible, en las palabras de este personaje, la ortografía que corresponde al lenguaje del pueblo bajo de Sevilla.

co más hasta los triperos me salen con guantes. En fin, caballeros, cuando salió el primer toro tocaron un *vigulin!*

Aquí estalló una explosión general de risas y palmadas, à que puso fin Currite Pencas, continuando:

—Maté el primer bicho con un volapié, que si lo llego à dá en Sevilla...¡caballeros!...se junde Triana, y las campanas de la Giralda repican solas!...Pero en aquella tierra nadie entiende la afisión; y sin que sonara un aplauso atravesé el redondé con los trastos en la mano, para hacerle la venera al palco imperiá. Allí estaba el señó Napoleón, más tieso que una estaca, y la Emperatrí, y el Principe imperiá, y una piara de Monsiures y Madamas, tan secos y tan *filimicupistis*, que no parece sino que se mantienen con obleas por no engordar. La Emperatri hizo una seña, y me mandaron subir al palco. El Napoleón se puso entónces los espejuelos, me miró de arriba abajo, y—¡caballeros!...ni que hubiera entrao el gato de casa!—me volvió la espada y se puso à platacá con una vieja que traía en la cabeza una á modo de papalina blanca, y en la mano un soplaó de plumas, en vez del abanico de las jembras de po acá.—¿De qué campanario se habrá escapao esta lechuza?—me dije yo, que en cuauto le eché el ojo le tomé tirria. Y luégo supe que era la duquesa de la *Mota* (La Motte)...como quien dice, de los cuatro ochavos.

Aquel desprecio me irritó; porque le acaba-

ba de brindá el toro en francés, y...

—¿En francés?...exclamaron varias voces.

—Y cómo dijiste?...¡Cuenta, Currito, cuenta!

—Pues le dije mu serio:—"Brindo por *bú* (vous), y por la mujer del *bú*, y por el *bucesito* chico."

De nuevo estallaron las carcajadas, y de nuevo las hizo cesar Currito, continuando:

—La Emperatri, al fin como española que es, estuvo mu campehana. Me dijo que me había visto torea en Granáa, allá en años ténporas, y me encargó que guardará bien el cuerpo, no fuera á haber alguna desgracia. Y en esto saltó la vieja del soplaó, y me dice con una cara de mirame y no me toques:

—¡Perrro V. sangrrra mucho al torro!...

—Pues si no quiere V. que lo sangre, le dije yo, mándele al méico y que lo mate con la *mepatía*... Yo no sé si me entendió, que yo bien recio se lo dije; pero es lo cierto que á la Emperatri le entró tal risa, que hasta tos le vino.

Pues vamos á que miéntas la madre reía y el padre platicaba, se viene á mí el Napoleón chiquetito, me coge por las borlitas de la chupa, y en español construio me dice al oído:

—¿Tú me quierrres dar á mí ese traje bonito?...

Pues ¿no he de querer, prenda?... Esta misma noche lo tienes en tu casa; le dije yo con el alma. Porque tenía aquella criaturita una carita de ángel, que parecía una mosqueta.

Y así fué: que aquella misma noche se lo mandé con dos chicos de la cuadrilla á las

Tullerías, con un carté de letra mu fina, que decía:

*Al Príncipe imperial, Currito Pencas.*

Y por aquí le salió la pepita á la gallina, caballeros... Porque á la otra noche me estaba afeitando pa dir á los Italianos, cuando se me entra por las puertas un Monsiú Coliflor (Colfiouri), que era chalan (chambellan) del Emperaó, más flaco que el San Jerónimo de Moya.

—¿El señó Pencas?—me dijo.

—Para servir á V., amigo; le contesté.

Y sin salir de un ladrillo, me jizo entónces más de veinte cortesias... Empieza mi Coliflor con señó Pencas arriba, señó Pencas abajo, y que patatín, que patatan, saca cuatro billetes de á mil francos, y me los pone en la mano, diciendo que aquello me mandaba el Emperaó, en pago del traje que le había regalado al chiquillo.

—¡La sangre se me subió á la cabeza, caballeros!... porque me pareció que me daba aquel hombre una guantáa en mitá de la cara!... Venirme á pagarme á mí con cuatro mil francos un regalo que hacía!..

—Tente, Currito, tente,—me dije; que á este hay que descabellarlo por lo fino. Y como si fueran de papel de estraza, tiro los billetes en la mesa sin mirarlos sipuiera, y dígole mu campechano:

—Siéntese V., Monsiú Coliflor: vamos á echar un cigarro... Y sacó la petaca de filigra-

na de oro que me regaló la reina.

—¡Oh que linda alhaja!—dijo el Coliflor.

—No es fea,—contesté yo como si tal cosa.

Esa me la regaló la Reina de España.

—¡Oh que bravos cigarros!

—Regularillos son,—le respondí: el Rey de Portugal me mandó seis cajones iguales.

Y al oír esto el Coliflor, abría cada ojo como un besugo. Y yo entonces más serio que una patata, hago con los billetes una torcía, les pego fuego en el velón, y se los presento para que encienda el cigarro.

—¡Oh señor Pencas!...¡que V. quema el dinero!

—No se apure V., señó,—le dije yo entonces; que todavía me quedan un par de onzas en el bolsillo para comprarle al Emperaó un organillo y un mico, por si quiere ir á España á ganarse la vida...

¿Qué es lo que V. dice, señor Pencas?...

—Digo, por si V. no sabe, que Currito Pencas no es ningún ropavejero del Rastro, ni tiene ningún baratillo en las callejuelas de Regina. ¿Está V.?...Digo, que lo que Currito Pencas regala, lo paga la voluntad, pero no lo paga el dinero... y digo, que ni el Emperaó de Francia, ni el Emperaó del globo terraco, le sacan á Currito Pencas los colores á la cara. ¿Está V., Monsiú Coliflor? ¿Está V.?

—Yo estoy espantado.

—Pues remójese la mollera con agua fresca, no le venga algún desmayo,—dije yo volviéndole la espalda. Y aquella misma noche reu-

ni á la cuadrilla y tomamos el tren, diciendo desde la ventanilla: ¡Adios, París!...¡Te queaste sin Currito Pencas!

Currito Pencas calló, y el entusiasmo del auditorio llegó entonces á su colmo. Aquellos pulidos caballeros, entusiastas del París que llamaba Veuillot *Universidad de los siete pecados capitales*, se indignaron de que el París verdaderamente culto y elegante hubiese visto en su ídolo tan sólo un gitano garboso; la digna conducta de Napoleón fué considerada como un crimen de lesa tauromaquia contra aquel héroe del trascuerno, y la insolencia del torero como una arrogancia más caballescaca que la de aquel Conde de Benavente que prendió fuego á su palacio, por haberse hospedado en él aquel Condestable de Borbon, traidor á su pátria. Rodearon, pues, al torero aclamándole y á los gritos de—¡Bien!—¡Bravo!—¡Bien por Currito!—¡Viva Sevilla!—¡Eso es dejar bien puesta la bandera!—le levantaron, tal cual estaba sentado en la silla de la Duguay, y le colocaron sobre la mesa.

—Pues claro está, caballeros!—decía Currito desde lo alto de su apoteosis. Quien descabellara seis toros tóos los lunes, bien puede descabellar á un Emperaó una vez en la vida...

Abrióse en aquel momento la puerta, y entró un negrito de unos quince años, vestido de librea verde aceituna, con una gran bandeja llena de botellas, platos y copas. Era el *groom* de Manolo, que traía el *lunch* para los señoritos.

Manolo mismo nos sirvió á Fernáudo y á mí algunas pastas y una copa de vino, y ordenó luégo al negrito que nos llevase á ver el león preso en su cueva. Indudablemente estorbaba á la completa expansión á los señoritos la presencia de aquellos dos inocentes testigos. Mas Fernáudo, que nó acertaba á separarse de Currito Pencas, se declaró en completa rebelión, y de tal manera chilló y se resistió, que tuvo que acudir su hermano y sacarle á viva fuerza, y casi arrastrando, á la escalanita del jardín. Allí ordenó á su lacayo que nos acompañase á ver el feroz cautivo del Sahara, y nos llevase luégo á casa en el tílburí que nos había traído.

A poco oíamos á lo léjos la preciosa voz de baritoño de Manolo, que dominando á los gritos y á las carcajadas, cantaba al compas de las copas que chocaban, el famoso brindis de Mafféo Orsini en la ópera "Lucrecia:"

*Il segreto per esser felice  
So io per prova, e l' insegno agli amici... (1).*

Al oírle Fernáudo, apretaba los dientes de rabia.

—Si yo fuera el león,—exclamaba, rompía la reja, y me comía á mi hermano y á ese farol de Manolo!...

Tuvo, sin embargo, que refrenar sus bríos y resignarse á subir conmigo al tílburí, mién-

[1] El secreto para ser feliz, lo sé yo por experiencia, y lo enseño á los amigos.

tras veíamos á la alegre cuadrilla subir á su vez en un breack, tirado por cuatro caballos que el mismo Manolo guiaba, y alejarse á trote largo, en dirección del cortijo de la Picota.

En el camino nos cruzamos con otros dos coches de alquiler, de cuyas cortinillas corridas salían estrepitosas risotadas de mujeres. El lacayo, que trataba á Fernáudo con harta familiaridad, le dijo, sonriendo de un modo extraño, una cosa que no entendí. Fernáudo le contestó otra de que tampoco pude enterarme, y se quedó luégo muy pensativo. Yo, para distraerle, le volví á tirar de su incipiente colita.

—¡Déjame!—me dijo bruscamente: ¡no seas niño!

Y cada vez más pensativo, seguía con la vista á los dos coches, que en aquel momento tomaban también el camino del cortijo de la Picota...

¡Pobre Fernáudo!... Tres meses después murió en pocos días, sin que su madre permitiese al confesor acercarse á su cabecera.

—¿Para qué asustarle?—decía. ¡Si es un ángel!...

¡Ah! no son ángeles, á los trece años, los niños que sus madres abandonan en manos de criados desde su más tierna infancia.

Así se pasaban los días de Manolo, cual una sarta de dorados cascabeles, alegres, ruidosos y vacíos, dando la ociosidad entrada á todos los vicios, prestándoles la opulencia todas las seducciones y todos los refinamientos. Jamás le habían negado sus padres el menor de sus gustos; jamás le habían contrariado el más leve de sus caprichos; y aquel natural inculto creció por lo tanto torcido, como una planta bravía abandonada en terreno salvaje, sin experimentar nunca la imperiosa necesidad que tiene el hombre de vencerse á sí mismo, sin comprender tampoco en las demás criaturas otro destino que el de servir á su egoísmo y satisfacer los goces en que cifraba el único fin de su vida; porque en esto, iba Manolo más allá del que dijo: Comamos y bebamos, que mañana moriremos. ¡Manolo creía que no iba á morir nunca!

Murió al cabo su padre, y hubo que dividir en seis partes, por ser cinco las hermanas de Manolo, aquel caudal que se creía tan inmenso, y que apareció entonces mermado por las malas administraciones, y embargado en su

mayor parte por esa polilla, hija del lujo, que carcome y arruina á las casas nobles: ¡las deudas!

Vióse entonces aquel brillante jóven, que se creía poderoso, heredero tan sólo de un corto caudal que aún no poseía, y sujeto desde su infancia á todas las torcidas exigencias de una educación opulenta y licenciosa. Vióse precisado por vez primera á lanzar sus miradas más allá del horizonte de caballos, toros y perros, salones, casinos y lupanares, en que hasta entonces había vivido encerrado, y vió con sorpresa que tras de la opulencia llegaba la medianía, y que tras de la medianía, podía venir la miseria. Ni por un momento pensó sin embargo en abandonar el lujo y el boato á que le habían acostumbrado sus padres. Pensó más bien para sostenerlo, en efectuar con la hija de algún banquero, ó comerciante rico, uno de esos *matrimonios de conveniencia*, en que el yerno busca en las talegas del suegro un puntal de oro que sostenga la casa solariega que se derrumba, y el suegro, en los pergaminos del yerno, cierto polvo de antigüedad que encubra lo flamante de su cara. Más según la frase de Manolo, era la cruz del matrimonio el árbol de que se ahorca el marido; y al llegar la hora de escoger árbol en que ahorcarse, le sucedió lo que á Bertoldo, que ninguno le pareció bastante á propósito. Pensó entonces en dedicarse á la política, juego de albur en que todos pueden probar fortuna; más su ignorancia y su falta de carrera le cerra-

ban los caminos honrosos por donde se llega á altos puestos, y su inconstancia y su pereza, jamas vencidas, le cortaban esos otros caminos por donde la osadía conduce á la ambición, á donde rara vez logra la modestia colocar al mérito.

Mientras tanto, el tiempo corría, y de tal modo corrían también los dineros de Manolo; que á los dos años había derrochado por completo la legítima heredada de su padre. Más no por eso moderaba su boato ni cercenaba sus gastos: limitábase tan sólo á no pagar las deudas que por todas partes contraía, y de locura en locura, de bochorno en bochorno, de bajeza en bajeza, llegó por fin á vivir por completo de las pingües rentas de la poca vergüenza. Pedía dinero prestado; comía cada día de la semana en casa de uno de sus ilustres parientes; daba rodeos para evitar el encuentro de acredores, como el peluquero y el perfumista, y empeñaba alhajas y hasta ropas, para comprar el ramo de camelias que regalaba á la actriz de moda, ó satisfacer algún otro capricho semejante, en que le parecía ver un deber de sociedad ó una exigencia de su rango. ¡Cuántas amarguras no le costó, sin embargo, ahogar ese sentimiento de noble pundonor que existe siempre en el hombre bien nacido mientras no se encanalla! ¡Qué rubor cubrió su frente la primera vez que no pudo pagar una deuda que le exigían! ¡Qué vergüenza cuando tuvo que regatear por primera vez en una casa de préstamos, los intereses

de la alhaja que empeñaba! ¡Qué humillación cuando se oyó designar entre las mismas personas de su círculo, con el apodo de *el jóven de los siete cocineros!*...

Ya Manolo debía hasta la camisa que llevaba puesta; ya se veía forzado á ahorrar las cuatro pesetas que le costaba un par de guantes, aún no podía prescindir del abono en el teatro, y creía necesarios los mil gustos refinados, que, por no haber aprendido nunca á prescindir de ellos, formaban en él una segunda naturaleza. Encaminábase un día á paseo, guiando los caballos de su tilburi, con un lacayo á la trasera, que llevaba terciado al brazo el lindo baston del señorito, con puño de Malaquita. De repente se lanzó á los caballos con un palo en la mano, un hombre del pueblo, roto y mal encarado, y detuvo con vigoroso empuje el trote del brioso tronco. Indignado Manolo, levantó el látigo para castigar al atrevido, sin reconocer en él al infeliz carpintero del Club-tauromáquico, á quien adeudaba tres mil reales, importe de sillas, picas y palos de banderillas. Más el hombre saltó como una fiera al coche, y agarrando al agente por el cuello, barbotaba furioso:

—¡Mis hijos se mueren de hambre y tú andas en coche!... ¡Paga, canalla, paga ó estrangulo! Y al decir ésto la estaca del artesano se levantaba en alto para medir las espaldas del señorito.

Aterrado Manolo, se arrojó por el otro lado del coche, y más atemorizado que confundido,

más lleno de saña que de vergüenza, desapareció entre el círculo de curiosos que había rodeado al coche, mientras el carpintero gritaba:

—¡Tunante!... ¡tramposo!... ¡en el centro de la tierra que te escondas te he de arrancar mi dinero!...

Este incidente llenó de temor á Manolo, y para evitar que el feroz carpintero cumpliera sus amenazas, decidió pagarle su deuda. Más ¿dónde encontrar aquellos tres mil reales, mezquina cantidad, que era en aquel tiempo para su agotada bolsa una suma más que considerable? Preocupado con esta idea, se dirigió aquella noche á primera hora, con el fin de matar el tiempo, á casa de la Condesa Z\*\*, ilustre parienta suya, cuya hija única había de casarse de allí á pocos días. Encontró á las señoras en un salon morisco, á que daban entrada, por uno y otro lado, dos intercolumnios árabes, cerrados con amplios continajes de seda de Mogador. Hallábase allí expuesto el *trousseau* de la novia; y varias otras damas, amigas y parientas de la Condesa, contemplaban, criticaban y enviaban aquel inmenso conjunto de preciosidades, valuado en dos millones de reales. Joyas, telas, ropas y objetos preciosos de todas clases, hallábanse colocados en una especie de bazar que ocupaba todo el largo del salon, teniendo cada objeto una tarjeta en que constaba el nombre de la persona que lo había regalado.

Manolo saludó afectuosamente á aquella ilustre anciana, en que se hermanaban de un

modo extraño la piedad y la firmeza, la dulzura y la prudencia. Su traje era negro de seda, rico cual correspondía á su clase, severo cual cuadraba á sus años; sus cabellos blancos, sujetos con un gran peine de azabache, formaban gruesos bucles, que daban á su cabeza el airoso aspecto de un camafeo romano. Manolo saludó también á las otras señoras, y siguió con ellas pasando revista á las galas de la novia.

—¡Oh qué cosa tan magnífica.—exclamó una de las damas, deteniéndose ante unos encajes primorosamente colocados sobre visos de raso celeste.

—Este es el regalo de mi prima Lady M\*\*, —dijo la Condesa; y dejando sobre el tapete un pañuelo blanco que tenía en la mano, dobló los encajes.

—Estos,—decía mostrándolos, pertenecieron á la reina Ana Stuard: forman tan sólo los vueltos de unas mangas, y están apreciados en cinco mil duros.

—Pues no me parece muy delicado regalo una cosa ya usada;—dijo remilgadamente una vieja llena de cosméticos y moños, que en todo encontraba faltas.

—Y á mí, sin embargo, me ha parecido este regalo más delicado que ninguno,—replicó la Condesa; porque estos encajes los regaló la reina Ana á la bisabuela de mi prima, y para que no salgan de la familia los ha regalado ella á mi hija.

—Será lo que tú quieras,—dijo desdeñosa-

mente la vieja; pero jamas me pondria yo desechos, aunque fuesen de una reina.

—Desechos son estos que más de una princesa los querria para adornarse,—dijo con sorna la Condesa. Pero para que veas que mi pobre prima no regaló tan sólo desechos, aquí tienes el complemento de su regalo.

Y al decir esto la anciana, levantó con ambas manos un rico joyero de plata, en que se hallaban apiladas sin engaste, cual si fuesen avellanas, hasta un centenar de gruesas perlas de Guzarete.

—¡Pero esto representará un caudal!—exclamó asombrada una de las señoras.

—Ni siquiera las he contado,—dijo sencillamente la Condesa.

Al oír esto Manolo, levantó vivamente la cabeza, y atusándose el bigote, se puso á contemplar las riquisimas perlas, mientras la vieja de los moños decia despechada:

—¡Claro está! Como su marido fué Virrey en la India, no le costaría mucho á la buena Lady hacer pacotilla de perlas.

De nuevo iba á replicar la Condesa; pero atajóle la palabra un lacayo, anunciando que estaba una visita en un salon vecino. La Condesa invitó entónces á las damas á permanecer allí con su hija, ó á venir con ella al otro salon en que esperaba la visita anunciada: todas optaron por lo último, y Manolo, que parecia preocupado, aprovechó la ocasión para despedirse.

—¿Te vas, Manolo?—dijo la Condesa, tendién-

dole la mano.

—Sí,—replicó este: voy á dar una vuelta por el círculo, y á oír luégo los *Hugonotes*... ¡Anoche estuvo Tamberlick delicioso!...

—Pero vendrás á comer mañana... Es miércoles.

—¡Ya lo creo!—dijo Manolo; y dirigiéndose á las otras damas, añadió riendo: ¿Dónde encontraré un Anfitrión como la Condesa... y unas *côtelettes* como las de su cocinero?

La señora se echó á reír.

—Ya sabes,—dijo, que la Condesa-Anfitrión es Anfitrión inamovible, y que las *côtelettes* están vinculadas á los miércoles. Ya tiene orden el cocinero de que nunca falten.

—¡Pero esos son ya demasiado mimos!

—¿Y qué quieres, hijo?—replicó bondadosamente la anciana. Mimar á los jóvenes es el gran placer de las viejas.

Manolo bajó lentamente el primer tramo de la magnífica escalera, poniéndose los guantes; allí se detuvo y buscó algo, que no encontraba, en los bolsillos del pantalon primero, y despues en los de la levita: entónces volvió atrás, y entró de nuevo en el salon morisco, como si hubiese olvidado algo. Las señoras habian ya salido; y al verse sólo Manolo, lanzó en torno suyo una mirada medrosa; acercóse rápidamente de puntillas al sitio en que estaban los encajes de la reina Ana y las perlas de Guzarete; allí se detuvo, mirando á todas partes azorado; dos veces extendió su mano trémula, y dos veces volvió á retirarla; de nue-

vo volvió á extenderla; y pálido, desencajado, temblándole las rodillas, cogió al fin del joyero cuatro de las ricas perlas. Una especie de grito ahogado y el crujido de un traje de seda, sonaron en aquel instante al otro extremo del salon: el ratero volvió aterrado la cabeza, y vió moverse suavemente las cortinas del intercolumnio, como si acabasen de dar paso á alguien. Quedó el miserable por un momento inmóvil, cual la estatua del espanto, con la lengua pegada al paladar y los ojos extraviados fijos en el intercolumnio; lanzóse al fin á las cortinas y las descorrió violentamente. Nadie apareció: sólo había en el suelo un pañuelo finísimo, marcado en una de las esquinas con una G y una corona condal. Era el mismo que había olvidado la Condesa sobre el tapete, al desplegar los encajes.

Entonces se creyó Manolo perdido, y salió corriendo del salon; bajó á saltos la escalera, y sin cesar de correr atrevesó calles y plazas, sin saber á dónde iba, oprimiendo siempre entre sus dedos crispados aquellas perlas robadas, resonando sin cesar en sus oídos aquel grito ahogado y aquel crujir de sedas, apareciéndose á su imaginación extraviada los transeuntes que se cruzaban por todas partes, cual enormes letras que se combinaban de diverso modo, como si tuviesen vida, para producir siempre y tan sólo la palabra *¡ladron!* la palabra *¡ratero!*...

Jadeante llegó al fin al puente D\*\*, solitario en aquella hora; y encaramándose en un pilar,

tra no conocia: decidióse al fin á romper el sobre, y cuatro mil reales en billetes de banco cayeron sobre las ropas del lecho. Manolo creyó que soñaba; vió entonces que acompañaba á los billetes una carta sin firma, y en el colmo de la sorpresa leyó en ella lo siguiente:

“Conozco la lucha de la vida, y sé cuán penosas son para la juventud sin experiencia y sin apoyo. Permítame V., pues, que le ofrezca el mío, impulsado por el recuerdo de la amistad que me unió con su padre. Desde este momento puede V. solicitar en el ministerio de Estado el destino que más sea de su gusto, en la firme persuasión de que le será concedido; y por si acaso se encuentra V. al presente en algunos de esos apuros tan comunes en los jóvenes, permítame que le ofrezca este insignificante préstamo, que no creo pueda herir su delicadeza. Yo mismo he de reclamar su pago cuando se encuentre V. en disposición de hacerlo.

“No es el trabajo lo que deshonra mi buen amigo: ánimo, pues, y escuche mientras tanto un leal consejo, que si en algo le punza es tan sólo para curarlo. Difícil es ser pobre con decoro, á quien fué quizá rico con orgullo; pero si quiere V. que esto se le haga fácil, practique sus deberes religiosos, y bien pronto echará raíces en su alma esa fuerte hija de la fé, que se llama conformidad cristiana.”

Manolo leyó y relejó esta carta, y fuera de sí, de alegría, se arrojó de la cama, sin que un pensamiento de gratitud hacia aquel bienhe-

chor misterioso acudiese á su mente; sin que un movimiento de acción de gracias hacia la Providencia divina que le tendía la mano, brotase en su corazón egoísta, y como tal ingrato! ...Ya tenía con qué pagar su deuda al temible carpintero; ya tenía en aquel destino prometido una base en que asentar aquella vida nueva que deseaba; y sintiendo con esto ahuyentarse sus recelos y disiparse sus temores, llegaba hasta creer imposible que la vieja Condesa hubiese descubierto su robo. Acaso no pudo el viento mover aquellas cortinas? ¿Acaso no eran estas de seda, y podían crujir al moverse? En cuanto al pañuelo, pudo dejarlo caer la Condesa al pasar por allí cuando se despidió de Manolo; y el grito...¡ah! aquel grito ahogado cuyo recuerdo le daba escalofríos media hora ántes, le parecía entonces, sin duda de ningun género, que debió de ser tan sólo efecto de su azorada fantasía. Ocurriósele al fin lo que desde luego debió de ocurrírsele: que quizá la misma Condesa había escrito aquella carta. Pero no comprendiendo en los demás la generosidad que en sí no tenía, achaque comun á todos los mezquinos, examinaba la letra, que parecía disfrazada, diciéndose convencido:

—¡Imposible!...Yo en su caso hubiera hecho arrojar al ratero por la ventana...Esta carta tiene que ser de algun buen amigo de mi padre, á cuya noticia ha llegado el escándalo de aquel maldito carpintero.

Así son á veces los hombres, y así era siem-

pre Manolo; así ahuyentaba sus temores con sus deseos, y de tal manera los transformaba en realidades, que cuando llegó la hora de comer se vistió con su elegancia de costumbre, y se encaminó con la mayor frescura á casa de la Condesa.

—¡Audacia! ¡audacia!—se decía para callar aquellos temores que á medida que se acercaba al palacio de nuevo le asaltaban. Si nada sabe, nada arriesgo...Si algo sospecha, mi audacia la desorienta...Si lo sabe todo, queda siempre el recurso de negar, ó el de pedirle perdón, confesándole mi culpa...Apelaré entonces al patético, que es arma á que las mujeres nunca resisten.

Al atravesar el anchuroso vestibulo, los lacayos se levantaron para saludarle respetuosamente, y Manolo sintió que enrojecía hasta el blanco de los ojos. Flaqueáronle las piernas al subir la escalera, y al verse frente á frente de aquel rico *portière* de terciopelo, en cuyo fondo se destacaban bordadas las armas de la ilustre Condesa, de tal modo refluyó la sangre á su corazón, que tuvo que detenerse allí por varios minutos. Dueño al cabo de sí mismo, entró con paso firme en el gabinete, y...vió que la Condesa le tendía la mano con la misma amabilidad de siempre, sin que el menor rastro de sorpresa, de indignación ó de disgusto, asomase en aquella imponente fisonomía, en que se hermanaban entonces, como todos los días, la dignidad de una reina y la dulzura de una santa.

Manolo sintió un movimiento tan vivo de alegría, que estuvo à pique de venderse; contúvose, sin embargo, y alegre y chancero como nunca, se puso à bromear con los otros convidados que aquel día tenía la Condesa. Esta, por su parte, le prodigó las atenciones de siempre; sirvióle ella misma las famosas *cótelettes* de que tanto gustaba, y cuando ya se despedía el ratero, bien entrada la noche, le preguntó, de modo que todos los presentes pudieran oírlo:

—¿Vas à la ópera, Manolo?

—A lo ménos iré al terceto,—respondió este: cantan esta noche *Lucía*.

—Pues me vas à hacer un favor, y me ahorras escribir una carta... Allí estará la Baronesa, por que hoy le toca su turno; hazle una visita de mi parte, y dile que ahí lleva el importe de los billetes de la rifa que me envió esta mañana.

Y al decir esto la señora, puso en manos de Manolo, de modo que todos lo vieran, un bolsito de raso lleno de dinero. Aquella prueba de confianza acabó de disipar los temores de Manolo, y lleno de alegría se dirigió al teatro, repitiendo casi en voz alta:

—¡Nada sabe! ¡nada sabe!... ¡Me he salvado!

Al volver à su casa à las altas horas de la noche, como tenía de costumbre, se le ocurrió leer de nuevo la carta anónima: notó entonces una cosa en que àntes no se había fijado; y era que despedía aquel papel el mismo suave perfume de piel de Rusia, esencia favorita de la

Condesa, en que estaban impregnadas sus cosas y su persona.

—¡Imposible que sea ella!—exclamó Manolo, tirando la carta con rabia. ¡Si así fuera, sería esa mujer el demonio del disimulo!...

¡Y no se le ocurrió decir al ingrato, el ángel de la delicadeza!

A pesar de estas nuevas dudas, se levantó Manolo, à la mañana siguiente perfectamente tranquilo. Su plan estaba formado: había de pagar àntes que nada su deuda al feroz carpintero, cuya estaca y cuyos gritos le inspiraban tan serios cuidados; había después de firmar obligaciones de todas sus deudas; solicitaría luego un Consulado en Rusia, único país de Europa que no había visitado; y allí viviendo tranquilamente de su sueldo, iría pagando poco a poco lo que debía, al mismo tiempo que probaba los placeres de los climas tríos, de que hasta entonces no había disfrutado.

A las doce se dirigió Manolo con los billetes en el bolsillo à pagar el mismo su deuda al infeliz carpintero: temía que si daba esta comisión à algun criado, se compensase este con aquella cantidad de sus salarios atrasados. No lejos del taller del carpintero, detuvo el coche para dejar franco el paso à un gran coche de caza, tirado por cuatro caballos, que guiaba un caballero.

—¡Manolo!—gritó este deteniendo el coche. ¿No vienes al Hipódromo?

—¡No, no puedo!—respondió Manolo, ale-

jándose al reconocer en el que guiaba y en los que ocupaban el coche a seis ó siete de sus elegantes camaradas.

—¡Mira!—¡Manolo!—¡Ven acá!—Vamos á las carreras!—gritaban los del coche. Uno de ellos echó pié á tierra y le cogió por un brazo; otro sacó de debajo del asiento una botella de Jerez todavía lacrada, y echandosela á la cara, cual si fuese una carabina, gritaba apuntándole:

—¡O vienes, ó disparo!...

Manolo procuraba excusarse. Entonces se inclinó desde el pescante el joven que guiaba, y le dijo en aleman, con cierto tono incisivo:

—¿No tienes dinero para hacer apuestas?

Esta pregunta, hecha para humillarle por el hijo de un rico banquero salido de la nada, á quien en su aristocrático orgullo llamaba Manolo *El Marqués del Ochavo*, le irritó de tal manera, que contestó también en aleman, con una arrogancia digna de su futuro Consulado:

—¡Cuantas quieras te hago desde ahora!

Y sin acordarse ya de deudas ni de estacas, subió al coche y se marchó con sus amigos á las carreras de caballos.

Una hora después de tomado el *lunch*, había perdido ya Manolo los tres mil reales del carpintero en diversas apuestas, y debía además á cierta Marquesa casquivana, que hablaba de *jockeys* y caballos como el más consumado *sportsmen*, unos cuantos pares de guantes, importe de otra apuesta que con ella había cruzado. Aquella noche gastó Manolo quinien-

tos reales en una preciosa caja de sándalo en que envió á la Marquesa sus guantes, y para lo poco que ya quedaba de aquel dinero que debía á la más delicada caridad, acabó de gastar el resto en cenar alegremente con unas cuantas amigas, notabilidades afamadas de la Compañía de Bufos!...

¡Cuán poco puede el hombre contra su naturaleza viciada, si no le sostiene esa *gracia divina* que las sombras del pecado ahuyenta del alma!



®



IV.  
Al pié de los Alpes marítimos, y en aquella parte de la alta Italia que ocupa la Lombardia, brota al lado de un peñasco y en el fondo casi de un barranco, un manantial de aguas medicinales. Bajase á él por una escarpada senda, que recorren los enfermos en bestias ó literas, con riesgo, manifiesto de encontrar en el fondo del barranco el remedio total de sus dolencias. A la izquierda se descubre desde una altura Monza, la antigua capital del reino Lombardo Véneto, y á la derecha queda el camino de Mónaco, la famosa *corbeille de fleurs*, que oculta entre sus hojas esa serpiente venenosa que ha cubierto toda aquella tierra de suicidas: la ruleta de Baden-Baden, que expulsada de Alemania ha ido á labrar en el exiguo principado su magnífica caverna.

La especulación ha levantado al lado del manantial un gran *Hotel*, en que falta al enfer-

mo una capilla en que pedir á Dios misericordia, y no le falta, sin embargo, un salon de baile en que prepararse á morir, ni una ruleta, sucursal de la de Mónaco, en que ganar el dinero para su entierro. ¡Qué triste es ver agitarse allí, al compas de un piano, unas piernas á que pronto comunicará la muerte su rigidez espantosa! ¡Qué horrible ver adelantarse una mano descarnada, para fiar á un punto de la ruleta, cantidades que debieran de estar ya consignadas en un testamento!

Mézclanse allí entre las gentes honradas que vienen á tomar las aguas, algunos de los opulentos jugadores de la *Contamine* de Mónaco, y algunos de esos otros tahures y bribones que pululan alrededor de las mesas de juego, como asquerosas ratas á caza de desperdicios. Allí se hablan todos los idiomas, corren todas las monedas, se cometen todas las infamias, y se sufren todos los dolores... Allí también acude de cuando en cuando la muerte, á escarbar en aquel cenegal de enfermedades y de vicios, para sacar á tirones de este mundo á un alma, que cae en manos de Dios vivo mientras en el hotel siguen, tabique por medio, jugando, bailando y sufriendo.

Por agosto de 18\*\* llegué á este famoso hotel, acompañando á otro Padre enfermo, que iba á tomar las aguas. Habíase recogido una noche mi compañero más temprano que de ordinario, por hallarse algo fatigado, y á la luz de una vela de esperma, me preparaba yo en el aposento inmediato á escribir algunas

cartas. Aún no había comenzado mi tarea, cuando llamaron á la puerta: era una camarera del hotel, que me buscaba para auxiliar á un moribundo. Detúveme tan sólo el tiempo necesario para coger mi crucifijo, y seguí en pos de ella por aquel dedalo de corredores, guarnecidos por todas partes de puertas.

—¿Y está muy grave?—le pregunté por el camino.

—Yo creo que está ya muerto.—me contestó, con la mayor naturalidad. Esta mañana me dijo que avisase á un sacerdote que había visto en la fuente, y yo me olvidé de ello... Entré esta noche á ver si quería algo, y ya no contestaba... ¡Madonna mía! ¡qué miedo, verle boca arriba, mirando al techo?...

Comprendí que no era ocasión de decir á aquella mujer lo que merecía, y me limité á apretar el paso, mientras le preguntaba:

—Pero el médico, ¿qué ha dicho?

—Si el médico no lo ha visto, *signor*... Ese hombre no viene á las aguas; viene á la ruleta... Es un pobrete, *signor*; paga sólo tres liras...

Llegamos por fin al último piso del hotel, y se detuvo mi guía ante una puerta entreabierta; allí se despidió, diciendo que era necesario avisar al amo, para que sacasen ántes del alba el cadáver de aquel hombre, que aún no se sabía si había muerto. Penetré, pues, solo en aquel cuchitril infecto, en que no había más que dos sillas, una mesa y una especie de catre de tijera. En él se hallaba tendido boca arriba un hombre, que respiraba fatigosamen-

te: tenía los ojos cerrados, y una mano delicada y blanca, cual la de una dama, salía por entre las ropas del lecho, oprimiendo fuertemente algunas prendas de vestir viejas y mugrientas, con que sin duda había procurado arrojarse. A la luz de la bujía que allí encontré encendida, examiné aquellas facciones, en que la muerte había impreso ya su característico sello: era un hombre de más de cuarenta años, y sobre la palidez cadavérica que cubría su semblante, destacábanse esas manchas rojas y granujientas, amoratadas entonces, que producen las bebidas alcohólicas en las personas dadas á este vicio. No me desalenté sin embargo: ocurrióseme al punto que aquel hombre podría ser un vicioso y hasta criminal, pero no era seguramente un impío. El hecho de haber pedido un sacerdote revelaba ese resto de fé, más ó menos viva, que establece un abismo sin fondo entre la impiedad formal y el mero libertinaje.

Removíle primero suavemente, y después con violencia; habléle luego al oído en cuantos idiomas sabía, pues ignoraba cuál era el suyo. Más el moribundo permanecía siempre inmóvil, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, respirando de aquel modo fatigoso, semejante ya al estertor de la agonía, y latiendo su corazón apresuradamente, cual un reloj que gasta su cuerda rota.

Imposible era administrarle el sacramento de la Extremaunción, porque el pueblo más cercano era Roccabruna, y distaba más de

una hora de camino por la áspera pendiente de la montaña. Fundándome entónces en que, al pedir aquel desgraciado un sacerdote, había demostrado su deseo de reconciliarse con Dios, extendi sobre él mis manos, y *sub conditione* le di la absolución. Coloqué después mi crucifijo sobre su pecho, y me senté á su cabecera, sin que pudiese prestarle otro auxilio que el de humedecer de cuando en cuando aquellos labios secos, con mi propio pañuelo que mojaba en un jarro.

Así pasaron dos horas: á lo léjos oía el piano del salon de baile, que tocaba una polka; á mi lado percibía el aliento de aquel hombre desconocido, que iba á espirar. Faltóme al fin el aire en aquella reducida estancia, infectada por el vaho del enfermo, y abrí la ventana para respirar un momento. Al frente se veían las de la sala de juego, también abiertas, y pude distinguir, bajo las pantallas verdes de sus lámparas, los rostros ansiosos de los jugadores, que se inclinaban sobre la ruleta, y los montones de oro, que cubrían el tapete.

Un ruido estridente y desagradable resonó entónces hácia el lecho del moribundo: creí que arañaba en la pared con las uñas, y acudí al punto á su cabecera. Encontréle, sin embargo, en la misma postura, inmóvil, como le había dejado. Entónces volvió á resonar aquel mismo ruido, que me causaba escalofrios: era que el moribundo rechinaba los dientes...

A lo léjos tocaba entónces el piano el brindis de *Lucrecia*, y una poderosa voz de con-

trato cantaba al mismo tiempo su famosa letra, *Il secreto per esser felice...* Oprimióseme el corazón tan fuertemente, que no pude contener las lágrimas; y obedeciendo á un movimiento espontáneo, acerqué el crucifijo á aquellos labios secos; más éstos permanecieron mudos é inmóviles, y no lo besaron.

A las dos volvió el moribundo levemente la cabeza, y arrojó por la boca una poca de sangre; diez minutos después entró en la agonía. Entónces me arrodillé á su lado, y comencé á recitar la recomendación del alma. Al llegar á las palabras *Redemptorem tuum facie ad faciem videas.*—*Veas á tu Redentor frente á frente*, el agonizante experimentó una fuerte sacudida. Abrió los ojos, me miró espantado, echó hácia atrás la cabeza con tal violencia, que sentí crugir sus vértebras, y arrojando por narices y boca un mar de sangre negra, se quedó muerto.

Sentí un estremecimiento de horror, que me corría de pies á cabeza, y apenas si pude balbucear hasta el fin aquellas oraciones. Al terminarlas llamé á la camarera, y á poco llegó también el dueño del hotel, acompañado del médico y de otros dos hombres. Adivinando entónces la repugnante escena que iba á seguirse, me retiré á mi cuarto para rezar, por el alma de aquel muerto sin nombre, el oficio de difuntos.

A poco sentí que abrían una puerta que daba al campo, situada al pié de mi ventana. Ya el alba comenzaba á clarear, y pude dis-

tinguir á dos hombres del pueblo que salían sigilosamente. Llevaba uno al hombro una azada, y el otro conducía del diestro un borrico: sobre éste iba atrevesado un bulto, envuelto en una sábana sucia. Tomaron en silencio una estrecha senda que trepa por la montaña, hasta llegar á Roccabruna, antigua ciudad de Monaco, perteneciente hoy á Francia. Al volver un recodo del camino, enredóse la sábana en un matorral, y desgarrándose por un extremo, dejó asomar los pies desnudos y agarrotados de un cadáver.

Era el de aquel desconocido, que marchaba ya camino del cementerio.

V.

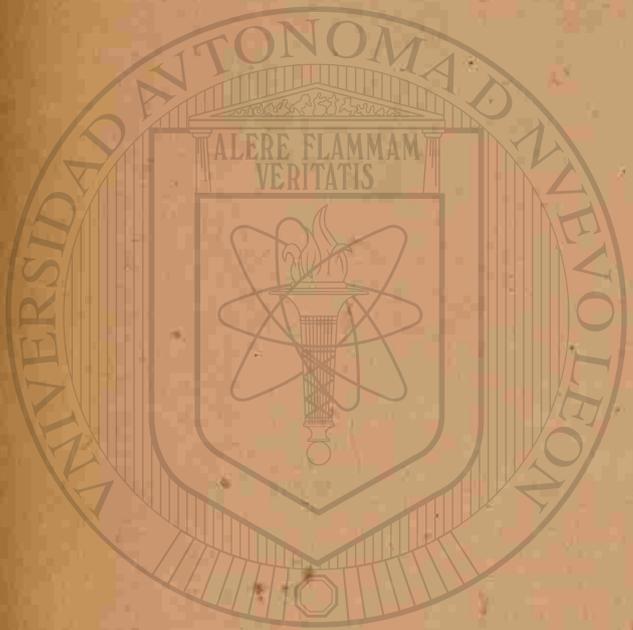
Aquella tarde se presentó en mi cuarto el dueño del hotel, suplicándome que le tradujese al italiano algunas cartas en español, encontradas en la maleta del difunto.

—Era un falsario de España,—me dijo. Vea V. lo que traía en un doble fondo de la maleta.

Y al decir esto me mostraba varias plantillas falsificadas, de billetes de los Bancos de Turín y de España. Miré los sobres de aquellas cartas, y vi con indecible espanto, que iban todas dirigidas á Manolo...

Entonces se me ocurrió escribir esta historia, para dedicarla á ciertos padres de familia. ®

FIN.



**RANQUEO**

POR EL

**P. LUIS COLOMA**

DE LA

COMPañIA DE JESUS

**UANI**  
EDICION DE "LA DEFENSA"

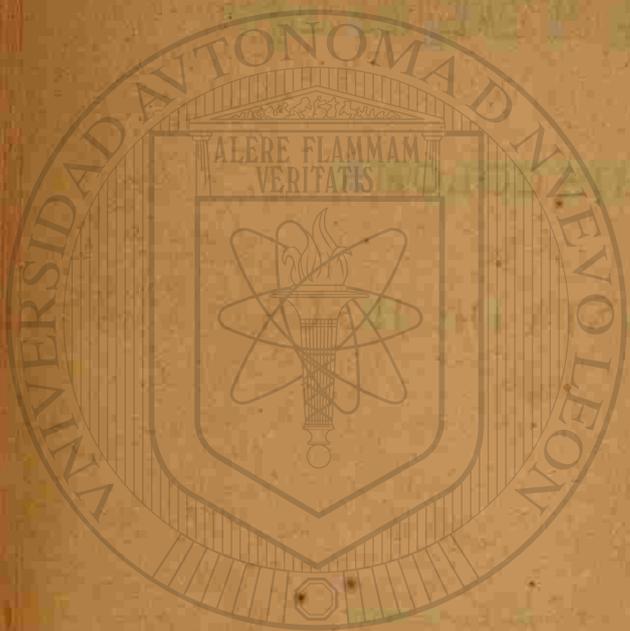
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MONTEREY

Imprenta Católica, Calle de "Doctor Mier" número 70.

1893



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## RANOQUE

Fomentad el trabajo; enseñad el catecismo... así reorganizaréis á lo que llamais pueblo, sin más código que los preceptos del Decálogo.

Terminaban ya los últimos días del Otoño y la naturaleza entera parecía tomar ese tinte de suave tristeza, propio de todo bien que acaba: caen las hojas, marchítanse las flores, huyen las nubes, debilitase la luz, entibiase el sol, con gélanse los ríos y el alma se inunda de cierto sentimiento melancólico, al encontrar secretas analogías entre estas escenas de la naturaleza y las de la vida del hombre. También pasan para él los años, también huyen las ilusiones, se debilita la inteligencia, se entibian los amores y la vida lentamente se paraliza, hasta que al cabo se hiela y perece.

Este tinte de tristeza hacía aun más impo-  
nentes y sombríos los espantosos derrumbade-  
ros de la serranía de R\*\*; pasa por allí una es-  
trecha y solitaria carretera, que formando las  
ondulaciones de una enorme serpiente, va á  
empalmar, no lejos de un ventorrillo, con el  
camino real que desde Cádiz conduce á Ma-  
drid. Entrase el camino á dos leguas de M\*\*  
por una angosta garganta y sin abandonar nun-  
ca la falda de la sierra, cubierta de jarales, len-  
tiscos, madroños y carrascas, llega al fin á una  
dehesa salvaje, que cierra el horizonte con un  
encinar espesísimo.

Si alguna otra mirada que la de Dios hubie-  
se penetrado entre aquellas solitarias breñas, á  
la caída de cierta tarde de Noviembre, hubiera  
podido contemplar con extrañeza y aun quizá  
con temor, el sospechoso grupo que formaban  
un hombre, una mujer y un niño, cruzando  
rápidamente la solitaria carretera. Era el pri-  
mero un ciego de repugnante aspecto, á cuyo  
torvo semblante hacía sombra un sombrero  
calañés viejo y mugriento: un sayal pardo re-  
mendado y sucio, cuyas mangas, atadas en las  
estremidades con tonizas, le servían de alfor-  
jas, le cubría, dejando asomar tan sólo unas  
piernas macizas, algo torcidas, de esas á que  
parece faltar alguna cosa, cuando no llevan un  
grillete. Llevaba terciada á la espalda una gui-  
tarra mugrienta: apoyábase con la mano dere-  
cha en una larga chivata, y asíase con la iz-  
quierda á las asquerosas faldas de la mujer que  
le guiaba. Tenía ésta la misma edad y catadu-

ra de su innoble compañero: veíanse en su ros-  
tro, horriblemente picado de viruelas, junto á  
las señales de la miseria las huellas del vicio y  
caminaba no sin fatiga, llevando á la espalda  
un gran morral, lleno al parecer de trapos vie-  
jos y utensilios de cocina.

Detrás corría anhelante un niño de ocho  
años, sin más vestido que un pantalón destro-  
zado, sujeto con un solo tirante de orillo y una  
camisa hecha jirones, que dejaba asomar por  
todas partes sus carnes blancas y sucias, cual  
un objeto de marfil salido de un basurero. Lle-  
vaba también á la espalda un morralillo, para  
su edad hartó pesado, lleno de coplas y roman-  
ces impresos y érale forzoso correr incesante-  
mente, para seguir el rápido paso de los que  
delante caminaban; á veces deteniase sin alien-  
to, cubierto de sudor, destrozados los piececi-  
llos descalzos por la abundante gleba del ca-  
mino; y al ver que sus compañeros no detenían  
el paso, ni le prestaban auxilio, gritaba angus-  
tiado:

—¡Mae, mae!... ¡que no pueo!.

La mujer volvía entonces el rostro, descom-  
puesto por una extraña rabia y gritaba:

—¡Pues haz un podé, condenaol

Tambien el ciego volvía la cabeza, revolvien-  
do sus horribles ojos sin vista y amenazando  
al chiquillo con la chivata, decía por lo bajo  
á la mujer con espantosa saña:

—¡Aplástale la cabeza, Cachana!.. Apriétale  
el gañote y acabamos pronto!

La mujer se retorcía las manos, jurando y maldiciendo y apresuraba más y más el paso de aquella espantosa carrera, semejante á la de dos demonios que arrastrasen tras de sí el alma de un inocente.

De repente se detuvieron ambos á la orilla del camino; cambiaron entre sí algunas palabras, gesticulando furiosamente y dejando al fin la carretera, comenzaron á trepar por una escabrosa senda que se abría paso entre las caráscas y lentiscos de la sierra. El niño hizo entonces un esfuerzo desesperado: comenzó á correr lleno de angustia, temiendo á cada instante ver desaparecer á sus compañeros, entre los agrestes vericuetos de la sierra y entró también en la vereda que éstos seguían. La Cachana caminaba rápidamente como por terreno conocido, arrastrando tras de sí á su compañero: mas las escabrosidades del camino embarazaban á cada paso la marcha del ciego y ésto daba lugar á que el niño pudiera seguirles más fácilmente. Poco á poco fuéronse internando en lo más áspero de la sierra y llegaron al fin á una estrecha cueva natural asilo de pastores y bandidos, incrustada entre dos altas peñas que cerraban el horizonte por todas partes, dejando ver tan sólo un pedazo de cielo cubierto por nubes plomizas, que desgajaba y hacia correr ante sí, un fuerte vendabal que entonces se levantaba.

La Cachana dejó caer al suelo sin deshacerlo, el morral que á la espalda traía y comenzó á dar vueltas por la cueva y sus contornos con

cierta inquietud siniestra, semejante al azoramiento que turba al criminal, antes de cometer el crimen, ó le persigue y le atormenta después de cometido. La sierra, cortada casi verticalmente por detrás de la cueva, formaba una especie de cañada, por cuyo fondo corría un arroyo: podíase descender á él no sin trabajo, siguiendo un recodo que formaba la vertiente de la montaña, hasta llegar al fondo de la cañada, imponente siempre y aterradora entonces por la soledad del lugar y el callado silencio de la noche que lentamente se aproximaba.

La Cachana volvió á la cueva con un hazcillo de ramas secas, que arrojó al suelo como si fuese á encender una hoguera. El ciego se había sentado dentro en un peñasco, tenía al lado la chivata y con yesca, piedra y eslabón, que llevaba en una bolsa de pellejo de conejo, encendía una asquerosa pipa, llena de tabaco de colillas.

A poco llegó el niño jadeante; dejose caer en el suelo de la cueva y comenzó á llorar. La Cachana lo agarró brutalmente por los cabellos para incorporarle.

—¡Calla, Ranoque; calla!— gritó arrancándole de las espaldas el morralillo que traía. ®

El muchacho redobló sus gritos al sentirse lastimado: el ciego hacia contorciones de rabia, cual si un mal espíritu le poseyese. La Cachana, lanzando imprecaciones y blasfemias, sacó del morral unos mendrugos de pan, un

dornajo de madera y una cantimplora rota de barro.

—¡Calla, condena!— volvió á gritar, alargando ésta al niño. Calla y baja al arroyo por agua para el gazpacho.

—¡Que no voy!— contestó el niño tirándose al suelo.

—¿Que no vas?— gritó la Cachana dándole un puntapié. Anda listo, chiquillo, ó te *es-nunco*.

—No voy... ¡que tengo miedo!

—¿Miedo y eres capaz de sacarle los dientes á un ahorcado?... ¡Meneate, condena ó te *es-pampano* los sesos!

—¡Si no pueo, máe; si no pueo!—gemía el infeliz niño, mostrando sus piececitos descalzos, que chorreaban sangre.

—Pues si no puedes con los piés, vé con los codos...

—¡Que no voy!

—¡Ranoquel... ¡que te cojo por el gañote y te crujo como una culebra!...

El ciego nada había dicho; pero al oír el enérgico —¡que no voy!— del niño, lanzó una imprecación horrible y con tal furia le arrojó la chivata, que fué á romperse en dos pedazos contra las rocas de enfrente: después se tiró á él á tientas, para hacerle pedazos entre sus uñas. El niño huyó el cuerpo aterrado y enmudeció de espanto: La Cachana se lanzó entonces como una fiera sobre el ciego y de un empujón le hizo caer sobre el peñasco que antes ocupaba.

—¡Déjalo!— gritó... ó te arranco esos ojos ciegos, que parecen dos puñalás enconás!

Intimidado entonces el niño, tomó la cantimplora y dando gritos de dolor y de rabia, se dirigió al arroyo arrastrándose por aquella pendiente, erizada de picos y de abrojos. Al llegar á la cañada, el miedo enmudeció su dolor y apaciguó su rabia: la agreste soledad de aquellos salvajes picachos que, coronados de carrascas, se elevaban entre jarales, cual viejos y gigantescos sátiros, adornados de pampanos; el silencio profundo interrumpido tan sólo por los mugidos del viento, que ahullaba á lo lejos como un demonio encadenado; los negros nubarrones preñados de truenos y relámpagos, que semejantes á un paño funebre caían sobre la luz del día, próxima ya á extinguirse, bastaban para poner miedo en cualquier corazón de temple más esforzado, que el de aquel pobre niño de ocho años. Echose, pues, en el suelo para llenar el cacharro en la turbia corriente del arroyo y encontrando luego fuerzas en su propio pavor, huyó corriendo de aquel sitio y comenzó á trepar la vertiente de la montaña.

Al llegar á la estrecha esplanada en que se abría la cueva, el espanto dilató sus ojos hasta desencajarlos y la angustia se pintó del modo más desconsolador en su preciosa carita. La cueva estaba vacía... sólo se veían en el fondo el montón de ramas secas y los dos pedazos de la chivata del ciego. El niño dejó la cantimplora, temblando como un azogado y volviendo á

todas partes sus ojos espantadamente abiertos, gritó en el colmo del terror y de la angustia:

—¡Máel... ¡Máel... ¡Tío Canijo!...

Nadie le contestó: el niño cruzó sus manitas desolado y comenzó a llorar esas amargas lágrimas del dolor sin consuelo, de la angustia sin límites, de la agonía sin muerte, que produce en el alma el desamparo; el aterrador desamparo, único que logró arrancar al Hombre-Dios su sola queja en la tierra!... Esas lágrimas que en el hombre son un castigo ó una prueba y en el niño son:— ¡Señor, Dios de piedad, que tanto amas á estos ángeles de la tierra y las dejas, sin embargo, á veces correr sobre sus inocentes mejillas,— una de las inescrutables vías de tu Providencia!

—¡Máel... ¡Máel... ¡Tío Canijo!... — volvió á gritar el niño, saliendo á la entrada de la cueva y tendiendo su espantada vista por la agreste sierra, sin que ningún eco le trajese una esperanza, sin que ninguna huella le ofreciera un consuelo...

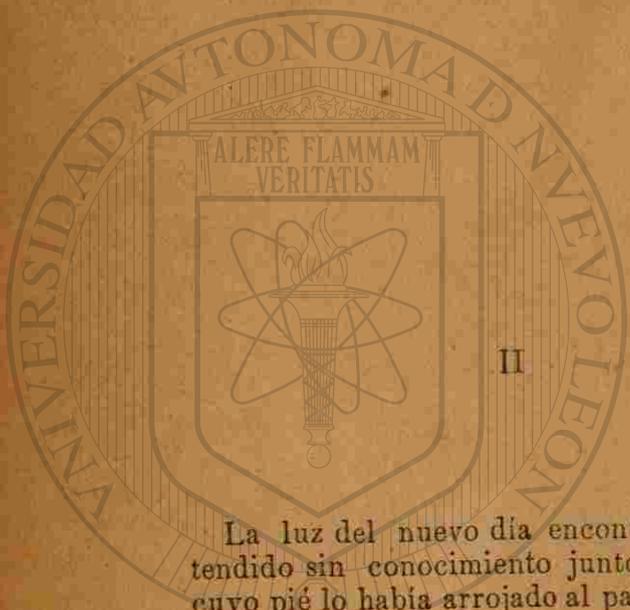
Entonces se apoderó del niño una especie de vértigo: comenzó á correr de un lado á otro sin dirección fija, internándose cada vez más en las fragosidades de la sierra, repitiendo siempre sin ser oído, su angustioso grito:

—¡Máel... ¡Máel... ¡Tío Canijo!...

Y ya las sombras de la noche lo sepultaban todo en el horror de sus tinieblas; ya no se destacaban los peñascos sobre aquel cielo tan oscuro como ellos; ya en la garganta enronquecida del niño habia sucedido al grito el gemi-

do y al gemido el estertor y todavía llamaba, todavía corría, todavía esperaba; porque la esperanza no podía dejar de sonreír á su inocencia, incapaz de comprender toda la refinada maldad de aquel delito.

De repente oyó entre las carrascas un ruido que no era el del viento: vió un bulto negro que se abría paso entre ellas lanzando resoplidos; sintió que aquella masa negra y cerdosa le empujaba contra un peñasco que se alzaba á su espalda aislado y el infeliz niño se quedó allí inmóvil, mudo, con los ojos dilatados, rígidos los miembros, clavadas las uñas en la carne, el cuello tendido, el oído alerta, cual si no quisiese perder un solo mugido del viento, que á veces silbaba entre las carrascas como una culebra, á veces rugía en las crestas como un león, á veces gemía entre los rcbles como un alma en pena.



La luz del nuevo día encontró á Ranoque tendido sin conocimiento junto al peñasco, á cuyo pié lo había arrojado al pasar un enorme jabalí de los muchos que en aquella sierra abundan.

Volvió al fin en sí, cuando los primeros rayos del sol comenzaban ya á dorar las crestas de la sierra, y tendió en torno sus ojos espantados: quiso incorporarse y logrólo al cabo, dando gemidos. Miraba á todas partes el infeliz niño, con la vista extraviada y fija como si despertase de un profundo sueño y su inteligencia embotada le impidiera comprender toda la extensión de su desamparo. Poco á poco le puso la memoria delante las crueles escenas de la víspera: entonces comenzó á llorar.

—¡Máel... ¡Máel... ¡Tío Canijo!—volvió á gemir, con voz tan débil y angustiada, que apenas se oía.

Quiso andar y dió dos pasos tambaleándose: quiso correr y cayó al suelo casi exánime. El delirio de la fiebre turbó entonces su cerebro y todo pareció animarse en torno suyo: árboles, piedras, matas, nubes, peñascos, tomaban ante sus ojos formas extrañas, nacíanles facciones, brazos gigantes, manos enormes con que se agarraban entre sí para girar en torno del niño, primero con páusa, después con rapidez, luego con velocidad vertiginosa, al compás de mil extraños ruidos, entre los que creía distinguir, con cierta alegre esperanza, la destemplada guitarra del tío Canijo, más discordante que nunca y la aguardientosa voz de la Cachana, que repetía en cien tonos diversos su común estribillo:

—¡Condenao! ¡Condenao!... De repente oyó, entre aquellos ruidos fantásticos que no eran otra cosa, sino el violento latir de sus arterias, otro ruido claro, distinto, que con nada se confundía; era el sonido de una esquila.

Al mismo tiempo apareció, por encima de una mata de lentiscos, la airosa cabeza de una cabra blanca que la traía al cuello. El niño hizo un esfuerzo supremo tendiendo á élla sus manecitas y lanzó un gemido: asustado el animal desapareció en seguida. El niño se desmayó de nuevo.

A poco volvieron á agitarse las carrascas que le rodeaban, para dar paso á un gran pe-

rro cortijero, que se adelantaba olfateando: detábase junto al niño, como sorprendido, olfateóle dos veces, alzó la cabeza, empujó las orejas y dejó escapar un sonoro ladrido.

Un pastor anciano apareció entonces por el mismo lado y lanzó una exclamación de sorpresa, al divisar entre las matas el cuerpo del niño. Acercose á él vivamente; palpó sus manos y su frente y cerciorándose de que no estaba muerto, puso bajo su cabeza una zamarra que terciada á la espalda traía y desapareció de nuevo internándose en la sierra.

Algunos minutos después volvió con un cuerno lleno de leche y una gran zalea. Vertió con cuidado en la boca del niño algunos tragos de aquella leche recién ordeñada y sin esperar á que tornase en sí, envolvióle de arriba a abajo en la zalea y se lo echó á cuestras.

Después tomó el camino que había traído, seguido de su perro.

## III

Había llegado la noche, fresca y serena como en Andalucía suelen serlo las de Noviembre, y reinaba una profunda calma en el extenso caserío del cortijo de D\*\*, cuyas inmensas dehesas suben y se extienden por los laberintos de la sierra. Escapábanse, sin embargo, por las ventanas de la gañanía algunos reflejos de tenue luz y una voz de hombre, acompañada de una guitarra, dejaba oír dentro esas armoniosas modulaciones de los cantares andaluces, ya alegres, ya tristes, siempre originales y melancólicamente bellas, que á veces el capricho de los *dilettanti* transporta con gran desventaja, de los encinares y dehesas de un cortijo, á los estrechos límites de salones y teatros. Can-

ta mejor el jilguero en la punta de una rama y al pié de su nido, que entre los apretados hierros de una jaula dorada.

Corría á la sazón el año de 1854 y todavía los campesinos andaluces ocupaban en estos sencillos entretenimientos las primeras horas del descanso, porque aún no había llegado hasta ellos en forma de periódicos, esa *dinamita social*, que ha hecho más tarde estallar revoluciones y brotar cadalsos. La persona que escribe estas líneas, tuvo ocasión, á los pocos años, de contemplar á aquellos mismos hombres, rendidos del trabajo del día, agruparse hasta las altas horas de la noche en torno de un Pericles de zamarra, que á la luz de un candil, leía y comentaba ante aquel areópago de gañanes, periódicos como *El Cencerro* y *El Tío Conejo*, abuelos y dignos antecesores de *El Motín* y *Las Dominicales*.

En el interior del caserío, al pié del gran horno, en que á la sazón se cocía el moreno, pero sabroso *pan de jinete*, hallábase Bautista, el aperador, cenando con su mujer y sus cuatro hijos pequeños. Al lado de aquélla estaba sentada en un pitaco otra mujer de edad madura, que apenas había tocado al plato de *calostros*, — primera leche de las cabras, sana y nutritiva cual ninguna otra, — que tenía delante. Era su vestido de percal oscuro, y cubriale la cabeza, anudándose bajo la barba, un pañuelo de seda negro señal de luto. Llamábase Consolación: era hermana del aperador y acababa de perder en una sola noche, á su marido y á sus

dos hijos, víctimas del cólera, que tan cruelmente se había cebado aquel mismo verano, en las provincias de Andalucía. Atacada después élla misma, logró al fin escapar de las garras de la muerte y había venido á restablecerse en el cortijo, al lado de su hermano. Tenía su domicilio en U\*\*, donde élla y su marido, bien acomodados en su clase, habían ejercido largos años el oficio de estereros.

La pobre mujer lloraba á lágrima viva: acababa de llegar del pueblo su compadre el tío Ventura, viejo sobajanero del cortijo y al verle por primera vez, después de tantas desgracias, habíanse renovado en élla todos sus dolores.

—Vamos, comadre, no se olvide usted que se llama Consolación,— le decía el sobajanero. Al mal tiempo, buena cara... Otros mejores vendrán, que hagan olvidar los pasados.

—¡Olvidar!— exclamaba la viuda sollozando. Las espuestas de tierra que me echen en la sepultura, serán las que me traigan á mí el olvido. Tengo aquellas tres agonías clavadas en el corazón, tío Ventura y es esto una carcoma que me va royendo.

—¿Y con llorar va usted á remediarlo, cristiana? Créame usted á mí que soy viejo y le llevo la delantera en este pícaro mundo. En esta vida se acaban primero las lágrimas que las penas, comadre: con que no las desperdicie usted, llorando los imposibles.

—Es cierto, compadre, es cierto... Pero ¡ay Dios! que aquellos tres féretros los llevo siempre á la espalda y es éste un morral que pesa

mucho, tío Ventura, mucho. ¡Qué noche, Virgen Santísima, qué noche aquellal... Cayetano cayó como un rayo, al oscurecer, en la estereoría. Ramón había *dío* por esparto y volvió á poco ya con los vómitos. La niña estaba mala *denantes*, pero se tendió la última. Yo me quedé sola, tío Ventura, sola, sin amparo, sin auxilio, sin un mal remedio qué darles, porque aquel día moría la gente como chinches y no se encontraba ni médico, ni botica, ni vecinos, ni prójimos siquiera. Los tres se retorcián como culebras y me pedían á voces que no les dejara morir sin confesión, que les llamara á un Cura. Y sólo dos quedaban en todo el pueblo y había más de trescientos enfermos!.... ¡Qué angustia, Virgen de Consolación, qué angustial. . Me fui *desatentáa* á un San José de yeso, que tenía en la alcoba puesto en un nicho.....

—¡Santo bendito!— le dije. De Dios son que no mios: si se van no me quejo. Pero alcánzame que mueran en gracia, abogado de la buena muerte. Piérdalos yo en buena hora; pero endulza su agonía, santifica su muerte...

Aquí se detuvo un momento la buena mujer como si temiera decir demasiado.

—Entonces,— continuó al fin, le hice un voto si me concedía encontrarles un Padre Cura. Me toqué el pañolón para ir á la Parroquia y en la escalera, compadre de mi alma, me quedé *espantáa* y hasta los pelos se me pusieron de punta, porque subía ya un Padre Cura viejo que yo no conocía.

—¿Hay enfermos?— me preguntó.

—¡Tres en la agonía!— le dije. Su merced se entró en la sala sin decir palabra y con mucha caridad me los confesó uno á uno. Entonces se quedaron tranquilos como si se hubiesen bañado en agua bendita. A poco vino la agonía: después la muerte. El padre espiró á las doce. Ramón tiró hasta las dos. La niña murió á las cinco, cuando la campana de Consolación tocaba las Ave Marías.

Los sollozos interrumpieron á la pobre viuda: su cuñada lloraba también, Bautista, para disimular su emoción, liaba un cigarrillo de tabaco picado. La viuda continuó:

—A los dos días caí yo...

—Vamos, señora,— la interrumpió jovialmente el sobajadero para distraerla. No diga usted que cayó: diga usted que se levantó y se está poniendo en el cortijo, como chivo de dos madres. ¡Caramba con la mujer, que antes de volver al pueblo se le van á juntar las pellas de gorda.

—Es verdad, tío Ventura, es verdad. Gracias al Señor San José que tampoco desamparó á su devota.

—Pues cabales que sí. Como que se echó usted un padrino que no hay otro en el cielo que tenga más mano. ¿Sabe usted,— continuó el buen viejo, deseando apartar á la viuda de sus tristes recuerdos,— lo que *jizo* el bendito Patriarca un día que su Divina Magestad le negó una gracia?

—¿Cuento tenemos?— dijo Bautista. De la sierra había usted de ser, tío Ventura, para no ser chilindrinerio.

—No es cuento, Bautista, que es sucedido,— repuso el viejo. Pues vamos al caso de que le llegó un día la *cierta* á un devoto de Señor San José y quiso colarse de rondón por las puertas del cielo. Pero ¿qué había de entrar si venía todo manchado de tinta?... que á la cuenta debía ser alma de escribano. San Pedro le dió con el postiguillo en los hocicos y me lo dejó montado en los cuernos de la luna. Pues vamos á que no faltó algún corre-ve-y-dile, que le diera el soplo á Señor San José y se va el Patriarca *incontinenti* á su Divina Magestad á pedirle favor para su devoto. Pero su Divina Magestad le dijo que nones.

—¡Señor, que es mi devoto!

—¿Devoto, que te enciende á tí media libra de cera y al diablo todos los colmenares de la sierra?

Pues vamos á que en estos dares y tomares, de que ha de entrar, que no ha de entrar, San José, que no es rana y sabe donde le aprieta el zapato, dice muy sentido por ver si sacaba raja:

—Pues si mi devoto no entra yo me voy...

—Vete con Dios,— le dijo su Magestad.

San José, que lo que menos pensaba era en tocárselas, se va para la puerta con el sombrero en la mano: vuélvese á la mitad del camino y dice:

—Pero es que yo no me voy solo...; que se-gún canta el refrán y también canta la ley, en matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido... Con que lo que es mi mujer se viene conmigo.

—Pues que se vaya.

San José llama á la Virgen Santísima, le dice que se toque el mantón y que se vaya para la puerta. Pero su Divina Magestad ni por esas se blandeaba.

—Pues es que si me llevo á mi mujer,— dijo entonces el Patriarca, me llevo también todo lo que es suyo.

—Pues llévatelo.

—Aquí tengo una lista que canta hasta la última hilacha.

Y puesto San José en medio del cielo, saca un papel de la faltriquera en que estaba escrita la letanía y comienza á decir:

—*Regina angelorum...* ¿A ver? Vayan para allá todos los ángeles.

—*Regina patriarcharum...* Vayan todos los patriarcas.

—*Regina prophetarum...* Vayan todos los profetas.

Y así fué relatando toda la letanía... ¡Compadre! cuando llegó á aquello de *Regina sanctorum omnium*, le dice su Divina Magestad:

—Mira, Pepe: anda fuera, lava bien á tu devoto y mételo dentro... Porque si me empestillo en no dejarlo entrar, me dejas tú, por justicia, solo en el cielo.

—Y ¿en dónde lo lavó, tío Ventura?— preguntó uno de los chiquillos, gordinflón y de carilla boba, que apoyando sus bracitos en las rodillas del viejo, le escuchaba con la boca abierta.

—¿Pues donde lo había de lavar, tontín?— le contestó su madre. Lo lavaría en un confesionario, que es la única legía que esas manchas escamonda.

En este momento entró un gran perro canelo y comenzó á hacer fiestas en torno del aperador y de sus hijos meneando la cola.

—¡Calla!— exclamó Bautista. Este es el perro de Bartolo.

—¡Alabao sea Dios!— dijo apareciendo en aquel instante el pastor que ya conocemos.

—¡Por siempre!— contestaron las mujeres; y al ver que se adelantaron hasta la mesa, añá dieron:

—¿Usted gusta tío Bartolo?

—Que aproveche y se les vuelva todo manteca y gracia de Dios;— contestó el recién venido.

—¿Pero cómo has dejado la majada, Bartolo?— preguntó entonces el aperador.

—Porque nació esta noche en el monte un borrego, sin que oveja alguna lo pariera,— contestó este.

—¿Y vienes á buscar padrino á la cría?— dijo el sobajadero.

—Bien lo necesita,— replicó el pastor poniendo en el suelo la zalea en que traía envuel

to á Ranoque. Es un borreguito de dos piés, blanco y rubio como unas candelas.

Y al decir ésto deshizo el envoltorio, dejando á la vista de todos al pobre niño, medio desnudo, amodorrado por la calentura, que cubría sus mejillas de un arrebatado carmín y daba á sus graciosas facciones un ficticio tinte de lozanía y de belleza. Todos lanzaron una exclamación de lástima y de asombro y rodearon al niño tendido en la zalea, representando al natural uno de esos conmovedores cuadros antiguos, en que se ve al Niño Jesús en el pesebre de Belem, rodeado de pastores.

Bartolo refirió entonces cómo y cuándo lo había encontrado y las noticias que había podido arrancar al niño, antes de que la calentura le aletargase. Su padre había muerto en presidio y le llamaban el *Rano* de donde le venía á él su apodo de *Ranoque*; su madre era la Cachana y según la frase del niño, estaba *ajuntáa* con un ciego llamado el *Tío Canijo*, que se ganaba la vida tocando la guitarra por calles y plazas.

—Tío Canijo,— le había dicho el niño, me tenía tirria y me quería matar... Por eso me llevaron á la sierra y se *jujó* con mi madre de jándome solo...

Todos escuchaban profunda y tiernamente conmovidos; pero donde se pintaba la compasión con todos sus santos matices de interés, de dolor y de ternura, era en el rostro de la viuda. Medio incorporada en su asiento, con

las manos cruzadas sobre su seno palpitante, escuchaba con el alma entera en los ojos. Al terminar el pastor su relato, se lanzó al niño gritando:

—¡Milagro! ¡milagro! ¡Este niño es mío! San José me lo envía y yo lo acojo!... Y levantándolo fuera de sí en sus brazos, lo estrechaba contra su pecho.

Sorprendida y asustada su cuñada, la retuvo por las enaguas exclamando:

—¿Qué dices, Consolación, qué dices?

—¿Pues no dije que en aquel desamparo en que me ví, hice á San José un voto?— contestaba llorando la viuda. Pues éste fué el voto que hice. Amparar por toda la vida al primer desvalido que me tendiera los brazos. ¡Y mira, mira cómo este angel de Dios me los está tendiendo! Añadió al ver que el niño reclinaba la cabeza en aquel regazo, que tan maternalmente le oprimía; y rodeándole con los bracitos el cuello, repetía, en el delirio de la calentura su grito de siempre:

—¡Máel... ¡Máel... ¡Tío Canijo!...

—¡Tu madre, sí, angel de Dios, tu madre!— decía la viuda sollozando. Una madre te abandonó, pero otra te acoge. Dos hijos perdí yo y San José me devuelve uno...

Bautista meneó la cabeza: era prudente pero esperaba también que la modesta herencia de la viuda pasase á sus hijos y aquellas palabras suyas alarmaban su codicia.

—¡Déjala hacer!— le dijo el sobajanero, como si le leyese los pensamientos: que eso es lo que dice aquella piedra que está en Jerez, á la puerta de la Inclusa: *Porque mi padre y mi madre me abandonaron, el Señor me recogió...*

Tres meses después, la viuda, completamente restablecida, se tornaba á su pueblo, llevándose al niño. La víspera de su partida la llamó el aperador aparte.

—¿Has pensado lo que vas á hacer?— le dijo... El padre de esa criatura murió en presidio: su madre es una hiena.... ¡Consolación! de casta le viene al galgo el ser rabilargo...

—¿Acaso escogió padres el pobrecito mío?— contestó la viuda.

—No los escogió él; pero les heredó la sangre... Un lobezno encontró en el monte Gaspar el hijo del porquero: con leche de oveja lo amamantó; con cariño lo crió, pensando sacar un perro... A poco se huyó a la sierra, destrozándole antes un hijo...

La viuda se quedó pensativa.

—¿Qué vas á hacer con el cachorro de un presidiario?— le preguntó su hermano esperanzado.

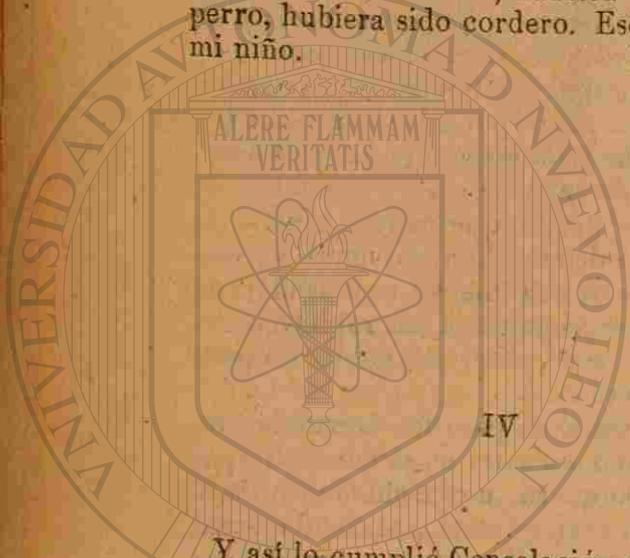
—Le enseñaré lo que sé. A hacer esteras.

—A ladrar enseñó Gaspar al lobezno y acabó ahullando como los de su casta.

—Y dime, Bautista,—replicó la viuda mirando fijamente á su hermano. ¿Le enseñó Gaspar al lobezno el catecismo?

—No: que a los lobos, para leer, les estorba lo negro.

—Pues á los niños no les estorba, Bautista; y tengo para mí, que si Gaspar enseña al lobezno á ser cristiano, hubiera sido más que perro, hubiera sido cordero. Eso haré yo con mi niño.



Y así lo cumplió Consolación, aunque no sin grandes esfuerzos; porque Ranoque era realmente un lobezno. Los malos recuerdos de su padre, la vida depravada de su madre y los perversos ejemplos del tío Canijo, habían despertado antes de tiempo sus malas pasiones. Pero aquella rústica mujer, que no poseía otra ciencia que la de hacer esteras, ni entendía otro libro que el catecismo, encontró en estos dos elementos tan heterogeneos, los dos únicos polos en que puede girar el trueque perfecto de un corazón viciado: el trabajo y el sentimiento religioso. Poseía además, como por instinto, ese tino y esa sagacidad, que las perso-

nas dedicadas á la educación tan sólo adquieren á costa de largas observaciones y experiencias; y llevaba ventaja á la mayor parte de ellas, en comprender que no hay pedagogía en el mundo, que no necesite del apoyo de la oración, santo reclamo del alma, que atrae sobre ella la gracia!.. Porque podrá una acertada dirección modificar y domar á una mala naturaleza; mas transformarla de mala en buena, sólo lo puede aquel precioso don del cielo, que constituye la vida del alma.

Así lo comprendía y practicaba aquella mujer piadosa: su oración atraía abundantemente este rocío vivificador sobre aquella pobre criatura, que abandonaban los hombres y amparaba el cielo; y la gracia ayudaba la caridad de la viuda y la caridad de la viuda preparaba á su vez el camino de la gracia. La constancia de aquella mujer fué estirpando poco á poco en el corazón del niño los vicios groseros que en germen poseía y la gracia completaba su obra, aclimatando allí las virtudes y haciendo las espontaneas: aquella, á fuerza de machacar amoldó el pedazo de hierro; ésta premió sus afanes, trocándolo en oro purísimo.

Porque, diez años después, era Ranoque, además de un hábil artesano, un joven modelo de religiosidad y de prudencia, cuya honradez aumentaba cada vez más el crédito siempre grande de la tienda de la viuda.

Un día lo llamaron para preparar en casa del escribano las esteras de Invierno. Sentado en el suelo remendaba con una larga aguja,

ensartada en cordelillo de esparto, la estera de una entrepuerta, pudiendo ver, por lo tanto, lo que en la pieza contigua pasaba. Hallábase en élla embutido en un silloncito de ruedas, que se cerraba por delante, un niño del escribano, de pocos años, tullido de las piernas. Háiale regalado su padre una de esas toscas cajitas, que encierran en miniatura todos los elementos que entran en una hacienda de campo: encinas de musgo, cipreces de viruta, caseños de madera, rediles de alambre, ovejitas, vacas, perros y pastores de palo. El niño lo había dispuesto todo artísticamente, sobre una bandeja de latón, que apoyaba en la delantera del carrito, y hallábase tan extasiado en la contemplación de sus propiedades rurales, como un rico propietario que viera desfilar sus numerosas cabezas de ganado. Otro hermanito menor estaba á su lado: éste no poseía más propiedades rurales ni urbanas, que su carita rebosando salud, y su cuerpecillo fornido; y con las manitas cruzadas á la espalda, contemplaba con mirada envidiosa las riquezas de su hermano. Poco á poco el proletario fuese acercando al capitalista, que le vió llegar con algún recelo. Su alarma no era infundada: las nociones de aquel sobre el derecho de propiedad eran hartó imperfectas, y creyéndose sin duda, en aquella edad dorada, en que el tuyo y el mio eran palabras desconocidas, metió la mano en la heredad de su hermano, y cogió la vaca mas gorda ... ¡Aquí fué Troya! El hacendado opinaba, con Hobbes, que el derecho

se cimenta en la fuerza, y arrancando de cuajo, cual otro Orlando furioso, un ciprés puntiagudo, lo pinchó en las narices del proletario. La sangre enardeció entonces los ánimos: la fuerza rechazó á la fuerza, y el equilibrio social quedó por completo destruido: derrumbaronse los edificios, los campos fueron talados, dispersos los rebaños huyeron á más lejanos bosques; los pastores, tiesos como palos, se accidentaron del susto. Una voz de mujer vino en parte á apaciguar la fratricida lucha, gritando desde adentro:

—¡Niños! ¡niños!... ¿A qué voy allá?... ¿A qué llamo á la Cachana y al tío Canijo, y se los lleva en el saco?....

A este grito levantó Ranoque vivamente la cabeza, y se quedó pálido, inmóvil..... Era la primera vez, despues de diez años, que aquellos nombres llegaban á sus oídos; y la sorpresa, la curiosidad, el susto, el terror casi, lo embargaron por completo. Al mismo tiempo apareció en el aposento una sirvienta anciana, y repartiendo cachetes en partes proporcionales, acabó de restablecer el orden entre el propietario y el desheredado.

La vieja se retiraba ya, dojando la paz asegurada; mas Ranoque, repuesto en parte de su emoción, la detuvo, preguntando:

—Con perdón de V. señora.....—¿Conoce V. acaso á esa mujer la Cachana... y al tío Canijo?

—¿Yo?... ¡no!—contestó la vieja, mirándole sorprendida.

—Lo decía al tanto de si sabe V. quienes sean...

—Pues la tunantona y el bribón que agarró mañana en Z.\*\*

Un rayo, que de repente cayera ante Ranoque; no le hubiera causado mayor sorpresa ni espanto. Quedóse blanco cual la pared; desplomado contra el quicio de la puerta, con los brazos caídos, y las rodillas vacilantes.

—¿Qué tienes muchacho?... ¿Te pones malo? —dijo asustada la vieja.

—¿Pero es eso verdad? —balbuceó Ranoque sin oírlo. ¿Por dónde se sabe? ¿Quién lo ha dicho?

—¿Que quien lo ha dicho, hijo?..... Pues el amo, que ha tenido que ver en la causa, y volvió anoche de Z.\*\*... ¿Quieres verlo? en el despacho está todavía

Ranoque contestó afirmativamente con la cabeza, y siguió tambaleándose á la vieja, que le condujo al despacho del escribano. Era este señor amable y caritativo: sorprendióle desde luego la emoción, y las entrecortadas preguntas del muchacho; mas contestó á ellas sin manifestar ninguna extrañeza. Dijo que la Cachana y el tío Canijo eran reos de un enorme crimen, cometido dos años antes, en que se complicaban el robo y el asesinato: seguíanse desde entonces la causa, y convictos al fin ambos, aunque no confeso el ciego, habían sido condenados á muerte. Añadió que la sentencia había de ejecutarse de allí á dos días, por no haber llegado ántes el verdugo;

y como conocía la honradez del mozo, y estimaba en mucho á la viuda, cuyo antiguo parroquiano era, concluyó diciéndole que si en algo le interesaba aquel negocio, dispusiese de su persona hasta donde alcanzara su valimiento

Esta cordial oferta del escribano acabó de rendir los heroicos esfuerzos que por aparecer sereno hacia Ranoque: miróle con una expresión indescriptible de dolor y gratitud, y dejándose caer en un sillón vecino, rompió á sollozar, cubriéndose el rostro con las manos. Acudió á él solícito el buen señor, preguntándole el motivo de su quebranto; y entonces Ranoque, dejándose llevar de esa imperiosa necesidad de expansión, propia de grandes dolores, le refirió toda su historia.

Atónito y á la vez afligido el escribano, trató inútilmente de consolar al infeliz muchacho. Este pronunciaba fuera de sí palabras incoherentes; y extraño á todo lo que no fuera su dolor, tan sólo sabía preguntarse allá dentro de sí mismo, entre mil ansiedades y dudas amargas. —¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?

En esta disposición de ánimo comenzó á dar vueltas por las afueras del pueblo, esperando, para no alarmar á la viuda, que llegase su hora ordinaria de volver del trabajo. Al oscurecer entró Ranoque en la estereria. Consolación hacía calceta en la trastienda, conversando tranquilamente con dos vecinas: el muchacho pretextó un fuerte dolor de ca-

beza, y despues de algunas palabras indiferentes, subió al camaranchón que le servia de aposento, y se tendió sin desnudarse encima del lecho.

Entonces comenzó para él la *hora de prueba* .....la hora de combate, cuyo perfecto modelo nos dejó el Redentor del mundo en el huerto de las olivas: hora de angustias, hora de agonías, hora de resoluciones, que á veces hacen del hombre, segun del lado que se incline, un héroe ó un infame, un mártir ó un apóstata, un predestinado ó un réprobo ...

La de Ranoque fué terrible.—¿Qué hacer, Dios santo, qué hacer?—se preguntaba...¿Sufriría que todos en el pueblo le señalaran con el dedo, que resonara de nuevo en sus oídos, como un baldón, el nombre infame de la Cachana, y le llamasen á él con horror, con desprecio, con compasión á lo sumo, el *hijo de la ajusticiada*?.....La sangre del muchacho hervía á este pensamiento, de coraje, y sus piés golpeaban la cama, y sus manos crispadas destrozaban la almohada, cual si apretasen ya la primera garganta que osase proferir aquel grito.....¿Huiría más bien á tierras lejanas, donde nadie conociera su oprobio, renunciando el tranquilo bienestar de su honrado oficio, el cariño de aquella excelente mujer, que le amaba como á hijo, y á quien él amaba como á madre?.....¿Qué dolor tan seco, qué pena tan honda, qué amargura sentía, hasta en el paladar mismo, al pensar en la soledad,

en la espantosa soledad del corazón, que le aguardaba entonces en el mundo!...

El cansancio sobrevino al fin á la parte física, y el decaimiento á la moral, y quedò entonces el muchacho inmóvil en el lecho, sin pensar nada, sin decidir nada, mirando con estúpida atención la llama de una lamparilla, que la piedad de la viuda mantenía siempre encendida en la alcoba de Ranoque, ante un toscó cuadro, que representaba á Jucristo clavado en la cruz, y á Maria, la reina de los ángeles... *la Madre del ajusticiado*, recogiendo al pié de aquel patíbulo la herencia de afrenta que le legaba su hijo...

A poco se escapaban de su pecho sollozos convulsivos: oyóse despues un llanto abundante, pero tranquilo; hondos suspiros luégo; nada más tarde;...tan sólo el chisporroteo de la lamparilla, que amenazaba apagarse.

Entonces se dejaron sentir suaves pisadas hácia el lado de la puerta, y crujió ésta levemente, cual si álguien la entreabriese con cuidado

—¿Quién anda ahí?—exclamó Ranoque, incorporándose bruscamente en el lecho.

—Yo soy, hijo mío,—contestó la viuda, entrando en el aposento con un velon encendido, cuya luz cubría con la mano, colocada á guisa de pantalla.

—¿Pero no te has desnudado, criatura?—añadió, colocando el velon en el suelo, y acercándose al muchacho.

Este se habia sentado en la cama, y miraba

á los ladrillos, con la cabeza baja, sin contar palabra: entónces pudo notar la viuda que algo extraordinario le acontecia. Cogió sus manos y abrazaban; palpó su frente y estaba ardiendo.

—¡Tienes calentura, muchacho! —exclamó asustada.

Ranoque levantó entonces su rostro demudado; y con esa cruda rudeza; propia de la gente del pueblo, que aumentaba en él la franca brusquedad de su carácter, dijo sin preámbulos.

—Pasade mañana dan garrote á mi madre.. y al tio Canijo.

Quedóse la viuda muda de espanto al oirle, y se dejó caer sentada en la cama á su lado, cruzando las manos, llena de angustia. Ranoque le refirió entónces todo lo que sabia: la viuda murmuraba sin alientos:

—¡Virgen de consolación!...¡San José bendito!...¿qué nos hacemos?...

Ranoque parecia tener un nudo en la garganta, salíanle las fraces á trozos, sordas las palabras, cual si fuesen gemidos.

—Yo, añadió al cabo lentamente, ire mañana á verla...y me estaré á su vela...hasta que la deje...en el Camposanto...

—¡Jesús... qué desatino?

—¿Desatino?

—¡Sí, sí, hijo mio!...¿que eso sería agorrotarte á tí la honra...y á mí el corazón, hijo del alma!...

—¿Y cómo nos gobernaremos entonces?—

dijo enérgicamente Ranoque. La ley es ley, y no ha de ser una para las duras y otra para las maduras.

—¡No hay ley en el mundo que obligue á eso!

—Pero Señora,—exclamó el muchacho, poniéndose ante la viuda de un salto...¿Acaso es una cosa predicar y otra vender trigo?...¿No me ha enseñado usted misma que el cuarto mandamiento de la ley de Dios es honrar padre y madre?...¿Pues cuando, prosiguió con toda la energía de su carácter, cuándo necesita mi madre que la honre más su hijo, sino en el momento en que le van á dar la muerte por justicia, en mitad de una plaza?...

Y al decir esto, el pecho del muchacho se levantó como una montaña, dejando escapar un sollozo, único, sólo, pero terrible, como el estallido de un volcan de dolor que revienta de un golpe. La viuda, al oirle, se hizo atras sobre el lecho en que estaba sentada, y con las manos juntas, quedóse mirando á Ranoque, con el respeto; con la veneración, con que un débil catacúmeno podria contemplar el santo heroismo de un mártir...El asombro, la admiración el dolor, el orgullo, todo á un mismo tiempo, la hicieron enmudecer casi espantada de su obra...

—¡Llevas razon, hijo del alma, llevas razon! —dijo al fin, sacudiendo la cabeza...¡Encargaremos las bestias al tio Matias, y mañana iremos los dos juntos...pero los dos juntos...hijo mio!



Hay en la catedral de Z\*\*, en la fachada que mira al lado del poniente, un balcón de pesado herraje, no muy distante del suelo, cuyas sencillas puertas aparecen de ordinario cerradas. Una vez las ví abiertas, y sentí al verlas ese estremecimiento repentino en todas las fibras, que producen en el alma las cosas sublimes; porque era lo que allí habia, lo más profundo, lo más misericordiosamente grande que pudo la caridad inspirar a la fé, para apollo de la esperanza.

Sobre un altar negro, ardian seis velas de cera amarilla, ante un gran cuadro de oscuras tintas, en cuyo fondo se destacaba una imagen de Jesús Nazereno, camino del Calvario, llevando la Cruz á cuestas, vestida, en vez de túnica, una hopa en todo semejante á la que lle-

van al patíbulo los condenados á muerte... Llamábanle por ésto el *Cristo de los ajusticiados*, y era costumbre que todos los que habian de serlo, pasasen ante la imagen al marchar á la muerte, y postrados á sus piés rezasen el Credo... ¡Cuan grande, cuan piadoso, cuan consolador me parecio aquel pensamiento, inspirado por la caridad de la sonta Iglesia Católica. La pálida figura del Salvador, cubierta de sangre y de ignominia, me trajo á la memoria aquella otra figura formidable del Juez de vivos y muertos, que nos describe San Juan. "Su rostro brillaba como el sol en toda su fuerza; sus piés se asemejaban al metal fundido en la fragua, y sus ojos eran dos áscuas. De su boca salia una espada de dos filos; en la mano derecha tenia siete estrellas, en la izquierda un libro sellado con siete sellos, y delante de sus labios corría un río de luz. Los siete espíritus de Diós resplandecian en su presencia como siete lámparas, y de su escabel salian voces, relámpagos y rayos..." ¡Y aquella tremenda majestad, aquel Dios que juzga á las mismas justicias, y encuentra manchas en las mismas estrellas del cielo, abandonaba sus formidables atributos, para salir allí en traje de reo, al encuentro de otro reo, escoria de la sociedad; para igualarse á él en ignominia, para borrar sus culpas con su inocencia, para decirle como hermano, minutos antes de sentenciarle como Juez: ¡Marcha tranquilo al patíbulo, que en lo alto del más ignominioso, te rescaté yo con mi propia sangre!...

¡Oh poder de la misericordia divina, y oh poder de la ingratitud humana! El hombre ingrato, el hombre insensible, ve, oye; pero no siente tanta grandeza... Pasa de largo; no cae desfallecido de dolor y de amor, para repetir lleno de esperanza: *Qui Mariam absolvisti et latronem exaudisti, mihi quoque spem dedisti!*

Abierta estaba la capilla, encendidas las velas, cubierto el altar de luto; y en la calle, sobre la plataforma de gradas en que la Catedral se asienta, veíanse dos Sacerdotes y un caballero, sentado ante una mesa cubierta con paño negro, que sostenía un bandeja con algunas monedas. Golpeaba á veces en ella uno de los Sacerdotes, y decía al mismo tiempo con lúgubre tono:

—¡Para hacer bien por las almas de los que van á justiciar!

Un grupo numeroso de gente se agolpaba en torno de la capilla, esperando la llegada de los reos, con esa ánsia, esa avidez que justifica el dicho de que hay en el hombre algo de la fiera, y que nada es tan curioso en la vida como el espectáculo de la muerte. Eran en su mayor parte, hombres y mujeres venidos de los pueblecillos vecinos, con el solo objeto de presenciar la ejecución. Algunos traían á sus hijos pequeños, resto todavía de la antigua costumbre de hacer presenciar á los niños el terrible espectáculo: dábanle sus padres una bofetada en el instante de espirar el reo, y decíanle al mismo tiempo:

—¡Para que te acuerdes!...

El reloj de la Catedral dió las once, y a poco sonó la misma hora en los demas relojes. Diez minutos después sonaron otras once campanadas, lentas, sordas, siniestras, cual si al golpear las puertas de la eternidad las produjese la guadaña de la muerte... Era el reloj de la Audiencia, encargado de marcar la última hora del reo, en gracia del cual, marcha siempre diez minutos atrasados... ¡Diez minutos! ¡Gran piedad, con parecer tan mezquina, la de esos preciosos momentos, en que puede todavía llegar un indulto inesperado, en que puede todavía volverse á Dios un alma impenitente!

Las oleadas de la muchedumbre, al replegarse hácia la capilla del Cristo, indicaron al fin que el fúnebre cortejo salía de la cárcel. Abria la marcha un piquete de caballería, cuyos clarines destemplados resonaban tristes y lastimeros, como un lamento; detras venía Canijo entre dos Sacerdotes, cubierto con una hopa negra, manchada toda de fango, por haberse dejado caer dos veces, revolcandose en tierra, con la misma rabia, el mismo furor que no le habia abandonado un instante, desde que por haber confesado la Cachana su crimen, fueron ambos condenados á muerte.

Al leerle el Juez la sentencia, habíale preguntado, según es costumbre, si tenía alguna necesidad ó algún deseo que pudiera ser satisfecho.

—¿Que si quiero algo?—exclamó Canijo, echando espuma por la boca, y revolviendo ferozmente sus ojos ciegos inyectados de san-

gre. ¿Que si quiero algo?... ¡Cortarle la cara á la Cachana, es lo que quiero!... Darle una puñalada en el corazón... hasta que me ¡duerma metiendole el cuchillo!...

Y agitando sus cadenas con una fuerza salvaje, entregóse á una feroz desesperación, de que nada ni nadie pudo sacarle. Al llegar ante el Cristo de los ajusticiados, los Sacerdotes hicieron un último y supremo esfuerzo para despertar en su alma el arrepentimiento; más Canijo dió una violenta sacudida, que arrojó al suelo á uno de los Sacerdotes, y se lanzó camino del cadalso dando ahullidos, con la rabia infernal de aquel Luzbel que pinta Klopstock, presipitandose en el abismo al levantarse en el Calvario la luz de Cristo, que le arrebatava su poderío.

Detras venía en una carreta la Cachana, tendida como una masa inerte sobre unos sacos de heno, sumida en una especie de estupor, semejante al embrutecimiento. A su izquierda estaba sentado Ranoque, sosteniéndola entre sus brazos, y prodigándole sin cesar palabras de consuelo y de cariño; á su derecha el Sacerdote que la habia confesado, la exhortaba y consolaba también, mostrándole un Crucifijo.

La careta se arrastraba con pausa cruel entre la apiñada muchedumbre, que se agitaba sordamente en torno, asemejándose su murmullo á un inmenso sollozo que brotase del corazón de un gigante, conmovido ante aquel cuadro, tierno á la vez que terrible. El he-

roismo del hijo hacia olvidar por completo la infamia de la madre, y oíanse por todas partes exclamaciones de simpatía, gritos de admiración y gemidos de lástima.

Detúvose al fin la carreta ante el balcon del Cristo, y Ranoque y el Sacerdote ayudaron á la Cachana á ponerse de rodillas en la misma carreta, agarrándola cada cual por un brazo.

—Rece V. el Credo, madre;— le dijo Ranoque.

Mas la Cachana se quedó mirando á su hijo, con los ojos estúpidamente abiertos, y se echó á llorar... ¡La infeliz no lo sabia!

Entónces comenzó Ranoque á recitar en voz alta el simbolo de la fe, y su madre fué repitiendo trabajosamente y entre gemidos todas sus palabras.

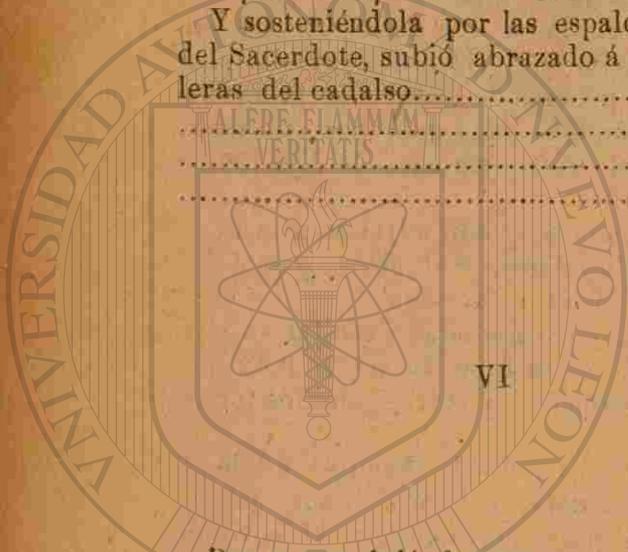
Al terminar el Credo la bendijo desde el balcon un Sacerdote, y bajó despues, segun la costumbre, para incorporarse al cortejo, presenciar su muerte, y velar luégo su cadáver.

En medio de la plaza se levantaba el garrote, desnudo, escueto, terrible, con esa especie de siniestra vida que comunica á ciertas cosas inanimadas el espantoso objeto á que se destinan. Aún más espantoso que el garrote, pues era el que la daba, hallábase sobre el patíbulo un hombre: era el verdugo... Al ver la Cachana ante sí el terrible palo, tornáronse sus ojos vidriosos, su cara lívida, y castañeteándole los dientes de terror, replegóse en el fondo de la carreta gimiendo, como una pobre bestia indefensa, que se acorrala en su madriguera, hu-

yendo de la muerte. Ranoque la estrechó entonces contra su corazón, y le dijo mostrándole el palo.

—¡Madre!... ¡Vea V. su Calvario!

Y sosteniéndola por las espaldas, ayudado del Sacerdote, subió abrazado á ella las escaleras del cadalso.....



Ranoque volvió al meson, en que le esperaba la viuda, acompañado por el sacerdote que había auxiliado á su madre. Al despedirse de él, quiso el muchacho entregarle cuatro duros, fruto de sus ahorros, para que dijera Misas por el alma de su madre; más el Sacerdote rechazó conmovido el dinero, y le prometió decir sin estipendio alguno cuantas fueran su deseo.

Al verse á solas Ranoque y la viuda, no se dijeron nada: él se dejó caer rendido en la pobre cama que había en el aposento; ella se sentó á los piés en silencio, y se puso á rezar el rosario.

Al día siguiente, cuando ya las caballerías esperaban á la puerta, y la viuda preparaba las alforjas para volver al pueblo, entró de rondón un caballero pequeñito, calvo sin ser viejo, con gafas de oro, botas de charol, guantes de cabretilla, y baston con puño de plata: saludó á la viuda diciéndole, *buena mujer*, y abrazó á Ranoque llamándole *heroico mancebo*... Era el director de un periódico ilustrado, que iba á publicar los retratos de Canijo y Cachana, y deseaba hacerlo también con el de Ranoque, cuya heroica piedad filial era el tema obligado de todas las conversaciones. A semejante propuesta miró Ranoque ceñudo al periodista, y contestó con toda la rudeza de su brusco carácter;

—¿Retratarme yo en los papeles?... ¡Primero me retratan en el fondo de un lebrillo de Triana!...

Este exabrupto desconcertó al señor Director, que sujetándose las gafas y tosiendo dos veces, replicó:

—¡Hombre, hombre!...—La celebridad, la gloria, el heroísmo, imponen el deber de la publicidad... y producen también su dinero... por de pronto, cinco duros...

—¡Ni qua me dieran cincuenta!— le interrumpió Ranoque, volviéndole la espalda y saliendo del aposento.

—¡Fino es el mozo, como tafetan de albarbal! dijo el Director, torciendo el gesto y arreglándose la tirilla.

—¿Y qué quiere Vd., señor?—replicó humil-

demente la viuda, disculpándole. El pobre siempre agarrado al trabajo, no está hecho al trato del señorío...

—¡Es sin embargo un carácter!...¡Si señora; todo un carácter! dijo el señor Director, dándose con la contera del baston en la punta de las botas...Supongo que se habrá formado en el club, oyendo los grandes ejemplos de Bruto, las máximas de Caton, los rasgos patrióticos de los convencionales franceses...

—¡Cá, no señor!.. Si el pobrecito mio nunca le tiró la leyenda...Sabe su oficio, que es estero; y sabe tambien el catecismo con sus preguntas y respuestas...

El señor Director se levantó de un brinco, cual si le hubiese picado una vívora.

—¿Algun Cura, sin duda? —dijo.

—No Señor... Yo misma se lo he enseñado.

El señor Director irguió su figurilla, y agitando su baston con puño de plata, añadió solemnemente:

—Ese muchacho hubiera sido un Epaminondas, y V. le ha cortado los vuelos...¡Ante la humanidad entera, es usted responsable de este delito!

—¿Yo, señor?—replicó la viuda. Ni siquiera sabía que semejante santo estuviera en el cielo...Yo lo encomendé á San José, y si no salió un *Paminondas*, hombre de bien, y cristiano á carta cabal, lo hizo el Patriarca bendito!...

**FIN.**

# POR UN PIOJO....

CUADRO DE COSTUMBRES

POR

EL P. LUIS COLOMA

DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

Edicion de "La Defensa del Pueblo"

MONTERREY.

Tip. Católica, Calle Dr. Mier, No. 70.

1892.

demente la viuda, disculpándole. El pobre siempre agarrado al trabajo, no está hecho al trato del señorío...

—¡Es sin embargo un carácter!...¡Si señora; todo un carácter! dijo el señor Director, dándose con la contera del baston en la punta de las botas...Supongo que se habrá formado en el club, oyendo los grandes ejemplos de Bruto, las máximas de Caton, los rasgos patrióticos de los convencionales franceses...

—¡Cá, no señor!.. Si el pobrecito mio nunca le tiró la leyenda...Sabe su oficio, que es estero; y sabe tambien el catecismo con sus preguntas y respuestas...

El señor Director se levantó de un brinco, cual si le hubiese picado una vívora.

—¿Algun Cura, sin duda? —dijo.

—No Señor... Yo misma se lo he enseñado.

El señor Director irguió su figurilla, y agitando su baston con puño de plata, añadió solemnemente:

—Ese muchacho hubiera sido un Epaminondas, y V. le ha cortado los vuelos...¡Ante la humanidad entera, es usted responsable de este delito!

—¿Yo, señor?—replicó la viuda. Ni siquiera sabía que semejante santo estuviera en el cielo...Yo lo encomendé á San José, y si no salió un *Paminondas*, hombre de bien, y cristiano á carta cabal, lo hizo el Patriarca bendito!...

**FIN.**

# POR UN PIOJO....

CUADRO DE COSTUMBRES

POR

EL P. LUIS COLOMA

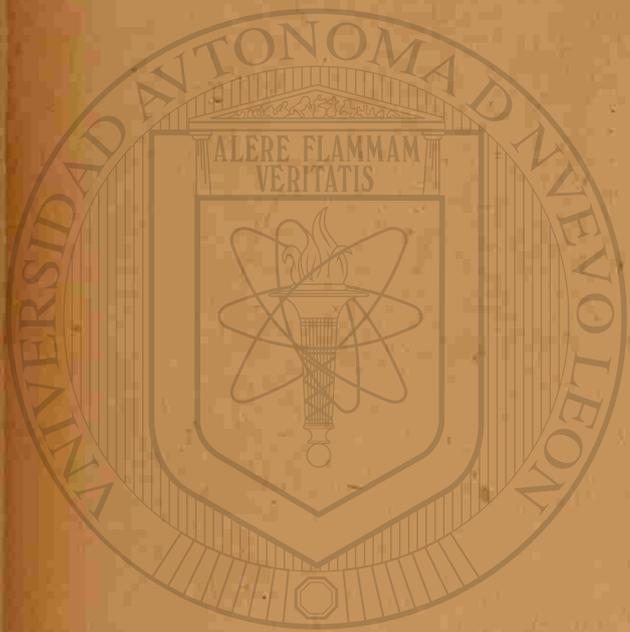
DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

Edicion de "La Defensa del Pueblo"

MONTERREY.

Tip. Católica, Calle Dr. Mier, No. 70.

1892.



## I.

Perpleja estaba aquella mañana Pepita Ordóñez, sentada en su tocador, con dos cartas, una en cada mano. Dejólas al fin sobre un acerico erizado de alfileres, y apoyando ambos codos entre la multitud de cachivaches que ocupaban la mesa de un Pompadour algo turquesco, fijó esa mirada sin vista con que la juventud contempla las ilusiones, en la luna del espejo. Allí se reflejaba su carita de muñeca de china, coronada por dos papillotes que levantaban sobre su frente sus cuatro puntitas de papel, como otros tantos erguidos cuernecitos.

Indudable era que Pepita Ordóñez soñaba despierta, paseándose por los floridos jardines que había hecho brotar en su imaginación alguna de aquellas cartas. Era esta un billetito triangular, de un rojo subidísimo, márgenes negros, letra de mujer en el sobrescrito, de rasgos firmes y elegantes, y un diablito negro por sello, muy primoroso, montado en un velocípedo.

No por esto olía á azufre: apestaba á *oppopo*.

*nav*, esencia entonces muy en boga, y bien merecía por todo su aspecto contener la cita de alguna *cocotte* en el kiosco de Saint-James. Nada de esto contenía sin embargo: las honradas damas españolas acogen con tanto afán las chucherías venidas de Francia, que no se cuidan de inquirir el mayor ó menor decoro de su procedencia.

Suele decirse que detrás de la cruz está el diablo, y en aquella carta sucedía al revés: delante estaba el diablo y detrás la cruz, al frente de lo escrito, hecha con dos rasguitos muy devotos. Debajo decía:

"Mi querida Pepita: Anoche llegó Pepito de Bruselas . . . ."

Aquí dejó escapar Pepita Ordóñez ese pequeño grito, corto, *stacatto*, propio de las mujeres nerviosas cuando se asustan, alegran ó sorprenden: luego continuó leyendo con avidéz progresiva.

. . . y como hoy es juéves de compadres, quiere mamá celebrar la llegada de nuestro diplomático, con una reunión de íntima confianza: echaremos las cédulas, se bailará un poquito, y pasaremos un rato muy agradable, sobre todo si tú vienes. Pepito me ha preguntado mucho por tí, y está deseando verte. Si vienes temprano, antes que empiece á llegar gente, te enseñaré despacio el *port-bonheur* (1)

En el caprichoso teñitismo, de la moda, llamábase hace años *port-bonheur*, á cierta especie de brazalete, figurando un trébol de cuatro hojas.— Es creencia popular en Bretaña, que el trébol de cuatro hojas, rarísimo siempre, trae la felicidad á quien lo encuentra, y de aquí el llamar *port-bonheur* á estos brazaletes.

que me ha traído Pepito de París y pienso estrenar esta noche: es precioso. Dice Pepito que vió á la princesa de Metternich uno lo mismo, lo mismo. Tengo mucha prisa y concluyo, porque mamá me ha dado el encargo de hacer yo las invitaciones para dar á la velada un sello de mayor confianza. Tuya afectísima amiga del alma.

MERCEDES, *enfant de Marié*."

Nerviosa y fuera de sí dejó Pepita la carta, sin notar que aun no la había terminado: faltaba esta posdata.

"Excuso decirte que tendremos mucho gusto en que te acompañe también tu prima."

Pero ya Pepita Ordóñez navegaba á velas desplegadas por las caprichosas ondas de su fantasía, sin cuidarse poco ni mucho de la prima anónima. . . . Pepito había llegado, preguntaba por ella, deseaba verla, y era el Pepito en cuestión un guapísimo muchacho de veinticinco años, rico, conde, de talento, diplomático, que volvía de Bruselas decidido á casarse en su ciudad natal, donde es fama que saben ser las mujeres excelentes madres de familia. Sin titubear un instante, se aplicó Pepita Ordóñez aquel oportuno dístico.

Yo me llamo Pepita y tú Pepito . . .

¿Qué matrimonio tan igualito!!!

Y dando ya por convencida á la Providencia divina y por avisada á la Vicaría, comenzó Pepita Ordóñez á arreglar el porvenir con prudencia exquisita. Indudable era que el hado bonachón, la haría aquella noche comadre de

Pepito, y una vez dado este primer paso, podía ya comenzar á escoger el *trousseau*, como comenzó en efecto por la corona de nueve perlas, la corona condal que había de regalarle Pepito.....

Y no la quería ella en forma de diadema, porque estaba ya muy bien visto: quería que fuese corona entera, con zafiros como la que había visto en Sevilla á la Condesa de la Tuna, en un baile del palacio de San Telmo; y como claro está que era un poco delicado decirlo así descaramente á Pepito, decidió á insinuarlo con mucha delicadeza por medio de Mercedes, la cuñada futura, ó quizá mejor de aquella prima anónima: era esta tan sencillota, tan infeliz, que de seguro se prestaría con el alma y con la vida.....

En el traje de boda no había que pensar, porque era cosa de cajón; razo, encajes, azahar, todo blanco; con él se retrataría para legar aquel recuerdo á sus hijos.....y dar de paso un revolcón á Elvirita Pacheco. ¿Pues no había dicho la muy mentecata que era ella una cursi?.....Y todo porque la tal Elvirita pasaba los inviernos en Madrid, con su tía la Marquesa.....¿Pues vaya una elegancia!.....Ya le enviaría á ella una fotografía de su retrato de novia, con una dedicatoria muy cariñosa, muy expresiva, para que rabiara de firme.....

En cuanto al traje para el magnífico sarao con que había de solemnizarse el matrimonio, era menester pensarlo despacio. ¿Sería rosa ó celeste?.....Eran los dos colores que mejor le

sentaban: el rosa le hacía un poco pálida; quizá fuera preferible el celeste.... Asmodeo había dicho en la *Moda Elegante*, que la Duquesa del Pino, envuelta en gazas azules, recordaba á Anfitrite saliendo del seno de las olas. Pepita Ordóñez no sabía á punto fijo quien era Anfitrite; pero pensó preguntarlo á D. Recaredo Conejo, señor muy erudito, y se decidió al fin por el traje de color de cielo.

Quiso sin embargo hacer una última experiencia; pero no había por allí nada celeste.... ¡Ah, sí! allí estaba en un rincón un papel de seda de aquel color, que había servido para envolver velas de esperma.... Pepita Ordóñez lo rodeó á su garganta, bajando antes el cuello de percal no del todo limpio que la cubría.....¡Magnífico! ¡*Ravissant!*.....Ya podían irse á freir monas Anfitrite y Asmodeo y la Duquesa del Pino con sus olas del mar y sus espumitas, pues solo con el papel de las velas de esperma, eclipsaba ella á todas las bellezas acuáticas y terrestres.....

Y cuando entusiasmada consigo misma, sonreía Pepita Ordóñez á la carita de muñeca que reflejaba el espejo, y extendía la mano como para asir por la frágil punta de las alas aquellos rosados ensueños, echó á rodar sin advertirlo la otra carta compañera de la del diablito, que yacía olvidada sobre la mesa. La carta cayó al suelo, produciendo sobre el pavimento un chasquido mate, una especie de suspiro de papel, que parecía decir lastimeramente:

—¿Y así se porta vd. conmigo,—señora doña Pepita?.....

Pepita se inclinó para recogerla.....¡Qué fastidio! tener que ocuparse de majaderías, cuando la embargaban à ella pensamientos tan serios.....¡Y la tal carta tenía una facha!.... Era el sobre basto y cuadrado, y con letras gordas y desiguales, decía: *Señorita doña Josefa Ordóñez y prima, calle de las Naranjas, No. 8.* El *prima*, aquel *prima* que lo mismo podía ser un segundo apellido de Pepita, que representar, como realmente representaba à la prima anónima que ambas cartas consignaban como posdata, como sombra, como apéndice de Pepita, hizo aparecer en los lábios de esta un mohin de enfado, y cuando sus ojos se fijaron en lo de *Naranjas* ... ¡oh! ¡entonces!.....entonces su pudor académico se sintió cruelmente ofendido, y rasgó el sobre con gesto de cólera, digno de Molins ó Fernández Guerra.

Un pliego impreso con el sello azul de las *Hijas de María* apareció dentro: en él notificaba la Presidenta à la señorita doña Josefa y à la prima anónima, que à las ocho de la mañana siguiente, viérnes 3 de Marzo, sería la Comunió general de las Congregantas: habíase de servir luego por las mismas Congregantas un abundante almuerzo à todas las viejas, y terminaría el acto distribuyendo entre aquellas infelices varios lotes de ropa, como premio à su puntual asistencia al catecismo.

La noticia causó en Pepita Ordóñez el efecto de una ducha de agua fría, y en vano su

imaginación comenzó à correr de nuevo por otros caminos, retratándole vivo el interesante grupo de su lánguida beldad, conduciendo à una decrepita anciana à la sagrada Mesa, à la melancólica luz y con el ascético encanto de aquel ángel que pintó Murillo, sosteniendo à San Juan de Dios cargado con un pobre...

Tambien era esto bonito, pero más le gustaba à Pepita Ordóñez lo otro; y enfurruñada, casi llorosa, retorciendo entre los dedos la esquila de las Hijas de María, se agitaba en el asiento...¡Pues estaba bonito! ¡Vaya una oportunidad que tenía la Presidenta! ¡Como si no pudiesen comulgar otro dia cualquiera aquel medio ciento de viejas!... Porque el conflicto era cruel: ó era necesario renunciar à la fiesta de la Condesa, ó no asistir à la Comunió general, ó acudir à esta llevando como preparació, la música, el baile, las cédulas de comadres y comadres de aquella.

Parecióle esto al fin lo mas aceptable; porque después de todo, ella no iba à hacer nada malo en casa de la Condesa: todo se reducía à retirarse un poquito más temprano, dormir un par de horitas, y hacer siete minutos de examen de conciencia al tiempo de levantarse...

Lo malo, lo temible, era aquel P. Rodríguez, director espiritual de las Hijas de María, que siempre andaba à vueltas con aquello de que no caben en un solo corazón Dios y el mundo; y luego aquella prima, ojito derecho del P. Rodríguez, tan huraña, tan infelizota, que nunca había podido comprender los imperiosos debe-

res que impone la sociedad á una señorita elegante y que por ningun concepto consentiría en acompañarla á una y otra parte.... Porque si ella pudiera conseguir esto, quizá, quizá, el P. Rodríguez no se atrevería á condenar en Pepita, lo que hubiera querido justificar en su discípula predilecta.

Y entonces fué cuando pensando en ello, se quedó Pepita Ordóñez perpleja, con los codos apoyados sobre el tocador, fija la vista en su carita de muñeca de china, que reflejaba el espejo, con los cuatro cuernecitos de los papi-lotes erguidos sobre la frente.

Y entonces fué también cuando se abrió la puerta del aposento para dar paso á la prima Teresa, que este era nombre de la prima anónima que en ambas cartas figuraba: traía en las manos dos pedazos de tela de ínfimo percal rameado con pésimo gusto, y poniéndolos ante los ojos de Pepita, extendidos en forma de paño de verónica, dijo entre impaciente y burlona.

—¿Pero me querrás decir dónde has cortado aquí lo de arriba y lo de abajo?... Lo que es esto, lo mismo puede ser el corte de un gabán, que el de una funda de almohada....

Y al hablar así Teresa, inclinaba sobre el malhadado gabán su airoso cuello, torneado, un poco largo, como suelen verse en las vírgenes de Perugino.



II

Pocos conocían en Z.\*\* á Teresa Ordóñez por su verdadero nombre: llamábanle siempre la *prima de Pepita*, porque la brillante personalidad de ésta oscurecía entre sus rayos de relumbrón á la modesta niña, como el vulgar reflejo de la concha de nácar eclipsa á los ojos ignorantes, el suave mate de la rica perla.

Era en efecto Pepita Ordóñez, una de esas elegantes de provincia, reinas de salones de segundo orden, que tienen por cetro un abanico, y por sesera un bote de pomada ó una borla de polvos de arroz: astros de primera magnitud en el menguado cielo de una capital corta, que por no haber abarcado nunca horizontes más dilatados, creen igualar á esos otros astros de las moda, que tan solo conocen por las almibaradas crónicas de los *reporters* del gran mundo.

Cuando Pepita Ordóñez leía en ellas que la duquesa H.\*\* había puesto de moda en París el color de *gacela mediatubunda*, ó que la Princesa X.\*\* andaba en Niza con pantalones, son-

res que impone la sociedad á una señorita elegante y que por ningun concepto consentiría en acompañarla á una y otra parte.... Porque si ella pudiera conseguir esto, quizá, quizá, el P. Rodríguez no se atrevería á condenar en Pepita, lo que hubiera querido justificar en su discípula predilecta.

Y entonces fué cuando pensando en ello, se quedó Pepita Ordóñez perpleja, con los codos apoyados sobre el tocador, fija la vista en su carita de muñeca de china, que reflejaba el espejo, con los cuatro cuernecitos de los papi-lotes erguidos sobre la frente.

Y entonces fué también cuando se abrió la puerta del aposento para dar paso á la prima Teresa, que este era nombre de la prima anónima que en ambas cartas figuraba: traía en las manos dos pedazos de tela de ínfimo percal rameado con pésimo gusto, y poniéndolos ante los ojos de Pepita, extendidos en forma de paño de verónica, dijo entre impaciente y burlona.

—¿Pero me querrás decir dónde has cortado aquí lo de arriba y lo de abajo?... Lo que es esto, lo mismo puede ser el corte de un gabán, que el de una funda de almohada....

Y al hablar así Teresa, inclinaba sobre el malhadado gabán su airoso cuello, torneado, un poco largo, como suelen verse en las vírgenes de Perugino.



II

Pocos conocían en Z.\*\* á Teresa Ordóñez por su verdadero nombre: llamábanle siempre la *prima de Pepita*, porque la brillante personalidad de ésta oscurecía entre sus rayos de relumbrón á la modesta niña, como el vulgar reflejo de la concha de nácar eclipsa á los ojos ignorantes, el suave mate de la rica perla.

Era en efecto Pepita Ordóñez, una de esas elegantes de provincia, reinas de salones de segundo orden, que tienen por cetro un abanico, y por sesera un bote de pomada ó una borla de polvos de arroz: astros de primera magnitud en el menguado cielo de una capital corta, que por no haber abarcado nunca horizontes más dilatados, creen igualar á esos otros astros de las moda, que tan solo conocen por las almibaradas crónicas de los *reporters* del gran mundo.

Quando Pepita Ordóñez leía en ellas que la duquesa H.\*\* había puesto de moda en París el color de *gacela meditabunda*, ó que la Princesa X.\*\* andaba en Niza con pantalones, son-

reía con el mismo aire de inteligencia mútua y amistad recíproca, con que sonreiría Francisco José á Guillermo de Prusia, ó el Czar Alejandro al Emperador de Turquía, al ver ya en dominio del público las combinaciones diplomáticas y los tratados secretos, firmado diez años antes.

Y hay en efecto entre estas reinas Semíramis y aquellas reinas Nanás, un rasgo común que establece entre ellas la proporcionalidad de las figuras geométricas semejantes, la uniformidad de la fórmula elíptica, que lo mismo expresa la inmensa curva que recorre Urano en el espacio, que la descrita por la cola de un gorrión al saltar de tejado á tejado. Nunca, ni en la corte ni el cortijo, llegan á ser estas reinas de salón ángeles de ningún hogar; siempre castiga la maledicencia sus vanidades, transformando en faltas sus ligerezas, y en culpa sus errores.....

Teresa era por el contrario el reverso de la medalla: enemiga de figurar, retraída sin ser oscura hacíase cargo de su triste posición, y ofrecía con respecto á Pepita el contraste de las líneas superiores del triángulo que separados del todo por la base, solo se juntan en el vértice. Este vértice era en ambas jóvenes doña Angustias, madre de Pepita, tía de Teresa, excelente señora, tonta de capirote; pero de esas tontas bondadosas que disimulan sus necedades con los reflejos de su bondad, y deslustran su bondad con los matices de sus tonterías.

—Es muy buena.....¡pero es tan tonta!—Es muy tonta.....¡pero es tan buena!—decían de ella amigos y enemigos, mezclando en mayor ó menor proporción, según la benignidad de sus criterios, los dos ingredientes de bondad y tontería, que componían el ente moral de la viuda de Ordóñez.

A ella debió Teresa un pedazo de pan en la miseria y un amparo en la orfandad en que vino á dejarla la muerte de su padre. Era este jefe de escuadra, y mandaba uno de los departamentos marítimos de mas importancia, al estallar la revolución de 1868: mas al resonar en España aquel grito de traición y de anarquía, el honrado marino, el leal caballero, protestó enérgicamente, oponiendo esa noble resistencia individual, tanto más heroica, cuanto es mas inútil.

Destituyóle entonces el Gobierno intruso, enviándole de cuartel á San Fernando, y allí murió á poco, sin haber vuelto á vestirse jamás aquel uniforme que en la rectitud de sus principios, creía para siempre deshonorado. En su testamento encargaba á Teresa que lo enterraran vestido de paisano, y que si el Gobierno manifestaba deseos de tributar á su cadáver los honores que por su grado le correspondían, adelantase el entierro y depositaran su cuerpo en la capilla del Camposanto. “Porque ni aun despues de muerto, decía la cláusula, quiero recibir nada de traidores.”

Teresa era digna hija de aquel hombre que llevaba en su blasón una barra de acero con

este lema:—*Me rompo, pero no me doblo*—y entonces se reveló por vez primera su carácter, enervado hasta aquel momento por la prosperidad, que no es madre, sino madrastra del alma; porque así como es necesaria la presión para hacer estallar la pólvora, así es también necesario el infortunio, para poner de manifiesto ciertas grandes cualidades que se ocultan en muchos corazones.

Cuando los hipócritas compañeros del general difunto, acudieron á tributarle en muerte los honores que le habían arrancado en vida, la indignación secó las lágrimas de dolor en los ojos de la huérfana, y ella sola se opuso á todos, haciendo sacar secretamente el cuerpo de su padre y acompañándolo en persona al depósito general del cementerio, según la voluntad expresada en el testamento. El Gobierno vió en esto un acto de rebeldía política, por parte de aquella huérfana que contaba á la sazón trece años, y contra toda justicia y todo derecho, la privó de la orfandad que le correspondía, dejándola en la miseria.

Tendióle entonces los brazos la viuda, y en ellos se refugió la huérfana, captándose de tal modo sus simpatías y su cariño, que á los dos meses publicaba doña Angustias por todas partes las virtudes de Teresa, diciendo con su bondadosa necesidad:

—¡Pero qué alhajita de niña!.....¡Y qué talento tiene!.....Ella sola arregla los visillos de mi casa.....

Pepita, por su parte, acogió á la prima con

el entusiasmo con que acoge una niña el regalo de una muñeca grande: pensó además la reina de salón, encontrar en ella una dama de honor que pudiera llevar siempre á la cola, para confiarle el abanico y el pañuelo mientras ella valsaba, pero bien pronto pudo convencerse de que, así en lo físico como en lo moral, sobaban á la dama de honor cualidades bastantes para arrebatarle á ella su corona de reina, y entonces comenzó á inspirarle Teresa ese amargo sentimiento, hostil hasta la crueldad, que suele degenerar en despotismo, y nace en el corazón del hombre mezquino cuando en sus relaciones con un subordinado tiene la superioridad material y la inferioridad moral.

Teresa comprendió al punto la causa de la mutación de su prima, y con ese refinado tacto de las personas discretas á la vez que desgraciadas comenzó á evitar toda ocasión de hacer sombra á Pepita, huyendo para ello de la sociedad elegante que ella frecuentaba, y buscando su centro entre las amigas y beatas de medio pelo de las asociaciones piadosas, á que la llevaban su acendrada caridad y su religiosidad profunda.

Era una de estas asociaciones la de las Hijas de María, vulgarmente conocida con el nombre de las *Señoritas del Roperio*, y ocupaba en ella preferentemente la atención de Teresa, todo lo que al cuidado de los pobres socorridos se refería. En el caritativo taller de la Congregación, que dió origen al nombre del *Rope-*

ro, era Teresa la oficiala mas asidua en coser las ropas destinadas à los pobres, y Pepita, que gustaba de figurar así en lo divino como en lo profano, acudia también tijera en ristre, con el cargo de cortar camisas que parecían pantalones, pantalones con honores de chaquetas, y gabanes que al decir de Teresa, podían servir muy bien para fundas de almohada.

Al oír Pepita Ordóñez la burlona pregunta de su prima, volvió bruscamente la cabeza y dijo con rabiosa ironía:

—¿Si será menester cortar los gabanes por los patrones de la *Moda Elegante?*.... Y si te parece, que los cosa la modista y les ponga entredoses de *guipure*, y golpes de pasamanería.....

Teresa fijó en Pepita sus grandes ojos negros; y comprendiendo que no estaba la Magdalena para tafetanes y mucho menos para gabanes, se puso à combinar en silencio los informes pedazos del gaban rameado.

—Y te digo,—añadió Pepita Ordóñez, cada vez más encolerizada, que estoy ya de gabanes, y de camisas, y de chaquetas y de Señoritas del Roperó, hasta la punta de los cabellos....

Y al decir esto, se tiró la señorita con bastante precaución de las puntas de sus papillotes....

—¿Yo no sé en qué piensa eaa Presidenta!...  
¿Lo que allí pasa no pasa en ninguna parte....  
Mira.... mira....

Y Pepita Ordóñez, haciendo un esfuerzo, co-

mo si tocara un reptil, tiró en las faldas de Teresa el sobre rasgado de las Hijas de María. Teresa leyó el sobrescrito despues de registrarlo por dentro y por fuera, y dijo con mucha calma.

—Será el aviso de la Comunión de mañana. ¿Y qué tiene?... ¿Te parece temprano?

—¿Si no es eso, hija—exclamó Pepita hincando con tal furia la uña en el papel, que le hizo un agujero. ¡Mira! ¿No ves que dice *Naranjas?*

—¿Vaya, mujer!—exclamó Teresa riendo. ¿Quién le va à pedir perfiles ortográficos à la pobre Rosita Piña?...

—Pues si no sabe escribir, que escarde cebollinos en vez de redactar cartas.... ¡Una secretaria que escribe *Naranjas!*..... ¡Vamos yo me borro de la Congregación!... ¡me borro!

—Pues ya puedes borrarte de la tertulia de Mercedes Pineda,—replicó vivamente Teresa; porque entres renglones que te escribió el otro dia, le cogí dos faltas garrafales.

—¿No es cierto!—gritó sulfurada Pepita, Mercedes habla muy bien francés, y por eso se equivoca cuando escribe en castellano; lo cual es muy distinto... Y si no, aquí tienes una carta suya, léela, que te interesa...

Y Pepita Ordóñez, creyendo en encontrar ocasión propicia, entregó con mucha diplomacia à su prima el rojo billetito triangular de Mercedes Pineda. Tomolo Teresa con cierta sonrisa de condescendencia, y al notar el diablillo montado en un velocípedo que servía de

timbre, dijo con mucha sorna:

—¡Mujer que monada!...¡Poner al diablo por timbre de una carta!...

—¡Pues vaya una burla tonta!—replicó Pepita. Si querrás que ponga un hisopo y un bonete...

—Entre poner un hisopo y poner un diablo, se pueden poner mil cosas que no choquen á nadie,—respondió gravemente Teresa.

Una sonrisa maliciosa entreabrió sus labios al terminar la carta; hizose cargo del conflicto en que las dos invitaciones ponían á Pepita, y comprendió al punto el mal humor de ésta, sus invectivas contra la Congregación y sus repulgos ortográficos. Comprendió también el ataque que le esperaba á ella misma, y poniéndose desde luego en guardia, se echó á reír á carcajadas:

—¡Me borro, me borro, me borro!—decía imitando los ricos aspavientos de su prima.

—¿Pues que hay?.....

—¡Ahí es nada!.....Una señorita que convidada para un baile escribe *port-bonheur!* continuó Teresa mostrando esta palabra en el billete...Te digo que Mercedes disparata en castellano, cuando escribe en francés, y desbarra en francés cuando escribe en castellano.

Pepita Ordoñez arrebató la carta á su prima y se puso á buscar en ella la malhadada palabra.

—Sí, sí, mira, mira,—prosiguió Teresa triunfante. *Port-bonheur*, en vez de *Porte-bonheur!*... Bonita manera de tomar el rábano por las ho-

jas... *Port*, es *puerto*, hija; y *Porte lleva*.... Eso es peor en Mercedes, que en Rosita Piña escribir *narangas*...

Y riéndose á carcajadas, gritaba en medio de su risa:

—Nada, nada; me borro de la Congregación de Merceditas, y no seré yo quién vaya allí en busca de compadre.

—¿Pero de veras no vas á venir?—exclamó Pepita dispuesta á comenzar la batalla.

—¿Pero no ves que escribe *port-bonheur!*... ¿Como he de poner yo los pies en esa casa?...

—Pues harás una grandísima grosería, desairando una invitación que nos hacen.

—¡Bah!—replicó Teresa cambiando de tono. No los matará el sentimiento: la misma falta hago yo allí que los perros en Misa.

—En eso no vas descaminada,—repuso incisivamente Pepita; pero nos pones á mamá y á mí en el compromiso de que crean las gentes que te dejamos siempre en casa, como á la puerca Cenicienta.

Teresa miró á su prima, y se echó á reír con cierta amarga socarronería, como á fuer de buen andaluz era *guasona*, y sobre tener cierto maligno gustito en hacer rabiarse á su prima, sabía por otra parte que sólo tomándolas á broma podría eludirse las despóticas exigencias de Pepita, abrió mucho los ojos, infló los carrillos, y dejó escapar con mucha solemnidad otro burlón,

—¡*Port-bonheur!*

—¡Cuidado que estás tonta, y nécia, y pe-

dante, con la palabreja!—gritó fuera de sí Pepita. ¿Si querrás saber francés mejor que Mercedes?.....¿Te lo ha enseñado el P. Rodriguez ó Rosita Piña?...

—¡Port bonheur!—volvió á repetir Teresa en tornando los ojos y echando bocanadas de viento.

—Si se tratase de capas pluviales ó de zurcir medias de clérigo, ya podrían darte lecciones; pero lo que es de eso...

—¡Port bonheur!—tornó á decir Teresa..... Como quién dice, *puerto de felicidad*...Pues mira que estaría bonita la princesa de Metternich con un puerto colgado al brazo con sus barquitos y todo...

Pepita Ordoñez no pudo sufrir mas tiempo que se burlasen de su querida Mercedes y de su colega la princesa de Mettrenich, reina ya un poco averiada del gran mundo parisiense, y gritó pálida de ira:

Lo que tu tienes es una envidia que te come, porque te encuentras á nuestro lado siempre en segunda fila...

Teresa sintió en la punta de la lengua el hormigueo de las grandes desvergüenzas; contuvo sin embargo, y lanzó á la cara de Pepita, á guisa de proyectil, otro burlón...

—¡Port-bonheur!

—Y si no vienes á casa de Mercedes, sé yó muy bien por lo que es: por los escrúpulos de beata mal intencionada, de santita hipócrata, adúladora del P. Rodriguez...Por la Comunión de mañana.

Teresa miró cara á cara á su prima. y dijo acentuando mucho las silabas con burlona firmeza:

—Justo, justo, justito!.....

—¿Lo ve V? ¿Lo ve V?—gritó la otra; estas son las santitas... Nosotras las pecadoras vamos á un baile, y luego á recibir a Dios como si tal cosa; porque claro está, no hacemos allí mal ninguno... Pero estos ángeles, estas santas canonizadas, no pueden, no se atreven... ¡Qué pecadazos no cometerán ellas, cuando tales miedos les entran!

—¡Figúrate tú!—replicó con sorna Teresa.

—Si no es menester que me lo figure; si yó lo sé; si conozco tus gazmonerías mal intencionadas para ponerme á mí en ridículo, para echarla tú de niña hacendosa y recogida, y que me digan á mí la *mesilla de turrón*, porque ando en todas partes....

Así llamaban en efecto á Pepita, á causa de de hallarse siempre en todas las fiestas, asi divinas como profanas, á la manera que en las romerías andaluzas no faltan nunca los vendedores de avellana y turrón, con sus mesitas ambulantes, Teresa, que ignoraba el apodo, se echó á reir muy de veras, diciendo con mucha gracia:

—Pues tiene chiste el nombrecito.... Vaya que la gente hace justicia.

—¡Ya lo creo que hace justicia!—repuso Pepita. Por eso, á pesar de tus artimañas de mujer caserita, no has encontrado á quién hacer

tragarse el anzuelo.....Como no te casas con tu amigo Minuto, el sacristán de San Marcos.

—¡Buen partido!—dijo con burlona formalidad Teresa. Viudo con siete hijos, y una renta de cabos de vela y zurrapas de vino de Misas.....Como se llegue á declarar, á los ocho días me caso.

—Y harás bien.—hija mía, porque las uvas están verdes, y por mucho que hipocritées ya sabes: aunque la mona se vista de seda....Teresa se queda.

—¿De seda?—replicó Teresa con cierto tono entre despreciativo y amargo. Ni un solo vestido tengo; el último que tuve me lo compró mi padre.

Pepita no pareció comprender lo que en esto quería decir Teresa, y levantándose como para poner término á la conversación, dijo empujando el dedo.

—¡En resumidas cuentas! ¿Vienes ó no vienes á casa de Mercedes?...

Teresa guiñó un ojo, torció la boca, y meneando en señal de negativa la cabeza, al mismo tiempo que el dedo índice de la mano derecha, dijo con voz de polichinela:

—¡No...no...y no!...

—¡Pues lo veremos!—gritó Pepita dirigiéndose á la puerta. Ya se lo diré á mamá, y ella te hará bajar la cabecita.....Soberbia hija mía soberbia que te va á llevar al infierno, aunque te agarres á la sotana de P, Rodriguez...

Gracias por el aviso, primita,—contestó Teresa. Huye de la soberbia, dijo el pavo.

Y se puso al hilvanar con gran sosiego las informes mangas del gaban rameado.

III.

El mal humor no quitó sin embargo á Pepita Ordóñez su ordinario apetito; encapotada, mohina y sin hablar palabra, almorzó aquella mañana tres chuletas de carnero dos pares de huevos fritos. Sus dientecitos de perla, un poco ralos, desgarraban las chuletas con la avidez y el empuje de cualquier gañan, y los huevos fritos desaparecían también en silencio, con una de esas pasiones vergonzosas á que se entregan los grandes hombres, buscando el mayor secreto. Su pasión por los huevos fritos recordaba á Pepita de continuo, que esta-

tragarse el anzuelo.....Como no te casas con tu amigo Minuto, el sacristán de San Marcos.

—¡Buen partido!—dijo con burlona formalidad Teresa. Viudo con siete hijos, y una renta de cabos de vela y zurrapas de vino de Misas.....Como se llegue á declarar, á los ocho días me caso.

—Y harás bien.—hija mía, porque las uvas están verdes, y por mucho que hipocritées ya sabes: aunque la mona se vista de seda....Teresa se queda.

—¿De seda?—replicó Teresa con cierto tono entre despreciativo y amargo. Ni un solo vestido tengo; el último que tuve me lo compró mi padre.

Pepita no pareció comprender lo que en esto quería decir Teresa, y levantándose como para poner término á la conversación, dijo empujando el dedo.

—¡En resumidas cuentas! ¿Vienes ó no vienes á casa de Mercedes?...

Teresa guiñó un ojo, torció la boca, y meneando en señal de negativa la cabeza, al mismo tiempo que el dedo índice de la mano derecha, dijo con voz de polichinela:

—¡No...no...y no!...

—¡Pues lo veremos!—gritó Pepita dirigiéndose á la puerta. Ya se lo diré á mamá, y ella te hará bajar la cabecita.....Soberbia hija mía soberbia que te va á llevar al infierno, aunque te agarres á la sotana de P, Rodriguez...

Gracias por el aviso, primita,—contestó Teresa. Huye de la soberbia, dijo el pavo.

Y se puso al hilvanar con gran sosiego las informes mangas del gaban rameado.

III.

El mal humor no quitó sin embargo á Pepita Ordóñez su ordinario apetito; encapotada, mohina y sin hablar palabra, almorzó aquella mañana tres chuletas de carnero dos pares de huevos fritos. Sus dientecitos de perla, un poco ralos, desgarraban las chuletas con la avidez y el empuje de cualquier gañan, y los huevos fritos desaparecían también en silencio, con una de esas pasiones vergonzosas á que se entregan los grandes hombres, buscando el mayor secreto. Su pasión por los huevos fritos recordaba á Pepita de continuo, que esta-

ba hecha de la misma arcilla que cualquiera prosáica Maritornes.

Teresa por el contrario, espontánea y comunicativa como siempre, refirió á doña Angustias todos los pormenores de la fiesta que para el día siguiente preparaban las Hijas de María. Escúchabala la buena señora complacidísima, interrumpiéndola á veces con alguna sandez de las que de continuo colgaban de sus lábios. Pepita callaba, comía y rabiaba, y nada se habia hablado hasta entónces de la reunión de la Condesa, ni del billetito de Mercedes.

—¡Tendrá que ver eso!—dijo doña Angustias con su necedad crónica. Veinte viejas comulgando.....

—No son veinte, tía; son cincuenta.

—¡Mujer!—exclamó doña Angustias.

Y se quedó muda de pasmo, con la boca abierta las cejas enarcadas; porque uno de los rasgos característicos de Doña Angustias consistía en estar pasmada de continuo, y tan sorprendente era para ella de que estaba lloviendo, como hubiera podido ser la de que los cocodrilos del Nilo anidaban en el Guadalupe: A todo contestaba siempre —¡mujer!— aunque fuese hombre el que hablara, y la tensión de sus cejas y la abertura de su boca, marcaban la intensidad de su pasmo.

—Cincuenta viejas comulgando!—exclamó al fin doña Angustias. Lo que es yo, no faltó á eso... ¿A que hora vas tú?...

—Yo iré tempranito, con Rosita Piña, con-

testó Teresa. Iré á eso de las seis, por si ocurre algo.

—Entónces iré yo más tarde con Pepita... ¿No es verdad, niña?

La niña metió la cara en el plato, y contestó secamente:

—No sé si iré.... Estoy un poco constipada....

Y una tocesita que parecía salirle de las orejas, vino en aquel momento á estremecer de lastima las puntas de los papillotes.

Pasmóse de nuevo doña Angustias al saber el constipado de la niña, ésta para tranquilizar sin duda á la madre, se zampó una sopa de huevo, del tamaño casi de su corazón impresionable. Teresa disimuló una sonrisa sorbiendo á pequeños tragos un taza de café, y dijo con la carita más inocente del mundo:

—Pues es menester que te acuestes tempranito y procures sudar.....

Pepita escuchó la maliciosa advertencia de su prima con la asfixiante calma que precede á las grandes tempestades, y siguió comiendo y callando.

Media hora despues, Teresa con la mantilla recogida sobre los hombros, y el velo medio caído sobre el rostro, con esa gracia natural que es lo supremo del arte, se dirigía á casa de Rosita Piña: Seguiala una criada vieja llamada Vicenta, llevando un gran envoltorio de prendas de vestir procedentes del *Ropero*, destinadas á formar los lotes que habian de repartirse al siguiente día entre las cincuenta

viejas. Habíalas cosido todas Teresa, y para distribuirlas en paquetes iguales, dirijíase ésta á casa de Rosita Piña, vice-secretaria de las Hijas de María, y su amiga íntima.

Sucede á veces, que el nombre de una persona desconocida, hace formar idea errónea de ella, por razón de ciertas cualidades que aparecen anejas á ese mismo nombre: ni á un Delgado gordo, ni á un Casado soltero. Algo de esto sucedía con Rosita Piña: al oír su nombre en diminutivo, en labios tan juveniles como los de Teresa y Pepita Ordóñez, creíala todo el mundo alguna muchacha de la edad de éstas.

La vice-secretaria de las Señoritas del Rope-ro era, sin embargo, una Hija de María, que bien pudiera ser una tía de la misma santa Ana: su edad, como las pirámides de Egipto, derdiese en los tiempos prehistóricos, sabiéndose tan solo que su padre, valiente militar, había muerto gloriosamente en la batalla de Bailén, batiéndose á las órdenes del general D. Teodoro Reding. Desde entónces era Rosita Piña una de esas huérfanitas, censos irredimibles del Monte-Pío, único que puede apreciar en la nómina de cada mes, su longevidad pasmosa. Cobraba mensualmente once dnros como orfandad, y con el talento de que carecen nuestros ministros de Hacienda, arreglaba á esta exigua renta su presupuesto de gastos, quitando al alimento lo que necesitaba el vestido, abriendo un agujero para cerrar otro, y reservando todos los meses dos pesetas inviolables:

una para repartirla entre los pobres, y otra para *gastos imprevistos*, tales como un cuarto al cartero, un tubo de quinqué que se rompía, ó medio real para el sello de una carta.

Los años habían hecho de Rosita Piña una verdadera beata, con todas las grandes virtudes, los pequeños defectos y las inofensivas ridiculeces, propia del gremio que todas las cualidades juntas se encuentran en esas almas sencillas que el mundo ciego y burlón ridiculiza, exigiéndoles con la intolerante ley del embudo propia de la lógica mundana, la perfección absoluta, por el solo hecho de que procuran buscarla, y la forma angélica por la sola razón de que desprecian la humana.

Reíanse de que las vicesecretarias escribiesen *narangas*, y nadie admiraba de que aquellas ciento y pico de esquelas se hubieran escrito á la luz de un mal velón y á la cabecera de una pobre lavandera moribunda, que velaba Rosita Piña hacia tres noches consecutivas, mientras la verdadera secretaria á quién correspondía de oficio repartir aquellas lucía su bella persona en un palco del teatro.

Burlábanse de su inocente manía de ocultar su edad, y nadie se apresuraba á publicar que aquellos años ocultos estaban llenos de resignados sacrificios, de calladas abnegaciones, de lágrimas que solo brotan de corazones muy generosos, de lágrimas derramadas ante infortunios.

Criticábanle que pasase la mayor parte del

día fuera de su casa, y nadie acétaba á comprender que aquella pobre vieja á quien nadie amaba era ella sola capaz de amar á todo el mundo; que se sentía abrumada en su hogar yerto y solitario por la nostalgia de la familia, y buscaba por eso el hogar de los huérfanos para dejar allí el calor de las madres para prestar allí los consuelos de hija, y el hogar de Dios, el hogar del Padre común de todos, el pié del Sagrario, para buscar en él fuerzas necesarias con que mirar cara á cara su triste, su monótono, su siempre solitario mañana..... Fuerzas por no desfallecer bajo el peso de la más triste, la mas angustiosa, la mas desoladora de todas las cruces. ¡La soledad del alma!..... ¡Ah! Indudable era que Rosita Piña, la caústica frase de Pepita Ordóñez, era una rosa seca; ¡pero era un rosa seca que conservaba toda su fragancia!...

El mundo, sin embargo, más frívolo que malo, más mezquino que perverso, hacía justicia á las virtudes de Rosita sin dejar de reirse de ella, y las casas más aristocráticas le franqueaban de par en par sus puertas, las familias más distinguidas la admitían en su trato íntimo, y las asociaciones piadosas se las disputaban, para darle sino, los cargos de más honor, á lo menos los de más trabajo. Era en todas ellas la vicepresidente, la vicesecretaria, ó la vicetesorera; era en fin, el piadoso burro de carga de todas aquellas damas elegantes, enalbardado sienpre con su honorífico *vice*. Por lo demás, sus maneras eran vulgares, su igno-

rancia crasa, su sencillez la de aquellos pobres de espíritu á quien promete Dios el reino de los cielos, sin duda por que los hombres se encargan en la tierra, de hacerlos merecer con sus burlas y su desprecios:

En cuanto á su físico, habíalo pintado en cuatro palabras, con la maestría de Velazquez, cierta verdulera á quien inadvertidamente volvió Rosita Piña un día su canasto de lechugas. Miróla de arriba abajo aquella diosa Pámona, y gritó á sus compañeras:

—¡Allá va una mujer en cucullas!..... Con cara de á real, y cuerpo de á cuatro cuartos!...

La cara de Rosita Piña era, en efecto, doble de lo que razonablemente podía exigir su exiguo cuerpecito, y venía á ser en ella lo que en aquel diminuto gramático Philetas, el contrapeso de plomo que llevaba en las sandalias, para que no se lo llevase el viento; era una especie de pleonasmio de carne, semejante á un pastel de masa blanda, en que hubiese formado las facciones, tirando menudos pellizcos, Su pelo de un negro algo sospechoso, estaba tan charolado y pegado á las sienes, que parecía gorrito de hule, y vestía en todo tiempo un hábito de estameña de la Virgen del Cármen, con su correa de charol á la cintura, y su escudito de plata en la cintura.

Vivía Rosita Piña en una salita y una alcoba muy pequeñas, muy limpias; que por treinta reales al mes le cedían en su casa un pobre capellán de monjas, y una excelente vieja que era su hermana, Terera subió lijeramente la

humilde escalera, bien conocida de ella, y se detuvo ante la puerta de la beata, que estaba entornada. Dió dos golpecitos y nadie contestó; empujó un poco, y un resplandor vivísimo de luces encendidas salió de la estancia: entónces se determinó á entrar.

La reducida pieza estaba vacía, y sobre una vieja papelera, brillantes á fuerzas de rudas frotaciones de aceite veíase en nicho de cristales y caoba, una bonita imájen de San José, de metro de altura. Rodeábanla varios tiestos de loza llenos de flores, y hasta veinte ó treinta cabos de vela de distintos gruesos y tamaños, todos encendidos. En la mano con que sostenía el Santo su florida vara, habíale puesto en la mano un papelito doblado, y un gato blanco y negro, muy hermoso, muy limpio, estaba sentado en el suelo con mucha devoción frente á la imájen, levantando de cuando en cuando una pata, como si quisiese enjugar una lágrima, ó darse un golpe de pecho. Parecía un gato muy piadoso: según Pepita Ordóñez era este gato el único pariente de aquella pobre vieja que tenía por familia á la humanidad entera, por que comprendía y practicaba el significado de aquellas palabras que á todas horas repetía:—¡Padre nuestro que estás en los cielos!...

El gato, que sobre ser piadoso era cortés, salió al encuentro de Teresa, empujando el rabo, arqueando el lomo, dejando escapar un cariñoso maullido, como si quisiese hacer los honores de la casa en ausencia de su dueña. Te-

resa le saludó con un confanzudo.—¡Hola, Canene.—y tomando de manos de Vicenta el envoltorio de ropa, añadió meneando la cabeza.

—Muchas luces tiene el Santo.... Algo gordo sucede....

Conocía bien á su amiga<sup>4</sup> y constábase que iban siempre sus apuros en razón directa de las velas del Santo Patriarca, especial protector suyo, que jamás había desoído sus ruegos, infantiles no pocas veces. Gordo debía ser el apuro que marcaba á la sazón el místico barómetro de la beata; ardían ante el Santo cuantas sobras de novenas y desechos de sacristía había podido recojer Rosita, que para semejantes ocasiones las iba coleccionando y recordaba la iluminación, por sus artísticos detalles, la famosa de Moscou cuando la coronación del Czar último.

Resonaron en el corredor unos pasitos menudos y lijeros, y entró Rosita Piña con unos papeles en la mano, agobiado el cuerpecito, angustiada la cara, rojos los ojillos, con dos lagrimones pugnando por escapar de aquellas estrechas masmorras. Despidió cortesmente á Vicenta que en aquel momento salía, fuese derecha á Teresa y la besó en silencio,

—¿Pero qué es esto?—exclamó Teresa pasmada, mirando sucesivamente á la imájen y á Rosita. ¿Que tiene vd? ¿Qué pasa?

Rosita Piña se dejó caer en una silla con muestras del mayor abatimiento.

—¿Ha muerto Dolores la lavandera?—pre-

guntó Teresa que sabía la enfermedad de esta infeliz mujer, el esmero con que Rosita la velaba hacía tres noches, y la aflicción que estas desgracias ajenas le causaban.

—Está mejor.... No es ella, la muerta, contestó Rosita.

—¿Pues quién ha muerto?.....

Rosita Piña hizo un puchero disforme, y contestó dándose con los papeles en el pecho.

—¡Yo!....

Teresa sintió descomunales ganas de reirse; pensando sin embargo que podría Rosita sentirse gravemente enferma y darse ya por difunta, preguntó con cariñoso sobresalto.

—¿Pero qué tiene vd?.....¿Está vd mala?...

—¡Pues eso es lo gracioso!—exclamó Rosita llorando. ¡Eso es lo triste!...que estando yo buena y sana no me quieran pagar, y digan que me he muerto....

De nuevo tuvo que morderse las labios Teresa para no reirse, y siguió mirando á Rosita estupefacta. Refirióle entonces ésta que el día anterior, 1<sup>o</sup> de Marzo, había ido con la puntualidad caracterisca de las viudas y huérfanas del Monte-Pío, á cobrar los once duros de su orfandad. Pero al encargado de pagarla, don Tomás Sánchez, muy bueno, muy bello sujeto, muy atento, que siempre la saludaba—á los piés de vd,—y un día la hizo esperar dos horas, le dijo que podía sentarse, habiánlo dejado cesante.

Hallábase en su lugar otro jovencito, muy bueno también; muy trabajador, tan trabaja-

dor que en media hora larga no levantó la cabeza de lo que estaba haciendo, sin echar de ver siquiera que estaba ella aguardando. Pues este señor tan laborioso, tomó al fin los documentos que por fórmula le alargaba Rosita, los miró por encima, cótejólos con un voluminoso registro, y dijo despues pausadamente;

—No ha lugar á la paga.... Doña Rosa Piña y Menendez, falleció el 15 de Febrero pasado.

Rosita Piña que se quedó estupefacta: si hubiese visto al B. Rodríguez vestido de majo y tocando las castañuelas, no hubiera expresado su amplia fisonomía mayor sorpresa. Sus ojitos y su boquita de abrieron hasta desencajarse, y exclamó con todas las inflexiones del espanto y la sorpresa:

—¿De veras?!!!.....

—Así consta en la dirección general de Madrid, con el correspondiente certificado.

Rosita Piña quedó aplanada bajo el peso de aquella losa de sepulcro que tan inesperadamente arrojaba el Estado sobre su cabeza: comedia, sin embargo, hasta en el fondo de la tumba, sólo se atrevió á replicar:

—¡Pero eso debe de ser equivocación!.....

El laborioso oficinista cogió la pluma y se puso á escribir de nuevo, sin dignarse á responder á la atribulada huérfana.

—¿Pero quién soy yo entonces?—exclamó esta volviendo á todas partes los extraviados ojos. ¿Algún alma del purgatorio?

—Pues si es vd, una alma del purgatorio,

vaya á que los curas le digan Misas, contestó el oficinista.

El saboreillo volteriano de esta respuesta acabó de aterrar á Rosita, y huyó á su casa afligidísima, creyéndose presa de alguna pesadilla horrible y palpándose á cada instante á ver si en realidad era cadáver. Consulto el caso con su vecino el Capellán de monjas, indagó este lo ocurrido, y vino en la cuenta de que aunque á Rosita le sobraba salud, habíala matado por equivocación en nómina: era necesario abrir un expediente para resucitarla, presentarse en la Dirección general de Madrid ó buscar alguna buena influencia en la corte, que todos estos objetos allanase. Rosita se acostó aquella noche calenturienta y despertó llena de crueles escrúpulos: había soñado que para comprobar su existencia se miraba detenidamente al espejo y se encontraba viva, sana, fuerte, robusta y hasta.....bonita!!!.....

¡Horror!..... ¿Sería aquello alguna levadura de amor propio escondido, que á la hora de la tribulación asomaba la oreja?..... Necesario fué participar el horrible temor al P. Rodríguez, que la miró espantado de lo que puede fantasear un sueño, y lejos de consolarla la despidió con cajas destempladas.

—¿Y cómo voy yo á Madrid?—Decía Rosita á Teresa, llorando á lágrima viva. Dinero no tengo, en el tren no fian, y aunque fian..... ¿Como se aventura una mujer sola, en ese Madrid atestado de liberales?...

Rosita Piña creía sencillamente que los li-

berales andaban en Madrid con cuernos y rabo, envistiendo por las calles á los pacíficos transeuntes. El liberalismo era su pesadilla, y llevaba su justo odio contra la moderna secta, hasta el punto de encontrar sospechoso aquello de—*Libera nos. Domine*—que rezaba en la Letanía, y haberlo sustituido con un profundo, sencillo y esperanzado *Carlita nos. Domine*.

Teresa escuchaba compadecida la relación de aquella extraña desventura, y al oír que todo podía arreglarlo alguna persona influyente en la corte, exclamó con esa noble impremeditación de la juventud, que dá siempre por hecho el bien que desea hacer.

—Pues si no es más que eso, dese vd. ya por resucitada.....

La difunta oficial miró á Teresa, con el ansia con que Marta debió de mirar á Jesus al verle extender la mano hacia el sepúlcro de Lázaro.

—Pues claro está—continuó Teresa; anoche llegó de Madrid Pepe Pineda, el hijo de la Condesa, que es diplomático y amigo de todo el mundo, y él le podrá arreglar á vd el asunto sólo con poner dos letras.

—¿Pero tú lo conoces?—preguntó Rosita.

Esta lógica pregunta hizo caer á Teresa de las alturas de su buen deseo. Ella no conocía al Condecito ni aún de vista, y la escena que poco antes había tenido con Pepita á causa del baile de compadres, le hizo caer en la cuenta de que difícilmente podría servirse de ella como de intermediaria. Comprendió, pues, que

se había adelantado demasiado, y dijo titubeando:

—Yo no... pero mi prima y mi tía Angustias lo conocen mucho, y también á su madre, y ellas le hablarán.....

—¡Dios las pague! ¡El Santo Patriarca las inspire,—exclamó Rosita Piña cruzando las manos con vehemencia... Yo por mí no tengo cuidado: Dios viste á los lirios del campo y cuida de los pajaritos.....Y aunque yo no soy ningún lirio, ni tampoco un pajarito..... pero en fin, vamos.....es un decir..... Pero esa pobre Dolores la lavandera... enferma, con siete hijos, sin más amparo que yo, porque lo que da la Conferencia no alcanza.... Mañana le operan el zaratan, y aunque D. Manuel la cura de balde, porque es de lo que no hay, muy caritativo, un San Pantaleón; en fin, Dios se lo pague..... Pero los caldos y la botica y todo, todito, lo tengo que pagar yo..... Empeñé mi cuchara de plata, y ya se me fué hasta el último ochavo: ahora estoy gastando de los diez duros que tenía guardados para mi entierro...

A Teresa se le saltaron las lágrimas: cogió ambas manos á Rosita, y sacudiéndolas fuertemente, le dijo:

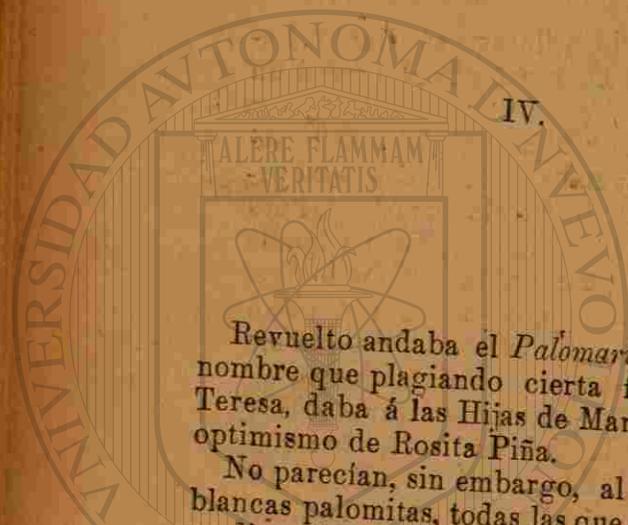
—¿Pero por qué no me ha dicho vd. eso antes, Rosita?..... ¿Qué necesidad tiene vd. de gustar el dinero de su entierro?..... Aunque después de todo no la han de dejar sin enterrar por eso..... Pero yo también tengo en mi lucha lo menos, lo menos once duros, y se los daré á vd. para Dolores..... Los fuí reunien-

do real á real, para cuando llegase el aniversario de mi padre, mandar decir algunas Misas... Pero también esa limosna le servirá de sufragio.

Rosita Piña se echó á llorar: su llanto hubiera enternecido á un ángel y hecho reír á un hombre.

—¡Dios te lo pague, hija mía! ¡Dios te lo pague, Teresa!—Exclamaba..... ¿Ves ese papelito que tiene San José en la mano?.... Pues la última receta del médico.... Yo no podía pagarla; pero se la puse en la mano y le dije. —¡Procurala tú, santo mío!—Y ya ves cómo la ha procurado.... No sabes el peso que me quitas de encima: estaba ya sin aliento, sin esperanzas, sin saber por donde tirar.... Hoy mismo, durante toda la hora de meditación, me parecía ver al diablo, á mí vera, diciéndome como á aquel santo viejo de que habla el P. Rodríguez.—¡Ahórcate! ¡Ahórcate!... Y yo, llena de santa firmeza, le respondía.

—¡Ahórcate tú!



Revuelto andaba el *Palomarico de la Virgen*, nombre que plagiando cierta frase de Santa Teresa, daba á las Hijas de María, el cándido optimismo de Rosita Piña.

No parecían, sin embargo, al P. Rodríguez, blancas palomitas, todas las que anidaban bajo su dirección en aquella arca santa. Porque hay en todas las asociaciones piadosas, especialmente de mujeres, un elemento por lo general aristocrático, inquieto, dominante, que cree hacer un favor á Dios al honrarle y un servicio á la Religión poniendo la piedad de moda: tráelo allí la más absurda de las vanidades, cual es la piedad, y refrénalo por el pronto, entre las jóvenes, el candor y la docilidad de los pocos años.

Mas si una mano enérgica no los desenmascara pronto, ó una voz severa no les hace comprender á tiempo, que sus costumbres son las que han de amoldarse á la Piedad, y no la piedad.

dad á sus costumbres; que las acciones devotas son obras de perfección y no obligatorias, y que es la más vil de las hipocresías hacer gala de seguir los consejos, cuando no existe el cuidado de observar medianamente los preceptos, tornáranse estas blancas palomitas en esas lechuzas devotas, descrédito de la piedad verdadera, porque ascandalizan al bueno y provocan la risa del malo: en ese tipo inverosímil, no nuevo hoy, pero si más degradado, de la mujer devota por la mañana y pagana el resto del día.....

Caricaturas de aquellas grandes señoras de la corte de Luis XIV, señoriles hasta en sus mismos vicios, que oían como quien oye llover las rudas verdades de Bourdaloue, son muchas de esas otras damas que vemos hoy pedir en ciertos días á la puerta de los templos, valsar por amor del prójimo en los bailes de beneficencia, y tener siempre en los labios las palabras *piedad y caridad*, como la etiqueta de un frasco de agua de olor falsificada. Un rasgo común han conservado unas y otras á través de los siglos: el de tener los oídos frente á frente; lo que entra por el uno sale por el otro, sin dejar dentro nada de provecho.

Los billetitos rojos esparcidos por Mercedes Pineda, á los cuatro vientos, anunciando el baile de compadres, habían alborotado en el *Palomarico de la Virgen* á todas aquellas cuyo afán de divertirse se traslucía en todos sus actos, como el ardor del calenturiento se trasluce hasta en sus menores gestos. La vanidad y la

conciencia se sintieron igualmente agitadas. ¿Cómo preparar en tan breve plazo alguna *toilette* sorprendente, nueva, dsslumbradora, capaz de aprisionar entre gasas y flores algo más que con los vínculos del compadrazgo á media docena siquiera de reacios galanes? ¿Cómo salir *devotamente* del compromiso en que la oportunidad de la Presidenta venía á ponerlas, señalando para la comunión de las Hijas de Maria la mañana siguiente á la noche del baile? ...

Con la actividad desatinada de hormigas á que destrozan su hormiguero, comenzaron á circular al punto doncellas y criados, modistas y costureras: imposible era á juicio de peritos crear nada nuevo, pero no era difícil combinar con cierta novedad galas antiguas. Tranquila, aunque no satisfecha con esto la vanidad, pensóse en buscarse solución al caso de conciencia: cruzáronse entonces recados officiosos, preguntas capciosas, misivas diplomáticas en que cada Hija de Maria, sin dejar traslucir su pensamiento, procuraba indagar la solución que daban las otras al conflicto *religioso bailable* que se presentaba. Ni una siquiera hubo que entregase la carta que se iba buscando: todas aseguraron con unanimidad edificante, que la asistencia á la solemne Comunión era necesaria, pero todas—¡oh desdichal—conenzaban á sentir, por coincidencia milagrosa, los síntomas de un cruel constipado, igual, idéntico, en todas ellas, que no les permitiría sin duda madrugar á la mañana si-

guiente: todas, en fin, como eficaz sudorífico que les trajese la reacción y les aclarase las laringes y desatacase las narices, tenían preparado y oculto en el fondo del tocador, no una manta de Palencia y una taza de tila, sino un fresco, ligero y vaporoso traje de baile.

El tiempo urgía, eran ya las cuatro de la tarde, y una de las más atrevidas, Ritita Ponce, decidióse al fin á hacer algunas investigaciones personales: necesario era que alguna levantase el estandarte, y nadie quería ser la primera en dar el mal ejemplo, por más que todas buscasen con ansia la ocasión de seguirlo.

Ritita Ponce tiró su plan: fuese derecha á casa de Pepita Ordoñez, y cogió á solas á la incauta doña Angustias. Acudió esta presurosa y contrariada, como persona á quien arrancan de perentorios quehaceres, y la vista perpicaz de Ritita descubrió al punto en su traje varias hilachillas de seda color de rosa.

—¡Ya caíste mentecata!—pensó Ritita; y cogiendo con la punta de los dedos una de aquellas hilachas, se la mostró á la viuda, diciendo: —¡Hola! ¡hola!... Esto me huele á preparativos de baile.

Aturrullóse doña Angustias, y contestó precipitadamente con su agudeza ordinaria:

—Hilas... hilas que estaba haciendo para el hospital... Ayer me las pidió Sor Tomasa,

Ritita Ponce no se detuvo á adquirir la extraña terapéutica que aconsejaba el uso de hilas de seda color de rosa, y conteniendo la ri-

sa que tan necia salida le causaba, varió de táctica. Sentóse junto á la viuda, muy pegadita, y con voz muy baja y ademanes misteriosos, envolvió á la pobre señora en esta sarta de mentiras:

—Doña Angustias—le dijo: tengo un apuro muy grande, y solo vd. con su autoridad y su talento puede ayudarme....

—¡Mujer!—exclamó doña Angustias, pasándose esta vez con razón que le sobraba.

—Sí, señora... Ya conoce vd. á Sir Mackenzie, que ha pasado todo el invierno aquí en Z\*\*

—¿Aquel inglés largo, largo, con patillas color de lino?....

—El mismo!... Pues ha saber vd. que lo estoy catequizando, á ver si el pobrecito se bautiza...

—¡Mujer!... ¿Es moro acaso?...

—No, señora; es protestante, que viene á ser lo mismo.

—¡Mujer!

—Sí, señora; y lo tengo ya tan convencido, que esta noche pensaba verlo en casa de Pineda, para tratar de quién ha de ser el padrino.

—¡Mujer!

—Lo que vd. oye... Pero mire vd. por donde se le ha metido á mamá en la cabeza, que no he de ir esta noche en casa de Pineda, á causa de la Comunión de mañana...

—¡Mujer!

—Y dice que no iré yo, como no sea que vaya también Pepita; porque si una persona del respeto de vd. se lo permite á su hija, cosa

es esta que puede hacer ley.

¡Misterios del corazón!... Doña Angustias, lejos de pasmarse de que la madre de Pepita le diese la patente de legisladora, quedóse muy complacida, y contestó modestamente, comenzando á soltar el queso, como el cuervo de la fábula:

—¡Jesús, mujer!... Tu mamá me favorece demasiado.

—¡Oh, no, no! Ya sabe lo que se hace—contestó Ritita con sonrisa adulatora. Por eso es menester que me diga vd. francamente, si va ó no va Pepita en casa de la Condesa..... Porque si va ella, iré yo, y si no va, tendré que quedarme; y si me quedo, se quedará también de rechazo ese pobrecito sin padrino, y quizá sin bautizar, y si se muere se lo llevarán los mismísimos, mismísimos diablos...

Y Ritita ensartaba todas estas mentiras con el mayor aplomo, agitando con terror el abanico como si quisiese ahuyentar á los demonios que amenazaban llevarse á su catecúmeno Sir Mackenzie.

—¡Jesús, mujer, que ocurrencia!—exclamó perpleja la viuda.

—Lo que vd. oye, doña Angustias—replicó Ritita abriendo mucho los ojos. A veces de cosas muy chiquitas, salen cosas muy grandes, muy grandes.....

—Pues mira, mujer; yo, si te he de decir la verdad, ninguna gana tenía de fiestas... Pero ya tú ves; Mercedes le escribió á Pepita, y la niña se ha empeñado en ir...y por eso...

—¡Irán ustedes al baile!—exclamó Ritita levantándose, como si con saber esto le bastase.

—Pues claro está... Pero no digas una palabra á nadie; porque...

—Descuide vd., doña Angustias; que sé yo guardar un secreto.

—La niña no quiere que se sepa, por evitar que otras tomen pretexto de que ella va para ir también, y luego vienen los chismes, y el P. Rodríguez.

—¡Dichoso P. Rodríguez! ¡En todo ha de meterse!... Como si porque fuera una Hija de María, tenga necesidad de darle cuenta hasta de la sal que echa al puchero.

—Mujer, no tanto... Es verdad que el Padre exagera un poquito, pero lo que yo le digo á Pepita... Se le escucha siempre con respeto, y luego hace cada cual lo que le parece.

—Eso hago sin necesidad de oírlo, y es mucho más cómodo: que si fuera una á escuchar al P. Rodríguez, sería menester vivir en un rincón, metida en un saco, con la cara para la pared... El domingo le decía tía Rosa que las muchachas necesitan exhibirse en sociedad, si alguna vez han de casarse... ¿Pues sabe vd. lo que le contestó?.....

Y Ritita Ponce, imitando el tono algo ganoso del P. Rodríguez, dijo muy despacio,

—Es muy cierto, señora, muy cierto. Pero vd. notará que nadie compra la tela que está siempre de muestra... Cuando se va á comprar, toman todos de la pieza que está guardada allá adentro... Porque mire vd., señora; tela

siempre en el escaparate, preciso es que esté averiada.

Y Ritita Ponce, que llevaba ya treinta y tres años de exhibirse por todos los escaparate sociales sin encontrar marchante ninguno concluyó muy indignada:

—Con que ya ve vd., que según el P. Rodríguez, una señorita de mundo viene á ser como un bacalao colgado á la puerta de una tienda de ultramarinos; que corre el peligro de que lo ensucien las moscas.

Esto dijo Ritita con arrogante desdén, y sin dejar á doña Angustias tiempo de pasmarse, dió media vuelta y, como lanzadera que va de un lado á otro tejiendo una tela de chismes, comenzó á recorrer una por una las casas todas de sus amigas diciendo que Pepita Ordóñez iba al baile con su madre, y que Teresa las acompañaba también, con permiso, por supuesto, del P. Rodríguez.

Animáronse con esto las retraidas Hijas de María, los constipados sufrieron un descenso general en toses y estornudos, y comenzaron poco á poco á salir las galas de sus escondrijos, á la manera que los caracoles sacan lentamente los cuernos al sol, después de pasada la lluvia. Ritita por su parte, retiróse muy satisfecha á su casa, una vez terminada la propaganda, y comenzó á disponer las galas que habian de ayudarle á llevar la luz de la fé á la nebulosa alma de Sir Mackenzie.

De todas las mentiras que había ensartado aquella tarde, solo esta tenía algo de verdad

en el fondo; porque realmente abrigaba Ritita Ponce la idea de administrar á Sir Mackenzie un sacramento; pero no era el primero, era el séptimo.

Desesperaba ya á los treinta y tres años de encontrar marido indígena, y comenzaba á buscarlo exótico.



Mientras tanto, volvía Teresa de casa de Rosita Piña, preguntándose por qué dará Dios tanto corazón á quien da tan poco dinero, y d'scurriendo el modo más á propósito de confiar la resurrección oficial de su difunta amiga, al Condesito diplomático. Parecíale imposible alcanzar para su protegida la mediación de Pepita, y en la misma doña Angustias no se atrevía á fijar grandes esperanzas. Participaba siempre la madre, á lo menos por lo pronto, de las necesidades y rabieta de la hija, y preciso era que la negativa de Teresa al concurrir al baile de compadres que tanto ha-

bía encolerizado á la uua, hubiese también ofendido á la otra, al llegar á su noticia. No era, pues, ocasión muy oportuna de pedir favores ni á la madre ni á la hija, y mucho menos tratándose de la mísera Rosita, y el apuesto Condensito, encarnaciones, por decirlo así, una y otro, de los dos polos en que giraba el conflicto.

Teresa no se engañaba en efecto: hallóse al entrar en casa con dos amigas de su prima, que atraída por los chismes de la catequista de Sir Mackenzie, hablaban alborotadamente con Pepita y doña Angustias. La madeja se enredaba: pasmábase la viuda de que tan pronto hubiese hecho Ritita traición á sus confianzas, y la niña dirigía á su madre miradas y aun palabras furibundas, por haberse dejado arrancar su secreto, á trueque de librar de las garras del diablo, al honorable Sir Mackenzie.

Callaron todas, al entrar Teresa, con mani-fiesta grosería, recibéndola con frialdad, que dejó helada á la pobre muchacha: púsose Pepita á cuchichear por lo bajo con una de sus amigas, y la misma doña Angustias contestó secamente á dos ó tres preguntas que se aventuró á dirigirle Teresa. Retiróse ésta avergonzada y ofendida, y pesarosa doña Angustias al verla salir, le recomendó eficazmente que se mudase al punto de calzado: había llovido, y estaba hmedo el piso.

Teresa entró casi llorosa en su cuarto, el más modesto de su casa: sentía esa opresión de corazón propia de los caracteres sensibles y

en el fondo; porque realmente abrigaba Ritita Ponce la idea de administrar á Sir Mackenzie un sacramento; pero no era el primero, era el séptimo.

Desesperaba ya á los treinta y tres años de encontrar marido indígena, y comenzaba á buscarlo exótico.



Mientras tanto, volvía Teresa de casa de Rosita Piña, preguntándose por qué dará Dios tanto corazón á quien da tan poco dinero, y d'scurriendo el modo más á propósito de confiar la resurrección oficial de su difunta amiga, al Condesito diplomático. Parecíale imposible alcanzar para su protegida la mediación de Pepita, y en la misma doña Angustias no se atrevía á fijar grandes esperanzas. Participaba siempre la madre, á lo menos por lo pronto, de las necesidades y rabieta de la hija, y preciso era que la negativa de Teresa al concurrir al baile de compadres que tanto ha-

bía encolerizado á la uua, hubiese también ofendido á la otra, al llegar á su noticia. No era, pues, ocasión muy oportuna de pedir favores ni á la madre ni á la hija, y mucho menos tratándose de la mísera Rosita, y el apuesto Condensito, encarnaciones, por decirlo así, una y otro, de los dos polos en que giraba el conflicto.

Teresa no se engañaba en efecto: hallóse al entrar en casa con dos amigas de su prima, que atraída por los chismes de la catequista de Sir Mackenzie, hablaban alborotadamente con Pepita y doña Angustias. La madeja se enredaba: pasmábase la viuda de que tan pronto hubiese hecho Ritita traición á sus confianzas, y la niña dirigía á su madre miradas y aun palabras furibundas, por haberse dejado arrancar su secreto, á trueque de librar de las garras del diablo, al honorable Sir Mackenzie.

Callaron todas, al entrar Teresa, con mani-fiesta grosería, recibéndola con frialdad, que dejó helada á la pobre muchacha: púsose Pepita á cuchichear por lo bajo con una de sus amigas, y la misma doña Angustias contestó secamente á dos ó tres preguntas que se aventuró á dirigirle Teresa. Retiróse ésta avergonzada y ofendida, y pesarosa doña Angustias al verla salir, le recomendó eficazmente que se mudase al punto de calzado: había llovido, y estaba hmedo el piso.

Teresa entró casi llorosa en su cuarto, el más modesto de su casa: sentía esa opresión de corazón propia de los caracteres sensibles y

expansivos, cuando tropiezan con la dureza ò el desden de las personas cuyo calor buscan, y consideraba, por otra parte, las fatales consecuencias que podia tener el capricho de una niña terca y mal educada, en la suerte de una criatura tan excelente como Rosita Piña, y una infeliz tan desgraciada como Dolores la lavandera. Dejóse caer en un sillón, abatida por completo, y comenzó á llorar amargamente.

Dios vino al punto en su ayuda, por esos extraños caminos por donde dirige los hechos, para el triunfo de sus designios. Oyó á poco en el corredor de fuera un gran portazo, un furioso y recalcado—¡Caramba!—unas patadas impacientes, y una voz aguda y colérica, que medio declamaba, medio cantaba con rabiosa ironía:

Tanto vestido blanco,  
Tanto volante ...  
Y el puchero á la lumbre  
Con dos guisantes !!!

Sorprendida Teresa abrió la puerta de su cuarto, y vió en el fondo del pasillo á Marica la unica y zafia camarera de la casa, que crispaba los nervios de Pepita con sus ordinarietas, pateando furiosa junta á la puerta del fondo, como si á ella estuviese pegada, levantando con una mano para que no arrastrase, una larga falda, de gasas y crespones blancos y rosa, y sosteniendo con la otra un ancho cintu-

rón de este último color, dispuesto ya artísticamente en forma de enorme lazo. El viento habia cerrado violentamente la puerta por donde Marica salía, cogiéndola la presa por las faldas contra el quicio, con ambas manos ocupadas. Teresa, no pudo menos de reirse de la extraña figura de Marica, asomando entre gasas y crespones, y corrió á sacarla de aquella crítica posición, diciendo:

—¡Espera... espera... no te impacientes!

—Dios se lo pague á vd., señorita—dijo Marica al verse libre. De buena me he escapado... Si la puerta llega á coger la falda y se desgarrar, me saca la señorita los ojos, con ese genio que tiene.

—¿Va á ponerse ese traje esta noche?—preguntó Teresa.

—Si á última hora no se le ocurre otra cosa, porque tiene más pareceres que un abogao—respondió de muy mal humor Marica... Primero dijo que el blanco, luego que el celeste, después se le antojó el rosa...y á todo esto, me duelen á mí ya los puños de ensartá la abuja,

El guardarropa de Pepita era de los más surtidos que habia en Z.\*\*\*, y no pudiendo las modestas rentas de la viuda cubrir tantos gastos, resultaban forzadas economías interiores, que inspiraban á la impaciente Marica, coplas como la que poco antes entonaba.

—Y todavía...prosiguió Marica, se ha de volver atrás siete veces; porque la señara que ría que le pidiése á usted 'emprestá no sé qué cosa, y la señorita decía:—¡Prefiero no ir!.....

¡ni el santolio le pido yo á Teresa!...

Morica contaba todo esto irritada, remedando la voz algo chillona de Pepita, y concluyó diciendo:

—No le empreste vd. naá, señorita... ¡Ande que se ponga el morrión de carabinero!...

—¿Pero qué quería que yo le prestase?— preguntó Teresa.

—Pues no lo sé... Creo que era un peinecillo de corales...

—¡Ah, ya!—exclamó Teresa.

Y como asaltada de una idea repentina, se dirigió vivamente á su cuarto. Miróla entrar Marica muy enfadada, y meneando la cabeza se alejó refunfuñando

¡Tonta la madre,  
Tonta la hija,  
Tonta la manta  
Que las cobija!...

—Ahora va la pajuata esta, y le da lo que quiera... ¡Como no le dieran un cañazo en mitad de la frente!...

Mientras tanto había abierto Teresa un cajón alto de una cómoda de caoba, y sacado un gran estuche de piel de Rusia, envuelto cuidadosamente en papeles de seda. Sobre un fondo de terciopelo blanco, destacábase dentro un magnífico aderezo de corales rosa, de gran valor artístico por estar raramente trabajado con el primor y la paciencia que para labrar el marfil emplean los chinos.

Teresa colocó el estuche abierto sobre la cómoda y estuvo contemplándolo largo rato, con la cabeza apoyada en ambas manos; poco á poco fué hinchando su pecho, un sollozo se escapó de sus labios, y unas tras de otras vinieron muchas lágrimas á humedecer el terciopelo del estuche... Aquel aderezo había sido de su madre; ¡era el único recuerdo que de ella le quedaba?

Pareció al fin la muchacha tomar un partido, y en encogiéndose de hombros, dijo entre dientes:

—También el estuche era suyo.

Colocó después en una gran caja de cartón las numerosas piezas del aderezo, descansando primorosamente sobre algodones de pella y volvió á guardar el estuche vacío, besándolo antes en una rosadura que sobre la tapa tenía, y en el botoncito de metal un poco torcido que empujaba el resorte... La pobre niña creía besar allí las huellas de las manos de su madre.

Fuése luego en busca de doña Angustias, llevando la caja de cartón consigo, y la encontró sola en su aposento, cosiendo apresurada, mente unos lazos de terciopelo rosa en los zapatos de raso blanco, no del todo diminutos, que había de ponerse aquella noche Pepita. Miróla la viuda por encima de las gafas, sin decir palabra, y quiso hacer un gesto que solo á medias le salió enfadado. Animada con esto Teresa, sentóse en una sillita baja, casi á los piés de su tía, y la dijo suavemente:

—Me ha dicho Marica, que Pepita va á po-

nerse esta noche su traje rosa ...

—¿Y qué?—contestó doña Angustias con puros todavía de inexorable.

—Pues nada—replicó Teresa bajando humildemente la cabeza. Se me ha ocurrido que con ese traje, vendría muy bien mi aderezo de corales.

Y al decir esto Teresa, destapaba con mano temblorosa la caja de cartón, dejando al descubierto las preciosas joyas. Doña Angustias se quedó con la boca abierta y el zapato en la mano, mirando alternativamente, ora á Teresa, ora á la caja que le presentaba.

—Yo había pensado,—prosiguió Teresa con la voz ligeramente alterada, regalárselo para el día de su santo... Pero si quiere vd. dárselo desde ahora, podrá lucirlo esta noche....

Doña Angustias se quitó las gafas, agitó por tres veces el zapato en que tenía metida la mano á guisa de guante, y repitió á compás y en tres tonos distintos que expresaban el pavor, la satisfacción y el enternecimiento, su muletilla acostumbrada,

—¡Mujer!... ¡Mujer!... ¡Mujer!...

Y no ocurriéndole luego otra cosa que decir, dió un zapatazo en el hombro á Teresa, y se echó á llorar enternecida. Esta lloraba y reía al mismo tiempo presentándole la caja.

—¡Como eres tan tercal—dijo al fin la viuda.

—¿Y qué quiere vd?—contestó Teresa con mansedumbre. Harto siento luego causarle á vd. estos disgustos...

—¿Disgustos tú?... Tú á mí, hija mia?—ex-

clamó doña Angustias abrazándola tiernamente.

Y queriendo enjugarle las lágrimas con la mano en que tenía el zapato, ó poco más le salta un ojo. Teresa quiso en fin poner término á aquella escena, y dejando la caja sobre la mesa de costura de doña Angustias, dijo marchándose:

—Con que ud. se la dará á Pepita...—¿No es verdad tía?... .

—¡No, no!—gritó con viveza doña Angustias. Yo no puedo permitir eso.... Prestado para esta noche bueno; porque así como así, rabiaba la niña por pedirte y no quería.... ¡Cómo ha de ser! también tiene ella su geniecito..... Pero para regalo es mucho, hija mia, y no quiero.....

—¡Bueno! ¡Bueno!.....; Ya hablaremos de eso!—exclamó Teresa eehando á correr, contenta y satisfecha de sí misma, al ver realizado su proyecto de captarse la voluntad de doña Angustias, para hacerle más tarde la petición que deseaba. Y no acordándose siquiera, con ese noble desinterés de las almas generosas, del costoso sacrificio que para ello se imponía, decíase llena de gozo:

—¡Gracias á Dios!..... ¡Qué contenta se pondrá mañana la pobre Rosita Piñal!

Doña Angustias se apresuró á entrar en el tocador de Pepita con la caja abierta en la mano, y llena de satisfacción y enternecida todavía, dijo á su hija:

—¡Mira!... ¡Mira lo que te regala Teresa!

Pepita disimuló el vivo movimiento de vanidosa alegría que le causaba, y miró desdeñosamente la caja.

—¡Qué niña esa!—exclamaba doña Angustias entusiasmada. ¡Qué corazón el suyo!..... ¡Más humilde que la tierra!.....

—¡Vaya una hazaña!—replicó Pepita con la superioridad despreciativa con que trataba siempre á su madre. Bien podía haber hecho el regalo de manera mas decente....

—¡Pero mujer!.....

—¿Pues no ves que le falta el estuche?..... Sino que eres tonta de capirote.....

—¡Mujer!

—Y no ves más allá de tus narices....¿Pues no conoces que á Teresa le han entrado ahora ganas de ir al baile y quiere congraciarse conmigo?..... Pero yo le aseguro que no irá..... ¡capaz soy de quedarme sólo porque ella no vaya, y darle firme en la cabeza!

A esto se redujo todo el agradecimiento de Pepita: á la hora de comer dignóse dirigir á su prima una media sonrisa, y se levantó de la mesa antes de terminada la comida, porque la peinadora llegaba presurosa, y era preciso no perder tiempo. Teresa aprovechó tan buena coyuntura para hacer su recomendación á la bienaventurada doña Angustias, y ésta se presentó a ella gustosísima, pidiéndole apuntados en un papelito, todos los datos que para la resurrección de Rosita Piña eran necesarios; la amistad de la Condesa y doña Angustias era íntima y antigua, y todo hacia esperar á Tere-

za un pronto y feliz desenlace.

Comenzaron las idas y venidas que la *toilette* de Pepita requería, y por dos horas largas anduvo revuelta toda la casa. Desprendióse Pepita al cabo de ellas, como la mariposa del capullo, de los mil cachivaches del tocador que la rodeaban y apareció á los fascinados ojos de Marica y doña Angustias, en todo el esplendor de su tocado. Era todo su traje un vaporoso conjunto de gasas y crespones blancos y rosa, hábilmente dispuestos, que presentaban los suaves matices rosados de una nube de la tarde: de ella arrancaba el busto de Pepita, que no era ciertamente una belleza, pero aparecía realzado entonces por la doble aureola de la frescura de la juventud y los recursos del arte. Destacábase un gusto exquisito, entre sus bucles, de un rubio ceniciento, una delicadísima peineta de coral rosa, y el resto del aderezo aparecía esparcido aquí y allá, como toques más oscuros de aquel color rosado que tanto encanto prestaba á tan vaporoso traje. Doña Angustias había dado dos pasos atrás, contemplándola extasiada, y corrió en busca de Teresa para que pudiera también admirarla.

Aplacada la deidad con el incienso que ante ella quemaban, dejóse admirar por su prima con una sonrisa bondadosa, evaporación sin duda de su vanidad que rebosaba. Cojió en su obsequio un abanico, perteneciente también al aderezo con varillas de coral y país de plumas blancas, y abanicándose suavemente en lánguida postura, preguntó á su prima:

—¿Que te parece!.....

Teresa la contempló un momento con admiración sincera, y exclamó con entusiasmo:

—¡Muy bien, primita!.....¡Presiosa!.....

Y preciosa realmente estaba la niña..... Nadie hubiera creído que aquella figura tan languida, tan ideal, tan vaporosa, se había zampado aquella mañana tres chuletas de carnero y dos pares de huevos fritos.

Faltaba, sin embargo, todavía el remate del artístico peinado; veíanse aun sobre la frente de Pepita los dos grandes papillotes, y era necesario soltarlos a última hora después de amoldarlos en las tenacillas, para formar dos graciosos ricitos que constituían la imprescindible moda de entonces. Llena de satisfacción Teresa y rebotando buen deseo, ofrecióse espontáneamente a desempeñar tan arduo cometido; más la diosa rechazando con severa dignidad sus cariñosas ofertas, contestó que con Marica le bastaba.

Retiróse, pues, Teresa, viendo desairados sus buenos oficios, y doña Angustias se marchó también a despachar su *toilette*, siempre abreviada, porque era la viuda de esas mamás que ahorrando en sus personas lo que desahorran sus hijas, se presentan siempre junto al lujo de éstas, algún tanto pinajientas; tipo bastante común entre las elegantes de medio pelo.

Restablecióse al fin la calma por tanto tiempo interrumpida, y oyóse distintamente a la campanada de las nueve, detenerse a la puerta del simón que había de llevar a la madre y a

la hija a la casa de la Condesa. A poco, un espantoso alarido, aun más terrible en el silencio, resonó por todos los ámbitos de la casa....

Teresa se levantó despavorida y corrió al cuarto de su prima; al mismo tiempo se entraba doña Angustias a medio vestir por la otra puerta.....El cuadro era terrible: Pepita sentada ante el tocador, medio caída contra la pared, lanzaba agudos chillidos; de pié a su lado, Marica, pálida de espanto miraba estúpidamente las caldeadas tenacillas de rizar que tenía en la mano, en cuya punta se descubría un rubio ricito. Un fuerte olor a pelo chamuscado, invadía todo el aposento.

Doña Angustias y Teresa se lanzaron a Pepita, creyéndola gravemente herida: ni la menor rozadura tenía en la frente. Distráida Marica mirando la linda peineta de corales, había apretado tanto el papillote entre las tenazas caldeadas, que el ricito quedó chamuscado y arrancado por completo. Las consecuencias eran fatales, y harto pronto las comprendió Pepita.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!—chillaba como si la matasen.

—¡No te apures hija!—gritaba doña Angustias, que todo podrá arreglarse.

Y en vano procuraban arreglarlo: la frente aparecía calva por un lado, y colgaba por el otro un largo mechón, escapado del papillote que había sobrevivido al desastre.

—¡Imposible!.....¡Imposible!—gritaba Pepi-

ta.—¡Si estoy horrible!.....¡Si estoy hecha un adefesio!.....

—¡Tranquilízate, mujer!— le decía Teresa. En vez de dos rizos ¡te pones uno, y queda todo arreglado!.....

Pepita cogió esperanzada esta idea, que sobre ser un recurso de su originalidad, y en un segundo enroscó á Teresa en su dedo el mechón sobrante, y formó á Pepita un rizo solo en mitad de la frente. Contempló un momento su obra en el espejo, y casi estuvo á pique de reirse.....El rizo se destacaba redondo, abierto como el ojo de un ciclope, espantado como debió estar el del gigante Polyfemo, al ver que le amenazaba la aguda estaca de Ulises.

—¡Qué irrisión!.... Qué disfraz!— chilló Pepita arañándose la cara.

Y perdida ya toda esperanza, un ataque repentino de nervios vino á deshacer la nube de gasas, no en lluvia, sino en jirones, dando á Teresa el sentimiento de ver rodar por el suelo las sacrificadas jollas de su madre. Lleváronla á la cama y sosegóse un poquito, á eso de las once: entonces pidió encarecidamente á su madre que plantase aquella misma noche en la calle á Marica causa involuntaria de la espantosa catástrofe. Esto pareció aliviarla mucho.

Media hora despues, salía Marica con el lío de su ropa debajo del brazo, no sin tener antes la satisfacción de decir á doña Angustias:

—Mire vd. señora, la verdad en su lugar....

Sin querer lo hice; pero no me pesa ... Lo que siento es que no le cogí tambien las narices con las tenacillas y se las dejo rizás pa toda la vida!.....

## VI.

No anduvo tacaño Morfeo con la señorita de Ordoñez, y después que hubo ésta llorado, rabiado y pateado su desgracia hasta muy entrada la noche, dejóla dormir tranquila y en un solo sueño, hasta las diez de la mañana. Púsole entonces un reflejo del sol que espléndidamente brillaba, y abrió Pepita el derecho: quiso abrir tambien el izquierdo, y una lijera molestia le impidió abrirlo del todo. Acudió asustada al espejo, y la hinchazón de su rozado párpado vino á enunciarle, que un gordo y feroz orzuelo, se le entraba por la puerta, es decir, por el ojo, sin pedirle antes permiso: los lloriqueos y restregones de la noche anterior, comenzaban á producir sus resultados.

Terrible era aquel despertar, y muy acerta-

damente pensó Pepita, que muchos se hubieran ahorcado por menos causa: no queriendo, sin embargo, desollar su blanco cuello de cisne, limitóse á darse á todos los diablos, decidiendo ponerse gravemente enferma durante los periodos de desarrollo, apogeo y descanso del importuno divieso. Temerario era entrar en la batalla con Pepito, llevando los dardos de sus ojos embotados, y no era tampoco decoroso presentarse en público, con un lucero en un ojo y un candil con pantalla en el otro.

La *toilette* de Pepita no fué aquella mañana como la de la víspera, cuidadosa ni prolija: vistióse una bata de tartán nueva, pero sucia; prendióse con un alfiler en el pecho un pañolillo escocés, harto estropeado; metió con horrible cinismo los piés en unas panzudas babuchas de orillo con pieles de conejo, y dejóse con descaro inaudito el moño sin peinar en lo alto de la cabeza, y el mechón sobrante colgando lácio sobre la frente, junto al sitio devastado de su malogrado compañero.

Pepita no esperaba aquel día á nadie, y no era tampoco de esas mujeres, que el instinto de lo bello y lo elegante, hace siempre y á todas horas primorosas y aseadas: era sólo vanidosa y presumida, y cuando no contaba con despertar la envidia y excitar la admiración, llevábala la indolencia hasta el desaseo: fenómeno más frecuente de lo que se cree, en muchas de esas señoritas que aparecen en teatros y saraos vestidas como por mano de hadas.

Teresa habia ido muy demañana á la Comu-

nión de las Hijas de Maria, con Rosita Piña que vino á buscarla, doña Angustias andaba muy afanada por la casa, empeñada en civilizar á una feroz *roteña* (1) que llamada á toda prisa habia venido á sustituir á Marica, y Pepita, para descansar sin duda de haber dormido hasta las diez, tendióse en un sofá del gabinete bajo, y púsose á devorar un novelón romántico, en cinco tomos, de esos que se venden á cuatro cuartos la entrega. Gustaba mucho Pepita de este género de literatura y sacaba de ella—como otras tantas lectoras—fantásticos sueños siempre, y principios prácticos á veces.

Llamábase la novela *La tumba de Olimpia*, y Pepita seguía con avidez, siempre creciente, las aventuras del héroe Arturo, mancebo huérfano, poeta silvestre, una especie de Ossian con zamarra, de tan rara abstinencia, que superaba la de aquel de quien se escribió este dístico:

Es su almuerzo muy sencillo:  
Dos higos y un panecillo.

Arturo robaba á la heroína Olimpia de la cabaña paterna, rompiendo antes un hueso, con previsión prudentísima, al padre tirano que no tuvo á tiempo la de quebrar á su sensible hija aquella pierna de la mujer honrada que indica el proverbio.

(1) Natural de Rota, pueblecito de la provincia de Cádiz, situado entre Sanlúcar y el Puerto de Santa María.

Conducíale luego á un castillo feudal que encontraba al paso detrás de una mata, y allí resultaba que Olimpia no era hija de su padre, ni Arturo nieto de su abuelo; que otro padre y otro abuelo caían, como quien dice del techo; y el otro padre de Olimpia aparecía derrepente con el hueso fracturado ya compuesto; que Arturo huía por el balcón; que Olimpia caía desmayada y cuando volvía en sí estaba muerta. Desengañado con todo esto Arturo se marchaba á Palencia, y allí debe de andar todavía, pues según el autor, un amigo desconocido lo colocó de sereno.

Teresa ha leído el título de la novela, visto la lámina de la portada y dado de la obra este juicio crítico:

—Me parece que esta *Olimpia* debía de llamarse *O sucia*.

Pepita, sin embargo, gemía con la heroína y lloraba con el héroe, lo cual le era entonces fácil, porque el orzuelo le escocía bastante: eran ya las tres, y aun no había levantado cabeza del libro. Absorta en su lectura no vio cruzar por la ventana de su gabinete que daba á la calle, una preciosa berlina, tirada por corpulenta yegua anglo-normanda, que vino á detenerse en la puerta misma de la casa:

Era el gabinete en que se hallaba Pepita una pieza aislada, sin más salida que la puerta que daba al patio y en él solía recibir la viuda sus visitas de confianza. Sonó la campanilla del portal al mismo tiempo que, aterrada Olimpia, veía aparecer por la gótica puerta de su

estancia una mano disforme sosteniendo una cabeza ensangrentada... De quien era aquella mano?... ¿De quien era aquella cabeza?... Y como si un prodigio se encargase de dar respuesta á estas preguntas que ansiosa le hacía Pepita, vió ésta entreabrirse á deshora la puerta del gabinete para dar paso á otra negra mano que sostenía un estropajo y á otra cabeza desgreñada que la miraba sonriendo, como quien encuentra lo que busca. Abrióse al cabo toda la puerta y apareció la záfia roteña, sucesora de Marica, diciendo á alguien que en el patio había:

—¿Lo vé vd como estabá dentro?... Sí toítita la mañana ha estao en el *cama-piés*, apriende que apriende...

Oyóse entonces un crujir de sedas y—; suerte fatal!—Pepita hubiera querido desmayarse como Olimpia para volver en sí despues de muerta..... Delante tenía á Mercedes Pineda, su elegante amiga, detrás de ella á Pepito el Condesito diplomático con el sombrero de copa en la aguantada mano, atildado, elegante, correcto, como un lord en Windsor Palace. Detrás de ellos, como sombra del cuadro, aparecía la roteña con el estropajo en la mano y la boca abierta, mirando estúpidamente á la aristocrática pareja.

Hay situaciones que no pueden describirse, y la situación de Pepita en aquel momento era una de estas. Pepito y Mercedes la comprendieron y ésta, que era discreta, apuróse á sacar á Pepita del apuro, abrazándola cariñosa-

mente diciendo:

—Pero mujer,—¿que es esto?...¿Que chasco nos has dado anoche?...

—¡Un costipado atrozo!...hija, ¡atrozo! ¡atrozo!.. —exclamaba Pepita llevándose la mano á la garganta realmente seca y procurando sacar de las profundidades de su pecho una toz cavernosa.

—Por eso me encuentran ustedes así..... hecha una facha..... Cree que estoy muy mala..... Me acabo de levantar..... Y por añadidura un orzuelo..... Hija, dispensa.... Esa mujer no tiene sentido comun... podía haber avisado.

Y viendo á la roteña que seguía absorta ante las galas de Mercedes, como los indios de México ante los reos de Hernán Cortés, le gritó sin poder disimular su ira.

—¿Pero que hace vd. ahí parada como un poste?... Avise á la señora que está aquí el señor Conde de Pineda y su hermana.

La roteña se dió una palmada en el muslo con pastoril sencillez, y exclamó con la ingenuidad idílica de las calabazas de Rota.

—¿Lo ve vd?... ¿Lo ve vd?..... En cuanto lo vi lo dije..... Condeses ó Marqueses ú cosa así son esos.....

—¡Jesús, mujer, vayáse vd!..... ¡Hija, dispensa! —exclamaba Pepita ahogándose de bochorno y de coraje..... Esa es un cafre..... Estamos sin criados..... Todos se han ido..... Y yo tan mala.... Pero Pepito: siéntese vd....

suelte vd. el sombrero.... Jesús, ¡que vergüenza!.... encontrarme en esta facha!.....

—Y de su ojito hinchado se escapaba un oblicuo rayito de ternura, que pretendía herir mortalmente al Condesito. Era éste en verdad un guapísimo muchacho, de mediana estatura, barba rizada y finísima, un poco roja, rasgados ojos azules, que miraban siempre perspicaces y burlones: brillaba en toda se persona ese empaque naturalmente aristocrático, tan difícil de imitar, que nada tiene de altivo y sí á veces de impertinente, propio de la mayor parte de los jóvenes nacidos y educados en altas esferas. Su hablar era lento, algo meloso y no poco extranjerizado. Era, por otra parte mozo de talento, de gran porvenir, amaba con pasión á su madre y á su hermana, y harto ya, con ser tan joven, de la ruidosa vida de las grandes capitales, prefería y buscaba los tranquilos goces de la familia: era hombre más conocedor del mundo de lo que de su edad pudiera esperarse; y poseía el inapreciable don, tan raro entre los jóvenes, de saber distinguir lo que vale de lo que reluce.

Comenzaron los dos hermanos á ponderar á Pepita el grande sentimiento que su ausencia del baile les había causado, y esta contestaba á sus cumplidos con forzadas risitas, que no eran en esta vez evaporaciones de la vanidad halagada, sino muecas de la vanidad herida: preocupábala mucho un descomunal descocado que tenía en el codo de una manga y procuraba ocultar cuidadosamente bajo el paño-

lón, y con igual empeño escondía bajo el vestido las pantuflas de pellejo de conejo, capaces por sí solas de apagar toda llama de amor en el corazón más inflamable.

Bajo al cabo doña Angustias, repitiéronse los cumplidos y las excusas, y después de media hora de esa charla insustancial, propia de las visitas ociosas, dijo de repente Pepita, fingiendo recordar en aquel momento lo que hacía veinte y cuatro horas estaba pensando.

—Y todo á esto, no me has dicho quién me ha tocado de compadre.....

Los dos hermanos cruzaron entre sí una rápida mirada; Mercedes dejó escapar esa tosecilla, prólogo obligado de todo aquel á quien embaraza una respuesta, y Pepito se puso á golpear con la contera del bastón las puntas de sus botas, con cierta risita guasona. Pepita comenzó á alarmarse, y repitió la pregunta:

—Yo quería que él mismo te diese la sorpresa—dijo al cabo Mercedes,

—¡Ay no, no!... Dimelo tú, tornó á decir Pepita.

—A ver si lo aciertas.....

—Dame alguna seña.....

—Uno que te quiere mucho....

—¡Jesus!—dijo Pepita; y flechó al condesito las miradas de su ojo y medio.

—Y suspira siempre por tí.....

—¡Hay que empalago!... No me gustan más suspiros que los de canela.....

—Ni con un candil hubieras encontrado compadre tan agusto, hija.....

—¿A gusto mío?.....

—No diré yo tanto... Suyo al menos...

—¿Pero quien es?.....

Mercedes volvió á toser, el Condesito se echó á reir y la puerta se abrió en aquel momento para dar paso á la roteña, que asomó la cabeza diciendo:

—Aquí está otro.....

—¿Pero quién es?—preguntó impaciente doña Angustias.

—Don Recaredo Conejo.

—¡Tu compadre!—dijo Mercedes sin poder contener la risa.

A Pepita le pareció que se caía de una torre abajo con todas sus ilusiones y solo tuvo fuerzas para murmurar—¡qué horror!—al mismo tiempo que satisfecho, sonriente, erguida la pelada cabeza, entraba en el gabinete D. Recaredo.



VII

Para la mejor inteligencia de las escenas que siguen en esta tan sencilla como verdade-

una ligera idea del modo de echar las cédulas ra historia, parécenos oportuno dar al lector de compadres, tal como había tenido efecto la noche anterior en casa de la Condesa de Pineda.

Esta costumbre, tan general en Andalucía el penúltimo jueves antes de Carnaval, no es á nuestro juicio sino una añeja reminiscencia de los antiguos *estrechos*—nombre conservado aún en algunas provincias—que se celebraban antes el día de Reyes. En la corte de D. Martín rey de Aragón, se encuentra ya esta usanza, que estuvo muy en boga en los reinados de D. Felipe III y IV, en que Lope de Vega, Moreto, Cervantes, Calderón, Góngora, y sobre todo el mordaz Quevedo, compusieron graciosos *montes de estrechos*, de los cuales se conservan algunos en la Biblioteca Nacional.

Dos métodos suelen usarse para sacar los estrechos: tómanse una porción de cintas del mismo color, iguales el número al de parejas de compadres. Atanse estas cintas por la mitad con un pañuelo y se reparten los cabos de un lado entre las señoras y entre los caballeros los del otro. Desatado el pañuelo á una señal convenida, queda cada cinta uniendo y un caballero y á una señora, y establece entre ellos el título de compadrazgo, siendo obligación del compadre regalar á la comadre el objeto indicado en un mote ó versillo, sacado también á la suerte.

Más lento, y á pesar de todo más general es el método de las cédulas: escríbense los

nombres de los caballeros y señoras en pequeñas cédulitas arrolladas, y vánse sacando alternativamente de dos cestitos en que se colocan. Pasan luego las parejas recogiendo las cédulitas que indica el regalo, y báilase luego el *rigodon de compadres*, en que cada uno de éstos, tiene por pareja á la comadre que la suerte le ha designado.

Habiase hecho de este modo en casa de la Condesa de Pineda, y la suerte fatal burlóse de Pepita, deparándole por compadre, en vez del Condesito, al insigne vate D. Recaredo Conejo. Nuestros lectores habituales le han conocido ya en los salones de la Condesa viuda de Santa María (1): de entonces acá en nada había variado, á pesar de haber cumplido los cincuenta y cinco años. Ostentaba siempre la misma cara placentera, las mismas patillitas grises, los mismos juanetes en los piés, los mismos sabañones en las manos. Siempre la misma obicuidad maravillosa en los círculos de la juventud aristocrática que le franqueaban la protección y la confianza de la Santa María. Siempre la misma pluma, que así anotaba partidas de sal y tabaco en la modesta oficina, como escribía idilios y elegías, madrigales y sonetos á centenares de Filis y millares de Zaidas. Siempre el lujo erudito, el mismo desbordamiento del *Diccionario de la conversación*, mina de su saber, arsenal de su Musa, jardín de sus deleites y panacea de sus do-

[1] Personajes todos, que figuran en otra novela del autor titulada "La Gorriona."

lores. Siempre la misma suma cortesía ofi-  
nesca, la misma galantería comedida y hones-  
ta de los héroes de Calderón y Moreto, para  
quienes la cualidad de señora era sinónimo  
de cualidad de reina. Siempre, en fin, las mis-  
mas castas y platónicas ansias de ofrecer su  
corazón á todas las bellas, buscando una Lau-  
ra como Patrarca, una Reatrice como Dante,  
una Eleonora como el Tasso, sin haber encon-  
trado aun al cabo de cincuenta años, no ya  
una Badda para lo que tenía de Recaredo, pero  
ni siquiera una Coneja para lo que tenía de  
Conejo!....

Los dioses, sin embargo, comenzaban á ser-  
le propicios: Cupido y el Destino, el ciego *Fu-*  
*tum*, que dijeron los antiguos, hijo del Cáos y  
de la Noche, habíanse aliado la anterior en  
casa de la Condesa de Pineda para hacerle sa-  
lir de compadre con Pepita Ordoñez, beldad  
por quien más de una vez se había perfumado  
las patillas y ungido la extensa calvicie con  
relumbrante clara de huevo.

Corría, sin embargo, el rumor de que no era  
la clemente benevolencia de aquellas deida-  
des, sino la tramposa malevolencia de algunos  
humanos, la que había proporcionado á D.  
Recaredo aquella satisfacción á trueque de  
jugar á Pepita aquella mala pasada. Era sin  
embargo cierto, que si trampa hubo en la ex-  
tracción de las cédulas, habían ignorado has-  
ta despues de hecha Mercedes y su hermano,  
y apresuráronse luego á visitar á Pepita para  
paliar en lo posible el berrenchin que su com-

padrazgo con el vate había de causarle.

Entró, pues, D. Recaredo en alas de sus es-  
peranzas, vestido con particular esmero, pan-  
talón y guantes claros, entallada levita negro,  
con botoncito azul y blanco en el ojal, símbo-  
lo de la cruz de Carlos III con que la restau-  
ración había premiado días antes sus veintitres  
años de servicios en las oficinas de Rentas Es-  
tancadas. Traía en la mano una magnífica ca-  
melia roja, en cuyo centro había arrollado  
cuidadosamente las dos cédulas del compa-  
drazgo.

Saludó reverente á doña Angustias, placentero á Mercedes, amistoso al Condesito, y cuadrándose ante Pepita con una mano sobre el pecho, presentóle con la otra la hermosa flor, diciendo:

—Permítame vd., bella Pepita, que con permiso de su señora madre, mi venerada doña Angustias, le ofrezca en esta flor el destino de los hados....

Mercedes y Pepito reían á carcajadas sin ningún disimulo, y Pepita furiosa con los hados que tan mala partida le jugaban, le pegó con ellos diciendo:

—Mire vd., D. Recaredo..... Deje á los hados quietos en su casa, que ya podían haber sido conmigo más benignos.

—Conmigo no, Pepita bella, y por eso las gracias reverente...

—¡Pues ya las merecen!.... ¡Una comadre tuerta!...

—¿Tuerta?— < epitió D. Recaredo.

Y reparando en el ojo hinchado de Pepita, que disparaba contra él un rayo de mal disimulada ira, añadió cándidamente:

—¡Calla!... ¡Pues es verdad!... Es decir se corrigió aterrado de su descortés franqueza, es verdad... que sobraba un sol en ese cielo y por eso se ha eclipsado uno... Que si de tuertos hablamos—prosiguió despeñándose en el abismo de su erudición—tuerto era el insigne caudillo Annibal y tuerta también la princesa de Eboli, la dama más hermosa de su tiempo... Por cierto que lo disimulaba con un bucle de sus cabellos, que dejaba caer sobre el ojo averiado...

—Dispense vd., D. Recaredo—le interrumpió el Condesito. Mil veces he visto en Madrid, en casa de Pastrana, el retrato de la Princesa, su antecesora, y no hay allí rizo ninguno... Lo único que hay es, un parche tamaño como un plato, que le tapa el ojo derecho.

—Me permito dudarle, queridísimo Conde

—Replicó D. Recaredo que tenía más fe en el *Diccionario de la conversación*, donde había encontrado este dato, que en la infalibilidad misma de la Iglesia... Pero á pesar de todo; vaya que sea... Tuerto era también el infante D. Juan; tuerto el moro Muza...

—¡D. Recaredo, por Dios!—exclamó Mercedes. Acaba vd. ya con el catálogo de los tuertos, si ha de venir á comparar á Pepita con el moro Muza.

—Permítame vd. que mencione á Camoens...

Nada más que al dulcísimo Camoens, aquel que cantó;

Aquella captiva  
Que me ten captivo. ....

Y al decir esto, D. Recaredo repartía los papeles de *captivo* y de *captiva*, indicando alternativamente á Pepita é indicándose á sí mismo.

—¡Ojalá y fuera cierto!—exclamó la *captiva* cada vez más irritada. Si yo le tuviera á vd. cautivo, ya le encerraría donde no le diera el aire.

—Enciérreme vd. en su corazón, Pepita bella, y yo le prometo no echar de menos ni el oxígeno ni el nitrógeno.

Pepita iba á protestar contra aquel amoroso análisis químico del aire, más la puerta se abrió en aquel momento para dar paso á la roteña, que mirando á D. Recaredo con cierto aire conspirador que revelaba mútuas inteligencias, preguntó:

—¿Lo entro ya?....

Turbóse un tanto D. Recaredo, y contestó perplejo:

—Sí... no... espera. Bien; entralo....

Y como viese que Mercedes y Pepito le miraban atónitos, doña Angustias pasmada y Pepita con ganas de sacarle los ojos—añadió dirigiéndose á la viuda;

—Mi señora doña Angustias... Digo á vd. lo de Temístocles á Euribiades antes de la batalla de Salamina,—¡Pega, pero escucha!...—Con

fieso que me he excedido, dando órdenes á su leal doméstica; pero no me condene vd. todavía ... Espere un momento...

No fué necesario esperar mucho: tornóse á abrir la puerta de un vigoroso puntapié, y apareció de nuevo la roteña sofocadísima, sosteniendo con ambas manos un enorme ramillete de dulces, que terminaba en una tierna alegoría de azúcar colorada. Una blanca paloma del tamaño de un gorrión grande, hallábase posada sobre una roca de piñonate: al pié yacía sobre un montón de huevo hilado, un diminuto cazador de rubia cabellera, traspasado de parte á parte con una enorme flecha del propio carcaj que á la espalda traía. En una mano levantaba el moribundo Nemrod de azúcar el arco todavía armado, y sostenía en la otra una banderita en que con caracteres dorados se hallaban impresos estos versos que firmaba D. Recaredo:

A MI BELLA COMADRE PEPITA ORDO-  
NEZ.

¿Viste cuando un cazador,  
Con paso lento y constante,  
Sigue la caza adelante  
Con afán y con ardor?...  
Pues en el campo de amor  
Ese cazador yo he sido,

Y no encontrando abatido  
La caza que yo tiré,  
Volví la cara y miré.....  
Que yo solo era el herido!!!

Era aquella torre monumental el regalo de compadre que hacía á Pepita D. Recaredo: la suerte había también decidido que fuese este regalo una paloma, y el galante vate encontró medio de confiar su pasión al mismo tiempo que su dádiva, como medio de hacerla dulce ya que no al corazón, al menos al paladar de la desdeñosa Pepita. Mercedes y su hermano se reían á carcajadas, y se acercaron á la roteña para examinar de cerca aquella obra maestra que había el amor inspirado á la confitura. Pepita creyéndose en ridículo á los ojos del Condesito, sentía vehementísimos impulsos de encasquetar en la pelada cabeza de D. Recaredo, á guisa de casco de Alcibíades, aquella pirámide de piñonates y de merengues. Doña Angustías, pasmada siempre, miraba á unos y miraba á otros, sin saber si reírse con los dos hermanos, ó indignarse con su hija. Mientras tanto D. Recaredo corría presuroso á la leal doméstica, y la ayudaba á colocar el dulce presente sobre un velador pequeño. A un gesto furioso de Pepita retiróse la roteña, chupándose los dedos, pringados todos con el gran cerco de merengues que guarnecía los bordes del plato.

—¡Magnífico!... ¡Delicioso, D. Recaredo! exclamaba Mercedes riendo como una loca, Si

esto recuerda aquello de Fernan Caballero... el regalo de D. Judas Tadeo Barbo á su adorada casta... No le falta más que el letrerito:

Con que le gusté á Casta  
Basta.

—¡Tienes razón!—exclamó Pepita sin poder disimular por más tiempo ni la ira ni el bochorno. Más para que el caso sea igual, falta una cosa.....

—¿Pues qué falta?.....

—Que algún caritativo Pedro de Torres sustituya ese letrero, con aquel otro de que habla también Fernán;

No necesitas, Tadeo,  
Para empalagar á Casta  
Tanto dulce... porque creo  
Que con tu presencia basta...

Fué tan punzante el desdén y tan marcado el encono con que recalcó Pepita el último verso, que el sensible D. Recaredo pensó desmayarse, y asustado Pepito de la tormenta que amenazaba, quiso conjurarla distrayendo al vate,

—Pero D. Recaredo, le dijo:—este artista no ha tenido en cuenta las dimensiones... La paloma es un aveztruz junto al cazador; si éste quisiera montarla, podría correr en ella como los negros somalis en los avestruces... Justamente al pasar ahora por Sajonia, vi en Dresde

una de estas carreras divertidísima.....

—Pues lo que es al retratarlo á vd, ha estado magnánimo—añadió Mercedes con la misma buena intención del Condesito, indicando al mismo cazador, moribundo en su lecho de huevo hilado. Vea vd., le ha puesto una cabellera dorada, que ni la del rey Absalón.

—¿Y qué quiere vd. bella Mercedes?—replicó lastimeramente D. Recaredo. No soy yo ningún Alejandro para mandar que no me retrate en tabla más que Apeles, ni en bronce más que Lisipo, según asegura Plinio... Si el confitero me ha retratado en azúcar, dándome una cabellera que no tengo, Dios le premie la buena obra... ¡Ay! ¡bien veo que no es al amor, sino á la ocasión á la que la pintan calva!...

Y apoyándose en el brazo de Pepito. con el aire de un Abelardo desahuciado, añadió muy quedo, indicando á la esquiva beldad, que llamaba siempre su *dulce tirana*:

¡Y la cruel, á más amor, más gata!... (1)

[1] Lope de Vega.—*La Gatomaquia*.

Otro golpe más rudo esperaba todavía á la vanidosa Pepita en aquella mañana tan fecunda para ella en desiluciones y berrinches. A la anterior algaraza había sucedido uno de esos silencios embarazosos que tienen mucho de cómicos y tan peligrosos son para las personas propensas á la risa. Mercedes, que lo era mucho, y Pepito que no lo era poco, habían vuelto á sus asientos, procurando á duras penas mantenerse serios.

Mortificado D. Recaredo, habíase sentado en el filo de una silla, y limpiaba los cristales de sus lentes, con un pañuelo perfumado con agua de Colonia, repasando en la memoria, para consolarse, la disertación que había preparado sobre los estrechos, y las diversas etimologías de la palabra compadre.

Pepita, vuelta casi la espalda al desairado vate procuraba interesar al Condesito desgarrando su pecho, con una tos muy semejante á la que había oído á la última *prima donna*, que destrozó en el teatro de Z\*\* el asqueroso

papel de Violeta Valery. Por su parte doña Angustias, compadecida de la poca airosa situación de D. Recaredo, rompió al fin el silencio preguntándole con su oportunidad de costumbre, si habían quitado ya en la oficina las esteras de invierno.

—No tienen que quitarlas, señora mía—respondió el vate; porque no las ponen en ningún tiempo.

—¡Mujer!—respondió pasmada doña Angustias

Y encontrando D. Recaredo en el pasmo de la señora y el episodio de las esteras, ocasión oportuna para lucir su discurso, endilgó á doña Angustias, á falta de otro auditorio, todo lo que había leído aquella mañana en el *Diccionario de la conversación*, acerca del origen y uso de los *estrechos*, desde el arca de Noé hasta el año corriente de la era cristiana

Mientras tanto, procuraba Pepito distraer con otro de los fines de su visita á la *dulce tirana* de D. Recaredo, preguntándole sencillamente por su prima Teresa.

—¿Teresa?—exclamó Pepita tau extrañada como si le preguntase por la cocinera —¿Pero acaso vd, la conoce?...

—No la conozco—replicó Pepito; pero anoche justamente he salido con ella de compadre...

El golpe fué cruel, y Pepita no pudo disimularlo ... Horrible suerte era para ella salir de comadre con D. Recaredo; pero que Teresa saliese con el Condesito, era cosa que no

podía soportar su susceptibilidad femenina, y su imaginación comenzó á correr como de costumbre en alas de la envidia, viendo ya á Teresa, á la beata Teresa, á la íntima de Rosita Piña, á la amiga de toda la cursilería santurróna, subiendo como para sí misma había sonado ella, de comadre de Pepito á Condesa de Pineda; de embajadora de Berlín, de Londres, en París, en Viena, luciendo por las cortes de Europa *su, su* (de ella, de Pepita) corona de nueve perlas, mientras la reina de salón, la linda, la célebre Pepita Ordoñez, se quedaba en Z\*\* de *empleada* en Rentas Estancadas, con seis mil reales de sueldo, siendo la Laura de aquel Petrarca sin un pelo que tenía delante, siendo para todo el mundo la *Señora de Conejo!!* ¡Ni al mismísimo diablo se le podía ocurrir burla más sangrienta!..... ¡Eignoraba la pobrecilla que eran encubridores de la cruel burla, el mismo Condesito objeto de sus ansias, y la misma Mercedes, su amiga del alma! ¡Fíese vd. de las cosas de este mundo!...

Pepita sintió realmente que de nuevo le amagaba el ataque de nervios. Púsole primero pálida la ira, luego verde la envidia, y fingiendo una carcajada que quería ser espontánea y era solo nerviosa, exclamó atropellando hasta por el reparo natural que debía infundirle la presencia del inofensivo D. Recaredo.

—¿Usted compadre de Teresa?... ¡Jesús!... ¡Ya me consuelo!... Gracias á Dios, que no soy yo la única que queda en ridículo!...

—Y de tal manera esforzaba Pepita sus car-

cajadas, que hasta se olvidó de mantener ocultas bajo el vestido, las cínicas babuchas de pellejo de conejo.

—¡Pero qué ocurrencia, Dios mío!—decía. ¡Compadre de Teresa!... Pues es menester que se presente vd. á ella con estola y con roquete.

—Pero mujer—exclamó Mercedes sorprendida. ¿Qué tienes con Teresa?... Pues es una muchacha guapísima y muy agradable..

—¿Agradable Teresa?—gritó Pepita echando rayos por el ojo sano y centellas por el liciado. Ya quisiera yo que la hubieses oído esplicarse aquí mismo, ayer por la mañana.. No te tocaba á ti chica parte...

—¡A mí?...

—Lo que oyes—replicó Pepita, que sabía bien en dónde apuntaba. Decía que era un escándalo que las Hijas de María fuéramos á tu casa, habiendo comunión á la otra mañana, que todas estabamos en pecado mortal...

—Pues para que veas—la interrumpió muy sentida Mercedes; ni una sola de las Hijas de María que convidé, ha faltado anoche en casa...

—Lo cual indica—según Teresa, que ninguna tiene juicio; que todas están excomulgadas.

—¡Pero, hija!—exclamaba apurada doña Augustias. Si Teresa no ha dicho nada de eso...

—¡Calla, mamá!

—¿Cómo he de callar, si no sabes lo que estás diciendo?... Lo único que decía Teresa era, que no le parecía bien estar hasta la madru-

gada de baile, para ir luego á comulgar por la mañana... Que era preciso optar por una cosa ó por otra, y que aún prescindiendo de lo que ambas son en sí, era más obligatorio en las Hijas de María cumplir su reglamento, que echar las cédulas de compadres...

—¿Pues llámele vd. *hache!*

—Pues le llamo *erre*, que es cosa muy distinta—replicó doña Angustias. ¿No es verdad, D. Recaredo?...

Vióse el vate comprometido, y no queriendo disgustar ni á la madre ni á la hija, tomó por el camino de su erudición diciendo:

—Siempre han sido lo mismo las Hijas de María... Ya en la Edad Media...

—Pero si hablamos de la edad entera, D. Recaredo...

—Pues por eso digo á vd. lo que cierto Obispo á la reina Ana de Austria, madre de Luis XIV—replicó el erudito hallando al fin una respuesta más aguda de lo que el mismo pensaba. Consultábale la reina si era lícito asistir á ciertas comedias de las cuales no perdía ella una, por ser muy aficionada, y el Obispo le contestó:—Señora, hay grandes razones en contra, y un *alto ejemplo* en pro...

—Pues yo creo—dijo pausadamente el Condesito, que había seguido con suma atención la acalorada polémica, que su primita de vd. Teresa, hablaba como un libro; y cierto estoy de que si mi madre hubiera sabido el compromiso en que ponía su convite á todas esas señoritas, hubiese dejado su fiesta para otro día.

¡Oh, lo que es eso de seguro!—exclamó Mercedes. La suerte fué que la papeleta de la comunión llegó tarde á casa, y mamá no la vió siquiera: que si no, nos quedamos sin compadres...

—¿Pero por qué, por qué?—chilló Pepita más rabiosa cuanto más contrariada.

—Por la misma razón—replicó Pepito con igual pausa, que si mañana hubiera un besamanos en Palacio, sería una falta de respeto al Rey, dar una fiesta á la misma hora, que quitase la concurrencia á la que él daba.

Pasmábase Pepita de oír hablar así al Condesito, y con una de esas risitas de dientes á fuera que llaman *del conejo*, le dijo al cabo:

—¡Vamos, vamos!... Ya se conoce que ha estudiado vd. con los Jesuitas.

—Y no me pesa que así sea—replicó muy serio Pepito. Pero tenga vd. en cuenta que al decir lo que digo, hablo sólo de tejas abajo—que si hablara de tejas arriba—declaro mi incompetencia,—pero creo que pudiera decirse mucho más todavía.

—¡Jesús y qué puritano ha vuelto vd. de Bruselas!... Ya veo que no era tan disparatado como yo creía, su compadrazgo de vd. con Teresa...

—Desde que oí cómo pensaba ella, me pareció á mí lo mismo—respondió Pepito; y le aseguró á vd. que tengo ya ganas de conocerla.

—Pues ahí la tiene vd.—replicó vivamente Pepita señalando á la puerta.

Y arrojando al retirarse el traidor dardo

del Parto, añadió con rabiosa burla, pero muy bajo, para que no la oyera doña Angustias.

—Pues mucho cuidado, Pepito... que anda de por medio cierto caballero que llaman Minuto, sacristán de la Parroquia de San Marcos....

Pepito comenzó á sospechar la razón de las malévolas insinuaciones de la Ordoñez, y mirándola un momento con ese justo desdén que inspira á los hombres superiores, la mujer que baja del alto pedestal del decoro, para, como vulgarmente se dice, *meterse por los ojos*, volvióse bauscamente á la puerta.

En ella había aparecido Teresa, y allí se detuvo un momento: su alta estatura y la airosa mantilla que cubriéndole parte del rostro, caía en anchos pliegues por delante, le daba cierta semejanza con la famosa estatua del Pudor (*Pudicitia*) que se admira en Roma, como una de las obras más acabadas del arte antiguo. Detrás de ella asomaba la exigua figura de Rosita Piña, y ambas volvían de la función de las Hijas de María, después de terminado el almuerzo de las viejas y el reparto de los lotes de ropa.

—¡Entra, Teresa, entra!—le dijo cariñosamente doña Angustias. Aquí están Mercedes y su hermano el Conde de Pineda que quiere conocerte... Anoche ha salido contigo de compadre...

Un vivo sonrosado cubrió el rostro de Teresa, realzando su cándida sonrisa como si la hiciera aparecer en el fondo de una rosa. Salu-

dó á todos sin cortedad ni encogimiento, y fué á sentarse al lado de su prima que no se dignó saludarla, ni tampoco á Rosita Piña. D. Recaredo había cedido á ésta cortesmente su asiento, y el Condesito, al otro lado de Teresa, observaba atentamente la modestia de su traje, realzada por ese encanto que presta á la sencillez la elegancia natural, que es con respecto al lujo, lo que el gusto con respecto á las artes.

—¿Sábe vd.—le dijo con una voz suave y cariñosa que hasta entonces nunca le había oído Pepito, que me encuentro en un compromiso?...

—¿Un compromiso?—repitió Teresa.

—Sí, y vd. es la causa de ello...

—¿Yo?...

—Usted misma.... porque á fuer de caballero, tengo que cumplir mis deberes de compadre, regalando á vd. lo que indica esta cédula....

Y Pepito sacaba del guante una cedulita arrollada, mientras Teresa le miraba con cierto candoroso asombro.

—Aquí está indicado el regalo—prosiguió el Condesito; pero es, por decirlo así, un regalo anónimo, y es menester que vd. lo especifique.... Oiga vd. lo que dice...

Y Pepito leyó con mucha pausa la siguiente cuarteta;

¿Qué debe hacer un compadre  
Si es caballero de honor?

Hacer el primer favor  
Que le pida su comadre.

—¿Quiere vd., pues, hacerme á mí uno grandísimo, diciéndome cuál debo yo de hacer á usted para cumplir como buen compadre?...

Cruzó al oír esto Teresa las manos, que asomaban entre los vuelos de las mangas, bellas y correctas como algunas de Van-Dyck y del Ticiano, y exclamó con una sonrisa de gozoso asombro:

—¿Un favor?... ¿Lo oye vd. Rosita?... ¡Un favor!... Si esto parece cosa de milagro!... Pues ya lo creo que se lo pediré!... ¿No es verdad tía Angustias?...

—Sí, por cierto—replicó vivamente la viuda, recordando el encargo que la víspera le había dado Teresa. Anoche mismo llevaba yo la comisión de pedirselo á vd. en su nombre, Pepito.

—Pues esto sí que se llama llegar á tiempo—exclamó éste alegremente sorprendido. Veamos, veamos, cuál es ese favor que me proporciona á mí tanta dicha...

—Si es una cosa muy larga—dijo riendo Teresa.

—Pues á fe que no tenemos prisa.

—Y lo peor es que no estoy yo bien enterada...

—Pues enterese vd. y dígamelo.

—¡No, no, ahora no!—exclamó Teresa que no quería referir delante de auditorio tan peligroso, la ridícula desventura de su amiga.

Primero tengo yo que hablar con Rosita...

—¡Hola, hola!—dijo picarescamente á ésta D. Recaredo. ¿Es vd. la ninfa Egeria de la bella Teresita?.....

—¡No, no, no, señor!... Soy la secretaria de las señoritas del Roperó—exclamó Rosita Piña aturrida y escandalizada al oírse llamar ninfa.

—Lo uno no quita á lo otro—replicó el galante vate; y bien merece Egeria tan prudente un Numa Pompilio tan bello.

—¡Pero señor, qué misterios!—dijo Pepita, Ordoñez prosiguiendo en su sana intención de poner en ridículo á Teresa. ¿Si querrán entre los dos hacerle conseguir á vd. del gobierno que nombren obispo á su amigo Minuto, el sacristán de San Marcos?...

—¡Jesus, qué ocurrencia!—exclamó riendo Teresa. ¿Que cosas tienes!... No le haga vd. caso... El favor que tengo que pedirle, se lo dirá á vd. esta señora—añadió indicando á Rosita. Yo se lo ruego á vd. encarecidamente.

Pepito se volvió hacia la difunta oficial cuya resurrección le confiaban, é inclinándose ante ella como hubiera podido hacer ante la dama más empingorotada de la corte, le dijo:

—Ya tendré el gusto de ponerme á sus órdenes.

Y sin insistir más, varió la conversación, preguntando á Teresa por la fiesta de las Hijas de María.... ¡Oh, todo había estado brillantísimo! ¡Qué función tan hermosa aquella!... Ganas de llorar daba ver aquellas pobres viejecitas, arrastrándose hasta el comul-

gatorio cuajado de luces, sembrado de flores, envuelto en las perfumadas nubes del incienso como si la Majestad divina quisiese desplegar toda su pompa, para probar á aquellos infelices con cuanta verdad dijo que los últimos son los primeros, que todo el que á él llega es recibido, que toda tribulación encuentra en él descanso, paz, consuelo...

Y en el almuerzo, ¡cuánto había gozado luego Teresa! Porque á ella le gustaban mucho los viejos; parecíanle como seres de otro mundo, que llevan ya en la frente un destello de la inmortalidad. Esto le parecían á ella las canas; un rayito de la luz del cielo, que comunica á la cabellera del anciano los reflejos de la palta..... ¡Y que contentas estaban las viejecitas! habían almorzado arroz con almejas y luego bacalao en blanco y de postre torrijas y café con leche. Una de ellas se empeñó en hacer probar á Teresa el arroz en su propia cuchara. ¡Qué risa entonces! A ella le daba un poco de asco; pero lo tomó sin titubear, por no disgustar á la pobrecita. ¡Cuesta tan poco hacer feliz á un humilde y queda luego en el corazón una dicha tan grande, tan dulce, tan santa!..... Sólo un contratiempo hubo en toda la fiesta: a una vieja octogenaria le dió un accidente, ¡Y qué susto se llevó Teresa!... Estaba ella junto á la anciana y pudo recibirla en sus brazos: media hora larga se estuvo quietita, quietita, sosteniendo sobre su seno aquella cabeza decrepita, sin moverse, sin respirar apenas por miedo de molestarla, pidiendo á la

Virgen Santísima que no se muriera aquella pobrecita, que tenía unos nietos tan chiquitos, tan monos, tan pobres.....Y la verdad, la verdad, que también le daba á ella un poquillo de miedo de que se le quedase muerta encima, así de pronto, de pronto....

El Condecito escuchaba á Teresa embelesado, con esa especie de ternura cariñosa con que se oye la ingénua charla de un niño.....De repente vino á sacarlo de su arrobamiento un chillido agudo, uno de esos chillidos que solo dá la mujer cuando la matan ó cuando cruza un ratón rápidamente la estancia, meneando á compás el largo rabito.

Espantáronse todos; D. Recaredo dió un salto espontáneo como para echar á correr, y echó luego mano á la caja de las gafas, como hubiera podido empuñar un revólver. Pepita, echada hacia atrás en la silla, recojidos casi los pies en el asiento, apuntaba con un dedo á Teresa diciendo:

¡Allí! ¡allí!.....¡En la mantilla!....

—¿Qué?...exclamaron todos.

—¡Un piojo!...

Creció el espanto. Asustada también Teresa, comenzó á sacudirse la mantilla.

—¡No, no!—gritaba Pepita ¡que lo vas á tirar!... ¡Estate quieta!...

Abochornada entonces la muchacha, paseó en torno una mirada angustiada, como pidiendo auxilio. Nadie se lo prestaba y ella sentía crecer en su imaginación, hasta tomar las proporciones de un cocodrilo, al asqueroso insecto.

to que sin duda le había dejado allí la anciana desmayada. Acercóse entonces el Condesito, y con la punta de sus enguantados dedos, cogió al feísimo bicho en los encajes mismos de la mantilla.

—¡Que se va á escapar:—gritaba Pepita. ¡No lo tire V. dentro!... ¡Tírelo á la calle!...

—¿A la calle?—dijo con mucha paz el Condesito. ¿Así cree V. que tire yo las perlas?...

Y sacando con gran sosiego su cartera de piel de Rusia, le arrancó una hoja, lió en ella al piojo y se lo guardó tranquilamente en el bolsillo.

—¡Jesus, qué extravagancia!—exclamó Pepita estupefacta. ¡Tal para cual!.. La comadre recoge sus reliquias de sus adoradas viejas y el compadre las va coleccionando..... Cuando vaya V. á Inglaterra, quizá algún lord excéntrico le compre la colección.

—No cambiaría yo este ejemplar, ni por el mismo palacio de Windsor—contestó Pepita.

—Pues si va V. allí de embajador—dijo Pepita con rabiosa malicia; bien puede llevar de embajadora á su comadre.....No le faltará un collar de esas riquísimas perlas.

Despidiéronse todos al cabo, y al salir D. Recaredo, dijo tímidamente á Pepita, indicando su monumental regalo.

—¿Pero es posible, bellísima Pepita, que no me dé V. el gusto de comerse en mi presencia siquiera uno de esos arquitos de piñonate?...

—¿Ni un piñón D. Recaredo!

—¿Pero por qué, Pepita bella?...En el siglo

XV inventó el holandés Buckals la industria de salar los aranques, y el emperador Carlos V honró su memoria comiéndose uno sobre su sepulcro.

—Pues cuando V. se muera, me comeré yo sobre el suyo una docena de merengues—respondió Pepita.

D. Recaredo bajó la cabeza y dió lentamente dos pasos hácia la puerta, mas volviéndose de repente á su ingrata comadre, exclamó con el ademán de Elvino en la Sonámbula:

—¡Ah!...per ché non poso odiarti?

De malísimo humor volvió aquella mañana á su casa, el buen P. Rodriguez. La función había estado magnífica, el cuadro edificante, los resultados prácticos y santos. Pero el grupito aristocrático, la *crème, l'élite*, las señoritas *hupées* del Palomarico de la Virgen que en su bendita ignorancia de esta jerga de salón, llamaba sencillamente el buen Padre, como en

to que sin duda le había dejado allí la anciana desmayada. Acercóse entonces el Condesito, y con la punta de sus enguantados dedos, cogió al feísimo bicho en los encajes mismos de la mantilla.

—¡Que se va á escapar:—gritaba Pepita. ¡No lo tire V. dentro!... ¡Tírelo á la calle!...

—¿A la calle?—dijo con mucha paz el Condesito. ¿Así cree V. que tire yo las perlas?...

Y sacando con gran sosiego su cartera de piel de Rusia, le arrancó una hoja, lió en ella al piojo y se lo guardó tranquilamente en el bolsillo.

—¡Jesus, qué extravagancia!—exclamó Pepita estupefacta. ¡Tal para cual!.. La comadre recoge sus reliquias de sus adoradas viejas y el compadre las va coleccionando..... Cuando vaya V. á Inglaterra, quizá algún lord excéntrico le compre la colección.

—No cambiaría yo este ejemplar, ni por el mismo palacio de Windsor—contestó Pepita.

—Pues si va V. allí de embajador—dijo Pepita con rabiosa malicia; bien puede llevar de embajadora á su comadre.....No le faltará un collar de esas riquísimas perlas.

Despidiéronse todos al cabo, y al salir D. Recaredo, dijo tímidamente á Pepita, indicando su monumental regalo.

—¿Pero es posible, bellísima Pepita, que no me dé V. el gusto de comerse en mi presencia siquiera uno de esos arquitos de piñonate?...

—¡Ni un piñón D. Recaredo!

—¿Pero por qué, Pepita bella?...En el siglo

XV inventó el holandés Buckals la industria de salar los aranques, y el emperador Carlos V honró su memoria comiéndose uno sobre su sepulcro.

—Pues cuando V. se muera, me comeré yo sobre el suyo una docena de merengues—respondió Pepita.

D. Recaredo bajó la cabeza y dió lentamente dos pasos hácia la puerta, mas volviéndose de repente á su ingrata comadre, exclamó con el ademán de Elvino en la Sonámbula:

—¡Ah!...*per ché non poso odiarti?*

De malísimo humor volvió aquella mañana á su casa, el buen P. Rodriguez. La función había estado magnífica, el cuadro edificante, los resultados prácticos y santos. Pero el grupito aristocrático, la *crème, l'élite*, las señoritas *hupées* del Palomarico de la Virgen que en su bendita ignorancia de esta jerga de salón, llamaba sencillamente el buen Padre, como en

tiempos de D. Ramón de la Cruz, las *Currutacas*, habían brillado por su ausencia, sin pizca de respeto á las terminantes prescripciones del reglamento. Ignoraba el P. Rodríguez la causa, y se extrañaba y desesperaba porque de las diez y nueve *Currutacas*, Hijas de María, sólo cinco habían asistido á la solemne comunión de las viejas.

El buen señor comenzó á devorar con bastante apetito un resto del arroz con almejas y el bacalao en blanco que habían servido en el almuerzo de aquellas y para no perder tiempo, leía á la vez *El Eco de Z...*, periódico de la localidad, sosteniéndolo á guisa de atril en la botella del vino tinto que usaba en sus comidas.

Preocupábale mucho la cuestión que por aquel entonces discutían las Coates, sobre la Unidad Católica, y buscaba con avidez noticias de trascendental suceso. Ni una solatraía el periódico: ocupaba casi toda la primera plana, un largo artículo firmado por Fi-Flan, cronista de los salones elegantes de Z... El P. Rodríguez volvió incomodado la hoja del periódico, mascullando:

—¡Majaderías!.....¡Pague vd. cuatro pesetas al año para esto!.....

Un nombre conocido pasó sin embargo ante su vista, llamándole la atención: hablábase allí de Serafinita Portazgo, *Currutaca* número uno, entre las varias que tenía él montadas en la punta de las narices.

—¡Toma!—exclamó el P. Rodríguez. ¡Pues ya está aquí la púa del trompo!

Y soltando la enchara, púsose á leer por encima de las gafas el almidonado artículo. Fin-Flan no comenzaba su crónica como Jerónimo Paturot la suya, noticiando á las adorables Marquesas y espirituales Duquesas, que había comprado un canario; limitábase á invocar á Caliope. Euterpe y Terpsícore, y pasaba á asegurar luego que la noche había estado fresca. Narraba después con anotación épica la espléndida fiesta dada por la ilustrada Condesa de Pineda, en obsequio de su hijo primogénito, recién llegado de Bruselas, y mojando á última hora la pluma en bandolina, concluía enumerando las señoras ó señoritas que habían adornado con su presencia los suntuosos salones. Entre estas últimas, descubrió el P. Rodríguez con grande asombro, á las catorce prófugas de la comunión de aquella mañana. Para todas tenía Fin-Flan un epíteto lisonjero; unas eran bellas, otras lindas, otras elegantes. A las que no tenía ya el diablo por donde desecharlas, llamábalas discretas ó simpáticas, y á veces espirituales.

—¿Lo ve vd?.....¿Lo ve vd?—decía el P. Rodríguez aporreando el periódico. Lo que yo digo.....Hijas de María y sobrinas del diablo.....

Mas su asombro creció de punto y llegó á convertirse en ira, cuando prosiguiendo su lectura vino á encontrar un poco más allá de las catorce prófugas, á las otras cinco *Currutacas*.

tacas que había visto él por la mañana en la comunión, muy linditas en sus mantillas, con los ojitos bajos tan tiesecitas y devotas como si no hubiesen roto un plato en todos los días de su vida.

—¡Esto sí que no pasa!— exclamó el P. Rodríguez.....¡No pasa y no pasa!.....¡Podrán divertirse conmigo, pero lo que es con Dios, no se divierten! ¡*Deus non irridetur!*.....Que se vayan al baile y dejen la comunión si les dá la gana; que después de todo, yo no puedo prohibirles en rigor que vayan á una casa honrada, á unas diversiones que sean de suyo lícitas, por más que para muchas sean peligrosas. Pero que se estén bailando hasta las tres de la madrugada, como este mentecato Fin-Flan asegura, y vengan luego á recibir á Dios á las siete de la mañana como si tal cosa que se confiesen conmigo las cinco, una tras de otra, y no me digan una sola palabra de la preparación que han tenido, esto no pasa y no pasa!.....¡*Deus non irridetur!*

Y el P. Rodríguez, que era hombre ejecutivo, se levantó de la mesa desairando un trozo de queso que le aguardaba, y se encerró en su despacho. Allí se escribió á la Presidenta de las Hijas de María una esquelita, ordenándole que reuniese el Consejo, y se procediera á la expulsión de aquellas cinco señoritas, hechas sin duda de acero Birmingham, cuando después de bailar hasta las tres de la madrugada, tenían todavía fuerza para darse golpes de pecho de las siete en adelante. *Delenda Cartago,*

que hubiera dicho D. Recaredo Conejo.

Alborotóse la Presidenta, protestó el Consejo, dividióse la plebe, y el P. Rodríguez firme siempre en su terrible y oportuno *Deus non irridetur*, les dió á escoger entre su dimisión del cargo de Director espiritual, ó la expulsión de las cinco señoritas delincuentes. Las Currutacas optaron, como era natural, por lo primero, y dejaron de ser Hijas de María, para formar otra congregación á parte: lo malo para ellas fué, que ni buscándolo con un candil, encontraron Director espiritual: el único hubiera sido Fin-Flan, y nunca había pensado en recibir las órdenes.

En medio de estas perplejidades y angustias, desasones y trastornos que tan de cerca le tocaban, hallábase á la mañana siguiente Rosita Piña, cuando oyo llamar discretamente á la puerta de su aposento. Supo ella que por la parte de fuera habían dicho—Ave María Purísima—y se apresuró á contestar por la de dentro—sin pecado concebida—Su sorpresa y su turbación, fueron entónces grandes: encontróse frente á frente al Condesito de Pineda, que con el sombrero en la mano, le presentaba mil corteses excusas, por haber venido á importunarla.

—¡Nada, nada de eso señor D. Conde! ¡que diga, señor D. José!.. Usted viene á su casa— exclamó aturdida Rosita. Pero pase vd. adelante.....Tome vd. asiento.....

Y cada vez más aturrullada la pobre vieja, tropezó con el gato, echó á rodar la canastilla

de la costura y quebró los anteojos, por ofrecer á Pepito las mas cómodas de sus sillas. Sontóse al cabo éste, y se volvió á levantar al punto de un solo salto: había sobre el asiento un escapulario del Carmen á medio hacer, y clavada en él la aguja con que Rosita lo estaba cosiendo. Atribulada ésta estuvo á pique de echarse á llorar, y Pepito procuraba tranquilizarla, rascándose suavemente el cogote, como si las ramificaciones de sus nervios le hiciesen sentir allí el escosor de la aguja.

Serenáronse al fin ambos de sus respectivas emociones, y Pepito, con esa sencilla espontaneidad del poderoso delicado, tan distinta del seco desden del orgullo, que ofende, como de la afabilidad protectora de la vanidad que humilla, suplicó á Rosita le dijese en que podía serle útil á ella, y complacer al mismo tiempo á Teresa.

Tosió la difunta, púsose colorada, y comenzó á relatar los síntomas que habían precedido á su muerte, y los remedios que necesitaba su resurrección. Mordióse los labios el Condesito, para no reirse, y comprendió con cuanta prudencia se había negado Teresa á referir aquella misma historia, delante de la burlona Pepita y el inspirado D. Recaredo: aquella hubiera encontrado en la aventura, tela larga con que poner en ridículo á la inofensiva Rosita, y éste hubiera compuesto un poema de *La muerte en vida*, condenándola contra su gusto á la inmortalidad, como Silvio Pellico á Zanze, su jóven carcelera.

El asunto pareció al Condesito de facilísimo arreglo: bastábale poner cuatro letras á un amigo, enviándole la fe de vida y la partida de bautismo de la infortunada victima. Azórose un poco Rosita al saber que era necesario entregar aquella partida de bautismo que con tanto cuidado recataba ella á los ojos profanos, y notando su turbación el Condesito, preguntóle si veia en ello algún inconveniente. Tartamudeó Rosita algunas excusas, y concluyó diciendo si no sería lo mismo, que mandase ella directamente al amigo de Madrid ambas documentos.

—Exactamente igual, respondió el condesito encogiéndose de hombros. Hoy escribiré yo, y mañana enviaré á vd. las señas de mi amigo

Y dando con naturalidad perfectamente fingida otro rumbo á la conversación, comenzó á hablar á Rosita Piña de las virtudes de su amiga Teresa. Aquí perdió pié la beata..... ¡Aquello era de lo que nunca se había visto! ¡Imposible encontrar en el mundo entero, otra criatura como Teresa!... Tenía ella la prudencia de Santa Brígida, la dulzura de Santa Catalina, el candor de Santa Rosa, y sobre todo, la discreción, la energía, la fuerza de voluntad y el corazón de fuego de su gran tutelar Teresa de Jesus, la *Santa Madre*, como la llamaba siempre Rosita, por llevar hábito del mismo color que el de su orden.

—Siempre que pienso en la Santa Madre—decía Rosita, me la figuro con la cara de Te-

resa, hasta tiene un lunar aquí, junto á la boca, como la Santa tenia. ¡Y qué alma, qué alma la suya! ¡Qué corazón tan recio, como de sí misma decía la Santa Madre!... Mire vd., hace dos años, se fué á pasar la vendimia con la familia del señor Magistras... Una noche, estaba ya encerrada en su cuarto, sola, sola, solita... Mira para una ventana, y ve asomar por debajo de la cortina los piés de un hombre escondido... ¡Vamos! ¡Yo me muero allí mismo: me quedo tiesa tiesa!... Pues ella, nada: ni chistó siquiera. Se fué para una cómoda que allí habia, como si tal cosa; hizo como si la quisiera abrir, y salta y dice: —¡Toma!... Si me dejé las llaves en el comedor!—Y se va suavemente hácia la puerta, sale, echa el cerrojo por fuera, alborota entónces la casa, y prenden al ladrón....

—Y luego—prosiguió Rosita que no sabia acabar hablando de Teresa, con ese valor y esas agallas,—que esto es lo raro—más suave que una malva, más humilde que la tierra... Miré vd. habia en Corral de los Chicharos una vieja... ¡el demonio, señor Conde, el demonio!... Era de Madrid, y decian que cuando lo del año treinta y cuatro, mató á un fraile.... Tenia un hijo tonelero, baldado de las piernas... La vieja cayó muy malita, y fui yo á visitarla por las de la conferencia. Llevé á Teresa.... ¡Aquello tenía que ver! Se puso á enseñarle el catecismo; y como llevábamos los caldos, y venia el médico, y le cuidábamos al hijo, la vieja callaba y comía, callaba y comía..... Pe-

ro una mañana se le revolvió el diablo en el cuerpo, y puso á Teresa como un trapo.... Al otro día, Teresa allí; furiosa la vieja la volvió á insultar..... Al otro día, Teresa allí: la vieja entónces, ciega de rabia, le pegó con una alcuza en la cabeza, y le hizo en semejante sitio —y Rosita señalaba la parte superior de la sien izquierda—una brecha muy regular..... Yo misma se la curé, y guardo el pañuelo con la sangre, como si fuese de un mártir..... Al otro día..... ¡señor Conde!..... ¡Teresa allí... La vieja se quedó como San Pablo, al caer del caballo ...

—Pero señora —le dijo ¿cómo es posible que despues de lo que hice ayer, vuelva vd. á mi casa, á traerme socorros?

Y le dice aquel ángel del cielo, con sa cara de reina dando limosna:

—¿Y por qué nó?—Le estaba enseñando á vd la doctrina de palabra, y debe también enseñársela de obra (1)

—Mire vd.!... Yo me puse á llorar, á llorar y me llevé llorando tres días, y la vieja lo mismo, y el tonelero igual..... A la otra mañana se confesaron los dos, y el domingo siguiente, estaba ya la vieja en el cielo, gracias á Teresa que fué el ángel de su guarda.... Le aseguro á vd., que yo beso el suelo que ella pisa..... No me estrañaria que el día menos pensado hiciera milagros.....

El Condesito escuchaba sin pestañar, atu-

[1] Histórico.... Soto por no ofender la modestia de la ilustre dama que así hizo, dejamos de consignar aquí su nombre.

sándose la finísima barba, y aprovechando aquel corto respiro de Rosita, dijo con su acostumbrada pausa.

Todo eso es admirable: verdaderamente admirable..... Pero lo que yo no comprendo es, cómo todas esas virtudes no lo han llevado ya á un convento.....

—¡Pues... eso digo yo! ¡eso digo!—exclamó Rosita entusiasmada al ver que el Condesito traducía su pensamiento. Esa niña debe ser para Dios, porque no hay hombre que la merezca.—Y el día menos pensado viene uno de esos mequetrefes del día, con sus manos lavadas, y se la lleva sin comerlo ni beberlo... ¡Pues! para hacerla desgraciada....

—¿Pero ella—prosiguió el Condesito—no ha manifestado nunca deseos de ser monja...

—Le diré á vd.—contestó Rosita en sus glorias, adelantando el cuerpo hasta sentarse en el filo de la silla, y poniéndose el dedo en la punta de las narices..... Yo no lo sé de cierto, porque ella es reservadilla, ó quiza, quiza soy yo curiosa..... Pero sospecho que en otros tiempos hubo algo..... algo..... Ella es pobre y no tiene dote. ¿Me entiende vd... Doña Angustia no ha de dárselo, y quizá, quizá por eso, el P. Rodríguez le quitó el monjio de la cabeza.

—Pues por falta de dote, no debía de quedar—dijo el condesito con marcada indiferencia. Muchas personas hay que se lo darían con gusto, y yo por mi parte, guardando todos los miramientos de delicadeza que una se-

ñorita como ella merece, no tendría inconveniente en ofrecérselo.....

—¡Ojalá, ojalá, ojalá—exclamó Rosita llena de santo celo. Eso sería mi sueño de oro; el deseo de toda mi vida... Verla Salesa....

El Condesito hizo una mueca indescifrable y se despidió de Rosita, ofreciéndola con la misma amable sencillez de ántes su influencia y sus servicios. Rosita le acompañó encantada hasta la escalera, y aquella tarde hasta en el taller de las señoritas del Roperero, daba cuenta á Teresa de la visita de su compadre, diciendo entusiasmada:

—¡Pero que bello sujeto!... Se parece á San Juan Evangelista..... ¡Y qué cristiano!.....

Y á poco más se le escapa, para probar la cristiandad del Condesito, el deseo que había manifestado éste de dotar á Teresa; detúvose, sin embargo, á tiempo, y limitóse á añadir en apoyo de su tesis;

—Dos veces estornudó y dijo ¡Jesús!

A la mañana siguiente recibía Rosita una carta del Condesito, notificándole que la noche anterior había escrito á su amigo D. Alfonso de Guevara, haciéndole cargo de su negocio; añádiale también, que según el deseo manifestado por ella misma, podía enviar á nombre de éste señor la fe de bautismo y la vida, *sin más señas que las del membrete*. Aludía Pepito al que traía la carta, y era éste el de las oficinas del Ministerio de Estado.

—¡Muy bien!—dijo Rosita llena de satisfacción y confianza.

Y acto continuo metió ambos documentos en un sobre, lo cerró con una enorme oblea encarnada que le dió su vecino el capellan de monjas, y puso la direcci3n en esta forma:

*Sr. D. Alfonso de Guevara.*

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS en

MEMBRETE.

Ella misma echó en el buz3n el enorme cartapacio, y como ignoraba quien fuese el patrono, sin duda bastante descuidado, de las oficinas de correos: rezó al echarlo un Padre nuestro por el feliz arribo de su misiva, al arcángel San Rafael, abogado de los caminantes.

X.

Y aquí debíamos terminar la relaci3n de esta historia, suponiendo como suponemos que el lector le habrá buscado ya un desenlace, ca-

sando á Teresa con el Condesito, y dándole numerosa y masculina sucesi3n. No es, sin embargo tarea tan fácil la de inflar un perro, que dijo el bueno de Cervantes, y no sucedió todo tan punto por punto como sin duda el lector desea. Volvióse Pepito á Madrid á los quince días de su llegada á Z\*\*, sin haber visto á Teresa más que tres veces en casa de doña Angustias, y una en la distribuci3n de premios de cierta escuela gratuita á donde fué él acompañando á su hermana.

Pepita que llevaba cuenta y raz3n de todos los pasos del Condesito, pudo averiguar que habia celebrado una larga conferencia con el P. Rodríguez: supúsose entonces, que habia ido á presentar las excusas de su madre, muy aflijida por haber llegado á saber que su fiesta de compadres fué causa involuntaria de los trastornos del *Palomarico de la Virgen* y de la desbandada general de las Currutacas.

Trascurrió más de una semana sin que hubiese noticias de Pepito, ni las tuviera tampoco Rosita Piña de su resurrecci3n oficial en la nómina del Monte-Pío. Una mañana hacia labor doña Angustias en el gabinete bajo que ya conocemos, y Teresa, sentada á su lado cosía en una pequeña máquinita de Singer, los eternos gorros, sayas y gabanes de las señoritas del Ropero. Entró Pepita asorada y nerviosa, con una carta en la mano, que acababa de llegar para doña Angustias por el correo: traía en el sobre el sello del Ministerio de Estado, y veíase en el reverso un timbre azul muy ele-

gante. Era una corona condal caprichosamente colgada del ojo de una P, hecha con grande esmero

—¡Mamá...mamá!—gritaba Pepita alborotada, creyendo sin duda que en aquella carta pedían su blanca mano.—Pepito te escribel... Mira, es su letra.....El sello del Ministerio y detrás la corona.....¡Qué preciosa!...¡elegantisima!.....

Pasmóse doña Angustias, púsose las gafas, y dió vueltas al papel entre las manos, con esa necia perplejidad de todo el que recibe una carta inesperada. Decidióse al fin á abrirla, y volvió á pasmarse de nuevo; habíase encontrado con otro segundo sobre, abierto y dirigido á Teresa.

—¡Mujer!—exclamó...si es para tí Teresa...  
—¿Para Teresa?—chilló Pepita; y por un movimiento espontáneo, hizo ademán de arrancársela de las manos.

Pero ya Teresa la tenía en las suyas, y la leía en silencio. Poco á poco fuese poniendo pálida, pálida como la cera, y luego roja, roja como una amapola: dejó escapar una débil tosecita, y llevóse la mano al corazón como si la sangre la ahogara. Por un momento pareció temblar su alma entre sus húmedos lábios, como en el caliz de una flor una gota de rocío.

—¿Pero qué dice?—gritó Pepita, que con febril curiosidad seguía todos sus movimientos.

Teresa le alargó la carta, ya repuesta del todo, diciendo:

Nada de particular...léela si quieres...Habla del asunto de Rosita Piña.

Abalanzóse Pepita Ordoñez al papel con la impremeditación del perro á la sombra de la carne, y no pudo notar, por lo tanto, que la infeliz Teresa se guardaba otro pliego en el bolsillo de su bata, que venía también en el sobre, y era el que ella había leído.

Pepita leyó de una sola ojeada la carta, corta y ceremoniosa; en ella decia el Condesito que los documentos de Rosita Piña no habian llegado, y que se aprésurase á enviarlos, porque solo su llegada se esperaba para terminar aquel asunto, de manera muy ventajosa para la vetusta huérfana, Ignoraba Teresa que Rosita Piña los hubiese enviado camino de *Membrète*, y dijo reanudando su tarea en la máquina:

—Sin duda se han perdido esos papeles... Será necesario avisar esta tarde á Rosita, que envíe otros nuevos.

Pepita meneó la cabeza, y no se dió por vencida: había ella observado muy bien la grande emoción de su prima, y aquella carta fría é indiferente no la justificaba. Comenzó, pues, á devanarse los sesos para explicársela, y creyó al fin haber dado en el clavo: indudable era que Teresa se hallaba tan enamorada del Condesito, que la sola vista de su carta bastaba para hacerle perder su habitual calma.

—¿Qué tal la santita?—decíase con redoblado encono: ¿Si creera la muy nécia que le va á hacer tragar el anzuelo, por que salió con él

de comadre y le dijo cuatro flores de cumplimiento?.....; Mentira parece que quepan ciertas ideas en alguna cabeza!....Pues yo le aseguro que he de estar al acecho, y como la coja en algo, se ha de reir á su costa el mundo entero.....

Muchas cosas, sin embargo, se escaparon del ojo avizor de Pepita de Ordoñez: escapósele primero que á la mañana siguiente, tuvo Teresa una larga conferencia con el P. Rodríguez en el confesionario; escapósele después que aquella misma noche escribió una carta, que si no fué larga, debió ser difícil, pues rompió tres ó cuatro borradores que para ella hizo: escapósele finalmente, que aquella carta fué remitida abierta á la Condesa de Pineda, para que la hiciese llegar á manos de su hijo.

El día de la Virgen de las Mercedes recrudieronse todas las sospechas y temores que Pepita Ordoñez abrigaba. Celebrábase aquel día el santo de Mercedes Pineda, y la tarde antes vino ésta en compañía de su madre, á suplicar á doña Angustias permitiese á Pepita comer al día siguiente con ellas, y también .... á Teresa!

Enfurrulóse la niña al oír la segunda parte del convite, y con inconcebible y grosera ligereza apresuróse á contestar que con mil amores iría ella, pero que dudaba mucho aceptase su prima. Su sorpresa y su indignación fueron por lo tanto, grandes, al ver que sin perder un punto su habitual calma, aceptó Te-

resa el convite como la cosa más natural del mundo.

—¿Pero con qué vestido vas á ir criatura? —exclamó Pepita ahogándose en ira. ¡No ves que estará allí todo Z\*\* y te presentarás hecha una facha?.....

Echóse á reir Teresa, y con su airecito zumbón, contestó encogiéndose de hombros.

—¡Bah!... No me faltarán cuatro trapitos que ponerme.....

Y con tan buen gusto supo combinar sus cuatro trapitos, que al verla ya vestida su prima, tuvo que confesarse con impotente rabia, que no necesitaba Teresa vestirse de sedas, para salir de la categoría de aquellas monas pretenciosas en que había querido ella colocarla.

La Condesa, mujer discreta y muy afable, prodigó á Teresa cariñosas atenciones, habló á solas con ella largo rato, sentóla en la comidá á su derecha, y al despedir á las dos primas, ya muy entrada la noche, cojióla ambas manos, y la besó cariñosamente la frente, como hubiera podido hacerlo una madre.

Pepita Ordoñez no se murió de repente, porque la envidia envenena y no mata, pero sintió varias veces que el ataque de nervios le amagaba. El instinto de esta mezquina pasión, exagerado pero certero, siempre le decía á voces que allí había algo, algo que trocaba dentro de su corazón en rabiosa saña, esa tristeza del bien ageno, en que consiste á la vez el tormento y la culpa de la envidia. La berlina de la Condesa condujo á las dos primas á su casa, y

en todo el trayecto no se cruzó entre ellas una sola palabra.

A los pocos días hubo carreras de caballos en el Hipódromo, y Pepita esperaba que Mercedes la convidase: había preparado un vestido muy elegante, y hecho venir de Madrid un sombrero à propósito muy nuevo, que tenía la caprichosa forma de una gorrita de jockey. El convite llegó al fin, ¡pero en que forma!.... Mercedes escribía à Teresa una esquelita ofreciéndole en nombre de su madre un asiento en el coche, y suplicándole hiciese à Pepita igual ofrecimiento.....

¡Aquello no podía tolerarse!.....¿Convidarla à ella por medio de Teresa? ¿Relegarla al piso bajo de un postdata, en una carta dirigida à la santurrona? ¡Y esto la hacia Mercedes, su amiga del alma!.....Ganas le hubieran dado de tirarse por la ventana, si no las tuviera mayores de lucir en las carreras su gorrita de jockey! Por esto, y solo por esto, ocultó Pepita sus rencores, esperando que Teresa se quedaría en casa como de costumbre, dejándole à ella todo el campo libre. Pero con gran sorpresa suya, la santurrona, impávida siempre y sin dar razón alguna de su conducta, aceptó el convite.

El furor de Pepita se desbordó entonces; insultó à su prima, faltó al respeto à doña Augustias, y diciendo que por nada del mundo se presentaría jamás en público con una cursilona que mantenía su madre de limosna, se encerró en su cuarto; dando un tremendo por-

tazo. Allí se arañó la cara y se tiró de los pelos. Sosegóse un poco, y comenzaron à pasar entónces por su imaginación, con esa tenaz persistencia con que el espíritu del mal aprovecha las tempestades del alma, para presentar la tentación de la culpa, desde la bellaquería hasta el crimen; desde la mezquindad hasta la infamia; desde rasgarle à Teresa el único traje decente que tenía, hasta levantarle una calumnia; desde tirarle al pozo sus únicas botas, hasta cortarle el cabello ó sacarle los ojos!

Por la ventana de su cuarto, atisbando detrás de las persianas entreabiertas, vió Pepita llegar el magnífico landó de la Condesa, con cuatro caballos à la D'Aumont: vió después salir à su prima y subir al carruaje, sentándose à la derecha de la dama, que la abrazó cariñosamente.....Pepita estaba estupefacta. ¿Cómo diablos había arreglado la malvada aquel trajecillo blanco de alpaca, tan usado, casi harapiento, que parecía ahora tan flamante tan de moda, como si acabase de salir de los talleres mismos de Lafernière ó de Worth?..... ¿De dónde había sacado la ladrona, sí, la ladrona, la ladrona que le robaba sus amigos, su importancia, sus triunfos, su asiento en el coche!... ¿De dónde había sacado aquella seguridad, aquel aire de duquesa, aquella dulce majestad de reina dando limosna, feliz frase de Rosita Piña, que pintaba tan al vivo la doble expresión de nobleza y de bondad, que caracterizaba la fisonomía de la pícara santurrona? Mentira parecía todo aquello, y Pepita llegó à

creer por un momento en la varita de virtudes que á la puerca Cenicienta prestaba su madrina.

Los postillones, con chaquetillas de terciopelo negro, calzón de punto blanco y botas de charol reluciente, terciaron sus látigos: arrancaron los cuatro caballos á un mismo tiempo, y el lujoso tren, digno de figurar en las llanuras de Chantilly ó en las de Epsom, desapareció lentamente, con régia pausa, por la calle adelante. Angustiósele entónces el corazón á Pepita, y rompió á llorar con la impetuosidad del despeso que se desbordaba con la amargura de la envidia que se siente vencida.... A la noche, otro nuevo golpe: un lacayo vino á avisar, que la señorita Teresa no volvería hasta las once: se quedaba á comer con la Condesa de Pineda.

Teresa por su parte, habíase apresurado á notificar á Rosita Piña la pérdida de los documentos, y supo entónces por ella misma, que los había enviado á *Membrete*.

—¡Pero Rosita, por Dios!—exclamó Teresa riendo á carcajada tendida de la simplicidad de su amiga—¿En dónde está ese pueblo.....? ¿Será cerca de Jaujal... Ya no me extraña que el arcángel San Rafael hiciera tan mal el encargo... Ni buscándolo en el *Diccionario* de Madrid, habría dado con *Membrete*...

Tuvo, pues, Rosita que sacar otra nueva fe de bautismo y otra de vida y enviólas esta vez directamente al Condesito. Consideraba aquel contratiempo como un justo castigo de la Pro-

videncia divina, por su senil coquetería de ocultar la edad, y con ese santo espíritu de expiación, propio de las almas fuertes á la vez que humildes, se impuso el penoso sacrificio de publicar por todas partes la fecha de su nacimiento. Supose entónces con general pasmo, que por el pasado marzo había cumplido setenta y cuatro años. Iba con *el siglo*, como solía decir con cierto tonillo que indicaba bien á las claras, el gusto con que hubiera visto al siglo pasar delante de ella.

Rosita envió sus documentos un martes, y al juéves siguiente recibía Teresa otra carta, dirigida esta vez á ella, con el sello del Ministerio de Estado, y la aristocrática corona colgando de la P, por timbre. Entregáronsele delante de Pepita, y leyóla en silencio, sin conmovirse en lo más mínimo.

—¿Pero qué dice?—chilló Pepita con su impertinencia acostumbrada, devorando la carta con los ojos.

—Una buena noticia—contestó Teresa impasible. Que Rosita Piña tiene ya conseguida su pensión, y que por nuevos méritos averiguados de su padre, se le aumentan á quince duros... ¡Qué alegría va á tener la pobrecilla!

Pepita Ordoñez seguía devorando el papel con la vista, y Teresa, ya fuese por cálculo, ya por descuido, levantóse á poco, dejando sobre el velador la carta.... Pepita cayó en el lazo: abalanzóse á ella no bien salió Teresa, y sin escrúpulo de ningún género, la leyó de

cabo á rabo. Era una carta fria y ceremoniosa como la anterior, y solo en una frase encontró Pepita sospechosos miasmas: el Condesito llamaba siempre á Rosita Piña, *nuestra buena amiga*.....

Aquel *nuestra*, aquel pronombre posesivo en plural, que parecia establecer entre Teresa y Pepito cierta comunidad de bienes, se le atragantó á la de Ordoñez. Examinando detenidamente el sobre, halló otro dato alarmante: estaba éste demasiado dilatado, para haber contenido un solo plieguecillo. Indudable era que allí dentro habia venido algo más que aquella carta que tenia en la mano. Pepita metió y sacó varias veces el pliego en el sobre, y acabó por convencerse de lo que sospechaba:

—¡Ah, raposa hipocritona!—exclamó fuera de sí la de Ordoñez. Aquí hay gato encerrado, y el espantajo de Rosita les sirve de pantalla.....

Y corriendo de puntillas se fué al cuarto de Teresa: ésta se habia encerrado por dentro. Miró entonces Pepita por el agujero de la llave, y vió á su prima recostada contra el quicio de la ventana, leyendo atentamente una larga carta de dos pliegos.

—¡Los que venian en el sobre!—pensó Pepita, y esforzando la vista cuanto pudo, logró distinguir al frente de uno de ellos, la malhadada P azul con la corona colgando.

¡Aquello era para volverse loca! ¿Que enredos, qué misterios, qué trapisondas eran

aquellas?..... Si Pepita hubiera gastado pantalones, se hubiese paseado con las manos en los bolsillos, como hacia Napoleón en sus grandes perplejidades, cuando trataba de adivinar el plan estratégico de algún enemigo.

La *Moda Elegante* de aquella semana vino á dar nuevo rumbo á sus temores y más ancho campo á sus conjeturas, haciéndole respirar con más desahogo. Cierto era que se le escapaba á ella el Condesito; pero también lo era que no se lo llevaba Teresa, y bastaba esto para llenarla de cierta satisfacción rabiosa, algo semejante en lo ruin al gozo de un enano que pusiera el tacón sobre la cabeza de un Goliat; algo parecida en lo feroz y lo cobarde al del chacal que comenzara á hacer pedazos un toro enfermo; porque así en los grandes crímenes que inspira, como en las grandes bajezas á que impulsa, la ferocidad y la cobardía son los dos rasgos distintivos de la envidia. En la crónica de salones, anunciaba el Fin-Flan de la corte varios matrimonios recientes, y algunos otros que se proyectaban: entre estos últimos, hacíase mención *del próximo enlace del distinguido diplomático, Conde de Pineda, con una bella marquesa andaluza.*

Pepita no quiso demorar un momento el dar la noticia á Teresa, creyendo descargarle con esto un golpe terrible de muerte. Encontróla en el gabinete bajo, cosiendo en la maquineta de Singer un gorrito feísimo. Pepita le disparó el tiro á quemero, diciendo:

¿Sabes que se casa Pepito?.....

Teresa detuvo un momento la máquina, y contestó con su serena calma:

—¡Vaya una noticia!... Ayer se lo dijeron á Rosita Piña en casa de Portazgo.

El asombro dejó yerta á Pepita, y no pudiendo resistir á la curiosidad, preguntó al cabo dándose por vencida.

—¿Pero con quién se casa?...

—Con la marquesa de la Rambla,—respondió friamente Teresa.

Y dando al manubrio de la máquina, la hizo prorumpir en un rich, rich, estridente y metálico, que parecía la carcajada del Destino, riéndose de Pepita.

Esta registró de cabo á rabo la Guia Oficial de aquel año, y no halló ninguna marquesa de la Rambla, ni aun en los títulos pontificios. La *Gaceta* del 29 de Noviembre de 1875, vino tres dias después á sacarla de dudas: publicaba una real orden declarando á doña Teresa Ordoñez y Santiesteban, capaz de percibir la orfandad que, como hija del difunto general de la Armada, D. José Maria Ordoñez, le correspondia, reintegrándole en bonos del Tesoro las pensiones atrasadas y declarándola en posesión, libre de gastos, del título de Marquesa de la Rambla, cuyo expediente de sucesión habia presentado en el Ministerio de Gracia y Justicia el difunto general, en febrero de 1868. El Gobierno de la Restauración, que tan magnánimas condescendencias habia tenido con tantos de sus traidores, hacia al fin justicia á uno de sus leales.

Publicóse el decreto en 29 de Noviembre, supose en Z...el 30, y aquel mismo dia recibió Teresa un oficio del Ministerio de Gracia y Justicia, poniendo oficialmente en su conocimiento la real orden de Alfonso XII. Dijose entonces, que andaba en todo aquello la mano del Condesito, y corroboróse este aserto cuando á los pocos dias se presentó en casa de doña Angustias, la Condesa de Pineda, á pedir para su hijo, con todo el ceremonial de costumbre, la mano de Teresa. El pasmo de la viuda dura todavia: obligación de justicia es consignar al mismo tiempo, que su satisfacción tampoco ha cesado.

Las visitas de enhorabuena comenzaron á sucederse, sin que ninguna pudiese ver á Pepita. Estaba constipada: atrozmente constipada. Algunos dias después, logró verla don Recaredo en casa de Portazgo.

—¿Lo ve V., bella Pepita? le dijo. ¿Lo ve V. cómo los lazos del compadrazgo pueden estrecharse?.....

—¿Y qué?—replicó Pepita verde de ira.

Don Recaredo miró al suelo, luego el techo, después á los lados, é invocando á Himeneo y demás númenes tutelares, tartamudeó con el esfuerzo supremo de quien acomete un imposible.

—Que lo mismo que Teresa y Pepito podíamos nosotros estrechar los lazos que nos unen.

—¡A mí no me une ningún lazo con vd!—replicó Pepita furiosa. ¿Se entera vd. bien D.

Rocaredo?... El día en que me ahorque, le cederé un extremo de la cuerda para que haga lo mismo... Ese será el único lazo que nos una...

—¡Mgnífico!...¡Bellísimo!...¡Sublime!— exclamó D. Recaredo con acento pindárico. Morirémos juntos, como los amantes de Teruel, D. Diego de Marcilla y doña Isabel de Segura, nacidos en 1192, en dicha ciudad...

Y aquí relató el erudito de cabo á rabo la fe de bautismo de los famosos amantes, sin omitir el nombre de los padrinos, el del cura que los bautizó, y hasta el del monaguillo que hizo de acólito en la ceremonia.

Rosita Piña reventaba de satisfacción, y acudió presurosa á dar la enhorabuena á Teresa. Al ver al Condesito, le amenazó con el abanico, diciendo:

—¡Ah pícaro!... Y me decía á mí que quería dotarla para que fuese Salesa!...

El Condesito se echó á reír, acordándose de su conferencia con Rosita Piña.

—Mire vd., Rosita—le dijo, Si á Teresa a llaman Dios, no sería yo seguramente quien se la disputase... Pero le voy á contar á vd. un cuento popular, que me refirió á mí en el Tyrol, un guía de los Alpes, y que podrá quizá tranquilizarla. (1)

—Cuentan por allá que San Pedro tenía dos hermanas, una mayor que él y otra más chica. Esta entró en un convento, y San Pedro.

(1) Recogido efectivamente en el Tyrol, cerca de Suiza.

siempre D. Recaredo el más leal entusiasmo. La régia proscripta debía de llegar á Z\*\* y la multitud invadía la estación de bote en bote. Don Recaredo, de rigurosa etiqueta vestido luciendo en el ojal la cruz de Carlos III con que pocos meses antes le habían condecorado, poníase sobre la punta de los piés, para saludar aunque solo fuese desde lejos á la augusta dama... Extendiase la vía solitaria entre frondosas huertas, brillando á lo lejos los rails con reflejos de plata. De repente sonó un estridente silbido, y apareció en ella una máquina exploradora: dos minutos despues precipitábase en la estación el tren régio cubierto de banderas españolas que agitaba el cierzo de Marzo entre torbellinos de negro humo, dando resoplidos como un monstruo engalanado, que llegara presuroso á una fiesta de Titanes...

Una salva formidable saludó desde la batería próxima hasta la desterrada que volvía á la patria; diez músicas rompieron á un mismo tiempo en los majestuosos acordes de la Marcha Real Española, y un viva inmenso, atronador, espontáneo, fué á ensordecer los oídos, no del todo desmemoriados de la augusta señora... Aquel vértigo contagioso envolvió á D. Recaredo en su torbellino, haciéndole olvidar sus prudentes precauciones: quitóse con una mano el sombrero y con la otra la peluca, y agitando ambos trofeos en el aire, gritó tambaleándose:

¡Vivaaa!...

¡Infeliz vate!.. Una racha colada de aire,

traidora, fría, lenta, pasó en aquel momento sobre su pelada cabeza. Don Recaredo sintió el helado beso de la pulmonía sobre su cráneo sudoroso: encogió el cogote, cerró los ojos, inclinó la cabeza, y ya no volvió á levantarla.... Ni aun tuvo tiempo de dictar su epitafio, exánime llegó á su casa, confesóse cristianamente, recibió con tranquilo fervor los demás sacramentos, y tres días despues le borraba la muerte del número de los vivos, y el Director de Rentas estancadas de la nómina de empleados. La ingratitude le borró á su vez de la memoria de sus amigos. ¡Sólo nosotros hemos conservado sus preciosos recuerdos!

Cosas muy distintas motivaron la muerte de Rosita Piña: organizábase una famosa peregrinación á Roma, y Teresa pudo conseguir de ella que la acompañase á visitar la tumba de los Apóstoles. Rosita Piña aceptó el convite como deslumbrada, sintiendo al preparar su menaguada maleta, los temores y las esperanzas, las ansias y los deliquios que debió sentir Sebastián Elcano, al embarcarse en *La Victoria* para dar la vuelta al mundo.

Una vez en Roma, desaparecieron sus miedos, y excitada por los piadosos incentivos de la ciudad eterna, dejóse llevar sin rienda alguna de lo que llamaba Pepita Ordoñez, su vicio de corretear iglesias. Tocóle una tarde visitar el histórico templo de San Pablo *ditre fontana*, extramuros de Roma, donde se conservan las tres fuentes milagrosas que brotaron al ro-

dar por el suelo en tres saltos, la cabeza de San Pablo. Rosita Piña midió la capacidad de su estómago por la inmensidad de su fervor, bebiéndose en cada fuente un pimporro de tal calibre, que llegó á su casa hidrópica del todo: declaróse un cólico, de mala especie, y en dos días llegó á las puertas de la muerte.

Teresa y el P. Rodriguez, que dirigian un grupo de la peregrinación, no se separaban de su lado. En el dintel de lo eterno, recorrió aquella alma sencilla su largo pasado, y solo una culpa encontró que le causara remordimientos: habia bordado en el año 15 unos tirantes para Riego, y quizá quizá pudo contribuir con esto, á la propagación de los errores liberales que tanto afligian á la Iglesia.

—¡Calla, viejecilla!—le dijo el P. Rodriguez sin poder contener ni la risa ni las lágrimas. Verás que zarpazo dás en la gloria.....

La viejecilla sonrió, y sonriendo tambien el Angel de su guarda, se la llevó al cielo....

Pepita Ordoñez vive todavia, sigue soltera, y está muy gorda: atrocemente gorda. No hace todavia un año, se dió un baile de trajes en cierta casa muy conocida, y Pepita se presentó en un estrambótico vestido de pastora.

—¿Pero que traje es ese? preguntó uno.

—Pues no lo vez... De zagala que acaba de devorar á su rebaño.

—No, señor—dijo entonces una dama famosa por su punzante zátira. Ese traje es de soltera descontenta del oficio...

Lo que antes dijimos, se cumplió en Pepita.  
Ninguna reina de salon ha sido nunca ángel  
de ningún hogar.....



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

